





A  
R  
193

ANT  
XIX  
131



MARTIN  
EL ESPÓBITO.

---

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.

MARTIN

EL ESPESITO

Concluida la obra costará 6 rls. cada tomo.

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CAMARA

23 cms.

R-43.765



MARTIN

**EL ESPÓSITO,**

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA,

POR

**EUGENIO SUE.**

TOMO IV.



SEVILLA.

IMPRESA de Gomez, calle de  
las Serpes n. 13, junto al café  
del Turco. = Año 1816.

LIBRARY  
UNIVERSITY OF TORONTO

MARTIN

DE ESTADOS

REPOSICION DE UN AYUDA DE CAMARA

302

BRITISH COL.

TOMO IV



BRILLIA.

LIBRERIA de Gomez, calle de  
San Severo n. 12, frente al café,  
del Puerto-Año 1848.



*Levella*

*Jos. d. arc. ca*

*La Tia Mayor*

ST. STEPHEN

ST. STEPHEN



*St. Stephen*



## MEMORIAS DE MARTIN.

### CAPITULO I.

#### La cena.

**C**OMO el lugar que nos habian señalado para hacer nuestros ejercicios, se hallaba bien lejos de las últimas casas de Senlis, nuestras habitaciones estaban en el carromato nómada.

Aunque la ganancia habia sido considerable, la cena que siguió á la representacion fué triste y violenta. Hacia una noche magnífica y nos pusimos á cenar en nuestra tienda. La madre Mayor, sin duda interiormente encolerizada, por haber perdido la oca-

sion de matar ó de herir mortalmente á Basquine, haciéndola caer desde lo alto de la pirámide humana, permanecía en silencio, echando de cuando en cuando una mirada feroz sobre el payaso. Este bebía grandemente; pero su natural jácundia, indecente y obscena, estaba completamente apagada aquella noche. El hombre-pez, tímido como siempre, se hacia el chiquito para no disgustar á nadie, tratando de no llamar la atención, para escaparse de las acostumbradas brutalidades del payaso.

La Levrasse parecia estar profundamente preocupado; y aunque era generalmente bastante sóbrio, bebía trago á trago enormes vasos de vino, de manera que cualquiera hubiese dicho que queria emborracharse; muchas veces sorprendí detenida su mirada ardiente y encendida sobre Basquine, con una espresion que me estremecía y espeluznaba, mientras que ella, obedeciendo probablemente á secretas instrucciones de Bamboche, se esforzaba en aparentar una alegre petulancia; pero á estas jocosas demostraciones sucedian con frecuencia momentos de silencio, como que aquellos relámpagos de alegría ficticia ocultaban angustias que yo mismo sentia, pensando que aquella noche debiamos abandonar para siempre á la compañía.

Bamboche afectaba, por el contrario, una estremada chabacanería, hablando muy poco

sin embargo: durante todo el tiempo que duró la cena estuvo bostezando y espere-zándose, pretendiendo estar muy fatigado. Cuando creyó que nadie lo veía, se levantó de la mesa dirigiéndome una mirada significativa: mas en el momento en que pasaba por detrás de la Levrasse, éste que parecía no haber puesto atención á Bamboche, le detuvo bruscamente el paso y le dijo:

—¿Donde vas?

—A acostarme: no puedo mas!

—No se acuesta nadie sin que los demás lo hagan tambien, añadió sardónicamente la Levrasse, quédate ahí...

—Lo mismo me dá, dijo Bamboche, me tumbaré en el suelo y dormiré tambien como en la cama, despertadme cuando se concluya la cena.

Y se tendió á lo largo junto á una cortina de la tienda que la separaba de un departamento destinado á cuadra para el burro negro de la Levrasse.

—Cuidado, Lucifer... con enviarme un par de coces por detrás de la cortina, dijo Bamboche fingiendo rendirse al sueño, y colocándose en el suelo de la mejor manera posible para dormir.

Basquine me echó á hurtadillas una mirada desconsolada: Bamboche nos habia advertido que con el pretexto de acostarse se levantaria de la mesa en medio de la cena, al fin

de hacer algunos preparativos indispensables para nuestra fuga, encargándonos que no nos inquietáramos por su ausencia: pero viendo que la Levrasse le detenía el paso y le mandaba permanecer allí, todo lo creímos perdido: pensé entonces que nuestro amo había sorprendido ó adivinado nuestros proyectos, y que nos tendía algún infame lazo.

Pronto se redoblaron mis temores; porque al cabo de un instante sacó la Levrasse una cartera de su bolsillo y escribió algunas palabras con el lapiz, despues arrancó la hoja y la pasó á la madre Mayor por cima de la cabeza del hombre-pezu.

La madre Mayor tomó la hoja sin leerla, y miró sorprendida á la Levrasse.

Los niños no pueden escuchar estos sainetes, le dijo derramando sobre Basquine una mirada estraña.

La madre Mayor se puso á leer... y de repente una espresion de alegria infernal brilló en sus facciones, exclamando:

=Está bien....

Pasó entonces el papel al payaso diciéndole con un tono de desconfianza feroz:

=Y á ti? te acomoda?....

=Toma, ya lo creo.... replicó el payaso riéndose innoblemente despues de haber leído. Aunque no sea mucho.... algo quedará.

=Sí, exclamó airada la madre Mayor. Pero aquí estoy yo.

—En fin, estamos conformes? replicó la Levrasse sin hacer caso, al parecer, de la exclamación de la harpía.

=Si conformes, repuso esta.

=Conformes, dijo el payaso

Y dando el papel á la Levrasse comenzó á cantar con su ronca voz el romance popular:

Nana!... nana!... niño...

Duérmete pronto....

Y soltó una carcajada mientras que la Levrasse quemaba la hoja á la luz de un quinqué.

Cambié una mirada con Basquine, y vi que como yo, temia que las misteriosas palabras que acabábamos de escuchar ocultasen algun nuevo peligro é hiziesen relacion al descubrimiento de nuestros proyectos de fuga.

Dirigi maquinalmente los ojos al sitio en que Bamboche estaba tendido; y vi que habia desaparecido, arrastrándose sin duda, y levantando la cortina que nos separaba de la cuadra del enorme burro Lucifer.

Se habia eclipsado Bamboche de este modo antes, ó despues de la lectura de la hoja trasmitida por la Levrasse á sus acólitos? Lo ignoraba... y esto hacia que se redobla-se mi ansiedad.

De repente llenó la Levrasse un gran va-

so de vino, indicando al payaso y á la madre Mayor que le imitasen; y cuando estuvieron llenos los vasos dijo con un acento singular que me pareció siniestro.

—A la salud del Gato.

Este brindis fué acojido por el payaso y la madre Mayor con tremendas carcajadas, que me parecieron falsas y espantosas.

La madre Mayor levantándose en seguida de la mesa, dijo con su fuerte y enronquecida voz:

—Vamos, Bamboche, Basquine, Martin, á acostarse.... pobrecitos.

—Estás tú sordo? dijo la Levrasse dirigiéndose hácia el sitio en que pocos momentos antes habia visto tenderse á Bamboche.

—Toma!.... se ha marchado, dijo la Levrasse sorprendido. Ya no está aquí Bamboche:

—Bueno!... tanto mejor!... exclamó la madre Mayor como herida de una idea repentina, si se ha ido al carromato, se le echará fuera, y para que aprenda, dormirá esta noche al raso.

—Sí, sí, dijo la Levrasse, cambiando una mirada de inteligencia con la madre Mayor, eso es... ese pícaro se acostará al raso.

—Y no tomará vino y azúcar como Basquine y Martin, antes de hacer la nana, añadió la madre Mayor.

—Yo he registrado perfectamente las tres divisiones del carromato, dijo el payaso vol-

viendo despues de una ausencia de algunos minutos. Bamboche no está allí.

Diciendo estas palabras el payaso, me pareció que deslizaba un paquetito en la mano de la madre Mayor.

=Puesto que Bamboche quiere hacer titeres dijo la Levrasse es menester que sean buenos y que duren toda la noche.

A cada instante esperaba ver aparecer á mi compañero; pero no volvió...

Era imposible que nos abandonase y que huyese solo, pues nos habia dicho que aquella misma noche nos escaparíamos: pero ignorábamos los medios de evasion y esperábamos para saberlos el momento mismo de nuestra fuga.

Todos nos habíamos levantado de la mesa, cuando la madre Mayor dijo, vamos á acostarnos.

Despues que la Levrasse hubo conservado algunos instantes en voz baja con la harpa, puestos de pié á la entrada de la tienda, llamó al payaso y le hablo tambien al oido.

Como estos tres personajes estaban á la sombra, no podia ver sus movimientos; solo creí haber oido el choque de dos botellas de cristal.

El hombre-pep, que hasta entonces habia parecido completamente extraño á lo que allí pasaba, iba y venia, ocupándose, segun su costumbre, en recoger nuestros cubiertos de hierro, los platos y los vasos de estaño.

Basquine se acercó á mí y me dijo con voz baja y alterada:

—Bamboche no vuelve... dónde está... qué hace?....

—Yo no sé, le digo consternado.

—No bebais vino y azucar... y estad alerta esta noche... nos dijo de quedo y rápidamente el hombre-pezu pasando cerca de nosotros cargado con un monton de utensilios.

—Vamos... muchachos... á la perrera.

Gritó la madre Mayor volviéndose á nosotros.

—Tanto peor para ese picaro de Bamboche: si le acomoda que se acueste con Lucifer.

Algunos minutos despues se apagaron los quinqués y se guardaron con la vajilla en una fuerte caja: no quedó fuera mas que la tienda, algunos cajones, nuestro tablado y Lucifer, que rebuznó dos ó tres veces destempladamente: entonces entramos en el carruage donde debiamos pasar la noche, como teniamos costumbre.

Este enorme vehículo, verdadera casa ambulante y muy sólidamente construido, estaba dividido en tres partes: el almacén delante, separado por una puerta del vestuario colocado en medio, comunicándose tambien con el gabinete que solo tenia una portezuela por detrás, y donde entraba la luz y el aire por unas ventanillas enrejadas. La Levrasse corrió los cerrojos interiores de la portezuela: y nos dijo á Basquine y á mí llevandola:

nos al departamento del medio que componia el vestuario.

—Querido, como hoy habeis trabajado mucho y tendreis necesidad de dormir bien, en lugar de acostaros con nosotros en el cuarto, dormireis solos, pero separados para no incomodarse el uno al otro. Tú Martinito, te irás al almacen de delante, y tú, Basquine te quedarás aquí en el vestuario.... Y además que os habeis portado bien, voy á daros á cada uno un buen vaso de vino con azúcar... y canela, antes de hacer la nana, y así dormireis como lirones.... además esto os pondrá ágiles las piernas y la cintura para la representacion mañana. Miren! y que golosos; como se lamen ya los lábios... Después volviéndose hácia el departamento de atrás, gritó:

—Vamos, madre Mayor..... está ya ese vino?....

—Al instante, querido; estoy desliendo el azúcar.

—Anda á tu cuarto martinito... que ahora te llevaré tu vaso, me dijo la Levrasse abriendo la puerta del almacen.

—En el suelo hay un colchon... te tiendes encima y dormirás como un príncipe.

Me era imposible eludir esta orden ó rehusar su ejecucion, y así obedecí maquinalmente, dirigiendo á Basquine una mirada consternada. Iba á entrar en lo que se llamaba

el *almacen*... cuando de repente abrió la madre Mayor la puerta del cuarto de atrás, y dijo con viveza á la Levrasse.

—Ven acá, querido.... á Poicaur le ha ocurrido una idea famosa.

La Levrasse nos dejó solos, y entrando en el cuarto, cerró detrás de sí la puerta del guarda ropa.

—Ni beberemos ese vino con azúcar, ni nos separaremos... esta noche, exclamó Basquine.

Y se arrojó en mis brazos pálida, temblando y con las facciones descompuestas.

—Oh!... tengo miedo.

Sin responder á Basquine, corri á echar el cerrojo de la puerta por donde acababa de salir la Levrasse.

Aun tenia en la mano el mango del cerrojo, cuando la Levrasse que queria entrar en el guarda ropa donde estábamos nosotros, gritó con acento de cólera y sorpresa:

—Como es eso!... *estais encerrados!*

Espantados y palpitando, no le respondimos.

—Vamos, vamos, dijo la Levrasse con voz dulce y melosa; abrid, *picarillos*. Hoy es día de juego. Bamboche se oculta; vosotros os encerrais... Es muy gracioso, muy divertido, no hay quien lo dude, pero es menester que no dure mucho. Vamos, pues, abrid, que os traigo el vino con azúcar.

—No abramos, me dijo Basquine cada vez mas espantada, porque la pobre niña alcan-

zaba muy bien lo que mi ingenuidad no me permitia alcanzar.

—Forzarán la puerta.... si quieren.... nos matarán, pero felizmente Bamboche se ha salvado, exclamó con exaltacion.

—Martin!.... Basquine!... acabareis de abrir? gritó la Levrasse sacudiendo la puerta.

De repente se oyeron algunos golpes sordos, que resonaban por fuera en la portezuela del carreton, y oi la voz de la madre Mayor que decía á la Levrasse:

—Oyes?... llaman á la puerta...

—Será ese tuno de Bamboche que querrá entrar, dijo el payaso, cuidado quien le abre...

—Ahí está Bamboche.... nos hemos salvado, exclamó Basquine radiante de gozo y estrechándome las manos.

—Acabareis de abrir con mil diablos?... gritó la Levrasse furioso, quereis que echemos la puerta abajo?....

—Ahí está Bamboche.... dije al oído á Basquine un poco mas tranquilo, ganemos todo el tiempo posible....

Basquine me hizo una seña con la mano para que guardase silencio, y respondió tratando de disimular su emocion.

—Quien llama?

—Como quien llama?... Yo, la Levrasse.

—Pronto voy á abrir, dijo Basquine.

—Y por qué no ahora mismo.

—Por qué?... porque...

—Si, por qué? acaba con mil diablos...

—Toma! porque quiero que me *gardeis antesala*... respondió Basquine dando á su voz un acento de chanza.

—Vaya! estaba seguro de que era una broma, repuso con mas tranquila voz la Levrasse pero quèridita, la broma se va haciendo pesada, conque, abre.

—Bien... pero nos dareis el vino con azúcar? replicó Basquine.

—Conque traigo dos vasos para tí y para Martin! maldita diablilla!

Durante este diálogo habia yo trepado hasta el ventanillo del guarda-ropa, para ver ú oír si podia á Bamboche. —No poco sorprendido, percibi un fuerte olor á azufre, y vi un resplandor débil al principio, y que creciendo en seguida cubrió con rojos reflejos el lienzo blanco de nuestra tienda, iluminándola casi del todo en mitad de la noche. Dí un salto y me tiré de una caja de que me habia subido, mas no pude contener un grito de espanto y sorpresa. Al bajarme, en vez de tocar el suelo advertí una especie de trampa abierta de improviso debajo de nuestros pies como si hubiese estado hecha de antemano y sujeta estraordinariamente hasta entonces por aquella abertura que tendria como unas diez y ocho pulgadas cuadradas, vimos salir de repente la cabeza y los hombros de Bamboche.

—Pronto... nos deje, venid..

Y se apartó para dejarnos lugar.

—Pasa tu primero, dijo a Basquine.

En un minuto habia desaparecido tambien por la trampa.

En el momento en que me deslizaba detrás de Basquine la puerta se conmovia violentamente cediendo á los esfuerzos de la Levrasse; y al mismo tiempo oí la voz de la madre Mayor que exclamaba con espanto.

—Fuego!.. fuego!....

Quando, despues de haber andado encorvado por medio de una porcion de montones de paja destinados para la cama de Lucifer, salí de debajo del carromato casi al mismo tiempo que Basquine.... me sorprendió una gran hoguera que ardía á mi izquierda y que iluminaba la campiña en lontananza.

Bamboche estaba delante de mi teniendo en una mano una enorme antorcha de paja encendida.

Tomarme por el brazo, con la mano que tenia desocupada, apartarme con violencia y lanzar su hachon inflamado en medio de la paja estendida debajo del carretón que acabamos de abandonar, fué para Bamboche obra de un segundo.

Estimulado el fuego por la corriente de aire establecido por el agujero que nos habia dejado paso, se propagó con tan espan-

tosa rapidez, que bien pronto fué rodeado por todas partes por las llamas, porque Bamboche había amontonado una porción de haces de paja á la puerta trasera, que era la única salida que quedaba á la gente encerrada en el carrozato.

=Fuego!.... grité cuando pude hablar, pues todo esto había pasado con la rapidez del relámpago.

—Sí.... fuego!....

Me dijo Bamboche pálido y con las facciones contraídas por una espresion de alegría feroz.

=Si.... fuego... van á abrasarse en ese horno como demonios que son, porque están encerrados en el departamento de atrás con las puertas clavadas por fuera....

=Oh!.... como gritan.... ois, dijo Basquine tan espantada como yo de los bramidos que salian del carrozato cuyo fondo se estaba abrasando.

=Pronto dejarán de chillar, dijo Bamboche.

Y luego añadió con precipitacion.

=Ahora á caballo en Lucifer.... en dos horas habremos ganado el bosque.... conozco bien el camino.

A caballo!.... los tres en Lucifer, exclamé, eso es imposible... monta tu con Basquine... que yo trataré de seguirlos.

=Oirás lo que te digo? gritó Bamboche con una voz terrible.

Y haciéndome dar una media vuelta, me tiró, por decirlo así, sobre los lomos de Lucifer que tenía ya puestos su jáquima y albarda, y que espantado con las llamas del incendio, gruñía; agachaba las orejas, tiraba coces, y hacía esfuerzos por romper el cabestro que le sujetaba á una estaca.

—Tu eres mas ligero que yo, prosiguió Bamboche, estate ahí, sujetando á Basquine delante, que yo subiré á las ancas.... pronto... pronto.

Ligera como un pájaro Basquine, se colocó de un salto delante de mí.

Los gritos de las victimas encerradas en el carrozato, eran espantosos.

Bamboche cortó con un cuchillo la cuerda que sujetaba á Lucifer.... Espantado el animal, dió un bote y partió como una saeta, al mismo tiempo que Bamboche saltaba á la grupa esclamando:

—Déjale ir solo... vuelve la espalda al fuego, y ese es buen camino.

Nuestro peso era insignificante para aquel jumento tan grande y vigoroso: mas aunque hubiese sido tres veces mayor, habria corrido con la misma velocidad, gracias al espanto que le causaba el incendio....

Oprimiendo fuertemente con sus rodillas los hijares de Lucifer, donde clavaba con vigor sus talones, Bamboche volvió la cabeza para arrojar el último grito de odio, de ven-

ganza y de maldicion, al carruage incendiado que ya estaba bastante lejos de nosotros. Y estendiendo sus puños en aquella direccion, exclamó:

—Mucho tiempo he esperado, infames... pero ya me llegó mi vez....

Así continuamos caminando. en medio de la oscuridad, interrumpida tan solo por las chispas que arrancaba á los pedernales la furiosa carrera de nuestra cabalgadura desenfrenada á quien Bamboche precipitaba mas y mas, clavando la punta de su cuchillo en los hijares de Lucifer.

## CAPITULO II.

**S**a **G**asis.

**D**EJANDO atrás nuestro carro incendiado, fuimos galopando casi toda la noche.

Poco antes de amanecer, se agotaron completamente las fuerzas de Lucifer, y se des-

plomó, siéndonos imposible obligarle á que se levantára; esperamos el dia en medio del bosque en que nos encontráramos hacia algunas horas locos de alegría. La impresion mezclada de terror y de piedad que nos habia inspirado á Basquine y á mí la terrible venganza de Bamboche, se sofocó bien pronto ante el recuerdo de los malos tratamientos y de las crueldades de que habiamos sido víctima y nos parecian hartamente merecidas estas terribles represalias de las cuales, por otra parte, no eramos cómplices.

En medio de la embriaguez de nuestra libertad, haciamos veinte proyectos á cada cual mas locos: ibamos á gozar en fin de todas las alegrías, de todas las dulzuras, de una vida libre, ociosa y rica, porque eramos ricos, muy ricos segun Bamboche nos habia afirmado; nos guardamos muy bien de contradecirle, mucho mas cuando al amanecer habia de enseñarnos nuestro tesoro.

Esta riqueza inesperada nos sorprendió, nos encantó: aunque Basquine y yo eramos mas sensibles todavia á la felicidad de ser dueños absolutos de nuestras voluntades y de disponer de aquellos dias que ibamos á pasar juntos con la mayor alegría del mundo, Bamboche que era positivo y material en sus deseos; no cesaba de hablar de los lindos vestidos que habia de tener Basquine y de las fiestas sin fin á que habiamos de entregarnos. Tam-

bien me hablaba mucho de un soberbio reloj de oro que queria comprarme acompañado de su correspondiente cadena adornada de baratijas con frutas secas de América y sobre cuya tapa debian estar grabadas estas palabras: Bamboche y Basquine á su hermano Martin. No pude resistirme á este último rasgo de cariño, y acepté el reloj no tratándose ya de otra cosa que de comprarlo.

Tambien se complacia Bamboche en la descripción de su traje y por consecuencia del mio, porque siempre debiamos vestirnos con igualdad como dos hermanos, mi amigo se proponia vestirnos con chaquetas azules, chalecos de escarlata, pantalones de gamuza y botas de campana con borlas, la cuestion de saber si las borlas deberian ser negras ó de oro, se debatió por largo tiempo decidiendo Basquine con un gusto precoz que las borlas debian ser simplemente negras. Este traje debia alternar con una soberbia casaquilla polaca verde con guarniciones negras y el cuello serrado de pieles; atavió un si es no es militar y cuyo carácter heróico debia completarse con un patalon gris con sus galones de color de grana en las costuras. Los adornos de Basquine no habian de componerse mas que de plumas, rasos, terciopelos y pedrerias. Por supuesto que debíamos arrastrar coche.

El dia nos sorprendió en medio de estas bellas ilusiones, y era el mismo en que Bam-

boche había prometido probarnos la existencia de nuestra colosal riqueza.

Nos habíamos sentado al pie de un grande árbol en el centro del bosque, y á pocos pasos de nosotros yacia el inanimado cuerpo de Lucifer; Bamboche se acercó á él, y sacó de la albarda; donde estaban fuertemente sujetas, dos pesadas bolsas de cuero que con la precipitación y el terror de nuestra fuga, yo no había podido notar. Nos las llevó con ademán solemne, mientras que nosotros esperábamos ver lo que contenían con ardiente impaciencia.

Bamboche destapó la especie de caperuza que cubria una de las bolsas y sacó con no poca sorpresa nuestra, un par de pistolas de las que vulgarmente se llaman *puñados*, y un frasco de pólvora.

—Y es eso todo!.... exclamó Basquine sorprendida, esa es nuestra riqueza!....

—Esto era para defenderla esta noche, si ese ladron de la Levrasse se escapaba de su *asador* y corria tras de nosotros.

—Ah! bien, dijo Basquine. Ahora, enséñanos las riquezas.... pronto.

—Aquí están, repuso Bamboche con aire de triunfo, sacando del otro saco una bolsita de piel del tamaño de un *ridículo* de señora, cerrada con un broche de plata ennegrecida por el tiempo.

—Tómala en peso, Basquine, dijo Bamboche; y tú tambien Martin.

Basquine y yo tomamos el saco, que era de bastante peso.

—Cómo!... está lleno de plata este bolso? exclamó Basquine.

—De plata? dijo Bamboche, encogiéndose de hombros con desden... de plata? qué miseria!...

Sacando entonces de su bolsillo una llavecita, me la dió (pues tenía el saquito en mis manos) y me dijo:

—Abre.. hermano....

Meti la llave en la cerradurita del broche y se abrió.

—Toma un cartucho, me dijo mi compañero.

Tomé á la ventura uno de los dos ó tres cartuchos que estaban á mi vista, que tendría unas tres pulgadas de largo, cuidadosamente envuelto en un papel pegado por uno de sus extremos y solamente doblado por el otro.

—Mira ese cartucho, me dijo Bamboche.

Despegué el papel y exclamé:

—Oro!....

—Oro!... dijo Basquine á su vez, todo eso es oro.

—A otro cartucho! me dijo Bamboche con una satisfacción cada vez mas triunfante.

Di á Basquine el que tenía en la mano, y tomé otro.

—Mas oro!... dije.

Siempre oro, repuso Bamboche radiante de alegría, siempre oro.... Así nos estaríamos hasta mañana.... Todos esos cartuchos están llenos, y aunque no he tenido tiempo en contarlos, siempre habrá poco más ó menos, de quince á veinte mil francos!!

—Quince ó veinte mil francos! repetí estupefacto.

De repente se echó á reír Basquine tan estrepitosamente, mirando el cartucho que tenía en sus manos, que Bamboche y yo no pudimos menos de exclamar.

—De qué te ries?....

—Ah! buen chasco.... repuso Basquine redoblando su hilaridad. Sabes lo que es tu oro, Bamboche?.... Plomo. Toma, mira...

Y estendiendo su manita abierta nos enseñó un puñado de ruedas de plomo del tamaño de una peseta....

En medio de ellas se veía una moneda de oro muy brillante que era la que primero había yo apercibido cuando abrí el cartucho.

Bamboche se puso pálido y permaneció un momento petrificado.... Luego agarró el saco por el fondo y le vació sobre las yerbas.

Cayeron al suelo una quincena de cartuchos.

Bamboche se puso de rodillas y los fué partiendo uno á uno por la mitad.

Ay! estaban llenos de ruedecillas de plomo

como el primero, y solo en cuatro ó cinco en ellos estaba oculta esa singular moneda bajo una de oro.

Cuando Bamboche estuvo seguro de que nuestra colosal fortuna se reducía á tres ó cuatro doblones, exclamó furioso:

—Ladron de la Levrasse....

—Cómo? le dije.

—Si! repuso, dando una patada feroz en el suelo, yo sabia que él ocultaba mucho dinero en algun sitio; por espacio de seis meses, le he seguido la pista... porque no queria abandonar á este ladron sin vengarme y sin quitarle con que divertirnos... En fin... antes de ayer.... descubri el escondrijo... Arrasé con todo para que la Levrasse se quemase.... al ver que yo me llevaba su tesoro... y este tesoro... es de plomo, á escepcion de unos cien francos.... pobre, vaya un chasco!! Pasados los primeros momentos de estupor, tratamos de comprender, pero en vano, cual habria sido el objeto que tendria la Levrasse al preparar aquel engaño.

Hoy que me encuentro mejor instruido, sé ciertamente que la Levrasse unia á todos sus aventureros oficios el de ser, cuando la ocasion se ofrecia, cómplice de este robo llamado á la *americana*, muy conocidos despues, pero que entonces florecia casi siempre con éxito é impune. Sin duda que aquellos cartuchos los habia preparado la Levrasse con anticipacion, para

dar algún chasco, si encontraba momento oportuno para ello.

Por espacio de algunos minutos permanecimos consternados al ver desvanecerse tan rápidamente nuestros bellos proyectos.

Basquine fué la primera que rompió el silencio, exclamando con alegría.

—Vaya, vaya!... que se le ha de hacer... somos libres como los pájaros... el tiempo está muy hermoso, estos bosques son muy lindos, y con los cuatro ó cinco doblones que tenemos no nos hemos de morir de hambre... Vamos á pasear... á divertirnos... Iremos á beber leche á una aldea... y tú Bamboche no serás ruin, añadió echándose en los brazos de nuestro compañero.

Pero este la rechazó con dureza diciendo:

—Déjame tranquilo, que no tengo ganas de reirme...

De repente se entristecieron las facciones de Basquine, miró á Bamboche con temor y tristeza y le dijo dulcemente:

—No te enfades.

—Creí que éramos tan ricos!... repuso este con amargura y cólera.

—Escucha, Bamboche, le dije, si es por tí por quien sientes la pérdida de nuestros tesoros... corriente; haz lo que quieras; pero si es por mí, no... pues me tengo por muy feliz con vernos libres... y juntos los tres.

—Tiene razon Martín, dijo tímidamente

Basquine; estamos juntos... con que al diablo el dinero, que no he de ser yo quien lo llore... Y ademas... añadió vacilando con temor, siquiera... así... no habremos robado... que siempre es mejor... No es verdad Bamboche... que es mejor no haber robado?...

—Es claro, añadí yo. En cuanto á los dolones que estaban con el plomo, demasiado que los hemos ganado... porque la Levrasse jamas nos ha dado un cuarto en todo el tiempo que hemos trabajado para él... y eso que le hemos proporcionado entradas famosas.

—Y que se me da á mi de robar? repuso rudamente Bamboche,—y como no me dan nada, lo tomo donde puedo... Así hacen los lobos... nadie les dá nada, y ellos se agarran lo que pueden... Ademas, robar á ladrones no es robar... la Levrasse era un ladrón.

—En fin, puesto que no hemos tomado si no lo que nos debian, Basquine tiene razon, dije á Bamboche, es mejor. A nosotros nos dá lo mismo el no ser tan ricos. Por qué querias tú tanto ese dinero, di?...

—Pues no lo habia de querer? con mil demonios!... para vosotros y para mí!.... exclamó Bamboche.

—A nosotros nos es igual... no lo oyes?...

—Pues á mi no... ya lo sabes, dijo ásperamente Bamboche.

—Con que Basquine y yo... no valemos nada... tú no piensas mas que en ese dinero perdido, dije á nuestro compañero, eso no es justo... no.

Bamboche fué sensible á esta reconven-  
cion, porque dando un terrible puntapie al  
saco vacío y á las dos bolsitas; repuso jo-  
vialmente:

—Vaya... vaya! fuera de aquí... teneis ra-  
zon... Que conseguiria con estarme quemando  
la sangre una hora?... Nos han robado...  
bien... ya no tiene remedio... Dame un abra-  
zo Basquine... y tú tambien Martin! recoja-  
mos esos *amarillos* y viva la Pepa!... y de  
aquí en adelante jitanesca.

Nos dimos un abrazo semi-sério, semi-jo-  
coso muy parecido al que unió á las orillas  
del lago á los tres libertadores de la Suiza,  
y repetimos:

=Viva la Pepa y la vida jitanesca.

En seguida registramos cuidadosamente  
las ruedecillas de plomo, y todavia encontra-  
mos tres ó cuatro doblones, que Bamboche  
se guardó diciendo.

=Esto es bueno para un apuro... con tal  
que sean buenos!

Y abandonando el cuerpo inanimado de Lu-  
cifer, nos pusimos á andar á la ventura,  
por medio del mas admirable bosque del mun-  
do (era el bosque de Chantillis) en una hermosa  
y apacible mañana de otoño.

Después de dos ó tres horas de camino interrumpido por algunas paradas al pie de grandes zarzales y moreras silvestres, cargadas de fruta de un color de púrpura oscuro, dulce y sabrosa, la casualidad nos condujo á la márgen de un riachuelo, cubierta de plantas acuáticas, por cima de las cuales zumbaban, relucian y revoleteaban una multitud de insectos de todos colores, entre los que se veían magníficas *señoritas* con alas de gaza, cuerpos de esmeralda y ojos de rubí.

Nos entretuvimos en perseguir á estos brillantes insectos con loca alegría propia de nuestra edad. Con mucha sorpresa mia, ví que Bamboche perseguía con tanto ardor como Basquine y yo esta especie de caza: jamás le hubiera creído capaz de tener tanto placer en semejante entrenamiento...

Mi sorpresa fué mucho mayor cuanto sus facciones, ordinariamente tan contraídas, tan duras y selladas con una apariencia de virilidad precoz, dilatarse poco á poco, despojarse de aquella espresion sarcástica y malvada que no era propia de su edad, y espresar á veces, según el éxito feliz de su caza, una alegría cándida é infantil: hubiérase dicho que su perversidad temprana y estranatural comenzaba á disiparse al respirar en una atmósfera de soledad y de libertad.

—Esto es muy raro, me dijo deteniéndome.

se, y dejando á Basquine que jugase á algunos pasos retirada de nosotros: la vista de este bosque.... este hermoso sol.... este profundo silencio, me recuerda mis felices dias de otro tiempo.... cuando todavia pequenito... iba á cortar leña con mi pobre padre en el centro de los bosques.

Al hablarme así, estaba Bamboche visiblemente enternecido; pero apercibiendo á una sobervia *señorita*, posada en las ramas de un rosal, gritó:

=Esta es para mí.

Y corrió en su seguimiento.

En cuanto á Basquine, trasfigurada tambien la expresion de su rostro encantador, me recordó su cándida fisonomía, cuando teniendo la inocencia y la pureza de un ángel, me contaba, durante su enfermedad, la cándida fé que tenia en la Santísima Virgen madre del Dios bueno y poderoso.

Y correteando así anduvimos toda la estension del riachuelo, hasta un sitio en el que dividiéndose en dos, formaba una isla que no tendria, al parecer mas de media fanega de tierra: era muy escarpada y áspera, y árboles inmensos arrancaban del centro de macizas rocas cenicientas, cuyos pies bañaba la pacífica corriente del riachuelo.

A la vista de un sitio tan pintoresco y salvaje, nos detuvimos admirados y llenos de impaciente curiosidad.

—Ah!.... qué bonita isleta, gritó Basquine juntando las manos, qué linda debe ser por dentro!

Es menester ir, dijo resueltamente Bamboche.

—Y pasar el día en ella, añadió. Debe de haber moras como en el bosque.... con ellas comeremos.

—Y castañas también, dijo Bamboche, eu señándonos algunos de estos enormes árboles frutales, que se alzaban entre los peñascos de la isla. Comeremos castañas asadas debajo de ceniza... qué gusto... A la isla... exclamó con aire de conquistador. Seguidme... A la isla!... á la isla!...

—Y el fuego para asar las castañas? dijo Basquine.

—Pues qué!.... no traigo yo mis avíos?... Ya encontraremos ramas secas.... de lo demás yo me encargo, añadió, como quien sabe lo que dice. Conozco la vida de los bosques; cuando *cortaba leña* con mi padre, siempre encendia el fuego..... Ea, pues.... á la isla!.....

—Vamos allá, dije yo. Pero, el rio es quizás bastante profundo; cómo hacemos para atravesarlo?... Y Basquine...

—No tengas cuidado, dijo Bamboche, yo sé nadar, y voy á sondear el paso..... Si hay pie, pasaremos en brazos á Basquine... Si no.. soy bastante fuerte para pasaros uno despues de otro...

Y diciendo esto se quitó la blusa y la camisa, se arrolló los pantalones hasta la rodilla y se descalzó.

=Ten cuidado, le dijo Basquine inquieta.

=No tengas miedo, respondió Bamboche, cortando una larga rama de álamo.

=No te asustes, dije á Basquine, yo lo he visto nadar.. y sabe muy bien...

Bamboche se metió resueltamente en el agua que iba sondeando con la rama á medida que entraba en ella. Imposible es describir la alegría que tuvimos al verle llegar á la otra orilla, sin que el agua le cubriese apenas la cintura.

=Todo el suelo es de arena muy fina, nos gritó Bamboche, esperadme, que allá voy... y entre Martín y yo te pasaremos en brazos Basquine... no tengas miedo...

Así se hizo; el riachuelo tendria á lo mas unos quince pies de anchura: así es que entramos alegres en la isla, encaramándonos por los peñascos que la cubrian casi enteramente; y de cuyo centro arrancaban encinas; abetos y castaños gigantescos.

A escepcion de una sendita, apenas señalada, que encontramos al cabo de pocos instantes y que serpenteaba por entre las peñas no se descubria ningun otro camino practicable: altos arbustos silvestres crecian abundantemente en algunos pedazos de terreno vegetal. Al cabo de diez minutos llegamos á una casucha

inhabitada, sin puerta ni ventanas, aunque según las señas parecía abandonada de poco tiempo, pues por la parte en que nos encontramos estaba rodeada de algunas pérticas de tierra sembradas de patatas y de legumbres; muchos viejos perales; cargados de una enorme cantidad de fruta, estaban diseminados acá y allá por el huerto, mientras que una soberbia parra cubierta de racimos de color de púrpura violada, cubría enteramente una de las paredes de la casucha.

No viendo ni oyendo á nadie entramos en ella se componía de dos piezas muy pequeñas despojadas completamente de muebles en una de las cuales había una gran chimenea destruida por el humo: sin duda que había sido habitada por algún inspector de bosque colocado allí para el cuidado de esta isla, porque vimos numerosas manadas de ciervos y corzos de los bosques vecinos, que venían á abrebar y bañarse en el riachuelo, y aun atravesar algunas veces la isla solitaria. (1)

---

(1) *Después he vuelto á estos lugares cuyos recuerdos debían serme eternos, y he sabido que esta isleta situada á la izquierda del Desierto (llanura inculta y pedregosa que separa los bosques de Ermenanville y Chantitté) se llama la isla Mottor. La casa estaba completamente arruinada*  
(Nota de Martin.)

Contentos con nuestro descubrimiento, dimos la vuelta á la casilla; la fachada opuesta daba á una verde pradera mucho mas ancha que larga rodeada de peñascos grises coronados de tantos y tan hermosos castaños, que sus antiguas ramas formaban una especie de cuna entrelanzándose con los céspedes del otro lado.

A pocos pasos de la casa habia una fuente que brotaba del hueco de un peñasco y que de cascada en cascada, se precipitaba con murmullo ligero en un estanque natural; rodeado de bledos: y en donde escapaba, sin duda, por algun camino subterráneo...

—Si no vemos á nadie en la isla dijo Bamboche, propongo que nos quedemos aqui por un par de dias... Hay agua.. patatas.. castañas, ubas, peras.. y podemos vivir como principes...

—Yo propongo que nos quedemos ocho dias exclamó Basquine entusiasmada.

—Estaremos todo el tiempo que queramos añadió yo.

—Concedido, dijo Bamboche, pero antes de todo es necesario cerciorarnos de que no hay nadie que nos pueda echar de aqui....

—Ah! es verdad..... podrian echarnos..... replicó tristemente Basquine, qué lástima!...

—No nos aflijamos antes de tiempo..... le:

dije registremos la isla por todas partes... que no tardaremos mucho.

Y así fué en efecto. Una hora despues estábamos seguros de que no habia mas que nosotros, en lo que desde entonces llamamos pos sivamente *nuestra isla*.

Un poco antes de ponerse el sol lavaba Basquine unas soberbias patatas amarillas, arrodillada al pie de la peña, junto al estanque de agua limpia y fresca; Bamboche, sentado á su lado, pelaba castañas verdes, y yo entre tanto atizaba en la chimenea una lumbrada de leña seca, cuya ceniza estaba destinada á asar aquellos frutos. Nuestra cena se componia ademas de algunos soberbios racimos de ubas, y una docena de peras de un dorado magnífico.

Tal fué el primer dia que pasamos en nuestra isla.



### CAPITULO III.

#### La canción.

**A**PENAS habíamos pasado dos días en la calma y en la soledad de nuestra isla, cuando los síntomas de mejora moral que ya había notado en mis dos compañeros y sentido en mí, se manifestaron con mas fuerza.

Era esto, si así puede decirse, *la variación de aires?*.... Yo no sé.... pero cualquiera hubiese dicho que desde que habíamos dejado la compañía de la Levrasse y la atmósfera corrompida en que hasta entonces habíamos vivido, nuestras aspiraciones se hacían mejores y se depuraban de día en día.

Al principio nos ocultamos con cuidado mutuamente estos felices y saludables sen-

rimientos, porque, ay!.... estábamos ya bastante corrompidos para tener verguenza del bien.

Las circunstancias de la segunda noche que pasamos en la isla, están en el número de mis mas indelebres recuerdos.

Todo el dia lo habiamos pasado activa y alegremente en trabajar escardando nuestras patatas y demas raices, que ya estaban invadidas por algunas yerbas dañosas, y en reunir lena seca para encender fuego. En mi calidad de *antiguo albañil* me habia entretenido en componer algunas tejas de la techumbre, mientras que Bamboche y Basquine hacian la recoleccion de las frutas: tal encanto habia tenido este trabajo para nosotros que lo habiamos hecho sin descansar por espacio de dos horas.

Despues de haber comido alegremente patatas asadas entre la ceniza, y otras frutas sabrosas, Basquine, Bamboche y yo nos acostamos en la pradera que se estendia delante de la casa.

Hacia un rato que habia oscurecido: la noche estaba deliciosamente templada, y aunque todavia no habia salido la luna, las estrellas brillaban lo bastante para aclarar débilmente la oscuridad de la noche: no se movia una hoja: la atmósfera estaba tan pura, tan en calma, tan sonora, que á pesar del mormullo de la fuente que serpenteaba por

entre los peñascos, distinguíamos otros mil ruidos.... unas veces murmurantes y lejanos como un quejido.... otras claros y argentinos como el timbre de una campana de cristal.

Contra nuestra costumbre, permanecíamos silenciosos y pensativos.

—Qué hermoso es.... el ruido de esta fuente!.... dijo súbitamente Basquine.

—Sí, respondió Bamboche, á mí me parece... que esto es mejor que la música que acompañaba nuestros ejercicios.

—Ay!... qué verdad es!... dije suspirando.

Y los tres volvimos á quedar en silencio.

De repente oímos á lo lejos el canto de no sé que pájaro.... canto plañidero, monótono, pero de una dulzura infinita, interrumpido y vuelto á empezar..... como espaciándose....

Y el pájaro se calló...

Ya no oímos mas que el murmullo de la fuentequilla.

Aquel canto triste, débil; solitario, me causó un entristecimiento inesplicable.

—Vaya.... se ha callado el pájaro.... dijo Bamboche con sentimiento. Qué lástima... no es verdad, Basquine?

Nuestra compañera no respondió al principio.

—Basquine.... duermes?..... añadió Bamboche.

—No.... respondió dulcemente, estoy llorando....

=Y por qué?

=Yo no sé.... No estoy mala y me encuentro muy feliz aquí... con vosotros dos... Pero me he acordado de mi padre.... de mi madre.... y de mis hermanas: entonces he llorado casi sin sentirlo... y esto me ha hecho mucho bien....

Esperaba yo que Bamboche se burlaría de Basquine ó le pegaría; pero me engañé; pues le dijo con enternecimiento.

=Llora... llora... algunas veces es mejor... que reír... y luego... ya ves tú?...

Bamboche no acabó su frase, bien porque se sintiera muy alterado, bien porque quisiese ocultarnos su emoción.

Por espacio de algunos minutos guardamos profundo silencio.

El primero que le interrumpió fué Bamboche diciendo.

—Basquine.... si no lloras ya..... cántanos alguna cosa..... porque el pájaro se ha callado.

Con mucho gusto, dijo Basquine, pero qué canto?

—Lo que quieras.

La elección de la pobre niña estaba reducida á muchas canciones indecentes y obscenas, pues no sabía otras.

Y comenzó á cantar con su voz infantil y de angelical pureza.

Adios amigo Vicente!

Te vuelves ya de la aldea?  
Quieres hacerme presente  
De.. . . . .

—No... no digas la letra... exclamó brus-  
camente Bamboche interrumpiéndola, la mú-  
sica... sola... la que tú quieras... pero sin las  
palabras.

=Así me gusta mas... dijo Basquine, no sé  
por qué me *estorban* las palabras... esta  
noche.

Del mismo modo que Bamboche, me con-  
moví dolorosamente por la primera vez en  
mi vida, de escuchar aquella voz de ángel,  
cuyo acento melancólico y dulce jamás me  
había parecido tan encantador, decir las pri-  
meras palabras de aquella cancion innoble...  
Basquine había experimentado el mismo senti-  
miento de disgusto y de verguenza, pues la  
pobre criatura había dicho que, *esta noche,*  
*sin saber por qué, las palabras me estorban.*

Qué fenómeno nos hacia experimentar á los  
tres, aquella delicadeza repentina: á Basqui-  
ne acostumbrada á cantar descaradamente  
tantas obscenidades, y nosotros á escucharla?...

Entonces no podia darme cuenta de esta  
rareza, pero hoy, con mas experiencia, me  
parece ver la manifestacion de esta delica-  
deza, como tambien en el buen cambio en  
nuestros sentimientos, debidos, sin duda, á  
la saludable influencia de un atractivo tra-

bajo, una nueva prueba de que la corrupcion mas encarnada ó mas precoz nunca es incurable. No! no! en casos dados cede á aspiraciones involuntarias hácia lo bueno, lo justo y lo bello, momentos divinos en que el alma abatida tiende á remontarse otra vez á la esfera de donde ha caido; momentos preciosos... pero ay!... fugitivos, en que toda clase de rehabilitacion es todavia posible.

A la invitacion de Bamboche, Basquine se puso al instante á cantar, sin la letra, la música de *amigo Vicente*... pero la cantó con un compás lento y triste, que desnaturalizando el carácter comun de esta tonadilla, le daba un acento de singular melancolia.

Y cuando el pájaro se lanzó hácia el cielo despues de haberse rastreado algun tiempo sobre la arena... animándose poco á poco Basquine, llegó, gracias á las transiciones de un arte tan instintivo como maravilloso, á reducir su primer tema á una improvisacion encantadora de melancolia y de dulzura.

Habia en esto algo de ingénuo, triste, tierno, inefable... alhado, si así puede decirse, que un poeta quizás hubiera comparado al canto de un serafin, implorando con su voz de niño el perdon de algun pecador.

Esta comparacion me vino al pensamiento, porque Basquine habia comenzado á cantar sentada; pero á medida que parecia ceder á no sé qué misteriosa inspiracion, se puso

de rodillas con un movimiento casi imperceptible, y continuó cantando con las manos juntas, y su adorable rostro vuelto hácia el cielo tachonado de brillantes estrellas.

Bamboche y yo escuchábamos á Basquine con una especie de estasiado recogimiento; jamas habia cantado de aquel modo. Nos habiamos acercado el uno al otro, y maquinalmente nos habiamos arrodillado como ella.

Pronto sentí la frente de Bamboche apoyada en mi hombro... y sus lágrimas caer sobre mis manos...

Nunca habia visto llorar á Bamboche; así es que no puedo espresar la emocion que sentí al caer sus lágrimas en mi mano, en medio de la oscuridad... eché mis dos brazos á su cuello, y cuando iba á hablarle, me dijo con baja y entrecortada voz:

—Calla... déjala cantar... esto me hace tanto provecho!... *Me parece que pide perdón por mí.* Pobrecita... tenia buenos sentimientos... como yo tambien en otro tiempo!... Pero me han perdido y yo la he perdido... á ella...

Por estraordinarios que me debieran parecer estos remordimientos tardíos de Bamboche, no por eso me sorprendían: el canto de Basquine tambien me sumergia en una emocion desconsolada.

Muchos años despues de esta escena, y

cuando en toda la altura de su genio, dominaba Basquine á las mas ilustres artistas, me ha confesado que aquel dia, en que henchido su corazon de una tristeza infinita pensando en su padre, en su madre, en las primeras esencias de su infancia... y, por último, en el porvenir sombrío que le preparaba su afrenta, tan horriblemente precoz... habia, por decirlo así, improvisado sin saberlo aquel quejido desconsolado en medio de *nuestra isla* solitaria: lo que tiene *el arte* de mas sencillez é ideal, y por tanto de mas *humano*, se habia revelado vagamente á su jóven inteligencia.

«Las palabras serian impotentes para expresar lo que sentia aquella noche de tierno y de desgarrador á la vez, me decia entonces Basquine. Me parece oír una voz plañidera dentro de mí... y yo repeti ese canto casi sin saberlo y con la mayor naturalidad, tan fielmente retrataba mis impresiones. Siempre me he acordado con enternecimiento de aquel canto... y hoy mismo, añadia con triste sonrisa, no puedo repetirle sin deshacerme en lágrimas.» . . . . .

Al cabo de algunos minutos, la voz vibrante de Basquine, que nosotros escuchábamos con profundo silencio, comenzó á atenuarse... bajó poco á poco de tono, y el canto espiró en sus labios como un quejido armonioso que

se hubiese estinguido á lo lejos... Despues inclinó la cabeza sobre el pecho y permaneci6 algunos instantes en silencio... Mas... como no nos oyese hablar, volvió rápidamente la cabeza hácia nosotros, y vió que Bamboche y yo estábamos fraternalmente abrazados....

—Qué teneis? exclamó al oir nuestros sollozos pues Bamboche me habia comunicado su enternecimiento.

—Qué teneis? repitió arrodillada delante de nosotros estrechándonos las manos, estais llorando?....

—Sí... lloramos... como tú llorabas ahora mismo, respondió Bamboche, y estas lágrimas consuelan...

Estrechándonos luego los dos contra su ancho pecho, exclamó con un acento que nunca olvidaré.

—Y luego dirán que somos malos!!!

Ah! nunca... nunca olvidaré la espresion con que Bamboche pronunció estas palabras selladas á la vez del arrepentimiento del mal que habia hecho, de una dolorosa recriminacion contra la fatalidad de su destino que le habia conducido al mal, y de una tendencia sincera á entrar en la senda del bien.

. . . . .  
Habíamos hecho dos camas de brezos y de musgo, una para mí en la primera pieza de

la casucha, y la otra para Basquine y Bamboche en la segunda...

Aquella noche se acostó mi compañero conmigo, despues de haber besado á Basquine en la frente diciéndole:

—Buenas noches, hermana...

Bamboche durmió poco, pues le sentí agitarse toda la noche y suspirar profundamente muchas veces: á los primeros rayos del crepúsculo me despertó: su fisonomia estaba pensativa, dulce y grave.

Entramos en la sala donde aun estaba durmiendo Basquine, que tenia el sueño tan ligero como el de un pájaro. En el momento que nos oyó, abrió sus grandes ojos y nos miró sonriendo y sorprendida.

Los tres salimos á la pradera.

Todavía brillaban algunas estrellas, y el horizonte comenzaba á teñirse de púrpura: el aire tenia una deliciosa frescura, y mil aromáticos perfumes se desprendian de las yerbas bañadas por el rocío... La mañana se anunciaba digna sucesora de la noche anterior.

—Oye, Basquine... y tú tambien, Martin, nos dijo Bamboche haciéndonos sentar á su lado sobre uno de los peñascos que limitaban la pradera, es menester que nos hablemos francamente, que cada cual diga lo que sienta sin avergonzarse... estamos solos los tres...

Sorprendidos Basquine y yo del tono serio de Bamboche, nos miramos en silencio; él continuó:

—Para desvanecer vuestros escrúpulos... yo principiaré... despues os burlareis de mí si quereis... pero seré franco...

=Burlarnos de tí... y por qué? le dije.

=Porque soy un fullero... porque reniego del tullido de quien tanto os he hablado.... porque reniego de mí mismo... Pero, me es igual... es necesario hablar con franqueza....

Luego dijo dirigiéndose á mí:

—Hermano te acuerdas como principió nuestra amistad: al principio te pegué y me devolvistes los golpes: despues te volví á pegar á traicion y no te resististes; esto me conmovió... y te hablé de mi padre.

=Es verdad....

—Entonces me enternecí... tú tambien te enternecestes... y desde aquel tiempo hemos sido hermanos.

—Sí... y lo seremos siempre...

—Y ahora mas que nunca... porque conozco que soy mejor que era... y tambien ahora me ha sucedido esto... acordándome de mi pobre padre.

=Pues qué te sucede? preguntó Basquine.

—Cuando tomé el partido de no apurarme por el cambio del saco de plomo, en vez del de oro, respondió Bamboche, empezamos á correr por los bosques.

—Y eso te ha recordado... á tu padre... y el tiempo en que siendo tú pequeñito, *cor-tabas leña* con él, dije á Bamboche, así me lo has confesado.

—Es verdad... dos días hace que estamos aquí... solos... tranquilos en este sitio tan hermoso... trabajando la tierra juntando leña, recogiendo frutas y viviendo como aldeanos; pues bien desde entonces... no me conozeo... Por qué he cambiado tanto?... yo no sé.... pero esta es la verdad... No he podido dormir en toda la noche... me he hecho mil preguntas y siempre me he contestado lo mismo: desde la muerte de mi pobre padre he arrastrado una vida miserable... para mí y para los demás... es menester que esto acabe... basta con lo hecho... no quiero más.

Y como nosotros le mirábamos cada vez más sorprendidos, prosiguió:

—Os admira esto? á mí también. Ya os he dicho que no comprendo nada; pero lo que sí hay de seguro es, que desde que no tengo encima á la Levrasse, la madre Mayor, el payaso y toda esa caterva... respiro con libertad, aunque alguna que otra vez se me oprime mucho el corazón... porque.... porque....

Y no acabó la frase, mirando á Basquine con una expresión indefinible.

Luego continuó ahogando un suspiro.

—Pero fuera de esos momentos en que se

me oprime el corazón, siempre lo tengo lleno de alegría... porque comienzo á pensar que tal vez me haya engañado ese gran canalla de tullido: esta noche decia yo, mi pobre padre murió trabajando, toda su vida estuvo lleno de miseria, aunque fué honrado y laborioso... Bueno; esto es cierto... pero no impedia que todos los hombres le dijese con estimación, *pobre hombre*... sé muy bien que los ladrones como el tullido dirian que era un tonto! pero nadie; ni buenos, ni malos hubieran podido decir que era un pillo!

—Oh! no! exclamé al mismo tiempo que Basquine.

—Pues bien! añadió resueltamente Bamboche, lo he pensado muy bien esta noche; tal vez se dirá de mi, pobre hombre... tonto! pero nunca se dirá que soy un pillo.

Basquine y yo volvimos á exclamar con alegría.

—Cuando murió mi padre, prosiguió Bamboche, mi primera idea fué buena, pues me propuse trabajar; pedi pan y trabajo á un rico... me respondió azuzando contra mi su perro... cierto; pero todo el mundo no se compone de semejantes malvados.

—Es claro que no! dije.

—Por desgracia mia, encontré entonces al tullido, y poco despues á la Levrasse con toda la compañía, y esto es lo que me ha perdido... Pero basta... aquí dentro hay algo

que se mueve, y se dió un fuerte golpe en el pecho. Vuelvo á mi tema... No me volverán á llamar pillo, que ya lo he sido bastante para mí... y para los demas.

Y miró de nuevo á Basquine con una expresion de ternura y conmiseracion profunda: en seguida añadió:

=Has de saber, que á ella es á quien debo tambien una parte de este cambio... Anoche mientras que cantaba como para pedir perdon por mí... mi corazon se deshacia mirando al cielo, y decia: *dicen que Dios es bueno!*... cuánto lo seria dejándonos en este pobre rinconcillo de la tierra, dónde no hacemos mal á nadie: viviendo de este modo, solos, muy pronto llegariamos á ser buenos los tres... y una vez curados de las doctrinas del tullido, y resueltos firmemente á no volver á seguir las entónces....

Un incidente sensible interrumpió á Bambeche.

Basquine y yo estábamos tan atentos á lo que nos decia, que no habíamos visto ni oido á cierto personage que despues de haber dado vuelta á la casilla, se acercó á nosotros y nos dijo con formidable voz:

-En nombre de la ley... daos presos....  
Seguidme á casa del señor corregdor.



## CAPITULO IV.

### El Guarda-bosque.

**E**ste mandato amenazador y reiterado, de seguidme á casa del señor corregidor, Basquine, Bamboche y yo permanecimos inmóviles de sorpresa y de espanto. El personaje que causaba nuestro terror, era un hombre jóven todavia, alto, moreno y de aspecto robusto y determinado: l'evaba por encima de una blusa azul un tahali oficial de guarda-bosque y tenia en la mano un tremendo sable de caballeria envainado; un perro enorme, que de vez en cuando levantaba hácia él sus sangrientos y feroces ojos, no se despegaba de su lado y podia servirle de un formidable auxiliar.

Lo primero que me ocurrió fué que no perseguían por el incendio del carromato de la Levrasse, y fijé una mirada de consternación en mis dos compañeros.

—En nombre de la ley, daos presos, repitió el guarda-bosque andando hácia nosotros. Vamos andando á casa del señor conregidor.

—Por qué nos quereis prender, señor? dijo Bamboche que era el mas atrevido de los tres no hacemos ningun daño.

—Sois unos vagabundos, replicó el guarda-bosque con voz amenazadora, un vaquerin me dió parte de que os habia visto entrar en la isla, hace tres dias.

—Es verdad, señor, y no hemos salido de ella despues, respondió Bamboche.

—¿Y entonces como habeis vivido hasta hoy?

—Toma! con legumbres y frutas que hemos encontrado, aqui le dijo Bamboche.

—¿Encontrado?... ¿como encontrado? exclamó el guarda-bosque; pero eso no es mas que un robo, buenos mozos. Ya se ajustará la cuenta..... vagabundos y ladrones....

—Es un robo, tomar lo necesario para comer?... le dije.

—No creiamos hacer daño á nadie, mi buen señor, añadió timidamente Basquine.

—De verdad, rubita?... tú creias eso, b

repuso el guarda. Ahora veremos si vuestros padres son de la misma opinion..... cuando vengan á reclamaros.... ya os sacudirán de firme.... y estará muy bien hecho... De qué pueblo sois?

—No tenemos padres, señor.... respondió Bamboche. No somos de ningun pueblo.

—Cómo, no teneis padres! exclamó el guarda-bosque, y no sois de ningun pueblo?...

—No, señor, yo no tengo padre ni madre: Martin que es este, es un espósito, y Basquine....

—Pero donde habitábais antes de venir aqui? preguntó el guarda-bosque teniendo cada vez mas sospechas.

A esta embarazosa pregunta, respondió resueltamente Bamboche.

—Venimos de muy lejos, señor... lo menos de cien leguas de aqui... y hemos pedido limosna por el camino.

—Ah! ah! exclamó el guarda-bosque, mejor que mejor: sois á lo que parece unos mendiguillos vagabundos y ladronzuelos, y no teneis parientes que puedan reclamaros... entonces, ya os ajustarán la cuenta... no os digo mas.

—Y que nos van á hacer, mi buen señor? dijo ingénuamente Bamboche, echándose atras prudentemente dos ó tres pasos.

En seguida me dijo en voz baja.

—Anda y coje dos buenos puñados de cen-

za del fogon.... y ponte detras de mí con atencion.

En seguida añadió como para no escitar la desconfianza del guarda: no te parece? se lo diremos todo al señor: corre á buscar nuestros papeles certificados.

—Voy corriendo, dije dirigiéndome á la casucha para obedecer las órdenes de Bamboche.

—Qué papeles son esos, á vuestra edad? dijo el guarda encojiéndose de hombros, no hay papeles que valgan... voy á entregaros á los gendarmes, que os llevarán esta noche presos al depósito de mendicidad... de donde saldréis para ser encerrados en una buena casa de correccion hasta que cumplais diez y ocho años, buenos mozos.... Ah! ah!... no esperábais esto, es verdad!

—Presos hasta los diez y ocho años, exclamó Bamboche mirando disimuladamente si yo habia vuelto de la casilla.

—Presos, por no tener padre ni madre! dijo Basquine cruzando las manos... presos, porque hemos comido algunas patatas que hemos cogido aqui...

—Cabal es que sí, presos dijo el guarda-bosque; con que, seguidme á casa del señor corregidor... Bastante hemos hablado, galopines... andando, ó agarro á dos por las orejas, y encargo á Cordero que me lleve el otro... Aqui Cordero, añadió el guarda llamando á su terrible perro.

De repente, Bamboche que, hablando conforme estaba, habia ido, por decirlo asi, *cojiéndole las vueltas* al guarda, se precipitó sobre él, le sujetó por detras, me hizo una seña, y en el mismo momento le arrojé la ceniza á los ojos. Habia ejecutado la orden de Bamboche con la mayor destreza: la enorme cabeza del guarda-bosque desapareció entre una espesa nube de ceniza. Momentáneamente ciego el desgraciado funcionario, llevó las manos á sus ojos, pataleando de dolor, colmándonos de injurias y gritando á su perro.

—Muérdeles, Cordero... muérdeles.

Pero Bamboche, despues de haber dejado al guarda, habia cojido dos puñados de arena: y en el momento en que Cordero se precipitaba sobre él, ladrando y abriendo una boca enorme, le tiró dentro la arena con tanta presteza, que Cordero, ahogándose, tosiedo, salivando y gruñendo, se puso á dar los mas lastimosos ahullidos del mundo, mientras que su amo, siempre con las manos en los ojos daba por su parte gritos furiosos, tropezando á cada paso que intentaba dar.

Sin perder un momento, atravesamos la casucha corriendo, siguiendo el sendero que ya conociamos; llegamos al riachuelo que vadeamos llevando á Basquine sobre los hombros y luego corriendo con la mayor rapidez nos metimos en uno de los sitios mas espesos del bosque.

—Preciso es que ese hombre sea muy malo para venir á atormentarnos en esta isla, donde no hacemos daño á nadie, dijo Basquine cuando ya menos precipitada nuestra carrera nos permitió reflexionar en nuestra crítica situación.

—Qué lástima! respondió Bamboche pensativo, avisarán, y si nos pillan... la cárcel.

—Pero cómo! es eso cierto? le dije, porque somos unos pobre chicos abandonados, nos han de llevar á la cárcel?

Si, ese hombre no miente; lo mismo me dijeron los gendarmes cuando me prendieron con el tullido: Tú no tienes á nadie que te reclame... no tienes asilo... á la cárcel.... vagabundo.... y me condujeron á ella; pero el tullido y yo pudimos escaparnos.

—Dios mio... y que hacemos? dije yo.

—Ah! diablo, esto es ser unos muchachos valientes y honrados, repuso Bamboche rascándose la cabeza; parece que es tan fácil... y que no hay mas que querer... en fin.... ya veremos... ahora lo que importa es salir de esta tierra.

—Tarde ó temprano, dije á Bamboche, hubiéramos sido obligados á abandonar la isla... es verdad que perdíamos una buena cosa; pero al fin, qué hubiéramos hecho cuando hubiéramos salido de la isla?...

—Mi intencion era volver á casa del padre de Basquine.

La niña hizo un movimiento de temor, que advirtió Bamboche y le dijo:

—No tengas cuidado... yo sé lo que habria de decir á tu padre... El es carretero... pues nos pondriamos de aprendices en su casa... Martin y yo... y llegaríamos á ser buenos obreros... Pero qué tienes, Basquine?... estás llorando?...

—Mi padre... puede ser que se haya muerto, dijo ella deshaciéndose en lágrimas, y añadiendo en seguida con acento desgarrador:

—Ah!... ya hace un año... que deberíamos haber vuelto á su casa... como me prometisteis para consolarme.

—Es verdad, dijo á Bamboche con aire sombrío, te hemos mentido... te hemos engañado; pero ya no tiene remedio... Vámonos á tu tierra...

—Ver á mi madre... nunca me atreveria, dijo Basquine estremeciéndose de verguenza. oh! nunca!...

—Te comprendo, respondió Bamboche, quizás tiene razon... y yo tengo la culpa. Y bajó la cabeza abrumado de dolor.

—Yo tengo la culpa...

—Escucha, exclamó herido por una idea repentina; Bamboche decia esta mañana que porque un hombre rico le hubiese negado pan y trabajo despues de la muerte de su padre, no por eso se habia de componer todo el

El mundo de malvados.... Pues bien; vamos á una ciudad, y de cien personas, es seguro que encontraremos una que se compadezca; se lo diremos todo, y tendrá piedad de nosotros....

—Tiene razon: ¿no es verdad, Bamboche? dijo Basquine.

—Sí... y si nos lo niega, llamaremos á otra puerta, hasta que encontremos un buen corazon.

—Con nuestros cuatro doblones ya tenemos con que vivir algunos dias, repliqué yo; y.....

—¡Por vida del diablo! exclamó Bamboche dando una patada en el suelo con desesperacion.

—¿Qué tienes?

—Ésos doblones... por temor de perderlos, los habia puesto debajo de una piedra en un rincon de la casilla... y allí se han quedado... No tenemos ni un cuarto...

—Silencio... dije de repente bajando la voz. Escuchad, que ese es el ruido de un coche...

—No moverse hasta que haya pasado, me dijo Bamboche.

—Y quedamos mudos, inmóviles, ocultos entre el espeso ramaje donde nos habiamos detenido á descansar, despues de haber andado algunas horas por el intrincado bosque, cuyas zarzas habian hecho pedazos nuestros ya muy usados vestidos.

El ruido que yo habia notado, se acercó cada vez mas, porque nos encontrábamos sin saberlo muy cerca de una de las encrucijadas del bosque.

Por un claro del ramaje, disminuido ya en algunos sitios por los primeros frios del otoño, vimos un coche que se detuvo junto á un poste que indicaba el camino, y cuya base estaba rodeada de una mesa de piedra circular.

Este tren, que era el mas hermoso que habia visto en mi vida, era una carretela tirada por cuatro soberbios caballos, guiados por dos postiliones jóvenes con casacas de color de castaña y cuellos azul celeste: dos criados de gran librea, tambien de color de castaña y azul, ricamente galoneadas de plata, iban sentados en la trasera.

Tres niños, y una muger todavía joven, ocupaban el carruaje.

Cuando se detuvieron los caballos, uno de los criados bajó del asiento de atrás con el sombrero en la mano, y se acercó á la portezuela.

Antes que hubiese hablado, un niño pequeño de cinco á seis años, y de un rostro encantador, guarnecido de largos cabellos rubios y rizados, exclamó con el mayor imperio:

—Bajemos aquí... quiero bajar aquí...

—Señorita, dijo el lacayo dirigiéndose á la muger joven, que era el aya, segun supi-

mos despues; señorita, *el señor vizconde* quiere bajar: alrola portezuela?...

El aya iba á responder, cuando el niño, pateando de cólera, exclamó:

—Os he dicho que quiero bajar aqui,.. abrid, pronto; yo lo mando...

—Si el señor Scipion quiere bajar... abrid, dijo el aya con tono formal y compasado.

Despues de haber desenrollado el estribo, el lacayo estendió los brazos para tomar al niño á quien llamaban *el señor vizconde* ó *el Señor Scipion*. Pero este levantando un junquito que tenia en la mano, rechazó al doméstico, diciéndole:

No me toques... quiero bajar solo...

—El señor Scipion quiere bajar solo, dijo gravemente el aya, haciendo una seña al lacayo para que se apartára. Dejad al señor Scipion.

—Entonces bajó este como pudo, con bastante lijereza, los tres escalones del estribo mientras que los dos lacayos, hombres de seis pies y algunas pulgadas, estaban á los dos lados de la portezuela con el sombrero en la mano.

Despues que saltó en tierra el señor Scipion viendo que el otro niño se disponia á bajar exclamó.

—No... tú no. Roberto. Quédate ahí, que quiero que Regina baje primero... *El coche es mio.*

Roberto se encogió de hombros por aquella contradicción: pero se resignó sin embargo.

Una graciosa niña, algo mas crecida que Basquine, se apeó con ligereza del carruaje, y fué en seguida por Roberto y por el aya.

Esta, dirigiéndose á ese vizconde de seis años dijo.

—Scipion.... queréis merendar ahora ó mas tarde.

—Merendaremos aquí; es verdad, Regina? dijo el vizconde á la preciosa niña.

—Oh! respondió esta con tono de chanza no diré ni sí, ni no. Eres tan contradictor y voluntarioso, que si digo que sí, tú has de decir que no.

—Oh! qué verdad es, añadió Roberto. Scipion es el mas chico: y siempre se han de hacer todos sus caprichos.

—Toma... como que tengo coche y vosotros no lo teneis... respondió orgullosamente el vizconde.

—Tambien mi padre tiene coche, dijo Roberto herido en su amor propio.

—Si, pero no tiene mas que uno, y nunca te lo presta... mi papá tiene cinco ó seis... y este es para mi solo, para que me pasee en él.

—Pues yo, dijo alegremente Regina, tengo mas todavia de que quejarme que Roberto... papá no tiene ni un solo coche.

—Por eso te doy un lugar en el mio, di-

jo el vizconde con aire conquistador.

Mientras duraba esta conversacion, los criados sacaron del coche unos cofres y una vajilla cuidadosamente organizada, estendieron unas servilletas sobre la mesa de piedra poniendo encima una succulenta colacion. La plata y el cristal brillaban á los rayos del sol medio amortiguados por los brazos de las grandes encinas que sombreaban la encrucijada.

Bamboche, Basquine y yo, escondidos en la espesura, estrechados unos contra otros, inmóviles y reteniendo la respiracion, contemplábamos aquel lujo deslumbrante, dándonos de tiempo en tiempo algunos codazos muy significativos á cada una de las excelentes cosas que veíamos servir en platos de plata, porque desde la vispera estábamos en ayunas: podrian ser entonces las tres ó las cuatro de la tarde: la vista de aquellos manjares apetitosos irritaba nuestra hambre mientras que con gran sorpresa nuestra, aquellos felices niños apenas tocaban la comida con sus labios.

El vizconde Scipion tenia detrás de sí uno de los criados de librea galoneada, que le servia con respetuosa obsequiosidad, tratando del mismo modo que el aya, de prevenir sus menores deseos.

Acababa el señor vizconde de tocar ligeramente un trozo de no sé qué pasta que es-

estaba particularmente mi codicia, cuando, tomando un vaso lleno de vino aguado, lo derramó sobre la pasta riendo á carcajadas.

—Pero, Scipion por qué echais á perder esa pasta? dijo el aya.

—No quiero mas, respondió el vizconde. Pero yo me la hubiera comido, exclamó Roberto.

—Ah!... bien; comerás otra cosa de las que hay. Como ha de ser.... la pasta era mia. Bamboche hizo un brusco movimiento de indignacion, y no pudo menos de murmurar en voz baja.

—Vaya... un galopin...

Basquine y yo tocamos con el codo á nuestro compañero, y se contuvo.

En este momento exclamó el señor vizconde con acento sorprendido y airado:

—Calle!... no hay crema?

—Scipion, bien sabeis que la crema os hace daño, y por eso no se ha traído, dijo el aya.

—Pues quiere crema...

—Pero...

—Os digo que la quiero... Que vayan á buscarla corriendo...

Y como el aya se resistiese, acometió al señor vizconde que se habia puesto carmesí de furor, una de estas cóleras de niño mimado, cuyo parasismo se hace de pronto tan violento que se vuelve en una convulsion.

—Espantada el aya, dijo á uno de los criados:

—Este acceso de cólera puede poner malo al señor Scipion; id corriendo con el coche á buscar la crema.

—Fuego!!... te daría yo... murmuró otra vez Bamboche apesar nuestro.

—Y dónde he de encontrar la crema? preguntó el lacayo á la muger. En medio de un bosque, es raro.

—Id hasta Morfontaine... allí la encontrareis probablemente. Marchad por un lado, que Santiago irá por otro. Apresuraos y tratad de traer esa crema; porque si no, caerá el señor Scipion en una de esas convulsiones que le son tan peligrosas.

—Avezados sin duda á obedecer los infantiles caprichos del señor vizconde, tomaron el coche los criados, encargando á los postillones que apretaran hácia Marfontaine.

—Siento, Scipion, que hayais enviado el coche, dijo el aya, poco despues: se cubre el cielo y no será difícil que tengamos tormenta antes de que vuelva.

Y á mí qué me importa? yo quiero crema, contestó obstinadamente el vizconde, entretenido por pasatiempo en desparramar por el suelo las sobras del refrigerio.

—A la atencion devoradora que promoviera en mí el cuadro de los manjares, siguió una abstraccion menos material, no pudiendo apar-

tar los ojos del encantador semejante de Regina.

Hasta entonces era Basquine la mujer mas bonita que habia yo visto: pero Regina presentaba un contraste tan notable con la nobleza de nuestra compañera, que la admiracion que inspiraba la una no perjudicaba en nada al efecto que causaba la otra. Basquine era rubia: mas su cútis, primitivamente blanco, rosado, habia adquirido el color dorado de las morenas en fuerza de nuestra vida nómada: Regina por el contrario, tenia los cabellos negros como tinta y un cútis de alabastro: tres lunares muy marcados, uno junto al ojo izquierdo, otro sobre el lábio superior, y el tercero en la barba, hacian mas vistoso el trasparente brillo de su cútis, y realizaban la púrpura de sus lábios. A pesar de estos tres graciosos signos, la fisonomía de Regina me pareció algo seria para la edad que tenia: sus rasgados ojos negros eran á la par penetrantes y melancólicos; en tanto que su boquita de diminutos lábios y la barba algo saliente revestian sus facciones de un marcado carácter de reflexion y firmeza: espesos cabellos negros retozaban en torno de su cuello, elegante y enhiesto como el de un cisne. Levaba un vestido muy sencillo de muselina blanca y pantalon guarnecido de encaje: medias y zapatos de color. Una ancha cinta de color de cereza ceñia su talle,

é iguales eran las que adornaban el sombrero de paja.

Tengo muy presentes todos estos recuerdos. Ay! Quién me hubiera dicho entonces... Pero cada cosa vendrá en su tiempo y lugar.

Olvidado del hambre, de Basquine, de Bamboche y de nuestra apurada situación, no podía apartar los ojos de Regina: dos ó tres veces senti que el rubor me abrasaba las mejillas y la frente, y que el corazón me latía con violencia: á no ser por el ejemplo de los precoces amores de Bamboche, la rara belleza de aquella niña no me habria causado sin duda tanta admiracion, que luego se trocó en profunda simpatia; porque Regina me pareció tan discreta y reservada, como caprichoso era el vizconde, y aun dos ó tres veces se lo puso con una dignidad que me hechizó.

Roberto, el otro niño, que seria de la estatura de Bamboche, aunque mas delicado era muy lindo: queria hacerse el hombrecito y dirigia frecuentes apartes á Regina. Sin querer, me irritaba esta intimidad, así como los obsequios que le prodigara mientras comian: vestia como Scipion una elegante blusa, pantalón claro, y la camisa terminaba en un puñecito plegado, sujeto por una corbata de raso.

Me entretengo en estos pormenores, primeramente, porque los tengo tan fijos en la memoria, que muchos años despues conocí á primera vista á estos personajes, y ademas, porque la compuesta traza de aquellos afortunados niños contrastabamos con nuestros andrajos destrozados por las zarzas del bosque, pues prescindiendo de los dias de funcion acrobática, generalmente ibamos horriblemente mal pergeñados.

Habiamos presenciado, silenciosos y escondidos, el banquete de los tres niños: rato habia que se alejara el coche, y los truenos lejanos y las ráfagas de viento anunciaban una tormenta prócsima, cuando Bamboche, que habia estado pensativo, se levantó de pronto y dijo:

—Seguidme.

Apartando en seguida las ramas que nos ocultáran, aparecimos los tres en la plazaleta donde estaban el aya, Regina, Roberto y el vizconde Scipion.



## CAPITULO V.

### Los hijos de los ricos.

**L**A cara pálida y flaca de Bamboche, cubierto con un mal gorro griego que solo tapaba á medias sus largos y erizados cabellos negros, su blusa andrajosa, su robustez y altura, no muy comunes en su edad, y la espresion áspera y resuelta de su fisionomía, eran circunstancias de mal agüero para nuestra aparicion, y digo nuestra porque Basquine y yo ibamos vestidos tan miserablemente como él; así fué que apenas nos vieron Roberto y Regina se acercaron instintivamente al aya, y solo Scipion que aunque mas pequeño, era el mas valiente de todos, exclamó:

—Mira, mira esos pobres.... Qué querrán?  
¡Pues no están poco sucios!

Bamboche se quitó el gorro, y aprócsimándose al aya la dijo con voz dulce y conmovida que contrastaba no poco con su talante enérgico:

—Señora..... queréis hacer una buena acción por la que Dios os premiará..... lo mismo que á estos señoritos.... y á esa señorita?

—No comprendo, respondió el aya con suma sorpresa, no sé.... lo que me pedis..... ¿Por que estábais escondidos en este bosque?

—Voy á hablaros con franqueza, señora, repuso Bamboche fervorosamente, ninguno de los tres tenemos padres..... ni recursos..... venimos de muy lejos..... pertenecíamos á una compañía de saltimbanquis, y viendo que aquel oficio no nos convenia.... que nos íbamos volviendo unos tunantes.... nos escapamos. Vos sois rica, proporcionadnos medios de ser hombres de bien.... no deseamos mas que trabajar y ser buenos..... Hasta ahora nos han tratado tan mal, señora, que por poco que se interesen por nuestra suerte nos parecerá mucho.... Vamos, buena señora.... un rinconcito en vuestra casa hasta ponernos de aprendices donde querais.... lo mismo nos dá.... Solo desearíamos aprender un oficio para ganarnos el dia de mañana la vida como Dios manda.... Tenemos ánimos y

hemos pasado tanta miseria, que ningun trabajo se nos hará duro.... pero queremos ser hombres de bien.... de veras, nos corre prisa.... mucha prisa.

El aya estaba callada y confusa: los niños se miraban como si no comprendieran las palabras de Bamboche, el cual se habia espresado con una decision tan loable y una conmocion tan sincera, que dos veces vi asomar las lágrimas á sus ojos.

Yo, por ayudarle, añadí:

—Vamos, buena señora..... que se encargue este señorito, (y me volví hácia Scipion) de mí.... este otro de mi camarada, y esta señorita tan guapa de nuestra compañera; no os arrepentireis.

—Oh! ya se vé que no, señorita..... dijo Basquine mirando en ademan de súplica á Regina, de quien yo tampoco apartaba la vista, pues de cerca me parecia todavia mas deslumbradora su belleza, y me turbaba hasta lo mas profundo.

—Bah! respondió el aya encogiéndose de hombros y haciendo melindres de desprecio: eso es un disparate... no os conocemos... no sabemos absolutamente quienes sois.

—Somos tres niños.... muy desgraciados, dijo Bamboche con voz penetrante..... muy dignos de lástima.... si tal. Por Dios, señora.... ya habeis oido lo que ha dicho Martin; que cada señorito se encargue de uno

de nosotros: son tan ricos.... tan felices!... Nada les cuesta, y mañana tendrán unos amigos.... unos hermanos.... que se dejarán matar por ellos.

—Vaya con los chicos! exclamó Scipion haciendo un gesto de desden, dicen que serán amigos nuestros, yo no quiero ir con pobres.

—Ay, señorito, repuso Bamboche enternecido acercándose á él... Siempre habeis sido feliz... no es verdad? nunca habeis tenido hambre ni frio... nunca os han pegado... Pues poneos en el lugar de nosotros que hemos pasado por todo eso.

—Qué bestia es ese grandullon! dijo Scipion. Pues no me pregunta si he tenido hambre y frio?

Advertí que temblaba la mandíbula de Bamboche, como le sucedia siempre que reprimia sus ímpetus naturales, pero permaneció quieto.

Regina era la única que parecia estar conmovida; dos veces se tiñó de púrpura su blanco semblante y otras tantas se acercó á Basquine con una espresion confusa de interés, de reserva y casi de miedo. Alentada Basquine dió un paso hacia ella presentándola las dos manos, pero fuese por temor ó por indecision, ello es que Regina retrocedió vivamente... La segunda vez creí que iba á vencer sus dudas, pero una ojeada severa del aya, acompañado de esta exclamacion:

—Regina!..... paralizó sus buenas intenciones.

El cielo se había ido encapotando; al través del follaje se vieron brillar algunos relámpagos, el aya, que sin duda comenzaba á inquietarse seriamente, dijo con acritud á Scipion:

—Se te antojó que nos separásemos del camino, porque eres caprichoso como niño mimado, y ahora se nos echa encima la tempestad ..

—Y á mi qué me importa!... Quiero crema, y crema tendré, respondió Scipion.

El aya se encogió de hombros, volviéndose hacia Bamboche, que con los ojos bajos y la frente bañada en sudor aguardaba la respuesta humildemente.

—Soy, te dijo, aya de Mr. Scipion, hijo del señor conde Duriveau. M. Robert y Mlle. Regina me han sido confiados por su familia para venir á merendar con el señorito Scipion, por lo tanto no puedo encargarme de vosotros, prescindiendo de que siempre sería una locura... no absurdo el hacerlo... Si hubiera una de recoger á todos los pordioseros que encuentra!... vamos, sería una ridiculez.

—Señora, replicó Bamboche dominándose y en tono suplicante, si supiérais cuál es nuestra posición!... de un momento á otro nos pueden prender como vagabundos... y meternos en la cárcel... si, en la cárcel has-

ta los diez y ocho años... Eso la podeis decir al señor conde, y estoy seguro de que no se incomodará porque hayais tenido compasion de nosotros: ya haremos por enternecerle, llevadnos á su presencia... dejadnos subir á la trasera del coche...

=En *mi* coche... estos chicos tan desarapados! exclamó el vizeconde con asombro, pues estará bueno!

=Amiguito, contestó el aya á Bamboche volviendo á encojer los hombros, si conociérais al señor conde Duriveau sabriais que él menos que nadie cometª semejantes locuras. Todo lo que por vosotros puedo hacer es...

Aquí se interrumpió el aya, pues se le presentaba una buena ocasion de enseñar prácticamente la caridad á sus educandos: sacó pues el bolsillo, cogió con gravedad tres medios francos, y dando uno de ellos á cada niño de los que á su guarda estaban encomendados, dijo compungida:

=Ya veis, amados míos, que diferencia tan grande existe entre vosotros y esos miserables chicos: debeis tener buen corazon y compadeceros de ellos; dadles estos diez sueldos á cada uno, y ademas pueden comerse los restos de la merienda, añadió magestuosamente el aya:

=Es que Scipion, dijo Regina, lo ha llenado todo de arena y tierra...

=No os apureis por eso, Regina, contestó

el aya, no se andarán en delicadezas por un poco de arena, porque en su vida habrán hecho comida igual.—Volviéndose á nosotros prosiguió.—Vais á recibir algun dinero, aparrad las blusas para llevaros las sobras de la merienda, y dejadnos en paz, amiguitos, porque esto ya se va haciendo pesado...

—Señora, dijo tristemente Bamboche. Algunos sueldos y los restos do este almuerzo no mejorarán en nada nuestra posicion. No hemos venido á pedir esta limsona, añadió con voz suplicante uniendo sus manos con fuerza; lo que os pedimos es el medio de trabajar... de salir de la mala vida que hacemos... no es con el bolsillo, sino con el corazon, con lo que se nos puede hacer esta limosna.

Segun su modo de ver el aya debia creer que habia hecho humanamente por nosotros todo lo que era posible y razonable, é impacientada del empeño de Bamboche, le dijo duramente:

—Puesto que sois tan dificiles de contentar idos con Dios y dejadnos tranquilos. Se os dá lo que se puede...

—Si *mis* criados estuvieran aquí, os echaria á puntapiés.

—Es verdad, son muy fastidiosos estos pobres! añadió Roberto, y echándolos á los pies la moneda de diez sueldos, dijo—Id con Dios.

En vez de echar su moneda á nuestros pies, Scipion la tiró á la cara de Bamboche y le dió en el pecho.

Ví á Regina deseando poner su dádiva en manos de Basquine, pero no se atrevió á hacerlo....

—No os ireis, dijo el aya impetuosamente.....

En aquel momento sonó un violento trueno, y casi al mismo tiempo gritó Bamboche acercándose al aya, pálido de rabia y con ojos amenazadores:

—Hola!... así se nos trata!... Pues nosotros no queremos limosnas vuestras, entendeis? no queremos sobras que habrán llenado de babas éstos galopines, estamos?

Bamboche estaba espantoso, y confieso que yo también sentía la misma indignación: tanto desden, tanta dureza en el modo de darnos limosna, me repugnaban como á él: además... creo que abrigaba ya vagamente en mi interior una especie de celos de Roberto, quien á las primeras palabras con que les amenazó Bamboche, se acercó á Regina como para protegerla.

Basquine estaba avergonzada cruelmente, y me dijo en voz baja con los ojos llenos de lágrimas que la arrancaba la indignación:

—Vaya, que estos niños ricos...

El aya, aunque al principio se asustó porque la selva estaba solitaria y nuestra cara

no era para infundir la confianza habiase luego tranquilizado; reflexionando que al fin eramos todos unos niños: así es, que contestó con tanto desprecio como enojo:

—Habrás visto á miserables como ellos... recibir con tanta insolencia la limosna con que les honra una?

Bamboche permaneció silencioso un momento, echando á su alrededor miradas siniestras, cual si estuviese combinando algun proyecto. De pronto se arrojó sobre el aya con la agilidad de un gato montés, la asió por el pesuezo y gritó:

—Martin.... sujeta á ese par de tunantes.... tú Basquine, echa mano á esa chica.

Roberto cogió animosamente una botella y me la tiró á la cabeza; paré el golpe, y cogiéndole por la mitad del cuerpo con la ligereza y vigor que habia ya adquirido, le tendí en el suelo con facilidad:

Scipion en tanto, naturalmente atrevido, se me agarró á las piernas y procuraba morderlas; mas luego que pase una rodilla sobre el pillo de Roberto, bastándome una mano para sujetarle, cogi con la otra á Scipion por su largo pelo y logré hacerme dueño de él, mientras que Basquine, obedeciendo tambien á la voz de Bamboche, caia sobre Regina y la apretaba con fuerza entrambos brazos diciendo:

—Si no os moveis.... no os haré daño.

Todo esto pasó con estremada rapidéz. Luego que ejecutamos de esta manera, casi maquinal, las órdenes de Bamboche tratamos de averiguar á que altura se hallaba con el aya.

La pobre mujer, livida de espanto y dominada fácilmente por Bamboche, que era muy robusto y estaba muy alto para su edad, se dejaba atar á un árbol con un largo chal que llevaba.

Sacando despues de la blusa las pistolas que ya nos habia enseñado, cuando cayó Lucifer reventado, Bamboche se las puso al aya delante de los ojos y la dijo:

—Si dais un solo grito... os levanto la tapa de los sesos.

Aunque no estaban cargadas aquellas armas, bastó su vista para hacer llegar al estremo el terror del aya, que cerró los ojos y dejó caer la cabeza como un cuerpo inerte, agitado solo de vez en cuando por una contraccion convulsiva.

Marchó entonces Bamboche hácia la mesa, dejó sobre ella sus armas, cogió una botella con vino que creo fuese de madera, llenó tres vasos y nos dijo á Basquine y á mí:

—Soltad á esos bribones... ellos se estarán quietos, y si no....

Esto diciendo les enseñó las pistolas.

Roberto y el mismo Scipion, á pesar de su valor, se quedaron inmóviles al oír esta espantosa amenaza. Regina corrió con un senti-

miento instintivo de pudor y compasión hasta donde estaba el aya, y procuró hacerla volver en sí.

Mostrándonos entonces Bamboche con la vista los vasos llenos, cogió uno, lo levantó en alto y dijo con cierta exaltación salvaje que en mi vida olvidaré:

—Bebamos este vino por el odio á los ricos... Tengamos siempre presente que dos veces hemos deseado en lo mas profundo de nuestro corazon ser hombres de bien y que nos han amenazado con la cárcel ó rechazado con desprecio y crueldad. Ya lo veis..... el tullido tenia razon.... Odio á muerte á los ricos.

Y apuró su vaso de un trago.

—Odio á muerte á los ricos! dijo Basquine vaciando tambien el suyo.

Por la primera vez advertí en su rostro infantil una espresion de malicia sardónica que me sorprendió.

—Odio á muerte á los ricos, repetí yo, bebiendo como mis compañeros.

Parecerá pueril esta escena, pero á mí me dejó un recuerdo eterno y siniestro: oíanse truenos espantosos, el viento silvaba, caian anchas gotas de lluvia que presagiaban la tempestad, y casi no se veia bajo aquella bóveda de follage, pues empezaba á anochecer y el cielo estaba cubierto de negras nubes.

Aquel vaso de un vino que tan poderosa-

mente obra sobre la cabeza, bebido de una vez y en ayunas, como lo estábamos desde el día anterior, no nos embriagó, pero nos puso en un estado de sobre escitacion violenta.

—Mira, dijo Bamboche volviéndose hácia Roberto y Scipion, que no atreviéndose á huir se habian escondido asustados debajo de la mesa de piedra, donde estaban acurrucados llorando á lágrima viva, ahora vamos á enseñar á esos hijos de gente rica..... que se rien de nuestra miseria.... lo que es la miseria.

—Dicho esto se inclinó y cogiendo á Roberto por el cuello de la chaqueta, le trajo á sí á pesar de su resistencia, y prosiguió:

—Vamos, añadió.... ven á pedir limosna con nosotros.... á vivir como nosotros. Martin, coge al señor vizconde, añadió con ironia.

Mas abandonando de pronto á Roberto, despues de haberse quedado pensativo, Bamboche le dió un empellon diciendo:

—Bah!.... á tí te doy suelta; pareces mas bestia que pícaro.... pero el señor vizconde.... el señor Scipion, que es la flor y nata de los hijos de ricos, vendrá con nosotros.... Tú, Martin.... coge á la chica; no tienes muger, esa es guapa y te á caído en gracia, con que échala mano, tuya es.

—Sí, eso es, exclamó Basquine animado como nosotros por el vino, y sin disimular una especie de júbilo feroz.

=Apodérate de esa corderita, Martin.... también á mi me separaron de mi padre.... que sea ella como yo y no me dará vergüenza.

=Con que al avio, dijo Bamboche cogiendo con una mano las pistolas y arrastrando con la otra á Scipion que se resistia, dando penetrantes gritos.... internémonos en la selva, porque puede volver el coche. Martin, carga con tu muger y vamos andando.... te advierto que si gritas ó te mueves te dejetoso, añadió poniendo una pistola en la frente á Scipion.

Ecsaltada mi cabeza por el vino y turbada mi razon por la belleza de Regina, que tanto me habia impresionado, corrí hácia ella, y á pesar de la desesperada resistencia que opuso agarrándose á los vestidos de su aya, y pidiendo socorro, la abracé brutalmente y me la llevé, sin que su leve peso embarazase mi marcha.

—Pasa adelante de Basquine y ábrenos camino; antes de diez minutos habrá anochecido..... y no se conocerán nuestras huellas.

A los esfuerzos convulsivos de Regina sucedió un estado de lasitud estremada, cual si estuviesen enteramente agotadas las fuerzas de la pobre niña: la sentí desmayar en mis brazos, su cabeza cayó sobre mis hombros y sus heladas mejillas se tocaron con las mias.

Llevábamos ya andado algun trecho por la espesura; asustado de verla así, exclamé involuntariamente:

—Bamboche, se pone mala.

—No te apures, respondió Bamboche soltando una carcajada y sin soltar á Scipion, pronto la harás volver en sí.

Y habiendo cerrado enteramente la noche, nos internamos en lo mas profundo de la selva.

## CAPITULO VI.

Claudio Gerard, el maestro de  
lugar.

**C**LAUDIO Gerard! No puedo escribir este nombre sin un profundo sentimiento de admiracion, enternecimiento y gratitud nefable.

Voy á decirs como conocí á Claudio Gerard.

Algun tiempo habia pasado desde que en la selva de Chantilly robé yo á Regina, en tanto que Bamboche se llevaba por fuerza al vizconde Scipion. Despues de andar errantes por aquellos bosques, hizonos la casualidad tropezar con una ronda de gendarmeria. Scipion gritó pidiendo socorro, y aterrados nosotros abandonamos nuestra presa y huimos.

La oscuridad de la noche, la espesura del bosque y nuestra agilidad nos permitieron burlar la persecucion de los gendarmes, malamente montados: al amanecer habiamos salido del bosque, y marchábamos por el camino de Louvres volviendo la espalda á Paris.

Contrariadas nuestras tendencias al bien, habianse despertado nuevamente nuestras malas pasiones, mas vivas, mas acres, mas rencorosas que antes; los desaires, los desprecios de que habiamos sido objeto, legitimaban á nuestros ojos aquella funesta resolucion de inclinarnos al mal.

Ibamos alegres, burlones é insolentes, camino adelante y cuidando solo de no entrar en poblaciones grandes donde es mas activa la vigilancia de la policia: en los lugares pediamos limosna ó cantábamos en las tabernas hurtando lo que podiamos, ya la ropa blanca que ponian á secar en los cercados, ya alguna gallina rezagada etc.: luego vendiamos el fruto de nuestros robos como encontrados por casualidad y rara vez dejábamos de ha-

llar comprador en aquellos caminos. Dormíamos en las granjas y cuadras que nos franqueaban de caridad, ó bien pasábamos la noche en el interior de algun molino harinero en que buscábamos abrigo, pues al otoño habia sucedido el invierno.

Jamas he conocido las sensaciones del juego: pero Bamboche que posteriormente pudo disponer por medios, sino criminales, poco escrupulosos, de sumas considerables que jugó, perdiendo como es natural unas veces y ganando otras, Bamboche me ha dicho que nada habia mas parecido á la agitacion del juego que aquellas continuas alternativas de miedo y de esperanza, terror y júbilo, abundancia y privacion que caracterizaron los dias de nuestra vagancia.

¿Dónde dormiremos esta noche? nos preguntábamos. ¿Será abundante la limosna? ¿Habrà ocasion de hurtar algo? ¿Producirán mucho las canciones de Basquine? ¿Nos sorprenderán si robamos?.... ¡Qué zozobra, qué terror al hacerlo! Y si lo haciamos impunemente y lograbamos vender lo hurtado, ¡qué gozo, qué orgullo ya sobre todo, qué burlas de nuestra victima.

Casi ningun dia pasaba sin estas febriles conmociones. La casualidad,— lo imprevisto, estas dos palabras eran el resumen de nuestra vida; y aunque despues me he hallado en condicion muy diversa, no recuerdo ha-

ber vivido, no diré mas feliz, pero sí mas aprisa que en aquella azarosa época de mi existencia.

Si ademas de la fatalidad á que obedecemos, se pudiera atenuar con algo la verguenza y odiosidad de nuestra conducta de entonces, seria con la reflexion de que obrabamos con una especie de travesura infantil; de que no nos jactabamos de hacer robos sino de dar chascos; arañabamos algo, como dicen los chicos, y el gendarme era para nosotros lo que el maestro para el estudiante rebelde.. . . . .

Estabamos á las inmediaciones de un pueblo de poca importancia que habiamos descubierto desde un alto del camino en que habia una cruz de piedra. Tocaba el dia en su término y esperabamos hallar allí un albergue donde pasar la noche, porque iba creciendo el frio: era á principios de invierno.

No tardamos en llegar, atravesando el campo; á las últimas casas del pueblo: una de ellas, bastante aislada, pobre y miserable, tenia abierta una ventana que caia á la vereda por donde ibamos: al otro lado se estendia un espeso retamar.

Bamboche iba delante; seguiale Basquine y yo cerraba la marcha.... De pronto se para mi compañero, asoma la cabeza por la ventana, hace un movimiento de sorpresa, y vol-

viéndose vivamente hácia nosotros dice en voz baja.

—Dinero!... mas de cien francos.

Y encargándonos silencio con un ademan, nos hace seña de acercarnos.

Vimos entonces por la ventana un estrecho cuartucho contiguo á una cuadra, de la cual solo le separaba un zarzo de mimbres que dejaban entre si paso para un hombre. Bamboche nos hizo notar en un rincon del cuarto una mala capa sobre la cual brillaban heridas por un rayo del sol poniente, muchas monedas de plata.

La casa estaba sola; al traves del establo se veia abierta la puerta que daba á un corral lleno de estiércol.

Despues de un momento de reflexion nos dijo Bamboche.

—Basquine, anda y ponte de acecho en la vereda; Martin y yo entraremos en la casa por esa ventana, y mientras él cierra la puerta del establo para que no me sorprendan, recojo yo el dinero... que es cosa de un momento.

—Bueno, contesté; pesca tu la plata... y yo cerraré la puerta.

—Si tratan de perseguirnos, prosiguió Bamboche, no hay mas que largarse cada uno por donde pueda; dentro de tres ó de cuatro horas nos reuniremos en la cuesta desde donde vimos el pueblo: ya sabeis, donde habia una gran cruz de piedra.

—Si, digimos yo y Basquine, sabemos el sitio ya nos acordamos.

Haciendo entonces Bamboche otra seña á nuestra compañera para que marchara á ponerse de acecho dió un salto y entró por la ventana.

Yo le imité, y mientras mi amigo corria hácia la cama á cojer el dinero, acudí á cerrar la puerta... ya la iba á tocar cuando apareció de repente un hombre que venia del corral, y á quien no habia yo podido ver hasta entonces. Aunque con alguna sorpresa, me dijo afablemente:

—Qué haces aquí, hijo mio?

En vez de contestar dí un grito convenido de antemano con Bamboche, y me tiré á las piernas del recién llegado, abrazándolas con tanta fuerza, que perdió el equilibrio, cayó..... y fueron vanos los esfuerzos que por algunos segundos hizo para levantarse, tanta era la fuerza con que yo le abrazaba.

Mas no podia yo sostener con ventaja por mucho tiempo una lucha tan desigual: como era de suponer, mi adversario me sujetó con mano vigorosa, y sacándome de la cuadra me llevó al corral, sin duda para examinarme mejor, y sin sospechar siquiera que acababan de robarle y que yo era cómplice de aquel robo.

Yo le seguí sin resistencia, reflexionando que ya Bamboche y Basquine habian tenido tiempo para huir.

—¡Oiga!.... me dijo Claudio Gerard.

El era.... y su acento revelaba mas asombro que cólera.

—¿Qué te ha dado? ¿á qué ha venido esa furia con que te arrojaste á mí?

Y mirándome con mas atencion prosiguió:

—Pero... tú no eres del pueblo.

Permanecí callado.

—¿De donde eres? ¿de dónde vienes?

Continué guardando silencio, pues la prolongacion del interrogatorio aseguraba mas y mas la fuga é impunidad de mis cómplices.

—Vamos, hijo, prosiguió Claudio Gerard con paternal dulzura... espícate.... esto es natural .. estás temblando.... conmovido.... pálido, mírame.

Entonces alzé por la primera vez los ojos sobre Claudio Gerard.

Desempeñaba á la sazón la escuela del lugar, funciones que aceptadas como él las entendia, equivalian á un sacerdocio.... Vi á un hombre de treinta años, de regular estatura, apariencia robusta y miserablemente vestido con una blusa remendada; los pies desnudos medio desaparecian en unos zuecos rellenos de paja: llevaba un sombrero muy viejo de fieltro pardusco, de copa hundida y anchas alas, como los que usan los carreteros franceses: sus pronunciadas facciones no tenia regularidad, pero me sorprendieron por su expresion de melancolía, dulzura y gravedad.

—¿No quieres responderme, hijo mio? continuó Claudio Gerard con una sorpresa no esenta de inquietud.

—Y ahora reparo.... repuso de pronto.... yo estaba en el corral hace un cuarto de hora y no te he visto entrar.... ¿Cómo has llegado á la cuadra?

Illuminado sin duda entonees por una súbita idea exclamó:

=La ventana de mi cuarto estaba abierta, y ese dinero....

Pero añadió corrigiéndose.

=No, imposible! .. es un niño!... sin embargo, cuando me agarró las piernas dió un grito.... acaso seria una señal.

Esto diciendo me habia Claudio Gerard cogido un brazo: hizome atravesar el establo, se dirigió precipitadamente hácia lo que él llamaba *su cuarto*, entró, echó una ojeada á la cama y vió que el dinero habia desaparecido.

Tirándome entonces con fuerza del brazo exclamó:

—Desgraciado!.... me han robado y tú lo sabias.

=Yo no, contesté.

=Quién me ha quitado ese dinero?... responde! gritó con voz sonora.

Igual silencio en mí.

=Dios mio! dijo Claudio Gerard, llevándose con desesperacion las manos á la frente...

un depósito que me acaban de entregar!... me le han robado!

Aprovechando el movimiento de Claudio Gerard, quise escaparme.... pero me volvió á coger al trepar por la ventana.

Mirándome luego con una espresion de cólera, dolor y compasion, murmuró:

— A su edad! Dios mio!... tan pronto!....

Y sin decir mas me obligó á seguirle, atravesó rápidamente conmigo el establo y el corral, se paró delante de una especie de perrera de mamposteria muy reducida, y á pesar de mi resistencia desesperada me encerró, asegurando la puerta exteriormente con un cerrojo.

Al verme prisionero, mi primer pensamiento fué escaparme; pero la pared era gruesa y yo no poseia ningun instrumento para taladrarla: en la puerta que tenia mucha solidéz, habia algunos agujeros: apliqué á ella el rostro.... mas nada pude ver ni oír.

Convencido de la imposibilidad de fugarme, empezaron á agitar mi ánimo crueles dudas. Olvidando los peligros de mi posicion, no pensé mas que en los que podian correr Bamboche y Basquine, pues si Claudio Gerard daba el alarma y empezaban los habitantes del pueblo á registrar las inmediaciones, era mas que probable que cogiesen á los dos ladrones. Esta idea me desesperó, aunque tal vez menos que la posibilidad de una separacion.

—Siquiera en la cárcel decia yo con el egoísmo de la amistad, estaremos juntos:

Al cabo de una hora vi entrar en el corral hasta una docena de vacas y dirigirse al establo, guiadas por un muchacho de mi edad: casi al mismo tiempo apareció una mujer vestida con cierto esmero, y gritó con voz desentonada é imperiosa, por varias veces consecutivas.

—Claudio Gerard.

A los gritos salió el vaquerillo del establo y dijo:

—No está en casa el maestro, señora Honoria.

—Cómo que no está! repitió desabridamente ella: pues á dónde diablos ha ido?

—No sé.... En su cuarto no hay nadie, y tiene la ventana abierta.

—A que tendré que hacer antesala al señor maestro de escuela! murmuró Honoria para sí, como reprimiendo su enojo.

Y empezó á pasear arriba y abajo por delante de mi encierro con una irritacion que á cada vuelta iba en aumento.

Era una muger de unos treinta y cinco años, bastante pequeña y rechoncha: tenia cejas pobladas y negras, carrillos abultados y encendidos, aire resuelto y altanero: vestia un bonito traje de seda y llevaba en la garganta una cadena, y en la cabeza un gorro con cintas, que dejaba descubiertos en parte sus negros y lustrosos cabellos.

Diez minutos haria que estaba fulminando maldiciones la señora Honoria cuando vi entrar á Claudio Gerard, pálido y trastornado...

Venia solo...

Mi corazon dió un brinco de alegría. Basquine y Bamboche estaban en salvo... no habian podido dar con ellos.

No bien apareció Claudio Gerard, salió velozmente la señora Honoria á su encuentro, y exclamó con aspereza, encendido el rostro por la cólera.

—Sabeis que hace diez minutos que estoy esperando con un pie en el aire como la grulla? Donde habeis estado? Vamos, responded!

—El maestro, sin atenderla apenas, se pasó la mano por la cara, trastornado y bañado en sudor, y murmuró tristemente:

—No hay esperanza, Dios mio!... Perdi el dinero.

Ya no me quedaba duda: Basquine y Bamboche no tenian nada que temer. Harto me lo decia el abatimiento de Claudio Gerard.

La señora Honoria, tan sorprendida como irritada del silencio del maestro, exclamó.

—Pues me gusta! .. estoy hablando al señor Gerard, y no se digna responderme.

—Perdonad, señora Honoria, dijo Claudio con voz inmutada: y reponiéndose, iba á....

—¿Qué me importa adonde fuérais? el caso es que hace un cuarto de hora que estoy esperando.

Con no poca sorpresa noté que el maestro de escuela no decia una palabra del robo de que acababa de ser víctima. Venciendo su conmocion, respondió á Honoria con tanta dulzura como diferencia.

—Siento haberos hecho esperar, señora.... ignoraba que ibais á venir... En qué puedo servirlos?

—Quisiera saber ante todo, por qué no habeis arreglado y barrido la sacristia, como os mandé esta mañana.

—Empecé á barrer, pero llegó la hora de la clase y...

—La clase, la clase!... como si no fuera primero la sacristia... no se os paga para tenerla limpia?

—Es verdad, señora Honoria.

—Pues si es verdad, por qué sois tan holgazan? Y al palomar? Mas de ocho dias hace que no habeis puesto los pies en él. Está asqueroso. El señor cura subió esta mañana y tuvo hasta náuseas... se enfureció contra vos.

—Señora... permitid que...

—Basta: vais á decirme que no os dan nada por limpiar el palomar... lástima fuera! como si no pudiéseis servir en una cosa tan pequeña al señor cura.

—Ya sabeis, Señora Honoria, que le sirvo en cuanto puedo, respondió el maestro de primeras letras, con una calma y dulzura inal-

terables. En cuanto tenga un momento libre limpiaré el palomar.

Se busca ese momento.

—Le buscaré, señora Honoria.

—No, que no!... Pero vamos á otra cosa: para mañana hay que abrir una sepultura: os lo venia á decir de parte del señor cura; pero como andábais corriendo la pavana... ya se ve.

—Una sepultura! dijo vivamente Claudio Gerard... sin duda para esa señora tan jóven? Con que no hay remedio?

—No, no hay remedio, respondió secamente Honoria. El señor cura la ha administrado al acabar de comer... así, á manera de *café*...

—Pobre jóven, dijo Claudio Gerard con acento de dolor y compasion; morir á su edad... tan hermosa!...

—Maldita la lástima que tengo yo de esas señoronas, tan hermosas y tan encopetadas, pero que se escapan de casa del marido con sus amantes, repuso ágricamente Honoria.

—Des años ha estado esa jóven en el pueblo, y siempre ha vivido absolutamente sola con su criada; de qué se la puede acusar? replicó Claudio Gerard en tono severo.

—Toma! vivia sola, porque antes de venir la habia dejado plantada su amante; y á fé que hizo lo que debia.

—Y su hija? qué dolor de niña! dijo Clau-

dió melancólicamente: venir aquí para ver morir á su madre.

==El tonto es el marido que se la envía.

==Señora... harto castigo era el haber estado separada de ella tanto tiempo.

==Ella se lo quiso.

Por muy culpable que sea una mujer.... quién la puede privar de ver á su hijo... para abrazarlo por última vez antes de morir?

—Pues yo se lo hubiera negado.

Sois muy severa, señora Honoria... muy severa... verdad es que teneis derecho á ello.

==Ya lo creo! Pero el que vos no teneis y tomáis, respondió Honoria, es el de hacerme esperar como hoy. A ver si mañana está la sacristia barrida y el palomar limpio. (1)

— Procuraré que lo estén, señora Honoria.

==Cuidadito, dijo el ama del cura alejándose, con magestuosos pasos.

---

(1) Aunque en esta pintura de la miserable condicion á que se halla reducido el maestro de primeras letras de un lugar, único dispensador de la educacion, revalice en la parte odiosa con la ridicula, no se cree que hay en estos hechos la menor exageracion, ni menos que son escepcionales. En un excelente libro oficial, y muy moderado por consiguiente, pero escrito bajo el impe-



## CAPITULO VII.

### Libertad.

**U**A inalterable dulzura, la resignacion tranquila de Claudio Gerard, me causaron una impresion singular: me senti enternecido y casi me asalto un remordimiento de haber tenido parte en un robo que parecia

=====  
*rio de las ideas mas generosas, leemos.*  
*Podemos decir que el maestro de escuela es colocado á menudo en los lugares en la misma categoria que los pordioseros y que entre el pastor y él la preferencia está á favor del pastor (p. 213) que cuando los alcaldes quieren dar al maestro una prueba de aprecio le hacen comer en la cocina. Y mas adelante. Apremiados siempre por la*

causar á aquel hombre una pena tan grande.

Estaba anocheciendo cuando se alejó la señora Honoria.

Claudio Gerard se encaminó hácia la cuadra, mas acordándose de mí sin duda, retrocedió de improviso, se apróximó á mi encierro, le abrió y dijo:

=Seguidme.

Andando delante del maestro le acompañé á lo que llamaba su aposento.

Una empalizada semejante á las que sirven para encerrar los rebaños, separaba del establo el recinto donde moraba Claudio Gerard. Al débil resplandor de una vela distinguí al lado de la cama del maestro algu-

====

*necesidad de cobrarse de los 200 francos que al maestro se dan, muchos cabildos municipales han pretendido que al menos se consideren comprendidas en sus obligaciones mil diferentes cosas que bastan para quitarle todo el tiempo; le hacen ser sepulturero y tambor, limpiar el lavadero público, dar cuerda al reloj, ejercer las funciones de chantre y sacristan, comprar de su bolsillo las hostias, lavar los paños de altar y comprar las escobas (234)*

*Las notas siguientes á que se remite el autor del libro de que hablamos estan extractadas de los informes dados por los cuatrocientos noventa inspectores de las escuelas de Francia.*

nas tablas cargadas de libros: en un rincón apoyado en la tapia había un cuadro de madera negra donde aun se conservaban guaristnos hechos con yeso, y sobre una mesa coja estaban amontonados muchos cuadernos de escritura.

Miraba yo con inquietud á Claudio Gerard, no sabiendo lo que haria.

Seguramente, digo para mí, querrá obligarme á que nombre á mis cómplices y entregarme en seguida á los gendarmes que me llevarán á la cárcel á pasar años y años; pero me matarán antes que delate á Basquine y á Bamboche, esclamaba yo heroicamente, reflexionando con dolorosa angustia acer-

---

(112) *Los maestros de primera educacion son pobres y andan mal vestidos: dan leccion con zuecos y sin medias, chaleco ni corbatin. A pesar de la triste idea que tenia yo de la instruccion en estos campos, estaba muy distante de pensar que los maestros se hallasen en una situacion tan deplorable. ¿Ni cómo podia ser menos, cuando cada alumno les paga, 40, 90 y aun algunos 25 céntimos al mes, y estan la mayor parte casados y cargados de familia?* (214) *B... que no saca de su profesion de maestro mas que unos cien francos al año, sirve de criado en casa de un labrador.* (234) *En los contratos se estipulan todas las funciones del profesor*

ea de nuestra separacion que podia ser eterna. ¿Cómo haria para encontrar á mis compañeros? ¿Cómo me escaparia para incorporarme con ellos en el sitio que habiamos designado?

Sin dirigirme la palabra tomó Claudio Gerard un pedazo de pan casi negro, puso sobre la mesa un saquillo de nueces y un puchero con agua y partiendo un cantero, acompañado de algunas nueces, me le alargó diciendo con reposada voz:

-- Si tienes hambre.... come....

A pesar de mis inquietudes y pesares sentia una hambre devoradora: habiamos cami-

====

*de primeras letras. Es chantre, sacristan de pulturero, secretario gratuito del señor alcalde y criado del señor cura. (214) En Sanct-Antonin, el maestro R... mozo del concejo, campanero y sepulturero se hallaba ausente.*

*Tendremos ocasion de citar muchas veces este escelente libro, titulado; Estado de la instruccion primaria en Francia, sacado de documentos auténticos remitidos al ministro de instruccion pública; por los cuatrocientos noventa inspectores encargados de visitar todas las escuelas de Francia, por Mr. Lorrain, profesor de retórica en el colegio de Luis el Grande.*

Paris Hachette.

nado todo el día en ayunas, y así agradecí doblemente la hospitalaria oferta de aquel hombre que tantos motivos de queja tenía contra mí.

Mientras yo devoraba un pan muy duro y cascaba las nueces, Claudio Gerard, sentado en un jergon, me observaba atentamente, hasta que al cabo de un rato dijo como si hablara consigo mismo.

--Sin embargo, esa fisonomía respira dulzura é inteligencia.

Abrióse de pronto la puerta del corral, cerrada solamente con picaporte, y un vozarrón grueso exclamó:

--Eh! hola, Claudio Gerard!

--¿Qué se ofrece? preguntó el dómine. ¿Quién vá?

--Soy yo, Diamante, el porquero del señor alcalde, vengo de su parte y con urgencia.

--¿Qué ocurre? dijo Claudio Gerard. Adelante.

--Gracias, repuso Diamante, no me gusta andar entre las vacas: hablaré desde aquí porque voy de prisa.

--Enhorabuena, hablad.

--El señor alcalde dice que vayais mañana al amanecer con la campana para tocar lo que él os diga, á fin de que sea el toque antes de que la gente salga al campo... estamos?

--Amigo, le direis al señor alcalde que no me es posible cumplir su orden, porque el

señor cura me ha mandado abrir una sepultura á la misma hora para enterrar á una señorita. De suerte que no hay medio...

--Bah! yo no sé.... digo lo que me han dicho.... Ah! También han ido á quejarse las lavanderas de que era menester limpiar el lavadero, porque la ropa se ponía negra y olía mal, de tanto fango como hay en la pila: con que el señor alcalde dice que limpieis mañana también el lavadero.

--Amigo mio, contestó Claudio Gerard con el mayor aplomo aunque disimulando una ligera ironía, decidle al señor alcalde que á pesar de que el señor cura me ha mandado limpiar inmediatamente su palomar, como que el lavadero interesa mas al procomun, me adelantaré á desahogar la pila, así que haya abierto la sepultura, y luego iré á tocar para la hora en que la gente vuelva del campo.

Voy á decírselo, pero se va á disgustar, porque ya sabeis que genio gasta.

=Adios, Diamante, dijo el maestro de escuela, deseoso sin duda de poner término á la conversacion.

=Buenas noches, Claudio, replicó el portero, voy á decir al señor alcalde que no quereis tocar mañana por la mañana.

La puerta se cerró en seguida.

No era posible que tuviera yo entonces ideas muy fijas acerca de la estension y variedad de cargos de un maestro de escuela.

sin embargo, no habia dejado de sorprenderme oír á la señora Honoria mandar á Claudio Gerard, de parte del cura, abrir una hueca barrer la sacristia y limpiar el palomar. Mi sorpresa aumentó singularmente cuando por otro lado vino el porquero mandando de orden del alcalde, á Claudio Gerard que tocara las campanas y sacara la broza de la pila.

Otra cosa que me chocaba mucho era la admirable resignacion con que aceptaba Claudio Gerard esta multiplicidad de empleos y prometia ejecutar órdenes tan diversas.

Después que marchó el porquero, quedóso Claudio un rato silencioso, y dijome mirándome con atencion:

--Atiende.... el dinero que me han robado, no era mio... era un deposito... se han escapado tus cómplices y yo he perdido el dinero... Como he de restituirle cuando me lo reclamen? Ciento veinte francos habia; y soy harto pobre, y gano harto poco para economizar jamás una suma como esa...

Un medio tendria no mas de probar que me han robado.... entregarte á la justicia como cómplice de robo.

Calló un momento Claudio Gerard sin apartar de mí la vista: su amenaza, que como supe despues, solo era una prueba, me hizo estremecer.

=¿Tienes miedo de ser preso? me dijo.

—De ser preso solo, sí, porque en la cárcel estaré separado para siempre de mis camaradas, y mas querría morir que renunciar á verlos.

—Son tus camaradas los que me han robado? los quieres mucho?

—Sí, sí, mucho, contesté enternecido.

—Creo que dices la verdad, y eso revela que tienes buen corazón... Mas cómo puedes querer á unos ladrones. Miserables, sin duda que habrán abusado de tu infancia para hacerte su cómplice!

—No, contesté, creyendo que lo mas prudente era ocultar que mis cómplices eran de mi edad, y no dar noticia alguna de Basquine y de Bamboche, para dejar en su error á Claudio Gerard.

Como se prolongára mi silencio, continuó el domine:

—Quiénes son tus padres? Cómo han podido abandonarte tan joven?

—No tengo padres.

—No los tienes?

—No, soy espósito....

—Ah! comprendo, exclamó Claudio con un suspiro de lástima: así es, se comienza por el abandono, viene luego el ejemplo del vicio y detrás el vicio.... Pobre criatura! no tengo yo valor para acusarte.

La melancólica faz del maestro espresaba tan tierna compasion que me conmovió.

Después de unos momentos de reflexión, añadió Claudio Gerard.

—A tu edad, es siempre posible volver al buen camino... vaya... sé franco, confíesá-melo todo y tal vez...

—Nada tengo que confesar, repliqué brutalmente, no quiero delatar á nadie; envíad-me á la cárcel, si os da gana.

En lugar de irritarse con mi respuesta, repuso Claudio Gerard, con dulzura, enco-giéndose de hombros:

—A la cárcel? Cuando te sorprendi, cuando hallé que me habian robado, no te habria mandado prender, no habria denunciado el hurto, á no arredrarme la idea de enviarte á la cárcel? Si fueses hombre, no vacilaria, porque el robo es un crimen infame y debe hacerse justicia.... Mas á tu edad, pobre niño, aun no es justo desesperar. En la cárcel te tendrian hasta diez y ocho años, y saldrías de allí criminal endurecido, incurable....

—En ese caso, buen señor, dejadme marchar, exclamé con las manos cruzadas, viendo lucir un rayo de esperanza. Oh! por Dios, dejadme partir.

—Y dónde irías?

—A buscar á mis compañeros.

—Y en encontrándolos, qué harás?

—Irme con ellos.

—Para robar, desdichado?

—Oh! no, siempre no....

—Cómo!

—No robábamos, sino cuando no podíamos pasar por otro punto.

—Luego conoces que habría sido mejor no robar?

—Es claro pues no hay el riesgo de ir preso, y demas....

—Qué?

—Dicen que no es bien hecho el robar, pero cuando hay hambre.... es necesario comer.

—Si no robábais siempre, como viviais el resto del tiempo?

—Pedíamos limosna y otras veces cantaba Basquine en las tabernas, respondi sin reflexionar.

—Basquine? repitió Claudio Gerard, mirándome sorprendido.

No le contesté, pesaroso de que se me hubiera escapado aquel nombre: el maestro también guardó silencio un breve espacio y añadió a poco, sin darse por entendido de su repentina reticencia.

—Por qué deseas tanto reunirse con tus compañeros?

—Porque nos hemos jurado no separarnos nunca! exclamé.

—Generalmente un niño de tu edad no empeña tales juramentos con personas mayores, me dijo Claudio Gerard.

—Mis compañeros no son personas mayores,

Viendo que yo me mostraba apesadumbrado por esta segunda revelacion involuntaria, añadió Claudio Gerárd.

—Vaya, no te pese haber dicho la verdad, acaso eso sea mas ventajoso para ti y para tus compañeros.... sí, para tus compañeros...

Miraba yo al maestro con tanta sorpresa como desconfianza, y adivinó mis sentimientos sin duda, porque prosiguió con un acento lleno de franqueza y de bondad.

—Desconfias de mí: por ventura tengo traza de hombre malo? te he maltratado en el primer momento en que descubri el hurto? te he hablado con dureza? No te he manifestado mas compasion que cólera, á pesar de tu accion perversa? Y sabes por qué lo hago, pobre niño? Porque creo que abrigas buenos instintos, porque tengo seguridad de que solamente estas descarriado, como acaso sucede tambien á tus compañeros. Vamos, que edad tienen.

—Basquine tiene dos años menos que yo y Bamboche dos mas, contesté sin poder resistir á la penetrante influencia de Claudio Gerárd.

—Una niña de esa edad, cómplice ya de robos, de robos cometidos por otro niño! Qué horror! exclamó Claudio.

Miseras criaturas! Qué estrañas circunstancias os han reunido? No tienen padres tus camaradas tampoco?

--No señor...

--Y hace mucho tiempo que andáis vagabundos mendigando por los caminos?

--Si señor, hace algunos meses.

--Creo haberte oído que esperas encontrar á tus compañeros, si te dejas en libertad.... Teniais convenido punto de reunion?

--No he dicho eso.

--No, pero es verdad. Tus compañeros á quienes no pude atrapar, te estarán aguardando sin duda en estas cercanias.

--Os juro que no, exclamé asustado de la penetracion de Claudio.... además aun cuando supiera donde están... me matariais antes que consintiera en delatarlos...

A estas razones añadí con sorna y muy hueco por lucir tambien mi penetracion:

--Todo eso lo decís para agarrar á mis compañeros y recobrar vuestros dineros; quereis pegármela...

Claudio Gerard se sonrió tristemente.

=Esa malicia, cuando tan indulgente me muestro contigo, me entristece. Mas al cabo, que puede suceder con la vida que has llevado? Te compadezco, si, te compadezco.

=Si he llevado esta vida, no es mia la culpa, dije conmovida por la mansedumbre de Claudio. Dos veces quisimos hacernos buenos y nos recibieron como perros. Así, pues, tanto peor, seguiremos como estamos.

=Dices que tus compañeros y tú habeis

tenido conviccion de la mala vida que arrastrais?

—Vaya, yo lo creo, como que Bamboche de-  
cia una vez llorando; *no por nosotros ni o  
eramos malos.*

Esta últimas palabras chocaron á Claudio:  
dió una vuelta por el aposento y dijo acer-  
cándoseme:

—Mira te creo capaz de ser hombre de  
bien con una buena direccion, Si quieres,  
quédate aqui, pero te prevengo que tu si-  
tuacion será penosa! El pan negro que has  
comido esta noche es mi alimento cotidiano:  
como yo, dormirás en este establo: participa-  
rás de mis duras faenas, mas te arrancaré de  
una vida que conduce al crimen. Desarrolla-  
ré tus buenos instintos, te instruiré... te pon-  
dré en disposicion de que algun dia ganes tu  
vida honradamente..... Me ha inspirado  
un interés singular, que me asombraria,  
sino pensara en la circunstancia que le pro-  
duce, porque este es el momento decisivo de  
tu vida... Ahora vas á elegir entre el bien  
y el mal...

=Señor.

—Escúchame: deseo que te quedes á mi  
lado, pero no puedo obligarte... Si aceptas,  
que sea libre... voluntariamente, porque á  
cualquier hora podrás abandonar esta casa.  
Reflexiona bien y toma un partido.

Asustábame este triste y laborioso porve-

nir: no le contesté pero me sentia profundamente conmovido por las bondades de Claudia quien continuó:

—Oye ahora lo que te propongo para tu camarada y esa pobre nina que le acompaña.

Sorprendido miré al maestro.

—Aun es temprano, la noche está clara y esa ventana próxima al suelo; si sabes donde hallar á tus compañeros, ve á buscarlos.

Claudio Gerard abrió la ventana.

Brillaba la luna; á lo lejos vi la campiña y al extremo del horizonte la colina que cortaba el camino real y donde nos habiamos dado cita al pie de una cruz de piedra.

Como no comprendia las intenciones de Claudio me hallaba estupefacto.

En tanto prosiguió.

—Si tus compañeros sienten aun deseos de entrar en mejor vida, diles que hallaré dos personas que hagan por ellos lo que me comprometo á hacer por ti; pero que tambien lo pasarán con miseria. Diles que el dinero que me han sustraído no me pertenece, y que este robo puede causarme crueles aflicciones. Si tus compañeros conservan aun algun sentimiento bueno, se volverán contigo, me traerán ese dinero que ellos gastarían locamente! y disfrutarán un asilo, pan y buenos consejos. De esta suerte no sereis separados.

—No, nos separaremos exclamó.

—Espero que no, porque tus camaradas residirán en este pueblo y vendrán á la escuela. Si persisten tus compañeros en el mal, déjalos, ó vete con ellos, si es que mi oferta no te mueve. Pero crueles recuerdos te castigarán algun dia, pobre niño.

Estaba yo inmóvil, fijes los ojos en Claudio Gerard, y combatido por la emocion que sus palabras me causaban y el temor de caer en un lazo.

Admirado de mi estupor, Claudio Gerard me dijo:

—Marcha ¿que aguardas?

—No me atrevo; quizá quereis engañarme.

Claudio Gerard exclamó entonces con una longanimidad angelical.

—¿Engañarte? ¿Cómo podria hacerlo?..... Veamos; yo te creo bastante resuelto para resistir á mis amenazas si quisiera obligarte á decirme el sitio donde tus compañeros te esperan.

—Eso si, antes me matariais.

—Pues bien; te dejaré ir solo.

—¿Y se me seguís de lejos?

—Está muy clara la luna, el terreno es descubierto y si me ves seguirte puedes detenerte.

Mi obstinada desconfianza no encontraba nada que responder á estas objeciones y guardé silencio.

—Vamos—me dijo Claudio—despáchate:... Hace tres ó cuatro horas que el robo se ha cometido .. tus compañeros no viéndote volver pueden dejar de esperarte; apresúrate á buscarlos anda, anda.

Deseaba ardientemente volverme á reunir con Basquine y Bamboche y estaba resuelto á continuar con ellos si desechaba las oferta que les llevaba, y así corrí hácia la ventana..

En el momento en que iba á saltar, Claudio Gerard me detuvo diciéndome con voz conmovida.

—Abrázame pobre niño... Dios te aconseje y te guie... vayas solo, vayas con tus compañeros.

Yo me eché en los brazos de Claudio Gerard sin poder contener mis lágrimas, porque muchas veces durante esta entrevista habia sentido mis ojos húmedos de enternecimiento. ¿Podia no conmoverme la inefable indulgencia, la paternal bondad con que aquel hombre me trataba, siendo yo cómplice de una accion que podia traerle tan funestos resultados? Senti, pues, al oirle los saludables remordimientos, cuya influencia habia experimentado ya otras veces con mis compañeros, y es seguro que sin mi ciego afecto hácia Basquine y Bamboche hubiera aceptado la generosa proposicion de Claudio Gerard; pero arrancándome de sus brazos me lancé á la ventana.

Al poner el pie fuera, dudé por segunda vez.

sintiendo dejar el asilo tutelar que me ofrecia..

Corri algunos pasos, pero conociendo toda la ingratitud que cometia en alejarme sin decir una palabra de reconocimiento á Claudio Gerard me detuve y volvi.

A la claridad de la luna vi al domine echado sobre el antepecho de la ventana, mirarme tristemente.

—Adios buen señor, le dije con el corazon oprimido. Os agradeceré siempre haber sido tan bueno conmigo, y no haberme hecho prender...

—Yo no puedo resignarme á despedirme de ti, pobre niño— me respondió el domine conmovido—dime que volverás. Es imposible que seas insensible á lo que te he dicho.

—Yo creo que no volveré, señor, le dije.. es un adios para siempre... y me alejé rápidamente en la direccion del sitio donde nos habiamos citado en caso de persecucion.

La costumbre de andar errante me habia hecho adquirir gran memoria para retener los sitios, así es que encontré con facilidad la senda que necesitaba entre las mil veredas que se cruzaban por aquellos campos.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha hice alto en una eminencia desde la cual podia ver todavia la ventana del maestro de escuela, que tenuamente iluminada, permitia divisar á Claudio Gerard, que sentado en su por-

de, continuaba sin duda siguiéndome con la vista.

Bajé por la parte opuesta de la colina, y la casa desapareció á mis ojos. Proseguí rápidamente mi camino.

Cuando mas me alejaba de aquella especie de faro salvador, menos fuerza teniau mis buenos propósitos.

Pensé en la penosa condicion á que me hubiera reducido aceptando las proposiciones de Claudio Gerard; y comparando el porvenir que me ofrecia con aquella vida holgazana, alegre, errante, llena de azares, cuyo irritante atractivo habia ya saboreado, con aquella vida en fin, que yo compartia con los amigos de mi infancia... no acerté muy luego á comprender mi reciente indecision y me eché en cara mi debilidad.

Una hora despues llegué al camino real, y en su parte mas alta vi la cruz de piedra, al pie de la cual debiamos reunirnos.

La desierta y silenciosa carretera estaba alumbrada de lleno por la luna.

Confiaba yo en encontrar allí á mis compañeros, pues una vez puestos en salvo debian haber sentido una viva zozobra respecto á mi, y eran incapaces de abandonar el pais sin hacer cuando menos una tentativa para reunirse conmigo. Deseoso, pues, de avisarles de mi vuelta lo mas pronto posible, me paré, aunque todavia me separaba una larga distan-

tia del lugar de la cita, y di un grito conocido ya de Bamboche y Basquine.

No puedo espresar la angustia, la agitacion con que aguardé su respuesta á esta señal.

—Mis esperanzas se frustraron. Nadie respondió.

—Están muy lejos... no pueden oirme, dije corriendo hácia la cruz de piedra cuyos brazos se veian heridos por la luna, pero cuyo macizo pedestal desaparecia entre sombras espesas.

Merced á la agilidad de mis piernas, y á pesar de lo empinado de la cuesta, llegué en pocos minutos al pie de la cruz.

No estaban allí mis compañeros.

En vano tendí la vista á lo lejos, dominando desde el punto en que me hallaba los dos lados del camino; á nadie ví. Desgarrado el corazón di gritos llamando á mis amigos.

Ninguna voz respondió á la mia.

Rendido de cansancio jadeante, desesperado cai entonces al pie de la cruz, desaciéndome en lágrimas... sintiendo mas que mil muertes el odioso abandono de mis compañeros.

De pronto advertí que tenia mojadas las manos que tenia apoyadas en el suelo; bajé los ojos y ví un ancho charco de color negruzco en medio del cual estaba caido un pedazo bastante grande de tela blanca.. le cojí y á la luz de la luna brillaron entonces tres monedas de cinco francos que en él habia envueltas.

Pero cual no fué mi sorpresa al reconocer en aquel pedazo de tela el chal andrajoso que habia llevado Basquine en aquel mismo dia... y al verle manchado de sangre, pues de sangre era el charco negruzco en que habia yo puesto las manos.

El chal y las tres monedas dejadas ó caidas allí por casualidad eran pruebas suficientes de que Basquine y Bamboche, fieles á su palabra, habian acudido al lugar de la cita despues del robo; ¿pero qué les habia sucedido luego? ¿Era sangre de Basquine ó de Bamboche la que bañaba la tierra? ¿Misterioso acontecimiento la habia hecho correr?

Todos estos pensamientos se agitaban con espanto en mi mente. Sentí que se trastornaban mis ideas, me dió una especie de vértigo y caí sin conocimiento al pie de la cruz apretando en la mano el chal de Basquine.



## CAPITULO VIII.

### Indecision.

**I**GNORO cuanto tiempo tardaria en salir de mi postracion, durante la cual nada pensé: mas cuando recobré los sentidos habia la luna desaparecido y estaba la noche enteramente oscura. Reuní mis recuerdos. Las tres monedas, y el chal ensangrentado me hicieron volver á la realidad.

¿Qué debia resolver?

¿Esperar á que amaneciese para buscar á Basquine y Bamboché? ¿Mas como podia hallarlos? ¿Hacia que parte debian dirigirse mis investigaciones? ¿Aquella sangre fresca, seria de ella.... ó de él? Si uno de los dos habia sido gravemente herido.... ó muerto tal vez.. ¿donde se habia refugiado el otro? A qué

albergue se habia trasladado el herido? ¿donde estaria oculto el cadáver.

Perdiase mi imaginacion en medio de tan desgarradora incertidumbre y no atinaba con ningun partido posible y practicable.

Cansado de buscar una salida en medio de tanta perplegidad, me acordé de Claudio Gerard y de sus generosos ofrecimientos.

La idea de continuar solo aquella vida errante y azarosa cuyo principal encanto consistia para mí en compartirla con Basquine y Bamboche, me sedujo poco, lo confieso.

Mas por otra parte Claudio Gerard me habia dicho francamente que al aceptar sus ofertas debia resignarme á una vida de privaciones y trabajos: y estaban tan arraigadas en mí la holgazanería y la independendencia, que no podia mirar sin cierto terror aquella prolongada série de dias tristes y laboriosamente empleados que me esperaban en casa del maestro de primeras letras. Sin embargo, alli podia encontrar una ecsistencia, dura y miserable, pero segura á lo menos, y aunque entre Claudio y yo mediase una grande diferencia de años, quizá podria su cariño ayudarme á conllevar la pérdida de la ausencia de mis amigos de la infancia.

Aquella necesidad de tener una persona á quien amar y con quien desahogarme, necesidad tan natural y viva en mí, se habia desarrollado mas y mas en vez de debilitarse,

con la costumbre de servir á mis compañeros, aun á costa de grandes rasgos de abnegacion, siempre que su amistad lo habia exigido pareciame muy cruel resignarme á vivir solo, sobre todo sabiendo por experiencia cuanto trabajo costaba encontrar un amigo.

Semejantes reflexiones hacian que se inclinase la balanza en favor de Claudio Gerard, aunque veia que jamas habria entre nosotros intimidad, confianza, compañerismo... El maestro de escuela me infundia bastante respeto, y ya me conocia yo lo suficiente para preveer que mi gratitud y veneracion nunca se trocarian en tierna familiaridad....

No sé cuanto tiempo habrian durado estas variaciones, poco honrosas, para mí, sin un pensamiento singular que me ocurrió súbitamente.

Aun no se me habia olvidado mi encuentro con la encantadora Regina, robada por mí en la selva de Chantilly, aunque con resultados harto inocentes por cierto, á pesar de los malos consejos de Bamboche; pues todo en mi temeridad no me animé á mas que á estampar un beso en la frente pálida y glacial de la infeliz niña cuando la llevaba desmayada en mis brazos, hasta que espantados por la procsimidad de una ronda, abandonamos Bamboche y yo á nuestros dos cautivos.

Arrastrados por el ejemplo de los amores

prematuramente de Bamboche que sin duda habian despertado en mí una sensibilidad precoz.... me habia prendado súbitamente y continuaba cada vez mas enamorado de Regina; cuya imágen no se apartaba de mi memoria.

Al principio se burlaron mis amigos de mí, pero tardaron poco en mirar seriamente mi pasión. En medio de nuestras azarosas caminatas, era aquel amor frecuentemente el objeto de nuestras conversaciones. Preciso es renunciar á decir la extravagancia ó la brutalidad de los medios que yo imaginaba para relacionarme con Regina y obtener su correspondencia *cuando fuese grande*: uno solo habia, menos disparatado y grosero que los otros: luego que tuviésemos la edad debíamos engancharnos Bamboche y yo en el ejército, Basquine nos seguiria como cantinera (porque no queríamos separarnos) y como en nuestro concepto no podia haber soldado sin guerra, yo alcanzaria á fuerza de valor algun grado como de capitán general, en cuyo caso me casaria con Regina, ó la robaria *de veras* si no me la daban.

Por mas absurda que fuese esta novela infantil ya me complacia en ella abrigando una vaga esperanza... y ¡cosa singular, que tuve buen cuidado de ocultar á mis amigos! muchas veces, sentia pensando en Regina cierto arrepentimiento de la vida que llevábamos,

conociendo por un instinto inesplicable, á pesar de los ejemplos de Bamboche, que el verdadero amor es puro, recto, elevado....

En medio de la confusion y del dolor en que me tenia la suerte de mis amigos, olvidé por un momento á Regina, mas su recuerdo se despertó nuevamente en mí, cuando mas dudoso estaba sobre las ofertas de Claudio.

--Por ninguna cosa del mundo me hubiera yo separado de mis amigos, dije; pero ya que ha sucedido esta desgracia, creo que siguiendo los consejos de Claudio Gerad me acercaré á Regina, y que esta idea hará mas llevadera la suerte que me aguarda.

Ahora que por tantas razones, ay!.... examino escrupulosamente mis mas minimos recuerdos relativos á Regina, veo perfectamente que por mas extraordinaria que me parezca, esta fué la razon principal que me movió á volver á casa del maestro de escuela. La idea de acercarme mas á Regina, enmendándome.

.....  
Recogí el chal ensangrentado de Basquine, junto con las tres monedas y volví al pueblo.

Al llegar á lo alto de la cuesta, desde donde se descubria la casa, ví que todavia tenia luz la ventana.

=Me estaba aguardando, dije para mí.

Y no sé por qué concebí una especie de re

sentimiento hostil contra Claudio Gerard. La seguridad con que en mi concepto habia previsto mi regreso, me avergonzaba hasta tal punto que á pesar de mi resolucion me dieron tentaciones de volver atrás.... Aun tenia quince francos, restos del robo.... podia vivir con ellos muchos dias... pero reflexionando que aquel dinero estaba teñido con la sangre de Basquino ó de Bamboche, me horroricé de apelar á tal recurso, escrúpulo raro que no habia sentido al apropiarme parte del hurto hecho á Claudio Gerard.

Proseguí.

A pocos pasos de la escuela me paré, y oculto entre la sombra, observé atentamente al maestro, por la ventana que continuaba abierta.

En el estudio que de mi mismo estoy haciendo, frente á frente con mi conciencia, nada quiero omitir, y mucho menos tratándose de los sentimientos depravados que he combatido despues enérgicamente, ya que no vencido completamente.

No observaba yo á Claudio Gerard... *le espiaba* con cierta amargura. Desde entonces iba á ser *mi amo*, y me causaba curiosidad el averiguar por su fisonomía, interin estaba solo, si era en realidad diferente de lo que al principio me habia parecido.

Sentado junto á una mesita, puesto un codo sobre ella y la frente apoyada en la ma-

no izquierda, escribia lentamente con la derecha.

Al cabo de algunos instantes dejó caer la pluma, dobló la cabeza hácia atrás y se quedó inmóvil, apretándose las sienes con las dos manos. Grande fué mi sorpresa al ver su rostro bañado en lágrimas, mientras alzaba los ojos al cielo con dolorosa espresion.

Mas á poco se enjugó el llanto con el dorso de la mano, se levantó y empezó á dar precipitados paseos.

Yo observaba todos sus movimientos con curiosidad é inquietud. Despues de recorrer por algun tiempo su cuarto, se asomó á la ventana, y pasados algunos momentos de silencio interrumpidos solo por los profundos suspiros, murmuró:

=No viene ese pobre niño ... está perdido completamente.... me equivoqué.

Y cerró la ventana.

Nuevamente se disiparon mi desconfianza y mis maliciosos recelos ante la afeccion dulce y grave que Claudio Gerard me inspiraba. Aguardé algunos momentos antes de llamar para que no sospechase mi esplonage.

Apenas toqué tímidamente los vidrios, se abrió la ventana.

Aun me parece oír la exclamacion de sorpresa y de júbilo con que fué saludada mi presencia.

De un brinco entré en el cuarto. Claudio

Gerard me estrechó contra su corazón con un gozo inesplicable.

—Dios sea loado... decia.... no, no... no me equivocaba.... Pobre muchacho!... te habia juzgado bien.

La reflexion le hizo añadir.

—Y tus compañeros? no se han resuelto á seguir tu ejemplo?

Referí á Claudio la inutilidad de mis pesquisas, y le enseñé temblando el pañuelo ensangrentado de Basquine, y las tres monedas de plata.

—Puede haberse cometido un crimen, me dijo grave y pensativo. Sin comprometerte como cómplice del robo, procuraré aclarar mañana este misterio... tranquilízate, hijo mio, y sobre todo descansa de las penosas sensaciones de hoy... acuestate en mi cama, ahí estarás mejor... yo voy á echarme en el establo... haz por dormir bien... mañana me contarás tu vida, y hablaremos del porvenir. Ea buenas noches... cómo te llamas?

—Martin, Señor.

—Martin... esclamó Claudio Gerard, inmutándose.

—«Martin! repitió con una espresion indescriptible.

—Y no conoces á tus padres?

—No señor... Me acuerdo de que siendo muy pequeño, fui aprendiz de un albañil: luego me cogieron unos saltimbanquis, y he

estado con ellos hasta hace pocos meses que me escapé con mis compañeros para mendigar.

=Locura; murmuró para sí Claudio Gerard.... Qué idea!... es imposible... Pero ese nombre... el interés singular que me inspira este niño!... Bah! lo mismo me hubiera compadecido de cualquiera otra criatura tan próxima como él al precipicio. Sin embargo, ese nombre... me parece que por él he de querer mas todavía á este infeliz.

Volviéndose á mi añadió:

=No recuerdas alguna circunstancia de.... pero no, duerme, duerme... hijo mio... mañana hablaremos.

=No tengo sueño, le constenté: estoy muy triste.

=Pues entonces cuéntame en pocas palabras, pero francamente, tu vida.

=Hícelo así, refiriéndole todo, á escepcion del amor que tenia á Regina.

=Mi ingenioso y sincero relato enterneció é irritó alternativamente á mi nuevo amo, quien me manifestó el horror que le inspiraban la Levrasse, la tia Mayor etc., y el profundo dolor que le causaba la suerte de Basquine. Acusaba á Bamboche, pero tambien le compadecia. En suma, Claudio Gerard me dijo muchas veces que sentia amargamente la desaparicion de mis compañeros, pues en vista de lo que yo le contaba, es-

taba seguro de que podían enmendarse.

Cuando llegué á nuestra última tentativa para obtener el apoyo de los *de los hijos d. los ricos* que encontramos en la selva de Chantilly, nombré al vizconde de Scipion Duriveau, título y nombre que habia repetido á menudo con mis compañeros, ya para burlarme del primero, aplicado á un niño, ya para no olvidar la insolencia y perversidad del que lo llevaba.

Apenas pronuncié el apellido de Duriveau, dió Claudio Gerard un bote en su silla, y sus facciones revelaron un dolor tan agudo y repentino cual si acabasen de clavarle un puñal en el corazón.

Después de una larga y silenciosa postración me dijo con una sonrisa amarga.

—Tu... también... has pronunciado con dolor y aversión... el nombre de Duriveau... ¿no es verdad?

—Toma... le dije sorprendido de aquel incidente—el vizcondesito, como la llamaban sus criados, ha sido para nosotros tan malo, tan insultante...

—Pues bien, exclamó Gerard.—Yo también pronuncié ese nombre... con dolor... con aversión... este será un lazo más que nos una....

—Que ¿conoceis también al vizcondesito?  
—Le dije—¿Ha sido también para vos malo é insultante?

—No... pero su padre... Oh! su padre.... jamás... yo...

Despues interrumpiéndose Claudio Gerard se pasó la mano por la frente y dijo:

—En verdad que bien mirado el dolor me saca de mis casillas... ¿Qué voy á contar á este chiquillo? Oh! que recuerdos, que recuerdos...

Y despues de un profundo suspiro me dijo:

—Continúa amigo mio.

Terminé mi confesion por la relacion de lo que nos habia pasado de nuestro encuentro con los hijos de los ricos: vagancia, mendicidad, robo... nada le oculté.

Me escuchó con interés y me dijo despues abrazandome:

—Me felicito mucho mas ahora, de haberte encontrado... Si hubieras pasado algun tiempo mas en esa vida era ya imposible la rehabilitacion. Lo que te ha sostenido, lo que te ha salvado es *la amistad*, la afeccion sincera y profunda que tenias por tus amigos y que ellos tenian por tí. Ha bastado su presencia de un solo sentimiento bueno y generoso en su corazon y en el tuyo para preservaros de una corrupcion completa. Si, porque *habeis amado*, es por lo que habeis resistido tanto al vicio... Ah, bendito sea *el amor*—dijo Claudio Gerard con una expresion inefable—puede salvar al hombre como puede salvar á la humanidad.

No sé por qué estas palabras me recordaron quizá mas dolorosamente que antes la pérdida de mis camaradas, y rompí á llorar amargamente.

—Qué tienes? me preguntó con bondad.

—Nada, señor, dije esforzándome para ahogar mis lágrimas, temeroso de ofender á mi maestro con mi pesadumbre.

—Habla, hijo mio, dijo Claudio Gerard con aquella voz penetrante y dulce que sojuzgaba; habla, adquiere la costumbre de decírmelo todo. Si has pensado ú obrado mal, no lo acriminaré, te demostraré el mal y el por qué del mal....

—Pues bien, al encontrar el chal y las monedas en medio de un charco de sangre, al no obtener respuesta á mis voces, experimenté un gran sentimiento; parecíame que desfallecia de dolor mas ahora es mas aguda mi pena.

—Y asi debe ser, hijo mio; esa pena aumentará todavia: no será ni hoy ni mañana cuando sientas mas profundamente la ausencia de tus compañeros. El cambio de existencia, tus nuevas ocupaciones te distraerán al principio, pero dentro de algun tiempo, en tus dias de tristeza, de abatimiento, llorarás mas amargamente á tus amigos. Las amistades nacidas como la vuestra desde la infancia, en medio de desgracias y de aventuras comunes, dejan en el corazon raices indestructibles y en

la memoria recuerdos indelebles: dentro de diez, de veinte años que encontrarás á esos compañeros de tu niñez, experimentarías el mismo afecto que ahora.

Mientras miraba yo con inquietud á Claudio, él continuó:

A otro le hablaria de diferente manera, mas por el relato de tus primeros años y por lo que creo conocer ya de tu carácter, estoy seguro de que posees valor, buena voluntad é inteligencia bastante para oír la verdad sin disfraces: sí, te juzgo bastante fuerte para poder anunciarte los momentos de desaliento que te asaltarán, pero que así no podrán sorprenderte... Martín, prométeme confiarme tus penas, tus dudas, tus malos pensamientos, si los tienes.... Prométeme sobre todo, en caso de que te pareciera demasiado triste, demasiado miserable la suerte con que te brindo, decírmelo francamente y no escaparte furtivamente de aquí; porque acaso entonces pudiera yo acomodarte de un modo mas conforme á tus aficciones que quiero estudiar antes.... Pronto va á ser de día... descansa un rato, hijo mio, que yo tambien necesito un poco de reposo. Buenas noches, Martín.

Despues de obligarme Claudio á echarme en su cama apagó la luz y á poco le vi tenderse en la cuadra sobre la paja.

En vano traté de reconciliar el sueño que tanta falta me hacia; estaba demasiado agitado, y

así me puse á meditar las palabras de Claudio.

Era una cosa singular que acaso por mostrarme el porvenir, bajo colores austeros, por no haber temido dirigirse á mi valor, mi buena voluntad y á mi inteligencia me senti alentado, realzado á mis propios ojos y dispuesto á arrostrar heroicamente el porvenir que entreveia; me habia llamado mucho la atencion el modo con que acogiera Claudio Gerard las máximas salvages del tullido, de quien le hablara por encima, y no sin algun elogio; mi nuevo maestro no condenó estos principios, no se indignó, limitándose á sonreirse tristemente. Traté de explicarme esta aparente tolerancia, diciendo que la existencia de Claudio Gerard era sin duda una prueba mas en apoyo de la teoria del tullido, pues aunque apenas conocia á mi protector, su generosidad, la honradez y nobleza de sus sentimientos revelaban bien la bondad y elevacion de su alma, en tanto que todo lo que le circundaba era un cuadro vivo de la miseria y privaciones que debia padecer.

Vencido por la fatiga, me adormecí haciendo estas reflexiones, si bien con un sueño inquieto, ligero, pues á las dos horas me despertó el ruido que hizo Claudio Gerard entrando en su aposento, y eso que andaba con precaucion.

Incorporéme en seguida; aquellas dos horas habian calmado, refrescado mi sangre.

—No queria despertarte, dijo Claudio apo-

sadumbrado, mas el daño está hecho, procura volverte á dormir.

—Gracias; por hoy he dormido bastante: si teneis algo que mandarme estoy dispuesto.

—No, hijo mio, ahora voy á una triste tarea.

—A cavar la sepultura de esa pobre señora? pregunté.

—Quién te lo ha dicho? exclamó sorprendido.

—Ayer, constesté bajando los ojos, cuando me tuvisteis encerrado, vi llegar aquella señora gruesa preguntando por vos, y oí lo que os dijo.

—Ahora comprendo... Sí, hijo mio, voy á abrir una sepultura.

—Si quereis llevarme, os ayudaré; casi prefiero seguiros, mejor que quedarme solo.

—Enhorabuena, dijo Claudio Gerard con melancólica sonrisa. Supuesto que por algun tiempo has de participar de mi vida, será este dia para tí una prueba, una iniciacion; vamos.

Seguile á Claudio con la vista y le ví coger un azadon y una pala.

—Quereis que lleve esas herramientas?

—Toma la pala que pesa menos.

Obedecí, y á la puerta encontramos al vaquero, quien le dijo familiarmente, dando una risotada:

—Famosa clase teneis hoy Claudio Gerard.

—Por qué?

—Porque tendreis mas discipulos que ayer.  
—Cuales son esos nuevos discipulos?

Bah! mis vacas!

—Las vacas? Pues estos dias durante la clase estaban en el campo....

—Si, pero el amo ha dicho que por el poco pasto que pueden tener las vacas en esas tres ó cuatro horas, se pierde el mejor estiércol: de forma, que ha resuelto que este invierno no salgan del establo.

—Corriente, dijo Claudio Gerard, dejad las vacas en el establo, yo procuraré que no distraiga la vecindad á los muchachos, añadió, sonriéndose, Martin, vamos.

Cargado con la pala, seguí al maestro que llevaba el azadon.

Aquel maestro sepulturero, la clase junta á un corral de vacas, no dejaban de serme sorprendentes: dos ó tres veces estuve á punto de manifestar mi asombro á Claudio Gerard, mas no me atrevia y en pos de él llegué al cementerio del pueblo.



## CAPITULO IX.

### La carta.

**A**NTES de referir el día extraordinario que dejó en mi ánimo recuerdos indelebles y en mi pecho una espresion profunda y saludable, necesito dar aquí algunos fragmentos de correspondencia que vino mas tarde á mis manos por un singular acaecimiento.

Estos trozos de una carta escrita poco antes de mi encuentro con Claudio Gerard esplican perfectamente la resignacion de este á los empleos mas variados, mas penosos, mas repugnantes, y el encono que esta resignacion inspiraba á sus enemigos.

Esta carta dirigida á una persona que yo no he conocido, la escribió el abate Bonnet,

cura de la parroquia en que era maestro Claudio Gerard.

«.....En una palabra, esto es intolerable.....

«Es imposible hacer caer en falta á este Claudio Gerard: todo lo acepta, á todo se somete con una paciencia, con una sumision que un hombre de su capacidad (indisputable por desgracia) no puede menos de ser el colmo del desden.

Claudio Gerard se cree sin duda de un talento demasiado elevado, demasiado superior para suponerse humillado por nada. = Desempeña los empleos mas bajos, mas viles con una serenidad que me confunde, no solo se somete rigurosamente á todas las cargas que se le imponen como anejas á sus funciones de maestro, sino que ademas halla medio de obedecer á ecsigencias mias que yo esperaba verle declinar (y en rigor podia hacerlo) á fin de tener contra él un pretexto al menos: mas es sobrado astuto para esto y con su mision diabólica y desdenosa me obliga á confesar que debo estarle agradecido. Tal vez le canse al cabo.... Así lo espero por lo menos. . . . .

Seria menester ante todas cosas, desconsiderarle, lo cual es muy difícil, porque tiene el arte de realzar sus mismos infimos trabajos con la especie de dignidad tranquila

que usa para todo. Es un lazo mas por cuyo medio se atrae toda esa plebe consagrada por fuerza á los trabajos groseros: se esfuerza en hacer resaltar á los ojos de esa gente la utilidad de las cosas; de este modo se honra y se hace honrar con someterse á los mas repugnantes empleos. Cómo considerar á semejante hombre.

— Qué podré decir? ese infeliz con su inalterable dulzura, con su obediencia, con sus andrajos y miserable vida hace mi desesperacion: me estorba, me acosa, me critica del modo mas insolente, mas amargo.... no porque yo sepa que haya hablado de mí una palabra, sino que esa austeridad, esa resignacion que afecta, unida á su saber y á su rara inteligencia, son una especie de protesta continua contra mi modo de vivir; contra la especie de comodidad de que disfruta, gracias á las liberalidades de ese excelente conde de Bouchetout, el diamante de mis feligreses; pero temo. . . . .

Se necesitaria una razon de gran peso para alejar á Claudio Gerard de esta parroquia, donde por mil lazos invisibles, pero muy fuertes, ejerce sobre todo el mundo una especie de influjo, y los mas dominados por este influjo son los que le conocen menos, porque esos animales le tratan con familiaridad y no conocen que hacen de ellos lo que quiere.

No podeis tener idea de los asuntos contenciosos que arregla, de los gérmenes de pleitos que sofoca: dá á los pequeños colonos los consejos mas pérfidos contra sus propietarios, porque tiene el arte infernal de no traspasar jamás la legalidad, á la cual aparentar el mayor respeto.

«Todo esto comprueba mis asertos, á saber: que ese hombre disfruta de gran popularidad, y que urge destruirla, esta es la cuestion.

«Creia yo descubrir algun secreto desagradable referente á las frecuentes salidas de nuestro hombre, salidas que duraban parte de la noche, pues por no faltar á ninguno de sus deberes, robaba al sueño el tiempo necesario para estas escursiones.

«Supe por fin la verdad: me dijeron que iba semanalmente á la casa de locos de vuestra ciudad, y en consecuencia mandé tomar informes del director. En efecto, Claudio Gerard visita la casa una vez á la semana, y ha caido tan en gracia al director, que por él se falta al reglamento, admitiéndole á horas bastante avanzadas.

«La persona á quien tan constantemente va á visitar es una muger de veinte y seis á veinte y siete años, que á pesar de su demencia tiene segun dicen notable hermosura. Aunque no parece que conoce á Mr. Claudio Gerard, el aspecto de esta persona produce, sin

«Embargo, en la infeliz una impresion saludable. Despues de sus visitas se queda mucho mas tranquila, y he aqui la razon porque el médico no solo las autoriza sino que las desea.

«Como la tal loca está de caridad en la casa, carece de muchas comodidades: Claudio Gerard halla modo de vez en cuando, y sin duda á fuerza de privaciones, de dejar algun dinero, aunque poco, para atender á los caprichos de su protegida.

«¿Qué se puede inferir de esto? En la apariencia, nada que no redunde en honor de Claudio Gerard; pero es lo cierto que no tiene tanto apego á este pueblo sino por su proximidad á la ciudad en que vive encerrada esa demente.

«Me han dicho tambien, pero esto no tiene desgraciadamente ninguna importancia contra él, me han dicho que antes de la demencia de esa mujer estuvo perdidamente enamorado de ella, que luego se vió olvidado por otro, y que el amor de este otro la volvió loca.

«Sin duda tiene alguna parte este suceso en la profunda melancolia que devora á Claudio Gerard, y que él trata de ocultar con una serenidad aparente.

«Os he dicho cual es la influencia de Claudio Gerard sobre la clase baja: fáltame ahora encomiar la que ejerce sobre personas de categoria mas elevada, lo cual me traerá natu-

ralmente á explicar en seguida cómo y por qué temo que me eche á perder al bueno de Bouchetout.

«Por largo espacio de tiempo han luchado los ricos como no ignorais contra la fundacion de una escuela primaria en el lugar. Tenian razon: comprendian cuantos peligros ofrece el abrir los ojos al pueblo: porque es darle medios de contar sus filas, de entenderse, de concertarse, y sobre todo de anunciarse y exaltarse con la lectura de los libros y periódicos execrables que en el dia se imprimen. En mi concepto y en el de esos cuerdos y prudentes propietarios, la educacion del pueblo debiera limitarse á la enseñanza moral del catecismo por el cura; á nada mas (1).

---

(1) *En la excelente obra oficial que ya hemos citado se expresa así M. Lorrain, deplorando la resistencia sistemática y torpe que se hace al desarrollo de la educacion.*

*Pero los mismos hombres francamente adictos al gobierno, alegan á menudo mil objeciones contra la ley. Unos se apoyan en los intereses de la agricultura = Cuando todos los muchachos del lugar sepan leer ¿dónde encontraremos brazos? = Viñadores necesitamos y no lectores, dice un propietario de Medoc; en lugar de irse á perder el tiempo en la escuela que vayan á limpiar una zanja, añade un labrador de Gars. = Otras ver*

«Por desgracia la fuerza de las cosas lo ha dispuesto de otra manera: la buena fé del gobierno ha sido sorprendida con chismes imprudentes y hemos tenido que aceptar la escuela primaria.

«Naturalmente supondreis que hemos empleado toda clase de medios para hacer por largo espacio de tiempo ilusoria esta medida. Pero forzados al fin en nuestros ultimos atrincheramientos, confinamos la escuela en un establo infecto y mal sano, fijando la paga de cada niño en un sueldo mensual, lo cual producía al maestro cuarenta ó cincuenta francos al año: obligamos además al profesor á toda especie de ejercicios penosos y viles: el antecesor de Clau-

---

*ces un necio amor propio hace que se rebelen los arrendatarios algo acomodados á la idea de que vayan sus hijos á sentarse en el mismo banco que los indijentes. Leer, escribir y contar es para ellos una muestra de regular caudal lo mismo que ir en pollino al mercado en tanto que el indigente camina en pie junto á ellos lo mismo que sentarse en la iglesia en banco propio en vez de arrodillarse en el pavimento comun á todos.*

*Siguen luego las notas extractadas en los informes de los inspectores generales.*

*Hay otra causa que estorba el progreso*

«dio renunció á los tres meses: la escuela ha estado cerrada dos años y ha sido precisa toda la paciencia de Claudio Gerard para arrostrar y sufrir tanta miseria, tantos disgustos tantos malos ratos con una abnegacion tan insolente.»

«Entre los propietarios ricos del pais se contaba un hombre bastante de bien, un alma cándida y obediente.

«Confiaba yo del todo en él, cuando no sé por qué casualidad se encontró un dia con Claudio Gerard.»

Sabeis lo que sucedió? Que á las dos horas de conversacion habia mi hombre variado completamente de ideas, gracias á la diabólica astucia del maestro.

*de la iustruccion: tal es influencia que ejercen en los campos ciertas personas distinguidas por su fortuna y que afirman que es inútil enseñar á leer al pueblo, puesto que debe ganarse el pan con el sudor de su frente.=(Ardennes cant. de Mezleres, p. 185) Los propietarios acomodados dicen que tendrán muy buen cuidado de no dar instruccion á los maestros pobres de su pueblo. Si otra cosa hiciéramos, añaden, no se encontraría quien cultivase la tierra. (Gironda. p. 186.)*

*Por desgracia la fuerza de las cosas lo ha dispuesto de otra manera: la buena fé del gobierno ha sido sorprendida con chismes*

«Esta primera victima me habló aquella misma noche en los siguientes términos:»

«Señor cura, hoy he encontrado al pobre Claudio Gerard... ¿Sabeis que habla perfectamente.... y que alega excelentes razones en favor de la enseñanza popular?»

«O el pueblo os inspira una simpatia fraternal, me ha dicho Claudio Gerard, y entonces debéis procurar que reciba tanta instruccion como la vuestra pues que la instruccion moraliza y mejora, teniéndose presente que de cada cien criminales hay noventa y cinco que no saben leer ni escribir:»

---

*imprudentes, hemos tenido que aceptar la escuela primaria. (Gres.)*

*No queremos, dicen los propietarios, instruir á los niños pobres, porque abandonarían el cultivo de nuestras tierras y prenderían un oficio.*

*(Bordoña.) Los habitantes de clase mas elevada no son en general partidarios de la estension de los estudios primarios, persuadidos de que el campesino que adquiere cierto grado de instruccion se convierte en un ente inutil. (pagina 185.)*

*(Drome.)—Las familias ricas, estan muy lejos de alentar la instruccion primaria, dan claras pruebas de que temen que se disienda la instruccion en las clases pobres.*

*(Cher)=Muchos propietarios sin ninguna*

«O considerais al pueblo, no diré como enemigo, pero sí como un antagonista de intereses encontrados con los vuestros... En este caso, dadle también educación, pues en vez de habérselas con un adversario á quien la miseria y la ignorancia pueden hacer feroz, estúpido y brutal, tendreis otro á cuyos sentimientos, á cuya inteligencia á cuya razón podreis apelar con buen écsito.

«Habeis de saber, señor cura, me dijo el pobrete engañado por Claudio, que este lenguaje sencillo me ha conmovido hasta el punto

— — — — —  
*aversion al gobierno, pero amigos ante todo del orden y de la paz, no pueden ver sin cierta inquietud que se difunda la instruccion elemental en tiempos en que tanto pululan los periódicos y temen á los abogados de lugar, como ellos llaman. Estos propietarios no comprenden, (añade con mucha sensatez el inspector en su informe) que los abogados del lugar solo deben su perniciosa influencia al monopolio de la lectura y escritura, y que luego que estén estos recursos al alcance de todos cesarán de aprovechar á algunos contra el mayor número. (p. 183.)*

*(Charente.) = Es demasiado cierto en general que los propietarios ricos y acomodados, sin educacion, sentirian ver á los indijentes recibir la misma instruccion que sus hijos. (p. 188)*

de haerme avergonzar é inspirarme lástima de ver á un hombre tan instruido, tan bueno, tan resignado, tan laborioso como Gerard, vestido lo mismo que un mendigo y calzado con zuecos: me ha dado verguenza y compasion al pensar en el establo que sirve de escuela, y estoy casi decidido á satisfacer por mi cuenta los gastos de un local mas conveniente, y á subir el sueldo de Claudio Gerard á una cantidad que le permita siquiera vivir con decencia.

Con la consternacion que podeis suponer dije al víctima de Claudio, mirándole fijamente.

«Hablais de veras?»

«Tan de veras, padre cura, que ya he puesto los ojos en una casa que me parece á propósito.

«La providencia por fortuna vino en mi auxilio: la muerte casi repentina de un tio del pobre tonto le precisó á salir del pais: negocios importantes le detuvieron en la capital, precisándole por fin á fijarse en ella, y el pobre Claudio Gerard sigue como antes, dando lecciones en un establo infecto, malsano... de que debian huir los niños como de la peste. Verdad es que á pesar de que caen enfermos muy á menudo por el aire que allí respiran, la diabólica escuela está siempre llena.

. . . . .



## CAPITULO X.

### La sepultura.

**P**ARECIA el sol, cuando en compañía de Claudio llegué al cementerio, cementerio pobrisimo donde solamente se veian cruces humildes á medio cubrir por los yebarjos, entremedias de los cuales se elevaban algunos añosos cipreses. Hacia el centro, en una eminencia, quedaba un espacio bastante ancho.

A este punto se encaminó Gerard, diciéndome:

=Manos á la obra, hijo mio: por fortuna el deshielo ha hablandado el terreno. Voy á cavar, y mientras tanto aparta tú la tierra con la pala. Démonos prisa, que el atahud debe llegar pronto.

Añadió en seguida como si hablara consigo:

=Muerta ayer... enterrada esta mañana... felizmente yo estoy tranquilo sin temer esta funesta precipitacion que causa amenudo terribles desgracias.

=¿Qué desgracias?

=Ah! pobre niño... han sido enterradas viva muchas personas.

—Vivos... exclamé lleno de espanto.

—Si... solamente adormecidos con un letargo profundo... y despues viene el momento de despertarse=dijo Claudio Gerard estremeciéndose. =Si... de despertarse... en una caja estrecha... sobre la cual pesan seis pies de tierra.

=Oh! eso es espantoso, dije yo.=¿Y temeis que suceda esta vez?

=Tranquilizate, hijo mio. Yo no cubriré esta sepultura, y velaré si hay motivos para temerlo.

Tiró el maestro el sombrero, se arremangó las mangas y se puso á cavar el suelo vigorosamente con una destreza que anunciaba larga esperiencia en trabajos manuales.

Yo le ayudaba del mejor modo que podia con arreglo á mis fuerzas.

=Estamos abriendo la huesa de mártir, me dijo Claudio Gerard, despues de un rato, enjugándose con la mano el sudor que inundaba su frente.

—La huesa de un mártir! dije.

Si... de una mujer de quien puede decirse que ha contado con lágrimas cada uno de los días de su vida, aun siendo tan gran señora.

—Quién la ha hecho padecer tanto?

Fuese que Claudio Gerard no entendiera la pregunta, ó que no quisiera contestar, bajó la cabeza y volvió á cavar con brio, añadiendo á poco, suspirando:

—Permita el cielo que su hija sea mas dichosa que ella....

—Tiene una hija?

—De tu edad, poco mas ó menos. Llegó hace pocos días despues de haber estado largo tiempo separada de su madre, á quien idolatraba.... mas cuando la pobre señora vió próximo su fin, reclamó á su hija con tantas instancias, que se la volvieron... Ay! poco tiempo ha disfrutado de su presencia.... Pobre madre! pobre madre! Y qué valor necesita su hija!

—Pues por qué?

—Para acompañar hasta aqui al atahud de su madre.

—Sí, dije estremeciéndome, es menester que sea muy animosa.

—Desgracia has tenido, me dijo Claudio Gerard; te espera una penosa vida y aun así será preferible tu suerte á la de esa pobre niña que viene á acompañar los restos de su

pobre madre... sin embargo, es rica, jamás debe conocer las privaciones.

—Dios mio! si los ricos no son felices, quién ha de serlo?

—Hijo mio, los que pueden decir: He cumplido con mi deber: he desempeñado una tarea útil, por humilde que parezca: he alargado la mano á otro mas débil ó mas infeliz que yo, á nadie he causado daños y he perdonado los que me han hecho.

Estas máximas estaban tan en contradiccion con las del tullido, demasiado infiltradas en mi ánimo por desgracia, que me admiraban mas de lo que me convencian. Sin duda lo conoció Claudio Gerard, pues que continuó con gran dulzura:

—Espero que algun dia comprendas mis palabras: esta noche, despues del primer dia que vas á pasar sin tener delante de los ojos el ejemplo del mal ó del vicio, me dirás lo que piensas, lo que sientes, y quién sabe si te crearás menos digno de lástima, aun cuando sean las mismas tus privaciones?

Charlando de esta suerte, acabamos de abrir la huesa; acababa Claudio de salir de la escavacion, cuando oimos á lo lejos un canto fúnebre, acompañado de los lúgubres ecos del serpentón.

—Ahi está el cuerpo! dijo Claudio, hemos acabado á tiempo!

Cerca de la huesa habia un ciprés, junto

al cual fui á colocar el azadon y la pala. Desde este sitio un poco culminante vi el entierro, que se componia de un clérigo con sobrepelliz, un chantre, un niño de coro y el ser-penton. Cuatro aldeanos con blusas conducian el atahud sobre dos palos cruzados que cada uno sostenia por la punta.

Dos personas no mas acompañaban el entierro... una muger enlutada que conducia á una niña, vestida tambien de luto. Desde donde yo estaba no me era posible distinguir sus facciones.

Claudio Gerard, de pie junto á la sepultura, contemplaba aquel cuadro con profunda tristeza.

=Pobre criatura, dijo, perseguida, humillada hasta el fin, =A no ser por su hija, y esa antigua criada, nadie habria acompañado su cadáver.

Las pocas palabras que me dijera Claudio sobre la muerte de aquella muger me oprimian el corazon: parecióme que no era yo extraño á aquellos funerales, y que tenia, por decirlo así, derecho para interesarme.

Desapareció en breves instantes el cortejo tras la empalizada que cercaba el cementerio, pero al punto se acercaron los cánticos y entró el atahud dentro del sagrado recinto: los conductores y el sacerdote me ocultaban las únicas dos personas que iban en pos; mas al dar la vuelta reconocí á Regina.... acompañada por una muger de edad.

Creo que á no ser por el árbol en cuyo tronco me apoyaba habria caido redondo de estupor: por fortuna Claudio no observó mi turbacion, pues se hallaba aun junto á la sepultura que debia rellenar despues de colocado el cuerpo.

Temeroso de ser visto y conocido por Regina, me acurruqué tras el tronco, sin atreverme apenas á respirar.

Tenia el rostro de Regina la blancura é inmovilidad del mármol, y sus tres lunares daban una espresion singular á sus facciones pálidas: no lloraba: clavaba con tanta obstinacion en el atahud los ojos, secos y fijos, que cuando la marcha irregular de los conductores producía alguna oscilacion, Regina hacia un ligero movimiento en la misma direccion.

Los mas insignificantes movimientos de aquella niña tenían una especie de rigidéz automática: andaba por decirlo así á saltos, como si todo su ser se encontrara bajo el imperio de una tension nerviosa. Al recordar la brutalidad con que robé á Regina, recordaba igualmente su belleza y al verla tan horriblemente demudada, despedazóseme el corazon y tuve que aplicar la mano á mi boca para sofocar mis sollozos....

La muger que llevaba á Regina de la mano lloraba amargamente. Pareciame que el cura decia las últimas preces con prisa y distraido.

Al ir á bajar el atahud al fondo de la huesa, Regina inclinó la cabeza y habria caido á no ser sostenida. Cosa singular! aquella niña no derramaba una lágrima: permanecian fijas sus miradas, inmóviles sus facciones: sus lábios cárdenos se contraian levemente frunciéndose por momentos.

Al cabo fué colocado el atahud en la sepultura.

Hizo entonces Regina un esfuerzo violento, se desasíó de las manos de la criada, arrodillándose al pie de la sepultura, en tanto que Claudio Gerard echaba algunas paletadas de tierra que retumbaron sordamente.

Con cada una enviaba Regina, por decirlo así, un beso de despedida al atahud, con una espresion de desesperacion sombría, mil veces mas lastimosa que torrentes de sollozos.

Mucho antes de llenarse la sepultura se marchó el cura velozmente seguido del chantre: el monacillo que llevaba la cruz se la echó al hombro, el músico se colgó el serpenton, y salieron juntos del cementerio.

Regina y la criada se quedaron solas á orillas de la huesa que estaba rellenando Claudio. La niña seguia arrodillada, inmóvil como una estatua.

Una puerilidad me distrajo de este triste cuadro. Sentí un olor fuerte á tabaco, y descubrí la cabeza de un hombre de mala traza que fumaba su pipa imperturbablemente: era

de color de ladrillo, y un mal birrete cubria sus cabellos ligeramente canosos.

A pesar del doloroso espectáculo que á la vista tenia, las repugnantes facciones de aquel hombre espresaban tan cinica indiferencia, que lleno de indignacion y de disgusto aparté la vista, atraido por Regina, que cada vez me interesaba mas...

Rellena la sepultura, contemplaban Claudio Gerard silenciosamente como yo á la niña, que seguia arrodillada. Díjola la criada algunas palabras muy quedo, pero Regina haciendo una señal de súplica volvió á su inmovilidad...

A mi pesar torné á mirar hácia donde apareciera el hombre mal encarado, pero habia desaparecido.

De repente oí entonces los cascabeles de un carruaje de camino que se acercaba y paró á la puerta del cementerio.

Entró á poco un mulato ya viejo, vestido de negro y portador de una capita y un sombrero de niña se acercó á la criada y la dijo secamente.

=Gertrudis, la ceremonia ha concluido: ignorais las ordenes del señor baron?

Con suplicantes ojos señaló Gertrudis á la niña arrodillada.

=No pasará ahí el dia? dijo el mulato. Un cuarto de hora poco mas hace, pero las ordenes del señor baron son terminantes.

—Regina, dijo la criada sollozando... es preciso partir... vais á enfermar... vamos...

Hizo la niña una señal negativa y continuó inmóvil.

—No se la puede arrancar de la tumba de su madre; dijo Gertrudis al mulato: ¿que puedo yo hacer?

Encogióse de hombros el mulato y acercándose á la niña dijo:

—Señorita tengo orden de llevaros, luego que esto se acabe. Vuestro padre el señor baron lo ha dispuésto asi: vamos, pues.

Regina mudó de postura.

—Señorita, continuó el mulato, por Dios, vamos ó tendré que cogeros en brazos.

La niña no se movió.

—Es preciso acabar de una vez dijo el mulato.

Y se acercó, sin duda para tomarla en brazos.

Yo esperaba oír llantos, ser testigo de una penosa lucha, pero no fué asi.

Regina se dejó conducir sin resistencia, sin pronunciar una palabra siquiera.

Unicamente, estando ya levantada en alto por el mulato, volvió la cabeza hácia la huesa, clavando en ella una mirada obstinada; mientras pudo distinguir la tierra reciénmovida no apartó la niña los ojos de ella, enviando besos de despedida.

Pronto los perdí á todos de vista y oí el

galope de los caballos que arrastraban el carruage.

Esta escena singular, inesperada, me hacia el efecto de una apariencia, de un sueño.

Eué necesario que Claudio me llamara dos veces para hacerme volver en mi. No estaba menos conmovido que yo, y en nuestra distraccion comun, dejamos olvidado al pie del ciprés el azadon y la pala, encaminándonos hacia el pueblo.

## CAPITULO XI.

### La escena.

**R**EGINA ha perdido á su madre, y por muy desgraciada que sea tu suerte, lo es acaso menos que la que espera á esa pobre niña?—habíame dicho Claudio Gerard: este pensamiento era para mi el resúmen del triste espectáculo que acababa de presenciar.

Pude, sin embargo, librarme de él y desempeñar con gran satisfaccion de mi amo la parte que me tenia señalada en sus trabajos diarios, reservando para mis horas de soledad y de reposo nocturno el triste deleite de saborear á mi antojo los amargos recuerdos, las ideas de toda especie que me habia sujerido la escena de que fuera testigo.

Por otra parte, la variedad de mis ocupaciones durante el resto del dia, la sorpresa que me causaban varias particularidades de la vida de Claudio Gerard, creo que hubieran bastado á distraerme de mis cavilaciones sobre Regina. Supe tambien aquella misma mañana que la pobre niña no debia volver al lugar, porque se iba á poner en venta la casa hasta entonces habitada por su madre.

Así empleó el dia el maestro de escuela, á salvas algunas diferencias en los trabajos manuales, así los empleaba todos.

Despues del entierro volvimos á casa. Claudio cogió una especie de raedera con un mango muy largo; me entregó un cubo y una pala semejante á las que usan los marineros para sacar el agua de las barcas, y echamos á andar; yo deseando saber á lo que íbamos; Claudio Gerard tranquilo y grave como siempre.

A los pocos minutos llegamos á una pradera de corta estension que confinaba con

el pueblo, y en cuya estremidad habia un manantial subterráneo, que alimentaba el lavadero público, reservatorio de agua negra y viscosa entonces, groseramente rodeado de piedras lisas que formaban una especie de parapeto.

Claudio Gerard se quitó á pesar del frio los zuecos, se arremangó los pantalones hasta las rodillas, y la blusa hasta las caderas, sujetándola con una cuerda, y me dijo:

=Vamos á limpiar este lavadero hijo mio... Podria hacerte daño el entrar en el agua... entraré yo, removeré el cieno con esta ramera, tu le echarás en el cubo y le irás á tirar allá al pie de aquellos álames que ves allí....

Al darme esta órden y anunciar la parte que iba él á tomar en nuestro penoso y repugnante trabajo, era perfecta la indiferencia del maestro de escuela; pero á pesar de mi ignorancia, de los hombres y de las cosas, no pudo menos de parecerme singular que un maestro de escuela fuese, no tan solo sepulturero, sino encargado de la limpieza de un lavadero; así es que le miré pasmado.

Adivinando mis pensamientos, se sonrió afablemente y me dijo:

=Te causa sorpresa, hijo mio, el ver á un maestro de escuela, á un hombre sábio.... como por ahí me llaman, limpiar un lavadero....

—Confieso que me estraña....

—Y crees que es vergonzoso para mí?

—Si, señor.

—Por qué?

—Toma! porque sois tan sábio... y meteros asi en un sitio cenagoso me parece que es rebajaros....

—Oyeme con atencion, hijo mio... las pobres mugeres que vienen á lavar su ropa á esta agua llena de poso... se la llevan casi tan sucia como la trageron... quedándola ademas un insoportable olor á barro: sucede luego que los niños á quienes ponen esos pañales húmedos é infectos caen malos y cogen calenturas dañinas; pero si se limpia el lavadero y se saca el cieno, ya no suceden esas desgracias.

—Bien está, señor... pero bien podian ocupar vuestro sitio aqui otros que no sepan....

—Ocuparle en otra parte, eh?

—Eso quise decir.

—Tienes razon, pero se trata de un deber que he prometido cumplir, y fuerza es que cumpla mi promesa. En cuanto á la humillacion que dices ¿dónde la ves? Si yo tuviese orgullo podria decir por el contrario: hago á la par lo que puede hacer todo el mundo y lo que sé hacer yo solo, mi mérito por lo tanto es doble. Mas sin raciocinar asi, hijo mio; me basta con decir que nunca es vergonzosa una accion que es provechosa á todos.

Yo no sabia qué responderle.

—Consiste la humillacion en andar con las piernas desnudas por entre el fango? pues entonces, continuó Claudio sonriéndose, esos caballeros ricos y nobles que vienen á cazar todos los inviernos á nuestros pantanos, se humillan mucho mas profundamente que yo, porque se meten en el lodo hasta la barriga, solo por el gusto de matar algunos pajarillos... Vamos, hijo, ánimo y alegría ese corazon... nuestro trabajo será útil á todos. Despachemos, porque á las doce tenemos que estar de vuelta para preparar la clase.

Y poniendo manos á la obra, empezó Claudio Gerard á echar hácia la orilla con su rastrojo una gran porcion de cieno de que yo iba llenando el cubo para llevarlo en seguida á tirar al pie de unos grandes álamos que formaban un estenso bosque.

Confieso que el ejemplo y las palabras de Claudio Gerard hicieron que me pareciese menos penoso y repugnante aquel trabajo, inaleciéndole á mis ojos.

Sin duda para seguir alentándome, me dijo mi nuevo amo al cabo de una hora:

—Para la primavera vendremos á visitar los álamos: con el cieno que vas echando al rededor, verás que verdes y poblados se ponen, porque ese fango tan malo en el lavadero, es un excelente abono para esos hermosos árboles, y nutre sus raices.... Dime ahora, hijo

mio, si te dará verguenza, por ventura, de haber contribuido á que esos grandes álamos adquieran mas belleza y robustéz, con haber echado unos cuantos cubos de cieno á su pie.

—Oh! no, señor.... lejos de eso, vendré á verlos con mucho gusto, exclamé cada vez mas satisfecho de las reflexiones de Claudio Gerard.

Y es tal el carácter de los muchachos, que no terminé sin ciertos impulsos de amor propio aquella obra comenzada con tanto disgusto.

Si insisto en estas lecciones prácticas de Claudio Gerard, es porque tuvieron una influencia decisiva y casi incesante sobre mi vida: debo añadir, el elogio pronto tal vez, ó por mejor dicho, en el elogio de Claudio Gerard, que sus lecciones tan sencillas, claras y lógicas, penetraron casi inmediatamente y con mucha intensidad en mi espíritu y corazón, al paso que para afectar las execrables máximas del tullido que solia repetirme Bamboche, habia tenido que vencer cierta incomodidad moral, cierta repugnancia instintiva.

Dejando así empezada la limpia del lavadero volvimos á toda prisa al pueblo: un pedazo de pan negro y algunas nueces compusieron nuestro almuerzo, despues del cual ayudé á Claudio Gerard á hacer en la cuadra los preparativos de la clase, raros y preliminares que hicieron subir de punto el asombro causado por los sucesos anteriores de aquel dia.

Como las vacas salian muy pocas veces

en el invierno, á causa de los malos tiempos, su presencia casi cotidiana en aquella estacion disminuia mucho el espacio destinado á los discípulos. Dificil era definir si los alumnos estaban en el establo, ó las vacas en la clase, pues el local se hallaba dividido casi por partes iguales entre la raza humana y la vacuna.

A la derecha se veian los aperos colgados, el pesebre y un monton de estiércol que tenia dos ó tres meses y exhalaba un hedor insoportable: junto á la pared izquierda colocamos algunos banquillos cojos, pusimos encima unas largas tablas, y delante de estas mesas portátiles alineamos varios bancos sobre un piso enlodado é infesto, pues el desnivel del suelo hacia que corriese hasta aquel lado el rezumo fétido de todas las inmundicias de los animales.

Haciamos estos preparativos casi á oscuras, pues aquel local de veinte pies de largo no tenia mas luz que la que dejaban pasar la puerta por un lado, y por otro la reducida ventana del tabuco rodeado de zarzas, que servia de cuarto al maestro: el techo muy bajo: compuesto de vigas agujereadas y adornado con colgaduras de telarañas, permitia alcanzar con la vista la paja y el heno que llenaban el granero. Cuando apretaba el frio, se cerraba la puerta y quedaban en tinieblas las dos terceras partes del establo, de mane-

ra que de treinta muchachos que eran, solo cinco ó seis podian trabajar á la luz que penetraba por la ventana de la alcoba. El maestro remediaba en estos casos el inconveniente llamando alternativamente á su cuarto á los discipulos colocados en la parte mas oscura del establo y haciendo trabajar á cada uno un cuarto de hora á su presencia.

Acabábamos de preparar las mesas y los bancos, cuando empezaron á entrar los niños. El cielo que por la mañana estuviera bastante despejado, se habia encapotado luego: caia nieve en abundancia, y fué preciso cerrar la puerta del establo atestado de animales y seres humanos, quedándonos á buenas noches.

Acurrucado en un rincon asisti con una viva curiosidad á la primera leccion que veia dar. Los rústicos alumnos de Claudio, lejos de ser revoltosos, alborotadores é indóciles, y de no ver en las horas de escuela mas que un trabajo pesado é indiferente estaban quietos callados y atentos: me parece, si asi puede decirse, que no solo les interesaban, sino que les divertian las palabras de Claudio Gerard, profesándole todo un respeto casi filial.

Mas tarde vine en conocimiento de cómo, valiéndose de un método de enseñanza, ingenioso y sencillo á la par, en que se combinaban la *curiosidad*, el *amor propio* y el *espíritu de imitacion* (palancas que obran

omnipotente sobre la infancia,) obtenia Claudio Gerárd resultados tan pronto como satisfactorios. Siempre bueno, tranquilo, indulgente y sufrido, penetrado de la santidad del sacerdosio que ejercia, guiado, sostenido y alentado sobre todo por su profundo amor á los niños, estudiaba sus caracteres, instintos y pasiones, y sabia casi siempre encaminar hácia el bien aquellos impetus naturales que comprimidos, falseados ó mal dirigidos, se hubieran convertido en vicios y aficciones depravadas.

A la media hora de leccion se hicieron tan sofocantes y deletéreos el calor del establo y el hedor del estiércol, aumentados con aquella aglomeracion de gente, que á mí y á otros alumnos nos dieron náuseas y sofocos, acompañados de un violento dolor de cabeza y un copioso sudor.

Fué por fin preciso abrir la puerta del establo, cuya atmósfera no era ya respirable. La fuerte y glacial corriente de aire que sucedió de repente á aquella sofocante temperatura me hizo tiritar y heló el sudor en mi frente. Volvióse á cerrar la puerta pocos instantes despues, mas yo continué temblando, arrecido de frio, lo mismo que mis pobres compañeros que estaban casi todos miserablemente vestidos. Posteriormente me dijo Claudio Gerárd que aquellas repentinas alteraciones de frio y calor, aquella atmósfera viciada y dañina en que

vivian las tristes criaturas las causaban frecuentemente enfermedades graves, mortales quizá, y que rara vez podia un alumno dar leccion quince dias de seguida.

Terminó la clase; era sábado, nunca lo olvidaré, merced á la circunstancia siguiente:

— Claudio Gerard cogió unas alforjas, me entregó una cesta, y me dijo:

— Sígueme; hijo mio...

— Ahora si que te va á causar sorpresa la humillacion á que me espongo, añadió sonriendo.

— Pues cómo?

— Vamos al pueblo á pedir de puerta en puerta... alimentos para la semana que viene.

Estas palabras me dejaron pasmado.

El sueldo que me tienen señalado por mis funciones de maestro y demas trabajos á que ya me has ayudado, es, hijo mio, tan insuficiente, que me veo en la precision; lo mismo que mis compañeros, en sus respectivos pueblos, de recurrir á la caridad pública para atender á mi subsistencia diaria; ademas, cómo la mayor parte de mis discipulos son tan pobres, prefieren sus padres pagarme su corta retribucion en artículos de consumo... Háblame ahora francamente, hijo mio... ¿no te parece esto el colmo de la humillacion?

— Para mí que estoy acostumbrado á por-diosear, no, señor... respondí; pero vos que sois sabio y haceis tantos favores al pueblo.

—Justamente, porque conozco que estoy pres-  
tando algunos servicios á todos, no me causa  
el menor empacho recibir de cada uno lo que  
me pueda dar para ayudarme á ir viviendo...  
ya que no tengo otro recurso. Si por el con-  
trario fuera yo un perezoso ó un hombre inútil,  
cometeria un acto de cobardia degradante, acep-  
tando de esa pobre gente un pedazo de pan.  
Ea, pues, ven y acaso será tu cena de hoy  
menos frugal que la de ayer, porque ya se  
estaban acabando las provisiones.

A cada instante me daba Claudio Gerard al-  
gun ejemplo como este de resignacion y dignidad.  
Le acompañé en su excursion.

Recordando despues este incidente y reflec-  
sionando sobre él he podido calcular la consi-  
deracion de que debian gozar en los pueblos  
estos maestros... que disponiendo de recur-  
sos materiales, podrian cambiar en veinte  
años la faz de un pais y crear una genera-  
cion enteramente nueva, solo con la educa-  
cion que la diesen; pero sin duda se opone  
alguna razon politica á esta grande regene-  
racion social.

Claudio Gerard era generalmente querido  
y aun respetado: sin embargo, á causa de  
su existencia miserable y de las funciones  
accesorias que desempeñaba, se le colocaba  
al nivel de un pastor bonachon, ó de un  
honrado é inteligente mozo de labranza.

Los pobres en especial le tenian gran ca-

riño, todos le presentaron con una cordialidad fraternal su modesta ofrenda: cual le daba una medida de judías secas, cual alguna fruta, este un poco de centeno, aquel un monton de patatas; en una palabra, comparativamente nos trataban mucho peor los habitantes acomodados, pues sentian contra el maestro una especie de envidia mezclada con desprecio, que á veces se desahogaba procurando humillarle, mas no era fácil humillar á Claudio Gerard.

Algunos propietarios de menor importancia, pertenecientes al bando del cura, miraban, amen de esto, la escuela con malos ojos: decian que era inútil, impropio, y peligroso, propagar la instruccion por el populacho y repetian ingénuamente: «Si todo el mundo supiera leer, ¿en qué se habia de distinguir el hijo de un hombre que tiene algo del que lo es de otro que no tiene nada?» Consecuentes con estas ideas contribuian estos presuntuosos con todo su poder municipal á hacer casi imposible la escuela de Claudio Gerard, confinándole en un establo infecto y dañino, y prohibiendo á los padres de familia sobre quienes ejercian algun mando, que enviasen sus hijos á la escuela. Entre gente tan arrogante fué nuestra colecta escasa á mas de ofensiva en el modo de darla. Medio pan duro como una peña, y algunos pedazos de tocino y queso ran-

cio fué lo que recogimos entre muchos hidalgos del pueblo (1).

Era yo un misero espósito, habia sido un vagabundo, un mendigo, y sin embargo, al oír las duras y despreciativas palabras de que iban acompañadas las limosnas que nos arrojaban, sentí dos ó tres veces latir mi corazón y ruborizarse mi frente de cólera. Mas se aumentó mi sorpresa al ver que la inalterable serenidad de Claudio Gerard no se desmentía un punto y que ni su actitud ni su fisonomía revelaban que se le hubiese ocurrido un momento la idea de que tratasen de ajar su amor propio. ¿La convicción de ser superior

(1) *Lejos de ser exagerada esta triste pintura de los medios de educacion que se concede á las poblaciones agricolas, se quedan por desgracia muy inferiores á la espantosa realidad. Continuaremos citando la obra oficial de Mr. Lorrain, página 5, 6 y 156.*

—Las lecciones se dan casi siempre en cuadras sucias donde solo se respira á menudo un aire infecto.

En general las clase son estrechas é insalubres he visto á los niños de un pueblo reunidos en una cuadra con los caballos.

—La clase es á veces una caballeriza, una granja húmeda una sala baja, una cueva á que es preciso bajar rastreando.—Tienen unas proporciones tan reducidas que parecen in-

al ultrage, no es á veces el colmo de la dignidad?

Volvimos á la escuela con el cesto y las alforjas casi enteramente llenas.

Tocaba el dia á su fin y la nieve que continuaba cayendo en abundancia, se habia amontonado durante nuestra ausencia á la puerta del establo. Claudio Gerard buscó para dejar franco el paso la pala que se nos habia quedado olvidada en el cementerio junto con el azadon, despues de haber abierto y terraplenado la sepultura de la madre de Regina.

—La pala se quedó en el cementerio jun-

creibles; la estencion de la escuela de P... es de doce pies cuadrados y en este local se hallan á veces reunidos en el invierno discipulos, sin tener mas aire respirable que el que entra por un ventanillo del tamaño de un vidro. ¡Cuán mal perjudicial todavia que en las ciudades no debe ser la privacion de un aire puro á la salud de esos jóvenes campesinos arrancados á la atmósfera de los campos y trasplantados á esas cárceles sofocantes, á esas cloacas estrechas, infectas y dañinas en que apenas penetra la luz y que ofrecen á los pies desnudos de los niños un pavimento húmedo, sin ladrillos sin losas...

Insisto sobre las relaciones uniformes de gran número de inspectores que afirman sin

to al árbol verde... dije á Claudio Gerard, iré á buscarla.

—Bien, respondió, porque si se amontona la nieve á la puerta, nos inundará en cuanto empiece á derretirse.... ¿pero sabes el camino?

—Sí, señor, no hay cuidado.

Y me dirigí rápidamente al cementerio.

—*vacilar que estos focos de infeccion son la causa de un sin número de enfermedades graves, epidémicas y crónicas á veces que atacan á la juventud de las escuelas.*

—*Un abuso que en los campos hemos notado es la falta de toda clase de medios higiénicos para renovar el aire puro con ventanas ó ventiladores. Esto nos ha hecho oír sin asombro que á los quince dias de asistencias caen enfermos la mayor parte de los niños y dejan la escuela. (MEUSE.)*

—*«El local de las clases es malsano en casi todos los pueblos y estoy seguro de que la mayor parte de las enfermedades de los niños provienen de su estancia en ellas: en muchas se reúnen materiales entre los que no*



## CAPITULO XII.

### De nieve.

**A**unque la luna caminaba por entre opacas nubes pardas sacudidas por un huracan violento, bastaba su claridad para guiarme y distinguir perfectamente los objetos.

seria extraño encontrar reptiles. (CALVADOS.)

—«La escuela del pueblo es tan reducida é insalubre que cada invierno hay una epidemia en que perecen muchos niños que la frecuentan. (SOMME.)

Y mas abajo página 61.

—«El maestro es considerado en el lugar como un pordiosero; cuando los alcaldes le quieren dar una muestra de preferencia le

Acercábame al cementerio con una especie de satisfaccion melancólica, pues distraido durante el dia de los pensamientos de que Regina era objeto, me consagraba enteramente á sus recuerdos: dichoso de pensar que en lo sucesivo viviria cerca de la postrera morada de la madre de Regina, de aquella madre tan sentida... era á la vez para mí un consuelo y un lazo mas, que me unia á aquella niña. Habia hecho propósito de cuidar con piadoso respeto la tumba donde estuviera arrodillada, de protegerla contra la invasion de las plantas parásitas, y para la primavera, pensaba trasplantar algunas flores rústicas, con la loca esperanza de que si Re-

llevan á comer en su cocina; *en muchos puntos no le pagan en dinero, sino que dejan aparte lo peor de la cosecha para dárselo cuando vaya mendigando de puerta en puerta con la alforja al hombro... Y no siempre se le recibe bien cuando va á las casas á pedir su corta porcion de patatas, porque perjudica á los cerdos.»*

*Siguen en comprobacion las notas estractadas de los informes de los inspectores generales.*

*«...Es de notar que en los cuatro pueblos principales de este canton, no se dá retribucion pecuniaria, sino que el maestro*

gina volvía, hallase al menos la tumba cuidada, sin saber por quién.

Cierta extraña coincidencia me parecía encontrar entre la inesperada aparición de Regina y mi buena resolución de hacerme hombre de bien. Este incidente singular era en mi juicio una especie de consagración de mi pensamiento favorito, á saber: que todas mis buenas tendencias me aprocsimarian á Regina.

Que me aprocsimaria? no... no es esta la palabra esacta, pues no podía esperar volver á verla, ni mucho menos acercarme á ella: no obstante, me figuraba, aun convencido de la extravagancia de aquella pasión infan-

---

vive de lo que los padres le quieren dar á cada cosecha.

—«Los maestros se contentan con cierta colecta que hacen en las casas. Figuraos al señor maestro yendo en tiempo de vendimia de puerta en puerta á mendigar un poco de vino, que la mayor parte de las veces le dan de mala gana. (SEINE-ET-OISE ETAMPES.) Hay en diversos lugares una forma de retribucion vergonzosa hasta cierto punto para el profesor de educacion primaria, pues le asimila con el individuo que tiende la mano para recibir la recompensa de su trabajo... y qué recompensa! guisantes!

til y un resultado que cuanto mas *hombre de bien* fuera, mas derecho tendria para pensar en Regina, pensamiento dulce y amargo á un tiempo, secreto sagrado que me proponia sepultar para siempre en lo mas recondito de mi corazon.

Actualmente, amaestrado por los años, apenas acertaria á explicar cómo aquellas estrañas ideas, empapadas, por decirlo así, en una refinada sensibilidad, pudieron producirse en un niño de mi edad: las comprendo sin embargo, recordando la preciosidad de sensaciones que despertara, desenvolviera en mi el ejemplo de los amores de Basquine y de Bamboche...

Abandonado á estas reflexiones, me encaminaba lentamente hácia el cementerio.

La brisa mas violenta, habia disipado parte de las nubes que oscurecian hasta entonces la luna: despidió esta vivos resplandores, y cesó de caer la nieve, que ya cubria todo el campo del reposo, como una inmensa mortaja.

El silencio profundo, solemne, tan solo se interrumpió por los agudos silbios del viento norte que azotaba las hojas de los árboles.

Jamas he sido cobarde, y por mi vida bagabunda estaba familiarizado con toda clase de incidentes nocturnos: era tan espesa la capa de nieve que cubria la tierra, que puedo decir que ni siquiera oia mis pasos.

Así llegué á corta distancia del ciprés junto al cual dejara por la mañana la pala y el azadon para ocultarme durante el entierro de la madre de Regina.

Mas de repente me quedé plantado, inmóvil de estupor y de espanto.

En lugar de ver á pocos pasos la sepultura cerrada como la dejamos por la mañana y cubierta de nieve como el resto del suelo, habia sido abierta la huesa, recientemente sin duda, pues á ambos lados se elevaban dos montones de tierra negruzca destacando sobre la blancura de la nieve.

Si la sacrilega violacion no se hubiera hecho con la tumba de la madre de Regina, acaso me habria amedrentado el pensamiento de indagar aquel siniestro misterio; mas la indignacion, la cólera acrecentaron mi valor, y sin dejar de ser prudente, avancé con precaucion estremada, llegando hasta un ciprés conocido, donde encontré la pala, pero el azadon habia desaparecido.

Hasta entonces no habia oido el menor rumor, é iba á poner atencion, cuando de repente sentí un fuerte olor á tabaco que se exhalaba de la huesa abierta.

Por presentimiento adiviné que el violador de la tumba era el hombre de la mala traza á quien ví fumando tan cínicamente, durante los funerales.... pues luego percibí unos

golpes sordos que salian de las entrañas de la tierra.... á poco una mano invisible echó fuera el azadon y ví asomar la cabeza y el cuerpo de un hombre que pugnaba por salir de la sepultura abierta, y acababa sin duda de soltar la pipa: pues traia asido de los dientes un envoltorio bastante pesado al parecer.

Reconocí en efecto al hombre á quien por la mañana habia visto.

Oculto por el tronco del ciprés y por la sombra que proyectaba, no podia ser atisvado por aquel miserable. Permaneci inmóvil por tanto, sin saber que hacer, temeroso de ser descubierto, y aguardando inspiraciones de las mismas circunstancias.

El hombre á quien en lo sucesivo llamaré el tullido (despues diré como conocí que era este personaje el execrable maestro de Bamboche) se puso derecho así que salió de la huesa, como para desentumecer sus miembros fatigados, pareciéndome aun mas formidable que por la mañana su erguida y robusta estatura. Miró á todos lados, tomó en la mano el paquete, y reparando en el cipres, se vino para donde yo estaba.

Contuve la respiracion, hecho un ovillo, me acurruqué como pude para esconderme en la sombra y cuando se acercó el tullido, me di por muerto.

Por fortuna, en vez de avanzar mas, se sentó en un montoncillo de piedras, vuelto

enteramente de espaldas, mientras desataba el lio que sacó cogido con los dientes: era un mal pañuelo que contenia sin duda diferentes objetos robados en el atahud.

Púsose el tullido el envoltorio sobre los muslos, y comenzó á examinar el botin atentamente á la luz de la luna, no temiendo ser sorprendido á aquellas horas.

De repente se me ocurrió la inspiracion que yo aguardaba de las circunstancias: un movimiento involuntario me puso en la mano el mango de la pesada pala que por la mañana habia usado, y púsenle en pie con gran recato; el ruido de los vientos me favorecia: así con ambas manos la pala enarbolándola como una clava; pero al calcular el alcance de mi arma, advertí que para alcanzar al tullido y poder sacudirle en la cabeza, necesitaba dar dos pasos y salir enteramente de mi escondite. Vacilé por un momento, abandonado por la resolucion. El menor ruido, la mas leve vacilacion podian perderme, porque aquel hombre no le arredraria un asesinato.

El recuerdo de Regina vino en mi auxilio y la invoqué mentalmente como se invoca al Angel de la Guarda. Di un salto, y la pala cayó sobre la cabeza del tullido con la rapidez del rayo. Tan violento fué el golpe, que la pala se dividió en dos pedazos.

Levantó los brazos el tullido como para

llevar las manos á la frente, mas le faltaron las fuerzas y cayó inerte y sin movimiento. Temiendo no haber hecho mas que aturdirle, le asesté nuevos golpes con feroz encono y en breve la sangre salpicó la nieve.

El aspecto de la sangre me hizo estremecer..... tiré la pala temblando de espanto, como si hubiera cometido un crimen.... aunque dominé esta conmocion reflexionando que habia sido un justo castigo de aquel profanador de tumbas.

Acerquéme al tullido, á fin de quitarle los objetos robados en la huesa.

Vi un estuche abierto por entre el cual asomaba una gruesa cadena de oro y un medallon del mismo metal.... ademas de varios anillos de piedras preciosas arrancados sin duda de las manos del cadáver.... finalmente, una cartera que acababa de abrir al tullido, pues estaban esparcidas una porcion de cartas, y en una de ellas asomaba un rizo de pelo, del cual pendia una crucecita de acero y una medalla de plomo del tamaño de una moneda de diez sueldos.

Mi primera idea fué recoger estos objetos é ir al instante á llevárselos á Claudio Gerard, contándole lo que acababa de pasar, mas reflexionando que el tullido podia haberse guardado algunas joyas en el bolsillo, traté de registrarle á pesar de mi repugnancia y de algun tanto de miedo. Tenia hela-

das las manos, esto me atentó. Al registrarle los bolsillos entreabrí casualmente su camisa hecha jiras y á la luz de la luna que caía sobre él de lleno, vi marcada sobre su pecho una calavera de tamaño natural: en las órbitas habia pintados unos ojos rojos y una rosa entre los dientes.

—El tullido! exclamé, porque muchas veces me habia hablado Bamboche en la siniestra marca que el bandido tenia en el pecho, marca bastante particular para que pudiera quedarme duda acerca de la identidad de la persona.

—El tullido! repetí arrodillado junto á aquel hombre.—Mejor que mejor! esclamé con feroz alegría; me alegro de haberle muerto, despues de tanto daño como hizo á Bamboche.

Seguí registrando al bandido; pero nada le encontré como no fuera un eslabon, una bolsa con tabaco y un puñal; pero júzguese cual seria mi sorpresa y mi dolor al hallarle en los bolsillos del pantalon los dos cachorrillos que la vispera aun estaban en poder de Bamboche.

Por qué estraña casualidad habia vuelto á encontrarse con Bamboche, á quien habia perdido? Recordando el charco de sangre en que la noche antes habia encontrado el chal de Basquine y las tres monedas, no podia dudar de la complicidad del tullido en este nuevo crimen, puesto que hallaba tambien en su

poder los cachorrillos de Bamboche; pero me confundia la parte que el miserable hubiera tenido en aquel trágico suceso, tan misterioso para mí; toda vez que ignoraba cual habia sido victima ó si habian sucumbido mis dos compañeros.

Estrañábame por otra parte no encontrar al tullido dinero alguno, ¿Qué habia sido de la suma robada por Bamboche á Claudio Gerard, suma que era el único incentivo que pudiera haber para asesinar á mis camaradas?

Todos estos pensamientos me asaltaban á un tiempo dejándome lleno de turbacion é incertidumbre. Por un instante me pesó haber muerto á aquel malvado, única persona que podia ilustrarme acerca de la muerte de mis amigos; pero al recordar su vida y sus crímenes, díme el parabien por mi accion.

Recogí por tanto en un faldon de mi blusa la cadena de oro, el medallon, los anillos, la cartera con las cartas y el cordoncito de pelo que tenia atadas á un extremo, una crucecita de bronce y una medalla de plomo, y dejando al tullido tendido cuan largo era, salí á escape del cementerio, para contar á Claudio lo sucedido.

Réstame una confesion penosa.

Se trata de malas tentaciones y de una accion vergonzosa... accion cuyo remordimiento me ha perseguido hasta el dia, en

que lejo de arrepentirme de lo hecho, ¡uf!.. Mas ah! todo se dirá á su tiempo.

Cualesquiera que fueran las consecuencias reservadas á un hecho indigno por sí, yo no podia preverlas cuando la cometí, y así su indignidad no se atenúa absolutamente.

Caminaba de prisa hácia la casa de Claudio Gerard mirando de vez en cuando y sin pararme, las joyas quitadas al tullido, que me parecian de valor inmenso.

—Ah! pensaba, que alegría si encontrase á Basquine y Bamboche... con esto para cuanto tiempo tendríamos...

Mas aquí paró mi mal pensamiento, y á pesar de este reproceso hácia las peligrosas tendencias de la vida pasada, conocí que pensar de tal suerte era hacerme cómplice del tullido... cómplice de la violacion de la tumba de la madre de Regina, y rechacé con horror esta tentacion. Pero á mi pesar me asaltó una idea, á la par pueril y maligna.

—No, no, digo, respetaré las joyas, mas esta cartera contiene cartas... sin valor ciertamente; pues que la humedad de la tumba ha de destruirlas en breve... ademas nadie puede ya sospechar su existencia, supuesto que guardándolas sin conocimiento de Claudio Gerard, á nadie hago perjuicio... y para mí será gran dicha poseerlas, sin contar con que el ardiente deseo de saber lo que contienen, me servirá de poderoso es-

timulo para aprender á leer y escribir.

Ahora que lo reflexiono friamente, la razon ó mas bien la escusa que daba á una tentacion culpable, me parece puerilmente estúpida é incomprensible, aunque nada hay mas cierto.

Sin embargo, lo positivo es que desde el dia siguiente comencé á aprender á leer y á escribir con celo, con un empeño, con una aplicacion obstinada que admiró á Claudio Gerard. Mi único objeto era leer aquellas cartas pensando sacar de su contenido un lazo misterioso mas, que me uniera á Regina, ignorándolo ella y todo el mundo.

No trato de paliar esta accion: solo me propongo recordar sinceramente las razones absurdas; aunque reales, que me impelieron á un acto doblemente culpable, porque no saqué de la cartera el cordoncito de pelo, ni la cruz, ni la medalla, escudado en su valor insignificante, y por la idea de que eran objetos perdidos para todo el mundo.

Otra razon de este robo era el deseo de poseer algo que hubiera pertenecido á la madre de Regina, ya que no podia tener nada de esta.

Resolvieme á este latrocinio, y antes de entrar en casa de Claudio, fui á esconder provisionalmente la cartera debajo de un monton de beno.

Cuando entré, inquieto Claudio por mi pro-

longada ausencia, iba á acudir á mi encuentro.

—Mas asi que le hube referido la violacion de la tumba y la muerte del tullido, asi que le entregué las joyas, me abrazó tiernamente, asustado por el peligro que habia corrido y alabó mucho mi valor, diciendo no obstante:

—Aunque la muerte por mas que sea un criminal.... nos echa encima siempre una grave responsabilidad, porque la muerte es estéril, no estorba los crímenes é imposibilita el arrepentimiento ó la espiacion saludable... el aspecto de semejante profanacion, el miedo de ser descubierto y muerto por aquel miserable legitiman el asesinato... es preciso ir inmediatamente á la justicia á declarar este suceso, y yo volveré á cubrir la sepultura indignamente profanada. Tú, pobre niño, quédate aqui..... caliéntate, que vienes transido de frio, y á mi vuelta cenaremos.

Partió Claudio Gerard, y no tuve valor para acompañarle; me sentia destrozado por la fatiga y por las emociones del dia.

Luego que se alejó el maestro, mi primera idea fue poner á buen recaudo la cartera. Despues de discurrir largamente los medios de esconder con seguridad mi hurto, descubrí debajo de un pesebre un puchero roto dentro del cual cabia perfectamente la cartera, que no dejaba de ser abultada: en seguida abrí un hoyo bastante profundo debajo del pesebre y despues de tapar con heno la

Boca del puchero le metí en el agujero, disimulándolo con tierra bien amasada.

Terminada esta operación, me senté en un banco y vencido por la fatiga no tardó en apoderarse de mí un sueño calenturiento, turbado por extrañas é incoherentes pesadillas; en uno de estos ensueños con la imaginación poseída sin duda de lo que Claudio Gerard me había dicho sobre las personas aletargadas y enterradas vivas, me pareció ver á la madre de Regina salir de su féretro hermosa, engalanada y mirarme con inefable dulzura, haciéndome señas para que la siguiera.

A mitad de este sueño desperté sobresaltado por Claudio Gerard que me sacudía el brazo: abrí los ojos; traía la blusa cubierta de nieve y en una mano una linterna, en otra una azada. Venía sumamente pálido y desencajado.

—Se ha escapado el miserable! me dijo, poniendo la linterna sobre la mesa: tu golpe no haría mas que aturdirle.

—A quién? dije estupefacto.

—Al tullido!

—No ha muerto? exclamé.

—Así que salí de aquí, me dijo Claudio, fui en busca del alcalde, quien acompañado por dos hombres, dispuso que nos dirigiéramos al cementerio. Hallamos, en efecto, la tumba abierta y junto al ciprés la nieve manchada de sangre....

Aturdido sin duda, herido gravemente; recobraría el malvado sus sentidos al cabo de algún tiempo, y así tratamos de seguir sus huellas por la nieve. Fácil nos fué conocer que estas huellas iban inciertas, mal seguras.... Salimos á una pradera donde á cierta distancia las señales se hicieron menos visibles, hasta desaparecer bajo la nieve, porque había vuelto á nevar con abundancia.... Ocultóse la luna y como hay bosques espesos cerca del sitio donde perdimos el rastro del miserable, renunciarnos á una pesquisa inútil.... Mañana se avisará á la gendarmería para que haga su reconocimiento.... Me volví solo al cementerio... coloqué en el féretro los preciosos objetos y rellené... la... la sepultura, añadió Claudio Gerard con voz que me pareció profundamente alterada.

Tan violenta fué su conmoción, que se detuvo pasándose la mano por la frente bañada en sudor.

—Ah, señor! le dije, si supiérais lo que soñaba cuando me despertásteis.

—¿Qué soñabas?

—Parecíame ver á la difunta salir del ataúd y....

—Eso soñabas, exclamó Claudio Gerard... ¿Eso soñabas? repitió:

—Si señor, repuse sorprendido de la importancia que daba á un sueño; como esta mañana me hablásteis de personas que...

—Sí, sí, contestó Claudio apresurándose á aceptar esta esplicacion, eso seria... qué sueño tan singular! Oh! á Dios gracias, no es mas que un sueño, porque la huesa está cubierta y solo queda el recuerdo de la infame violacion: Hijo mio, confiemos en que el miserable autor no se escapará de la justicia. Mas descansa, yo tambien estoy cansado.

Claudio Gerard se tendió en su lecho.

## CAPITULO XIII.

### **D**os aniversarios.

**D**URANTE los primeros dias que siguieron al entierro de la madre de Regina, corrieron absurdos rumores entre algunas comadres de la aldea con respecto á las supuestas apariciones, que habia en la casita aislada, que la pobre jóven ocupó hasta su muerte; pero poco tiempo despues cesaron

enteramente, gracias á los esfuerzos de Claudio Gerard, que me pareció muy descontento por esta superticiosa credulidad, y por la atencion que la noticia atraia sobre la casita, que fué vendida sin embargo dos ó tres meses despues.

Desde el dia en que vi á Regina en los funerales de su madre, desde este dia, que fué tambien el primero que pasé en casa de Claudio Gerard, databa por decirlo así el principio de mi rehabilitacion, y yo me complacia en confundir en mi mente estos dos aniversarios.

Por otra parte habia cumplido escrupulosamente la promesa hecha á mi mismo de cuidar con piadoso respecto la tumba de la madre de Regina, modesta sepultura donde únicamente se leia el nombre de SOFIA, su nombre de bautismo, que le habian impuesto como una última humillacion; pues ni aun en la losa funeraria quisieron que llevase el nombre de su familia y el de su marido.

Profundamente conmovido Claudio Gerard con el trágico fin de esta desgraciada, aprobó con el mayor placer mi proyecto de preservar su tumba de una próxima degradacion.

La cerqué de una empalizada rústica, que por ambos lados venia á dar al grueso ciprés, detrás del que me habia escondido á la vista de Regina; despues puse al rededor

de la losa césped bien verde, y cubrí con fina y dorada arena la estrecha calle de árboles que desembocaba en este sitio, y construí á la orilla del césped un acirate de flores para la primavera en forma de canastillo.

Muchos días de la semana iba á pasar en este jardincito melancólico, una parte de las *recreaciones* que me concedía Claudio Gerard.

El invierno destruyó las últimas flores que yo planté en el otoño que precedió al último aniversario de estos funerales; sin embargo, á mediados de febrero empezaron á florecer de nuevo las campanillas y primaveras silvestres tan comunes en nuestros campos. El 27 de febrero, día del cabo de año ya había cambiado el acirate en un verdadero canastillo de flores color de lila y blancas, tintas, melancólicas y dulces por su encantadora frescura.

Acababa de concluir mi tarea y me senté á descansar en un banco de madera que yo mismo había construido junto al ciprés, despues de haber nivelado cuidadosamente la arena de la calle de árboles.

Entregado entonces á mis recuerdos, me puse á pensar que en este mismo sitio un año antes había visto á Regina por la primera vez... despues de su raptó en el bosque de Chantilly.

De repente oí un ruido lejano como de un carruaje y caballos de posta, que se iba acercando poco á poco. Un secreto presentimiento me hizo estremecer, y senti en el corazon una violenta y terrible sacudida.....

A poco se paró el coche, y algunos segundos despues vi á Regina aproximarse á mi vestida de negro como el año anterior.

Dábale la mano su anciana criada, y el mulato de siniestra catadura les seguia á pocos pasos de distancia.

Permanecí unos momentos inmóvil, lleno de gozo y al mismo tiempo patalizado de asombro, hasta que viendo que Regina continuaba acercándose, eché á correr tan espantado cual si me hubiese hecho culpable de una mala accion; salté de un brinco la cerca del jardin, y continué mi carrera por el campo, no sin oir antes una exclamacion de sorpresa y júbilo arrancada sin duda á Regina por el aspecto de aquellas flores que no esperaria probablemente encontrar en el sepulcro de su madre.

Llegué sofocado á casa de Claudio Gerard.

=Amigo mio, exclamé al entrar (pues mi nuevo amo habia ecsigido que le diese este titulo)=amigo mio, si vienen á preguntar quien ha cuidado el sepulcro de esa pobre señora, os suplico no digais que he sido yo.

Mi inquietud, mi espanto, mi afan de sustraerme al agradecimiento legitimo que me-

recian mis desvelos y desinterés, causaron grande estrañeza á Claudio Gerard, y le hicieron creer que le ocultaba algo.... En el trascurso de aquel año habia adquirido grande influencia sobre mí; asi es que estrechado por sus preguntas no tuve fuerza para callarle ya mi secreto, esto es, mi amor infantil á Regina.

Le oculté sin embargo el robo de la cartera y de la crucecita; la verguenza no me permitió hacerle esta última confesion.

Esperaba yo que mi amo se irritase, mas no sucedió asi: se redujo á decirme.

—Dentro de algunos años te hablaré de la revelacion que acabas de hacerme; hasta entonces continúa cuidando con veneracion ese sepulcro, y si alguno me pregunta diré, que quien ha cumplido con ese deber soy yo, ó mas bien tú, por orden mia.

Regina deseó en efecto saber quien habia mirado tanto por la tumba de su madre, y antes de salir del pueblo envió al mulato, criado que merecia su confianza, á casa del cura para averiguar este hecho. El párroco estaba fuera, pero en defecto suyo encontró el mulato á la señora Honoria, la cual contestó con una maravillosa presencia de espíritu mercantil.

—Nuestro sepulturero es el que ha cuidado ese sepulcro por orden del señor cura; se le paga para eso, y asi nada teneis

que darle. Vuestra ofrenda corresponde de derecho á la fábrica, y si quereis se continuará por el mismo precio.

Hizo, pues, el mulato su donativo á la fábrica cerró el mismo trato para los años sucesivos, y se marchó aquella misma noche con Regina, que desde entonces estuvo en la persuasion de que el cuidado con que se atendia al sepulcro de su madre tenia una causa interesada y mercenaria.

Cada aniversario del fallecimiento de la madre de Regina fué para mi un manantial de emociones indéfinibles. Los años pasaban con increíble rapidez, merced á la impaciencia, al ansia, lleva á la par de esperanzas y recelos, con que aguardaba yo aquel dia, único entre todos los demas, en que volvia Regina al pueblo.

Observando al tercer aniversario, desde el hueco de un árbol en que estaba escondido, que Regina se estaba junto al sepulcro de su madre hasta que entraba la noche, por grande que fuese el rigor de la estacion, improvisé con una estera de paja sostenida por estacas, una especie de cobertizo sobre el banco que habia al pie del cipres, precaucion que me fué tanto mas satisfactoria, cuanto que en todo el dia apenas dejó de nevar....

De esta manera vi á Regina desarrollarse de año en año, y convertirse de niña en ado-

lescente. Como la veia sola una vez y sin transicion, en cada invierno, era mas notable para mi el desarrollo de sus gracias y hermosura, que llegó á ser deslumbradora.

Cuando llegó Regina á la edad de diez y seis años, eran incomparables la perfeccion de su esbelto talle, la regularidad de sus facciones, el hechizo de su porte y de sus menores movimientos. Sus tres lunares de color de ébano como sus cabellos hacian resaltar mas y mas la trasparente frescura de su tez y la púrpura de sus labios.

Segun iban pasando años, aparecia en su fisonomía, no ya una afliccion desgarradora, pero sí una melancolía grave y un recogimiento profundo.... Estaba horas enteras inmóvil y con la frente apoyada en las manos cual si tratára tenazmente de encontrar la clave de algun misterio: á veces se estremecia con dolorosa impaciencia, y un dia, por fin, pude notar desde el fondo de mi escondite ordinario, y despues de una de sus largas meditaciones, que contraido el rostro por la indignacion y el dolor, y bañadas en llanto las mejillas decia.

¡Oh madre mia! ¡Madre mia!.... yo vengaré tu memoria....

Habia yo entrado en casa de Claudio Gerard siendo muy niño; allí me hice hombre y adquiri en pocos años gracias á su solitud paternal, alguna instruccion: y en ver-

dad que cuanto mas pienso en ello, mas se admira la energia de que estaba Claudio dotado: á pesar de las dificultades y obstáculos de toda clase que se le oponian, á pesar de la insalubridad casi mortal de la escuela y la falta de los libros mas elementales que los pobres no podian dar á sus hijos, y que como el tampoco los podia suministrar, suplia en parte con manuscritos imitando la letra de imprenta, en que invertia parte de la noche; á pesar de la triste y culpable indiferencia de las familias y de la mala voluntad de las autoridades, Claudio Gerard obtenia generalmente los resultados mas increíbles.

Lejos de limitar su instruccion á la lectura y escritura, daba á sus discípulos en lo posible una educacion útil, práctica y acomodada á su clase.

En sus lecciones claras, sencillas, variadas, tocaba y resolvia todas las cuestiones fundamentales de la agricultura, aplicadas al pais que habitaba, emancipando asi á toda una generacion de las preocupaciones y de la rutina.

Amen de esto, Claudio Gerard llevaba dos veces por cada semana á sus alumnos á casa de los pocos artesanos que se contaba en el pueblo, y allí aprendian cada uno segun su inclinacion los primeros rudimentos de un oficio de esos que son, por decirlo asi, indispensables al labrador aislado en su hacienda.

á gran distancia de toda poblacion; de suerte que la mayor parte de los discípulos entendian algo de carpintería, herrería ó albañilería, y podian, en un apuro, apuntalar una armazon de tablas, guarnecer un harado ó afirmar una pared ruínosa.

Para obtener de los artesanos estas lecciones prácticas, á mas de servirles los alumnos de aprendices dos veces á la semana y ayudarles en sus trabajos, les daba Claudio Gerard ciertas naciones de geometría y mecánica elemental aplicadas á su profesion y muy necesarias al carpintero para el corte y ensamble de la madera, al albañil para la corta de piedras y la construccion, al herrero para el cálculo de los resortes, pesos y palancas.

Los domingos se invertian en herborizar y aprender á distinguir y emplear una porcion de plantas rústicas dotadas de virtudes salutíferas: y los jueves enseñaba Claudio Gerard el canto por un método de admirable sencillez y claridad, en que los signos tan difíciles de comprender de la escritura música estaban sustituidos con las cifras ordinarias 1, 2, 3, 4, conocidas é inteligibles para todos los niños. (1)

---

(1) *Tendremos ocasion de volver á tratar de este maravilloso descubrimiento de Galii, que de tan magnífico desarrollo á*

Claudio Gerard mismo escribía las sencillas y cómodas partituras que sus discípulos copiaban en seguida, poseyendo así una especie de biblioteca música en un pequeño espacio. El efecto que producían aquellas voces de niños adultos, cantando los domingos en la iglesia, era sorprendente y lleno de encanto: en las hermosas noches de verano había también reunión para cantar al rededor de los árboles.

Claudio completaba la instrucción de sus alumnos con la explicación sumaria y lucida de los principales fenómenos de la naturaleza, y con algunas nociones é elementales de higieno, tan útiles á la salubridad de la clase pobre.

Algunas ideas sobre las leyes (que nadie debe ignorar y que en realidad ignora la inmensa mayoría) en lo concerniente á los mas importantes derechos y deberes de los ciudadanos y el análisis sucinto de los acontecimientos mas notables y gloriosos de nuestra historia, terminaban la educación de los adultos.

=====  
*una idea de Rousseau y la convierte en una ciencia nueva y el alcance de todos. Mr. L. D. Emilio Chev , uno de los mas fervientes adeptos de Galiu, ha vulgarizado esta ciencia con tanto brillo y acierto como desinterés, y la hace obtener diariamente resultados casi increíbles.*

En esta última clase de lecciones, rápidas e incompletas, pero palpitantes de patriotismo, enseñaba Claudio Gerard, si así puede decirse, EL AMOR A LA FRANCIA.

—Hijos, repetía á menudo, dos madres tenéis á quienes debéis amor, cariño y respeto... quienes debéis vuestra sangre y vuestra vida: la madre que os dió el ser y la Francia.... Los lazos y deberes que con las dos os unen son los mismos.... Tributad, pues, á todo vuestro culto á Francia, envaneceos pertenecer á ella, de servir, de defender... engar á una madre tan vieja y tan buena. La creencia altanera y cándida á la par, en el ser racional llamado Francia, arrancaría una sonrisa de lástima á mas de cuatro *esprits* malos, pero aquellos rústicos rectos, enérgicos, propensos á amar, y cuya inteligencia estaba acostumbrada á las lecciones de Claudio Gerard, tenía todavía la inocencia suficiente para inflamarse en un verdadero amor al país. Delante, cuando se hacían hombres aquellos niños, sentían cierto orgullo en servir á Francia, al llegar la hora de la recluta; pagaban libremente y con arrogancia la contribución de sangre, en vez de poder procurarse refugio en ella, escondiéndose en los bosques y viviendo allí como vagos é inobedientes á las leyes y así se oía confesar á los malos enemigos del maestro desde que la educación primaria corría por su cuenta, eran ca-

da vez mas raros los prófugos, tan numerosos antes.

Citaré otra prueba sorprendente de la influencia de la educacion, incompleta en verdad, pero abundante en sentimientos honorosos que habia conseguido dar Claudio Gerard á aquellos niños, á fuerza de inteligencia, abnegacion, y energia.

Estalló la revolucion de julio, y en muchas provincias, inclusa la nuestra, hubo algunos amagos de desórdenes que se reprimieron muy pronto: hubo intrigantes que pretendieron esplotar los recuerdos de la revolucion, y arastraron en pos de sí á cierto número de infelices sumergidos en la miseria y en la ignorancia, y llenos de rencor y envidia por lo mismo que eran miserables. De resultas, parte de los habitantes de dos pueblos próximos al nuestro que se habian sublevado al grito de *¡Guerra á los palacios!* vinieron á reclutar entre nosotros jóvenes de quince á veinte años que les acompañasen para marchar contra una magnífica quinta situada á alguna distancia de nuestro lugar, y ocupada por un propietario que disfrutaba de un caudal considerable. Jamás olvidaré aquel día, cuyo imprevisto resultado pudo tener tanta influencia en mi suerte.

Era terrible el aspecto de aquella tropa de aldeanos armados de fusiles, hoces y bieldos, que precedida de un tambor, y cosa singu-

lar, de un *serponton*, tomado en la parroquia, hizo alto en la plaza del pueblo, sonó un redoble, y los cabecillas llamaron á las armas á todos los buenos hijos de la patria para destruir la quinta de San Esteban.

Noticioso de esta novedad, salió Claudio Gerard de su casa y tuvo una larga conversacion con el gefe de los insurgentes, en tanto que el alcalde y el cura huian despavoridos. Despues de esta conferencia, el maestro de escuela prometió levantar en una hora una partida de mozos resueltos y marchar á su cabeza contra la quinta.

En efecto, media hora despues se unian á la primitiva partida veinte y cinco de nuestra parroquia, armados bien ó mal; y al mando de Claudio Gerard, que pidió como un favor especial formar la vanguardia.

En el tránsito del pueblo á su quinta, acalorados los insurgentes, cuyos auxiliares éramos, con sus propios gritos y cánticos, cayeron sobre una casa aislada del camino, destaparon dos ó tres barriles de vino, y aumentaron con la embriaguez su ecsaltacion.

Nuestra tropa, lejos de tomar parte en esta orgia, se aprovechó del desórden y del retraso que era consiguiente, para continuar avanzando con rapidez hácia la quinta, sin que el resto de la columna concibiera el menor recelo, pues al cabo cumplíamos con los deberes de la vanguardia.

Llegados á la quinta de San Esteban, Claudio Gerard me enseñó desde lejos al dueño de aquella magnífica posesion. Muy distante de adivinar el peligro que le amenazaba, paseábase á la sazón por un pátio de la casa con su esposa, sus hijos y algunas señoras.

Para llegar á la quinta habia que pasar un puente construido sobre un canal que circuia el parque, Claudio Gerard nos mandó ocupar aquel puente y cortar á todo trance el paso... á nuestros auxiliares, á quienes llevábamos cerca de seisciento pies de delantera.

Acercándose entonces al dueño de la quinta que comenzaba á alarmarse, le dijo mi amo: —Nada temais, caballero... unos cincuenta hombres extraviados por su miseria ó por malos consejos han resuelto atacar vuestra casa, y venido á nuestro lugar á pedirnos auxilio: al cuarto de hora de conferencia con ellos, me he persuadido de que me seria imposible disuadirlos de su intento, y esto me ha determinado á venir acompañándolos para protegeros en caso necesario; traigo conmigo veinte muchachos honrados que estan allá abajo guardando el puente. Todavía no desespero de calmar á esos infelices, de que nos hemos hechos auxiliares para contenerlos, pero si no lo consigo, os defenderemos de ellos.

Nó me lo agradezcais.—dijo Claudio Gerard al asombrado propietario,—no os conozco, pero al oponernos arriesgando nuestra vida á un acto de violencia y brutalidad, que carece de toda autorizacion, y que ni siquiera tiene el pretesto de una venganza legitima, esos jóvenes y yo defendemos la causa del pueblo de que formamos parte, y no otra. Tranquilizaos, pues, porque haremos respetar vuestra persona y bienes por cuantos medios pudiera humanamente emplear cualquier hombre de valor.

Esto dicho, volvió Claudio Gerard á nuestras filas, nos encargó de nuevo que guardásemos el puente, y prohibiendo para evitar una colision, que ninguno de nosotros le acompañase, se acercó solo á la partida que venia medio borracha y distaba ya pocos pasos de nosotros. Fueron necesarias la serenidad, la resolucion, la increíble autoridad que naturalmente poseia Claudio Gerard, para dominar el furor de nuestros auxiliares cuando pretendió explicarles cuán desleal é indigna era la accion que iban á cometer. Uno de aquellos desgraciados dió en su desesperacion un golpe con un trillo de mano á Claudio Gerard; pero este, dotado de tanto vigor como arrojo; derribó en tierra á su contrario, le puso fuera de combate y continuó apelando á los generosos sentimientos de sus adversarios. La mayor parte perma-

neció sorda á sus exhortaciones y marchó tumultuosamente hácia el puente; pero una minoría bastante considerable cedió á los consejos del maestro de escuela y se formó á su lado.

Qué mas diré? Despues de una lucha de corta duracion por fortuna, y poco sangrienta, nuestros agresores se dispersaron desordenadamente temiendo un nuevo ataque. Pasamos la noche al pie de los árboles del parque, y al amanecer del siguiente dia volvimos al pueblo, convencidos de que ningun peligro amenazaba ya á la quinta....

.....

Concluida la espedicion me dijo Claudio Gerard estas palabras que no olvidaré jamás:

—¿Sabes, hijo mio, quienes son los maestros de los dos pueblos, cuya juventud ha querido cometer estas violencias? ¿Sabes entre qué manos han depositado los que gobiernan la santa mision de educar á los niños de estas dos aldeas y de hacerlos honrados?

Uno de los maestros es un tabernero que dá dinero á usura cuando no está borracho, y el otro un presidiario cumplido. ¡Ah! de tales maestros, tales discipulos!

—Es imposible, exclamé yo, no habria términos para vituperar un desprecio tan criminal hácia lo que hay mas sagrado en el mundo, la educacion de la infancia.

Claudio Gerard se sonrió amargamente y me dijo:

—Yo no acuso jamás á nadie sin razon, hijo mio... Lo que te digo es verdad... Sin duda alguna los que gobiernan no han escogido especialmente á un usurero Lorracho, ó á un presidiario cumplido para dar la educacion al pueblo.... pero los gobernantes en su infernal maquiavelismo, saben hacer las funciones de maestro tan precarias, tan miserables, tan humillantes, tan intolerables que no pueden aceptarlas sino las gentes que como yo se dedican por conviccion á este sacerdocio, ó los ignorantes ó miserables que la justicia ha castigado.

—¿Con qué objeto, hijo mio?— replicó Claudio Gerard con su triste y dulce sonrisa—porque quieren gobernar á seres embrutecidos por la ignorancia, por la miseria ó por una credulidad supersticiosa... porque temen á las poblaciones ilustradas, á las cuales la educacion del conocimiento de sus derechos y de su fuerza... Por esa misma razon invaden todo el mundo las escuelas de los *hermanos*, y reemplazan á las nuestras.... Los *hermanos* acostumbra á la infancia á que renuncie á la dignidad humana, sujetándose á un servilismo degradante.... Tú has leído sus libros... los del padre Gobinet, entre otros... y ves las generaciones que preparan á la Francia esos monjes misteriosos, cuya regla no sabe

ni conoce á nadie, cuyo soberano está en Roma.

—Pero este cálculo es horrible.... exclamé yo y hasta es absurdo...

Ayer mismo vimos los excesos que pudieron cometer por su mala educacion aquellos hombres furiosos.

—Pobre niño, ¿no sabes que el poder teme poco á la violencia?—La violencia se destruye con sangre, y por eso no le dá cuidado, pero teme á las ideas que ni el hierro, ni el plomo pueden extinguir jamás.

Y desgraciadamente, debo decirlo, el poder tiene á veces á los padres de los niños, por cómplices forzados, de estas tendencias contra la ilustracion.... Y sin embargo, si un padre es civilmente responsable ante la sociedad de las faltas que su hijo pueda cometer hasta cierto edad... *¿Por qué este padre no será tambien moral y civilmente responsable de la ignorancia de su hijo...* la ignorancia.... fuente de todo mal.... como la miseria.....?

—Efectivamente, contesté á Claudio Gerard; eso seria justo.

—Oh, hijo mio.... tantas cosas son justas... ¿y quién es el que se ocupa en hacerlas prevalecer? Hay ciertos paises en que el padre, que no envia sus hijos á la escuela, es castigado con una multa.... Esta medida es buena, porque con frecuencia es preciso imponer el bien severamente.... y sin embargo... ¿tal





## CAPITULO XIV.

### Las despedidas.

**Y**A he dicho que cuando el tullido profanó el sepulcro de la madre de Regina, me apoderé de la cartera que contenia ademas de una gran cantidad de cartas una crucecita de mirro broceado y una medalla de plomo.

A fin de atenuar á mis propios ojos la vergonzosa acción que habia cometido contrage un extraño compromiso conmigo mismo, y juré no leer las cartas hasta que Claudio Gerard, me volviese á hablar de mis confianzas con respecto á Regina.

Pocos dias despues de uno de los últimos aniversarios al que habia asistido oculto segun mi costumbre, me dijo Claudio Gerard.

=Hijo mio... tú debes tener á esta fecha de 16 á 17 años.... Hace algunos ya que me confesaste el precoz amor que sentia por Regina. Esta pasion aunque bien podia esplicarse por la influencia de los tristes ejemplos que tuviste en tu primera infancia, estaba tan poco en armonia con tu edad, que ni quise hablarte de ella, ni reprenderte.... Si esta niñeria podia borrarse poco á poco de tu corazon; ¿por qué, pues, recordártela? Si por el contrario debias persistir en este amor, yo no podia reprenderte... Te he estudiado atentamente... y estoy convencido del benéfico influjo que esta pasion ejerce ahora sobre tí, y ejercerá segun creo mucho tiempo todavia.... Un amor de esta naturaleza aunque sin esperanza alguna, y puede ser que por esto mismo es para un corazon como el tuyo, la mejor salvaguardia contra los arrebatos de tu edad....

Pero es preciso que conozcas, hijo mio, que este amor es para tí sin esperanza: no te hagas ilusiones, Regina tiene una belleza encantadora; su piadoso respeto á la memoria de su madre anuncia una alma noble y sensible: su carácter es firme y su voluntad enérgica, pues habrá debido tener grandes dificultades para conseguir de su padre el permiso de hacer cada año un viaje de doscientas leguas, solo para orar un dia sobre el sepulcro de su madre.... Yo he sabido que el padre de Re-

gina, sin poseer una fortuna colosal, es rico sin embargo, pertenece á la antigua nobleza. Su hija parece envanecerse de su nacimiento, pues hace dos años, hizo incustrar en medio de la losa funeraria en que reposan las cenizas de su madre una placa esmaltada con las armas de su familia.

No repruebo en una jóven de su edad ese orgullo de raza; además, en esta circunstancia quiso sin duda, protestar contra la humillacion que perseguia á su padre aun despues de su muerte.

Al pronunciar Claudio Gerard estas últimas palabras, se detuvo conmovido y permaneció algun tiempo silencioso.

Le miré con sorpresa y atencion: parecia que estaba reflexionando. Algunas palabras le vinieron á los lábios, mas no sé que pensamiento las contuvo; en seguida me dijo con tono grave y afectado:

Cualquiera que sea lo que tú puedas llegar á saber en lo sucesivo, no olvides nunca que hay una cosa superior á la mas tierna afeccion... y es el respeto que debes á una promesa sagrada.

—No os comprendo le dije todavia mas admirado.

—Todo lo que yo te pido—añadió—es no olvidar lo que acaba de saber sobre la madre de Regina... Puede que el porvenir te esplice estas palabras incomprensibles ahora

para tí. En fin, volviendo á Regina te diré que esa jóven es admirablemente hermosa y rica, que su elevada cuna la infunde orgullo, y que tiene un carácter tan firme como el corazon. Ahora bien, todas esas prendas naturales, todas esas ventajas de sangre y dinero son otros tantos obstáculos, insuperables que entre ella y tú se alzan. Amala, pues, como hasta ahora, sin que te vea ni te conozca. Ten siempre presente la distancia inconmensurable que de ella te separa; y sea Regina la estrella que guie tu vida por la senda del bien. Cuando tengas alguna mala tencion, evoca en tu mente evoca la altiva y hermosa faz de Regina, y te corregirás de tus inclinaciones torcidas... Se adora... se venera á Dios... se siente uno sostenido por él en el bien... se le teme en el mal; y no le alcanzamos con nuestras miradas... no se comunica con nosotros... Que sea así la influencia que Regina ejerza sobre tí....

Al oscurecer de aquel mismo dia en que tuve esta conversacion con Claudio Gerard, aproveché una hora de soledad para desenterrar la olla, visitada por mi frecuentemente, para sacar la cartera con una violenta palpitacion de corazon y ruborizado, cual si me estuviera haciendo culpable de algun indigno abuso de confianza.

Mas! cuál no fué mi sorpresa, mi disgusto,

al sacar lo que encerraba! Las cartas no tenían mas sobre que unas iniciales, y estaban escritas en una lengua incomprensible para mi: (mas tarde supe que era el aleman, y por eso lo sé en el dia.)

Registré sin embargo toda la correspondencia, carta por carta, esperando hallar una en francés. !Vana esperanza! me fué imposible entender una sola.

Hallé sin embargo entre aquellos papeles un objeto muy singular.

Era una corona de dimensiones pequeñas (corona real á lo que posteriormente supe) de forma particular, recortada con sus calados correspondientes, en una laminita de oro muy delgada. Esta corona, sujeta con dos hebras de seda amarilla y azul al medio de un pergamino cuadrado y de bastante cuerpo, estaba rodeada de líneas simbólicas, y de S. S. y W. W. entrelazadas formando cifra.

Debajo se leia esta fecha en francés:

*Veinte y ocho de diciembre de 1845.*

*=Calle del Faubourg de Route, número 107.*

*=Las once y media de la mañana.*

Mas abajo todavia habia cinco renglones en lengua alemana, de longitud desigual y de letras diferentes.

El primero, el tercero y el quinto estaban trazados por una mano firme; el segundo y

el cuarto eran obra de otra mas delicada y menos segura.

Este singular objeto me sorprendió en estremo, y procuré, aunque en vano, adivinar la significacion de los signos simbólicos que le cubrian: la corona de oro escitaba tambien vivamente mi curiosidad, mas no habia medios de satisfacerla.

Guardé, pues, tristemente el pergamino, la cruz, la medalla y las cartas en la cartera, y me eché á discurrir un modo de saber en qué lengua estaban estas, sin infundir sospechas á Claudio Gerard.

Un incidente harto imprevisto interrumpió mis meditaciones por entonces...

Fuéme preciso separarme de Claudio.

Habia entrado en su casa siendo niño, y salia hecho un hombre, no tanto por la edad (contaba á la sazón unos diez y ocho años) cuanto por la razon y la esperiencia que habia adquirido en su rigurosa escuela.

Durante aquellos años pasados al lado de un hombre lleno de ciencia, dotado de las mas raras prendas, filósofo práctico como pocos, se desarrolló mi inteligencia, se cultivó mi espiritu algun tanto, y mi caracter adquirió un temple vigoroso.

Poseia yo ademas una profesion manual, la de carpintero, que podia servirme de recurso en los dias de adversidad.

Mas no sin trabajo habia llegado á obtener

este resultado: muy á menudo tuve que luchar contra el desaliento amargo y profundo, que me causaba la vida miserable, fatigosa y sin porvenir á que me veia condenado: contra la tristeza desesperada que me poseia siempre que recordaba á mis dos compañeros de la infancia, de cuya suerte no habia vuelto á tener la menor noticia y á quienes guardaba en mi memoria el mismo cariño que les profesaba el dia de nuestra separacion.

Costábame tambien gran trabajo contener los impulsos de odio y rabiá que me inspiraban los indignos enemigos de Claudio Gerard.

Ni una sola vez se habia cansado la admirable resignacion de mi maestro: ni una sola se habia desmentido su calma estóica y llena de dignidad, al paso que la animadversion de sus perseguidores, lejos de apaciguarse, se exasperaba de dia en dia hasta rayar en frenesí. Sublime fué la humildad, la abnegacion con que resistió Claudio Gerard; y ¡cosa estraña! en fuerza de la ciega sumision con que se amoldaba á las exigencias mas brutales, á las mas patentes injusticias, logró reducir á la impotencia á sus enemigos y conservar su humilde puesto en el pueblo.

Llegó por fin el dia del triunfo del enemigo mas encarnizado é infatigable de Claudio Gerard; con esto queda nombrado el cura.

Este indigno sacerdote, despues de mil intrigas, calumnias y maniobras infames, logró

introducir la desconfianza y la frialdad entre el maestro y la pobre gente, cuyo cariño se habia grangeado este: una vez conseguido este objeto á que con tanta tenacidad habia aspirado por el espacio de años enteros, le fué ya fácil obligar á Claudio á salir del pueblo.

Siempre estarán presentes en mi memoria los últimos momentos que pasé al lado de mi amo.

Era á fines de diciembre de 1832.

Claudio Gerard y yo nos hallábamos reunidos en el cuartucho separado solo del establo por unos zarzos de mimbres.

El dia estaba oscuro y lluvioso: la luz penetraba turbia por la estrecha ventana que me diera paso algunos años antes, cuando entré á robar al maestro en compañía de Bamboche y Basquine. (Para atenuar en algo esta vergonzosa accion debo decir que trabajando como aprendiz de carpintero pude en dos años pagar la cantidad robada á Claudio Gerard, quien restituyó entonces el depósito que se le habia confiado.)

A la pálida luz de una mañana de invierno, paseábase, pues, lentamente mi amo por la reducida estancia, silencioso, pensativo y con la frente inclinada hácia el suelo.

Sentado yo en la mala cama en que pasé la primera noche de mi residencia en aquella humilde casa, me apoyaba negligentemen-

te con una mano, en un pequeño morral de viaje que tenia al lado.

Claudio Gerard, vestido segun su costumbre con una mala blusa, y calzado con unos zuecos en que desaparecian sus pies desnudos, estaba muy aviejado: numerosas arrugas cruzaban su rostro, sus cabellos iban volviéndose grises hácia las sienes; solo la expresion grave y dulcemente melancólica de sus facciones era siempre la misma.

No obstante, en aquel momento tenia contraído el semblante cual si le agitára una sensacion violenta que pretendiese reprimir.

Logrando por fin vencerse, me dijo con voz serena, levantando la mano hácia la ventana.

—Por ahí, hijo mio, te introdujiste hace ocho años en esta casa.... El abandono.... la miseria... el mal ejemplo... la ignorancia te impelieron robar... hoy tienes diez y ocho años, y vas á salir de aquí siendo un hombre de bien, dotado de una instruccion que ha servido para desarrollar tu talento y dar elevacion á tu alma: vas imbuido en otros principios, animado de las mejores ideas, y posees por fin una profesion mecánica que en cualquiera ocasion te proporcionará el pan.

—Ah! amigo mio, nunca olvidaré....

—Escucha, querido hijo, prosiguió Claudio Gerard interrumpiéndome: si te recuerdo tu punto de partida y el camino que tan ani-

mosamente has recorrido hasta ahora.... no ha sido por vanagloriarme de los beneficios que te he hecho, sino á fin de que esta última ojeada á tu vida pasada te dé fuerzas para contemplar tranquilamente el porvenir.

Desde el momento en que te recogí, he estudiado tu vida paso á paso, día por día, y testigo de todas esas luchas y pruebas de que con tanto honor has salido, yo solo he estado en el caso de conocer cuantos elementos buenos se reúnen en ti, cuanta generosidad abrigas, cuánta firmeza y energía para marchar por el buen camino.

—Animo, pues, hijo mio....

Aceptar, como tú, una vida laboriosa, dura, sin goces, sin placeres, é iluminada solo una vez al año por la brillante aparición de una jóven á quien siempre debes amar sin esperanza; con llevar por fin esa vida de desprendimiento y abnegacion, sin la menor amargura, resistencia ni ocio en el corazon... es bello.... es bueno...

—Ay, amigo mio!.... si al marchar por esa senda áspera y cansada me faltaban acaso las fuerzas.... vos estábais conmigo, y con pocas palabras me infundiais nuevo valor. Pero ahora.... me traspasa el corazon la idea de que tenemos que separarnos por mucho tiempo... para siempre tal vez.

—Para siempre?.... no... hijo mio. Han logrado echarme de este lugar... despues de una lucha de diez años... pero no es de esperar que en el pueblo á que voy tropiece

con gente que me quiera tan mal.....

El año que viene puede que ese caballero de Paris, á cuya casa vas, te conceda licencia por algunos días.... Entonces tendremos un dia de gozo.... nosotros que tan pocos tenemos.

—Ah! si vos hubiéseis querido, no nos habríamos separado.... yo continuaria ayudándoos en vuestros trabajos...

—No, hijo, no, ese porvenir es impropio de tí. Se te presenta una posicion inesperada... seria una insensatez desaprovecharla. Nunca hallarás un protector mejor que Mr. de Saint-Etienne. Cree deberme un grande agradecimiento porque salvé hace dos años su quinta del saqueo ..

—Y su vida tal vez.... arriesgando la vuestra, amigo mio.

—Bien está.... ello es que á escepcion de algunos libros elementales para la escuela, siempre me he negado á admitir las ofertas que en prueba de gratitud, me ha hecho .. hasta que ahora ha creido que es llegado el momento de demostrármela. Ocupa en Paris un puesto importante. Necesitaba de un hombre integro y seguro, que ejerciese á su lado un cargo de importancia, y me ha escrito proponiéndome el ser su secretario intimo, aceptando desde luego las condiciones que yo estableciera. He rehusado....

—En vuestro nombre, pero aceptado en el mio.

—Porque me ha parecido que es una posicion honrosa para tí. He respondido de tu

conducta, como de la mía propia: Monsieur de Saint-Etienne tiene, no sé por qué tanta confianza en mí, que á pesar de tu juventud te ha admitido por su secretario... á condicion de probar, es cierto; pero esa prueba no la temo yo por tí... Repito, hijo, que debes aceptar á toda prisa la inesperada posicion que se te presenta.

—Y solo por ásegurarme esa vida tranquila y feliz os resignais á continuar vuestra trabajosa carrera.

—Por humilde y miserable que sea, hijo mio, esta carrera es ya sagrada para mí.... Lo digo sin orgullo, y tú lo has visto: á pesar de tantos obstáculos, como he tenido que vencer, he conseguido á menudo felices resultados... Me basta esa recompensa.... hacer que una generacion de niños pobres, ignorantes, casi embrutecidos por la miseria, se trueque en otra de hombres inteligentes, honrados instruidos y trabajadores... esto es hermoso.... y me hace mirar con mucho desprecio ó mucha lástima las indignidades con que me abruma.... Ya he hecho el bien del pueblo... que me importa su aborrecimiento.

Y Claudio Gerard añadió con dolorosa agiacion.

—Ah! si no tuviera yo mas pesares que los que me dan mis enemigos!....

—Os entiendo amigo mio... hablais de esa pobre loca... á quien visitábais todas las semanas en la ciudad... Muy separado vais á estar ahora de ella...

Claudio Gerárd guardó silencio por largo rato: tenia las facciones contraídas; y parecia estar pensativo y agitado; haciendo por fin un grande esfuerzo, me dijo:

—Tengo que revelarte una cosa... he vacilado mucho... pero por más que me cueste esa confesion debo hacértela, puesto que vamos á separarnos... Acaso obraré con cordura, acaso será insensata mi franqueza... el tiempo lo dirá.

—Vos, amigo mio, hacerme una revelacion que os cuesta tanto? dije á Claudio Gerárd con asombro.

## CAPITULO XV.

### El misterio.

**S**i, me respondió Claudio Gerárd, me costará trabajo hacerte esta confesion, porque te hará ver que sospeché de ti... y de mí.

—Y por qué?

—Te acuerdas de aquella ausencia tuya

de quince dias, hace cosa de un año despues de tu enfermedad?

=Sí, amigo mio, vos quisisteis que fuese á pasar mi convalecencia á algunas leguas de aqui, esperando que el cambio de aires la apresuraria.

=Pues bien!... durante tu ausencia, me dijo Claudio Gerard, algo confuso, un sugeto ha venido preguntando por ti?

=Por mí y quien era?

=Uno de tus compañeros de infancia.

=Bamboche! exclamé con una emocion de júbilo indescriptible; con que mis temores eran infundados, vive.... y no me ha olvidado?

Y con lágrimas en los ojos, añadió: perdon amigo mio; pero si supierais lo que me pasa en este instante!

=Lo comprendo, hijo mio, y estoy lejos de vituperar tu ternura. Oye lo que ha pasado durante tu ausencia, hace un año.

Estaba yo aqui una mañana, cuando vi entrar un gallardo y robusto jóven, de fisonomia enérgica, y vestido, segun me pareció, con mas lujo que gusto.=Caballero, me dijo, haré cosa de siete años que habeis recogido un niño abandonado, segun he sabido por los informes que acabo de recoger en esta aldea.

—¿Y qué interés tomáis por ese niño? dije al recién llegado, examinándolo con no menos sorpresa que curiosidad.—Es mi hermano me respondió.=¿Hermano vuestro! exclamé, y acordándome de la relacion y retrato que

me habias hecho de Bamboche, repuse.—No sois el hermano, sino el compañero de Martin, y os llamais Bamboche.—A pesar de su aplomo y audacia se turbó, y me dijo con cierto ceño: —Poco os importa quien soy yo, lo que quiero es ver á Martin. Mucho me ha costado el componer sus huellas, y os aseguro que lo veré, añadió con ademán amenazador.—Me encoji de hombros, y respondí secamente.—¿Y si os digo yo que no lo vereis? Hace quince dias que Martin ha salido de esta aldea.—¿Y donde se encuentra ahora? exclamó Bamboche impetuosamente, quiero saberlo.—Es imposible, respondí.—Nunca podré darte una idea, añadió Claudio Gerard, de la pertinaz instancia de Bamboche, á fin de saber donde te encontrabas, usando para ello desde el tono amenazador (de cuya inutilidad se convenció bien pronto), hasta las súplicas mas humildes y tiernas, si he de decir verdad: pero todo fué en vano, pues me resistí.

Entonces queriéndome ganar por medio de su franqueza, me confesó el robo que me cometisteis, y quiso obligarme á tomar una bolsa llena de oro, como indemnizacion. Rechacé la bolsa y le respondí que tú habias conseguido devolverme la cantidad trabajando tres veces por semana en casa de un carpintero.

Quiso Bamboche intentar el último esfuerzo, diciéndome que en los dos meses escasos que tenia de fecha su brillante posicion, solo

habia abrigado una idea, la de hallarte, y que para conseguirlo, solo despues de mil trabajos habia logrado hallar el camino y parajes que habiais recorrido juntos en un tiempo, y que entonces era cuando yo queria alejarte de su amistad. Habia en las palabras de aquel singular jóven, tal mezcla de astucia y sinceridad, de osadia y profunda sensibilidad, que llegó á interesarme á pesar mio, y por eso mismo me mantuve firme en mi resolucion de no dejarte ver á Bamboche. Conozco á los hombres; estaba seguro y lo estoy todavía de que tu compañero de infancia no habia podido ganar honradamente la existencia casi lujosa que queria compartir contigo. El por su parte confirmó mis sospechas con su cinica franqueza: diciéndome:

Seguramente que no he ganado este dinero *trabajando para el premio Montyon*; pero á fé de Bamboche, que la justicia mas sospechosa no tiene derecho para mirar dentro de mis bolsillos. Me mantuve inflexible. Durante tres dias consecutivos esperando sin duda Bamboche vencer mi resistencia, vino todas las mañanas desde la ciudad vecina donde se detuvo. Convencido, al fin, de la inutilidad de sus esfuerzos, se decidió á partir. Sus últimas palabras en lugar de ser amargas é irritantes como yo esperaba, fueron por el contrario, respetuosas y penetrantes. Aunque desalmado, como me creais, no soy ningun necio; aunque jóven, no carezco de experiencia. Conozco el mundo, y veo que sois un hom-

bre como hay pocos. Por eso mismo añadió con ironia, estais metido en el rincon de un establo.

—Siempre el mismo..... dije á Claudio Gerard.

—Si, y he hallado en él el mismo carácter que me pintaste, pero acompañado de ciertas maneras de hombre de mundo, facilidad en la espresion, y un cinismo sarcástico que estaba muy lejos de encontrar en él.—Al fin y al cabo, repuso, habreis hecho de Martin un buen muchacho; habia tela en él: no os habrá cortado mas que el desbastar aquella naturaleza franca y leal, pues Martin no tenia inclinacion al mal, y solo mordía con la punta de los dientes, no á bocados como yo; solamente que aunque mordiendo poco y comiendo menos, el pobre muchacho no se atrevia á quitar la gana á los demas.

—Pobre Bamboche! dije á Claudio Gerard.

—Como á tí, me respondió, me enternecieron aquellas palabras de Bamboche.

—Pero vos, le dije, vos que creéis en el bien y que hasta podeis admirarlo en otro, por qué no lo practicais?

—Y qué os respondió, amigo mio?

—El caso es, buen señor, repuso Bamboche, que creo en una hermosa estatua de mármol, de actitud fiera y fisionomia dulce y grave á la vez, como la debe tener á estas horas Martin; admiro tan hermosa estatua, que á pesar de la lluvia, el viento y la tempestad permanece inmóvil y tranquila sobre

su pedestal. Oh! yo hallo eso magnífico, es un espectáculo que admiro; solamente que, como soy de carne y no de mármol, no trato de hacerme estatua, y me digo á mí mismo: rueda tu corcoba en el huracán del mundo; añadió terminando con esta chuscada grosera.

=A pesar de esta última groseria, la primera imágen era grande, esclamé: como se ha desarrollado la imaginacion de Bamboche.

=Si, me dijo gravemente Claudio Gerard, esa imágen es grande, pero falsa. El hombre fuerte puede ser de mármol para resistir al huracán de las malas pasiones. A pesar de eso, me estraña como á ti semejante lenguaje, á la vez trivial, cínico y elevado. Pensaba en qué escuela aquel jóven, perdido en tan mal camino, podia haber adquirido esos pensamientos tan poco comunes que aparecian en su language, cuando Bamboche, despues de un momento de silencio, repuso con voz conmovida:

=Ea, quedaos con Dios; puede ser que valga mas para Martin que no le vea; yo me entiendo. Dadle un abrazo de mi parte, un abrazo de todo corazon. Ah! vos sois dichoso, añadió llevando bruscamente las manos á los ojos. Decidle que lo quiero ni mas ni menos que hace ocho años, y que no comprendo nada de lo que me pasa, pues vive Dios! yo no era nada tierno, y me he vuelto muy correoso. Pero esto no importa: para él, no he mudado, decidsele así, y que cuando quiera

le pertenezco en cuerpo y alma, con bolsa y brazo, en fin, á vida y muerte, como en casa de la Levrasse, y si quiere venir algun dia á Paris, aqui están las señas de mi habitacion.

==Y esas señas! exclamé involuntariamente con los ojos llenos de lágrimas.

==Las señas, dijo Claudio Gerard dando un paso hácia la mesa negra, de cuyo cajon sacó un papel plegado y sellado, aqui están. Las he encerrado en este papel, hijo mio. Cuando estes en Paris podrás enterarte de ellas con toda libertad.

Me apresuré á tomar el papel plegado, y lo contemplé silenciosamente y no sin cierto temor.

Claudio Gerard continuó:

==He titubeado mucho tiempo, hijo mio, antes de hacerte esta relacion y de haber titubeado es de lo que acaso ahora me arrepiento. Mucha seguridad debia yo tener en la solidez de principios que te he inculcado, y en la firmeza de su carácter, para no ocultarte nada; pero he tenido por tí la influencia resistible á veces, de una amistad de la niñez. No pasaba casi ningun dia en que no me hablastes de tus antiguos compañeros, echándolos de menos; verdad es que no habrian como tú, encontrado un guia seguro y austero; pero el pensar continuamente en Basquine y Bamboche me probaba tus simpatias hácia ellos.

==Y de Basquine, exclamé, no os ha dicho nada?

—Nada.

—Pobrecita! sin duda habrá sido víctima del crimen cuyas huellas encontré.

—Esperemos que no, hijo mio, me dijo Gerard, y luego añadió en seguida:

—Estos han sido los motivos que he tenido para ocultarte mi entrevista con Bamboche; el porvenir dirá si he hecho mal en no insistir en mi determinación. Unas palabras mas acerca de lo mismo. Si, (lo cual es imposible) te hubiera yo enviado á Paris sin recurso, sin apoyo y sin una posición asegurada, Dios me es testigo de que nunca te hubiera enterado de mi entrevista con Bamboche, ni de los medios de poderlo encontrar en Paris; pero tu vas á esa ciudad con la certeza de ocupar á tu llegada un puesto honroso cerca de una persona honrada. Debo, pues, desechar todo temor, y no arrepentirme de haber tenido entera confianza en ti.

—No no, amigo mio, no tendreis que arrepentiros de vuestra confianza, le dige tomando el papel plegado que contenia las señas de la habitacion de Bamboche: lo rompí, no del todo, pues lo confieso, una fuerza invencible me detenia, y no tuve el valor suficiente para abrirlo del todo.

Claudio Gerard tenia fijos sus ojos en mí, y como vieses que habia tratado de abrir el sobre se sonrió, y me dijo:

—Te comprendo, pobre muchacho, y añadió animándose:

—Vamos, fuera vanos temores, y téngamos mas ánimo uno y otro. Asi como asi, has de renunciar á la esperanza de volver á ver al antiguo compañero de tus desgracias? Quién sabe si ha continuado siguiendo la mala vida? Y quién nos asegura que la influencia eficaz de su amistad no le será provechosa?

—Acaso debemos abandonar al amigo á quien está matando la enfermedad! No, no, hijo mio, considerándolo bien ya no temo esa entrevista. Tú no puedes perder nada, y tu amigo podrá ganar mucho.

Tambien yo abrigué bien pronto el generoso modo de pensar de Claudio Gerard; mis temores desaparecieron y renació toda mi resolucion.

—Ahora, repuso Claudio Gerard, despues de guardar silencio bastante rato, y con una emocion marcada, ahora, hijo mio, una última palabra acerca de mis intereses personales.

Lo miré admirado, y él prosiguió.

—Tu protector; al mismo tiempo que accede á tenerte á su lado á fin de que desempeñes el trabajo que me tenia destinado, me escribe ofreciéndome todavia.

—Esta vez acepto sus ofertas, y en la carta de recomendacion, que aqui tienes, y que pondrás en sus manos á tu llegada á Paris, le pido un favor, un gran favor.

—Vos, amigo mio?

—Si y te ruego que le recuerdes mi súpli-

ca, no sea que se olvide de mí, rodeado de tantos negocios como se halla.

=Y cual es ese favor?

=El pueblo donde voy ahora está situado cerca de una gran ciudad. Es probable que allí también haya casa de locos, y en ese caso.

—Comprendo vuestra pobre loca.

—Si, miraría como un gran favor que pudiera ser trasladada allí, podría verla, casi tan á menudo como la veía aquí, y mi asistencia le es en la actualidad mas necesaria que nunca.

—Mas necesaria que nunca? Explicaos, amigo mio.

Claudio Gerard no me respondió; en sus facciones se pintaba una dolorosa aflicción, su frente se puso encendida, y se mostró algo cortado.

=No te he confiado este nuevo pesar, me dijo; porque no puedo pensar en ese acontecimiento, sin una mezcla de dolor y espanto hay cosas tan horribles; que al referirlas solamente se siente una gran vergüenza. Pero al participarte ese terrible secreto, comprenderás todavía mejor la importancia del favor que pido para esa infeliz criatura. Ay! me figuraba yo que la mayor desgracia humana era el perder el juicio.... me equivocaba! añadió Claudio Gerard con terrible sonrisa, si, le ha sucedido á esa desdicha es una prueba de que me equivocaba.

=Qué decis?

—Escucha, y te convencerás de que todos los horrores que presenciastes en tu niñez en casa de aquellos miserables saltimbanquis no son nada, comparados con esta monstruosidad. Esto sucedió por una fatal coincidencia al día siguiente en que ví aquí á Bamboche por última vez, pero añadió, Claudio Gerard, interrumpiéndose, para hacerte comprender todo el horror de ese misterioso lance, son indispensables algunos pormenores. La casa de locos tiene un gran jardín que limita por un lado las paredes de unas casas, y del otro la huerta de la mejor posada de la ciudad. La infeliz mujer de quien te hablo, á pesar de los grandes pesares que la han vuelto loca, conserva todavía notable hermosura.

Claudio Gerard se cubrió los ojos con las dos manos.

No me atrevia yo á interrumpir su triste silencio, y á poco añadió con agitación:

—Te decía que era una belleza notable. Su locura, furiosa en un principio, se ha vuelto inofensiva que la dejan en gran libertad. La permitian pasearse en una parte reservada del jardín, que como te acabo de decir, lindaba con una posada. Una noche, y vuelvo á repetirte, que por una fatalidad estraña fué al día siguiente del en que vino Bamboche por última vez, una noche, pues, la desgraciada, que cuando la dejaban pasear sentia un placer singular, se hallaba en el jardín de la casa de locos.

Claudio Gerard calló otra vez, y dijo luego:

—Pues bien; por un misterio oculto hasta la fecha....

No pudo continuar Claudio Gerard.

Entró un chico en nuestra miserable estancia gritando:

—Señor maestro, el carricoche está á la entrada de la aldea, y solo se puede detener cinco minutos, pues ha llegado algo tarde y el conductor teme no poder alcanzar á la diligencia en la parada.

—Prefiero eso, dijo bruscamente Claudio Gerard como si se sintiera aliviado de un gran peso, no se si hubiera podido concluir, se me destrozaria el corazon, te escribiré....

Y Claudio Gerard me abrió los brazos.

Esta separacion me causó el dolor mas vivo de cuantos he tenido en mi vida. Y una terrible casualidad contribuyó á hacerme mas amargo ese dolor.

El carricoche que me conducia á la parada donde debia encontrar la diligencia de Paris, atravesaba en toda su estension el campo de retama hácia donde caia la ventana de Claudio Gerard.

Desde mi asiento vi de lejos al maestro de pie en su ventana, dirigiéndome el último adios con la mano.

No pude contener mis lágrimas, el carruaje dió una vuelta y todo desapareció de mi vista.

Como último padecimiento, el carricoche llegó á la cuestecita que conducia á la cruz de

pie, á cuyo pie habia yo encontrado el chal de Basquine en un charco de sangre.

Al cabo de una hora, llegamos á la parada y tomé la diligencia de Paris. El protector que debia yo á la paternal bondad de Claudio Gerard, habia pagado mi viaje y hecho los adelantos necesarios para que llegase á Paris vestido con decencia.

Esta idea de vivir en Paris, ambicion de tantas gentes precisadas á vivir en provincia, no me deslumbraba alegremente, como debiera haber sucedido. Lejos de eso, al pensar en Claudio Gerard y en el aislamiento en que me iba á ver, produjeron en mí gran tristeza y cierta pena mezclada de temor, en el momento de dirigirme hácia la gran ciudad.

## FIN DEL TOMO IV.

### NOVELAS EN PRENSA.

*Martin el Espósito: La Joven Regente: Laurecia Floriani, escrita por Jorge Sand; novela elogiada por todos los periódicos franceses.*

*Elina ó Sevilla por dentro.*

*Cada tomo de esta coleccion, tendrá de 14 á 16 pliegos de impresion, perfectamente encuadernados, y con elegante cubierta.*

*Su valor 4 rls. tomo.*

NOTA.—A fines de esta semana se reparte el primer tomo de la JOVEN REGENTE, que tanta aceptacion ha tenido en el público parisiense.

MARTIN  
EL ESPÓSITO.

9

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.

Concluida la obra costará 5 rs. cada tomo.

MARTIN

**EL ESPÓBITO,**

6

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.

POR

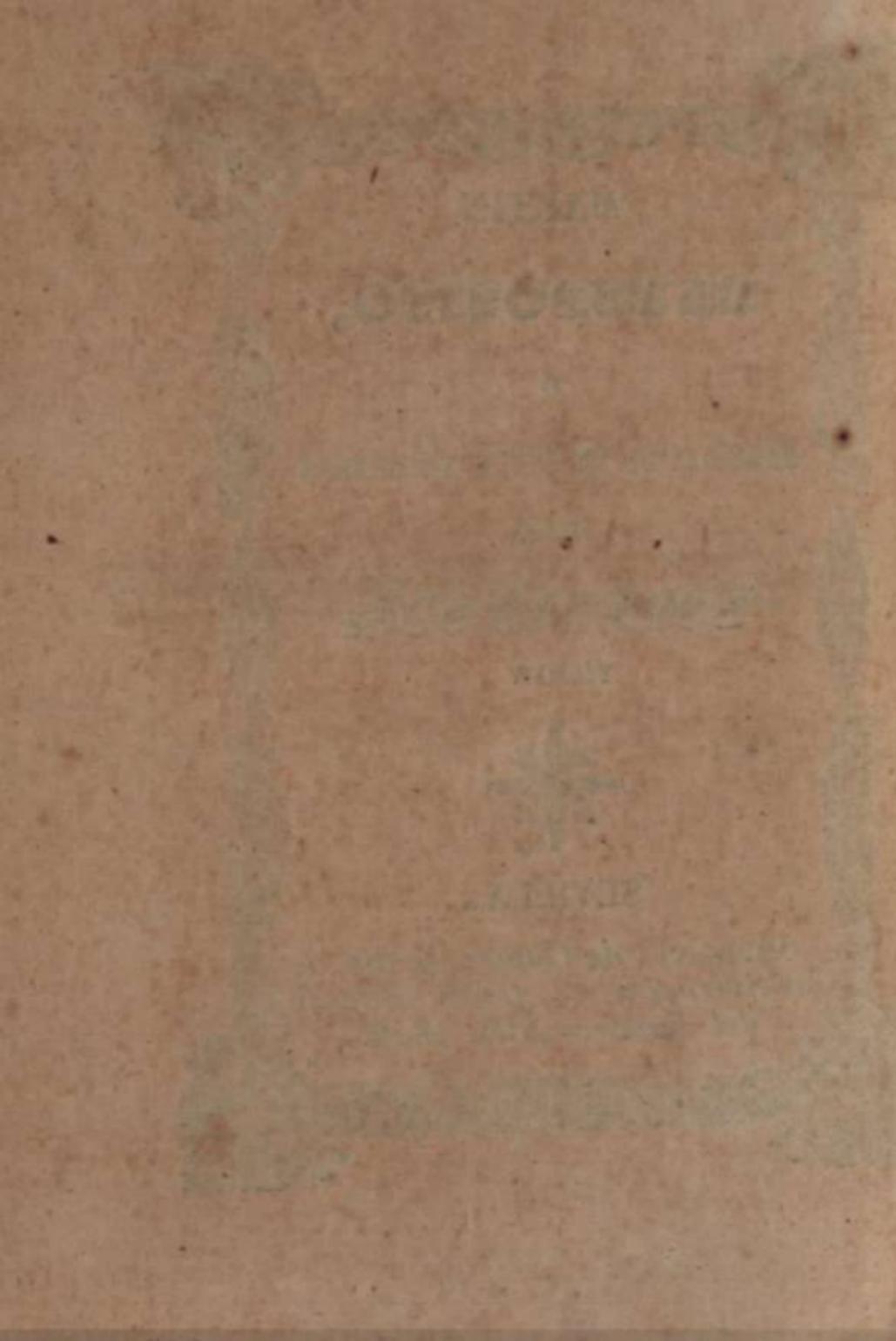
**EUGENIO SUÉ.**

TOMO V



SEVILLA.

IMPRESA de Gomez, [calle de  
las Serpes n. 13, junto al café  
del Turco. = Año 1846.



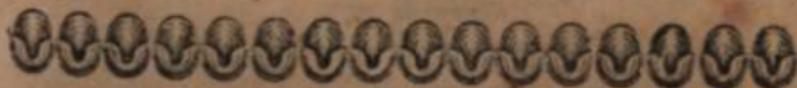




Sevilla

Loc. del ar. ca

Principe de Montebano



## CAPITULO I.

# Las investigaciones.

**A**penas llegué á Paris y bajé de la diligencia, tomé un cabriolé, coloqué en él mi modesto equipage y me dirigí á casa de M. de Saint-Etienne, mi futuro protector, calle de Montblanc número 90, que eran las señas puestas en la carta de recomendacion que me habia dado Claudio Gerard. Eran cerca de la tres de la tarde cuando el carruaje se detavo cerca de una casa de mediana apariencia.

Con grande admiracion mia ví en la puerta dos ó tres grupos de personas que hablaban entre si mientras que los criados iban y venian pasando por el patio despavoridos.

Buscando la porteria me aproximé á los grupos y oi estas palabras, cambiadas entre los diversos interlocutores.

= ¡Es una gran desgracia!

= Ciertamente.

= ¿Quien lo hubiera dicho ayer?...

= Y su muger y sus hijos que salieron despues de medio dia y que no saben nada.

—Cuando vuelvan á entrar .. que noticia!  
—Terrible.

Estas palabras, aunque eran inesplicables para mí, me causaron una vaga inquietud. Me dirigí á la portería, y estaba vacía. Después de dudar por algun tiempo, paré á un criado de librea que atravesaba rápidamente el patio y le dije:

—Está visible M. de Saint-Etienne?

El hombre se detuvo, me miró como si mi pregunta le hubiese sorprendido é indignado á la vez, y después me respondió bruscamente pasando de largo.

—No sabreis quizás que el señor acaba de sufrir un ataque de apoplegia y que se ha traído *el cuerpo* hace una hora.

Y el criado me dejó inmóvil de estupor.

Esta triste noticia era perfectamente clara, y sin embargo yo no podía ni quería creerla, y con la obstinacion pueril demasiado habitual en los desesperados que se empeñan en esperar á toda costa, me aproximé á una de las personas que componian el grupo y la dije.

—Indudablemente no es verdad, que M. de Saint-Etienne haya sufrido un ataque de apoplegia, como se ha hecho correr el rumor.

—Cómo el rumor? Nada hay mas cierto por desgracia.... Yo estaba aqui hace una hora cuando se trajo el cuerpo de M. Sain-Etienne en su carruage... Es una gran desgracia para su familia.

—¡Oh!.... bien grande; exclamé involuntariamente, y despues añadí: ¿pero queda sin duda alguna esperanza?

—Ninguna, ninguna. El suceso ha acaecido esta mañana sobre las diez en el ministerio de lo Interior, donde estaba M. de Saint-Etienne. Se han buscado los mejores médicos de Paris....y....

Mi interlocutor no continuó. Se notó cierta agitacion en los grupos, á la vista de un criado que venia á escape por la calle, y que al llegar á sus compañeros que parecian estar de espera, les dijo:

—Aquí viene la señora... he visto el coche...

Al oír esto, el otro criado subió precipitadamente la escalera, y casi al mismo tiempo salió del piso bajo un anciano de blancos cabellos, enjugándose las lágrimas que sus apagados ojos derramaban, y se dirigió hácia la puerta de la cochera; permaneciendo un rato en el umbral. Desde allí debió hacer sin duda alguna señal de detenerse al carruaje que se aproximaba, pues al instante se encaminó rápidamente al medio de la calle.

Este pobre anciano es tambien de la familia—dijo una de las personas de los grupos—no quiere dejar á esta pobre muger y á sus hijos que vuelvan aquí á enterarse de una desgracia tan imprevista....

—Probablemente los llevarán á casa de sus padres—dijo otro.

Aunque estos pormenores parezcan insignificantes, yo no he podido olvidarlos, porque para mí, cada una de aquellas palabras era un rayo que venia á desbaratar las últimas esperanzas que hasta entonces habia estado alimentando.

Todo estaba ya perdido....

En pocos minutos acababa de ver desvanecido como el humo todo mi porvenir. Veíame aislado en Paris, sin proteccion de ningun género, casi sin recursos, pues de la cantidad que mi protector habia enviado con tanta generosidad á Claudio Gerard para costear mi viage, apenas me quedaban ya diez francos.

Mi primera idea fué ir inmediatamente á ver á Claudio Gerard; pero el viage costaba ciento veinte y cinco francos, y para volver á pie á nuestro pueblo, hubiera necesitado quince ó veinte dias.

Estúpido, inerte, aturdido, incapaz de tomar resolucion alguna, pasé largo rato en esta situacion debajo de la puerta cochera, donde se habian ido, separando poco á poco los grupos.

Por fin, y como me observase el portero de la casa, me dijo:

—¿Que es lo que hace vd. ahí, caballero? Estremeciéronseme las carnes, y le miré con ademan esquivo. Tuvo que repetirme la pregunta, sin que yo tuviese nada que con-

testarle. Por fin, tratando de recobrarle un poco, y sacando del bolsillo la carta de Claudio Gerard, dije al portero:

—¡Oh, señor, si vd. supiera! Despues de andar mas de doscientas leguas, trayendo una carta para Mr. de Saint-Etienne, que debia ser mi protector... me encuentro con que ha muerto.. y sin conocer á nadie, me veo en Paris casi sin recursos.

Mi abatimiento, la sinceridad de mis palabras y la vista de la carta que acababa de sacar del bolsillo, hicieron sin duda alguna impresion en el ánimo del portero, el cual me respondió:

—¡Pobre jóven, es vd. muy desgraciado, con efecto.... lástima y mucha que me da su situacion; pero yo nada puedo hacer... preciso es aguardar algunos dias... pues por ahora usted conocerá que no hay medio alguno de hablar á la señora en los momentos en que precisamente acaba de tener una pérdida de tanta consideracion.... preciso es armarse de paciencia.

—¡Armarse de paciencia, caballero!—esclamé con cierta amargura irresistible:

—Ya se lo he dicho á vd., á nadie absolutamente conozco en Paris... y no tengo recurso alguno...

—Pues yo no puedo remediarlo, mi buen hombre; vuelva usted dentro de unos quince dias... Tal vez entonces podrá usted ver

á la señora—me respondió el portero, conduciéndome poco á poco hácia la puerta, que cerró dejándome fuera.

Ignorando completamente las costumbres de Paris, y estando del todo preocupado con la idea de mi entrevista con monsieur de Saint-Etienne, habia dejado á la puerta del palacio el coche-simon, de que me habia servido, y en el cual estaba mi pequeño equipaje—

—¿Luego viajamos por horas, mi amo? me dijo el cochero, apenas se cerró detras de mi la puerta de la casa de Mr. de Saint-Etienne.—Por fortuna, miré el reloj en las mensajerías, y eran las dos y veinte y cinco... ¿A donde vamos, mi amo?

No comprendi la significacion de estas palabras del cochero—viajamos por horas... palabras que no sabia eran tan amenazadoras para mis débiles recursos... Por otra parte, me habia quedado confundido por solo esta pregunta, que reasumia mi cruel y embarazosa situacion.

—¿A donde vamos?

¿A donde ir en efecto?

Repentinamente me acordé de Bamboche. ¡Oh providencia! dije para mi, cuanta razon tuvo Claudio Gerard en hacerme que guardara las señas de su casa!

Abriendo en seguida! el sobre encontré una lujosa tarjeta en la que leí casi impercepti-

ble. *El capitán Hector Bambochio* calle de Richelieu número 19.

Aunque me sorprendieron mucho y me dieron en que pensar el grado militar y la terminación estrangera del apellido de mi amigo de infancia me encontraba en una situación demasiado crítica... y lo digo con sinceridad... tenía tal deseo de volver á ver á Bamboche, que no me paré en semejantes escrúpulos: me creí libre de la funesta posición en que me encontraba y dije al cochero con alegría al subir en el carruage:

=A la calle de Richelieu número 19. ¿Está lejos de aquí?

=Dos pasos, mi amo.

Y el carruage se encaminó hácia la calle de Richelieu.

Todo lo había olvidado: la incertidumbre del porvenir y los temores que podía inspirarme la mala influencia de Bamboche, iba á verle despues de ocho años de ausencia... ¡á él que me quería tanto, de lo que eran buena prueba los pasos que dió respecto á Claudio Gerard! Por último, acaso tendria noticias de Basquine.... Hacia largo tiempo que no sentia una emoción de felicidad tanto mas dulce, cuanto que un momento antes estaba desesperado.

Paróse el carruage al principio de esta calle tan ruidosa, tan brillante, pues nos hallábamos á últimos de diciembre, y aun cuan-

do era día aun, empezaban á iluminarse las tiendas, mas me encontraba ciego con tanto resplandor, aturdido con tanto ruido, y bajo la impresion de felicidad que sentia pensando en Bamboche, conocí que Paris ofrecia á mi vista un verdadero espectáculo de hadas.

Me abrió el cochero la portezuela: entré en una casa de suntuosa apariencia y pregunté al portero:

—Está en casa el capitán Hector Bambochio?

—¡El capitán Hector Bambochio! dijo el portero pronunciando este nombre con un acento en que se echaban de ver á la vez el respeto, la consideracion y el sentimiento.—¡Ay! caballero, hace seis meses que le hemos perdido!

—¿Ha muerto? exclamé.

—¡Muerto! no, no, caballero, Dios quiera, que no suceda tal desgracia, contestó el portero,—¡el capitán Hector, uno de los libertadores de Tejas!... un señor tan generoso... tan campechano... tan bueno... tan alegre... No, no, hay muy pocos hombres de su calibre para que muera así sin más ni más.... Yo os quise decir solamente, que hace seis meses perdimos al capitán Hector como inquietino.

Bamboche, libertador de Tejas!... Esta circunstancia me sorprendió al principio; pero luego creí con mi sencillez natural, que no era difícil que mi

amigo hubiese emigrado al Nuevo-Mundo, donde sin duda habia ganado el grado de capitán; el valor y la energia de Bamboche hacian esta suposicion bastante fundada. Gozoso de oir hablar de mi amigo con tanto respeto y simpatia, aumentó considerablemente el deseo que tenia de volverle á ver, y en su consecuencia dije al portero:

—¿Y dónde vive ahora el capitán?

—Calle de Seine-Saint-Germain, fonda del Medio dia... El señor capitán dejó la magnífica habitacion que habia alquilado y amueblado en esta casa, porque el barrio era demasiado ruidoso para su padre *el señor marqués*.

—¿Su padre... el marqués?—dije yo maquinalmente—pues Bamboche, hijo de un marqués, me sorprendia mucho mas aun que Bamboche trasformado en capitán... que Bamboche, libertador de Tejas; así es que repeti sin tratar de ocultar mi sorpresa al portero:

—¿Su padre el marqués?

—Si señor, volvió á decir el hablador conserge, ¿luego no sabeis que el señor marqués Annibal Bambochio, padre del capitán Hector, ha venido á Paris con objeto de asistir á su boda?

—¿A la boda del capitán?

—Ciertamente, ¡un matrimonio soberbio! me dijo el portero con aire confidencial, —la hija de un grande de España, de todas las Espa-

ñas... Esto es mas que duque... segun me insinuó el capitan.

—¿La hija de un grande de España, contesté con una admiracion progresiva.

—Ni mas ni menos, caballero, el capitan me dijo al marcharse: camarada... (el capitan llamaba á todos su camarada, hasta á los criados... asi es que se hubieran echado al fuego por él) añadió el portero á guisa de paréntesis; despues continuó: «Camarada, dijo el capitan, cuando me instale en el palacio de papá-suegro, en la capital de todas las Españas... os tomaré por suizo, y llevareis la alabarda.» Acaso no piense en mí el capitan, murmuró el portero, dando un suspiro—y pues que vos le conoceis, no seria malo que le recordáseis su promesa.

—Ciertamente... conozco al capitan y os recomendaré á él, contesté sin pensar siquiera en lo que decia.

Me hallaba poseido de una especie de vértigo moral: ¡casarse Bamboche con la hija de un grande de España!

A pesar de mi credulidad, me pareció esto imposible al principio; pero obcecado luego por mi amistad, me dije á mi mismo: ¿Y por qué no ha de ser? Bamboche es jóven, buen mozo, atrevido y emprendedor; por lo que sé de la conversacion que tuvo con Claudio Gerard, parece que su talento se halla desarrollado, ¿es pues imposible que haya trastor-

nado la cabeza de una jóven? El es capitan y el uniforme nivela todas las condiciones.

Tal placer sentia yo al oír hacer el elogio de Bamboche, que á pesar del deseo que tenia de verle no pude menos de preguntar, con emoci6n, al portero:

—¿Conque lo querian mucho al capitan?

—Si le querian, caballero! sus manos desparramaban oro, si señor, lo desparramaban. Nunca se ha visto hombre semejante. Porejemplo: compró un magnifico ajuar de casa que solo conservó seis meses, á cuyo tiempo pasó á vivir al arrabal de San German con su señor padre. Pues bien, todo el mueblaje lo vendió al tapicero por la cuarta parte de su valor y sir regatear; solo guardó los muebles del comedor; ¿y para qué pensais? para dárselos de propina á los mozos, á quienes les dijo que eso era á fin de que echasen un trago, y mirad que valian dos mil francos á lo menos. A mi me dió al tiempo de marchar, ademas de los cien francos, un violin con su arco montado en plata sobredorada, y un oso domesticado que tenia en el jardin. He vendido el violin en ciento cincuenta francos, y el oso por doscientos al jardin de plantas: ¿y no se habia de querer á un hombre semejante?

—¿Conque el capitan tenia buen corazon? le dije despues de oír enumerar las prodigalidades de Bamboche.

—Ya lo creo, caballero, pagaba todo sin regatear nunca. Solo si que era vivo como la pólvora; no se paraba en dar un puntapié ó un puñetazo mas ó menos; pero como se habia de enfadar uno, cuando al lado de esos prontos aparecia una buena propina?

Semejante bajeza, servil é interesada, me indignó; en cuanto á Bamboche, me parecia un gran derrochador bastante brutal, y conocia demasiado á mi compañero de niñez para que me estrañase la pintura que de él me hacia el portero. Con la esperanza de adquirir algunas noticias de Basquine, dije al mismo con alguna cortedad:

—No venia á menudo á ver al capitan una jóven rubia de ojos negros?

—¿Una jóven? Docenas de muchachas querreis decir, caballero! pues el capitan no es niño de teta, y su grandecita de España deberá estar con el ojo alerta, á no ser que prefiera cerrar los dos, y es el mejor partido que podia tomar...

—La jóven de quien hablo, dije timidamente, se llamaba Basquine...

—Basquine! no conozco. Ademas, como al subir al cuarto del capitan no todas decian su nombre, puede ser muy bien que esa jóven haya venido como otras muchas.

No sé por qué mi corazon, que momentos antes se entregaba á la dicha, me palpitaba de amargura, y dije nuevamente al portero:

—Me haceis el favor de darme por escrito las señas del capitán?

—Con muchísimo gusto, caballero. Qué no haría yo por un amigo del capitán Héctor Bambochio? y puso al momento en mis manos un papel donde se leía:

*El señor capitán Héctor Bambochio calle del Sena San German, fonda del medio día.*

Di las señas al cochero y entré en el carruaje.

El portero alzó respetuosamente el estribo y me dijo:

—Caballero, no dejéis de hacerme presente al capitán, á fin de que no me olvide para la plaza de conserje en España.

—No dejaré de hacerlo, respondi, y el coche siguió andando por la calle del Sena.

Era completamente de noche.

A pesar de mi poco mundo, presentía toda la exageración y las mentiras del relato del portero, y cuán azarosa debía haber sido la existencia de Bambochio desde nuestra separación; pero á pesar de todo, y quizás por lo mismo, se aumentaba mi impaciencia de verlo.

A poco rato, el carruaje se paró en una calle oscura, casi desierta por el momento, y cuyo aspecto formaba un triste contraste con la animación y claridad de la que acababa de dejar.

Se abrió la portezuela, y me apeé delante de un pasadizo estrecho y oscuro.

—Es esta la Fonda del Mediodía? pregunté al cochero, pareciéndome aquella casa muy modesta para el signor marqués Anibal Bambochio, futuro suegro de la hija de un grande de España.

—Aquí es, mi amo: mirad el farol me respondió el cochero mostrándome una especie de jaula oblonga de vidrio, iluminada interiormente, en la que se leía en caracteres rojos. Fonda del Mediodía.

Entré á tientas, y me paré ante el resplandor que salía de un cuarto cerrado por una media puerta vidriera.

Una muger mal vestida dormitaba sobre una silla, cerca de la estufa. Detrás de ella, vi una tabla numerada y llena de clavos, de los cuales colgaban multitud de llaves.

—Señora, dije á la muger, empujando el bastidor superior de la puerta, el capitán Bamboche está en casa?

—Que es eso? exclamó la muger, despertándose sobresaltada, frotándose los ojos, y mirándome con aire de mal humor que se os ofrece?

—Os pregunto si está en casa el capitán Bamboche.

—El capitán! exclamó la muger, pronunciando esta palabra con un acento irritado por la cólera! el capitán! y al decir esto se

inmutaron sus facciones su voz tomó el tono mas chillon, y continuó con una volubilidad que no traté de interrumpir.

El capitan se ha marchado con la música á otra parte, á Dios gracias; y espero que no volverá á poner jamás los pies en esta casa; capitan del demonio, brutal, camorrista, borracho.

Mas de seis huéspedes han preferido marcharse, antes que vivir con semejante *cuba*. Ha herido en desafio á dos estudiantes, todo por una bribonzuela que vino á vivir con él; ha roto dos muelas á mi sobrino porque el pobre muchacho se quejaba de tener que abrirle la puerta á deshora de la noche. El casero se ha visto precisado á pedir el auxilio de la fuerza armada para echar á semejante perdido, que á lo tonto se habia instalado en el mejor cuarto del primer piso. Tunante de italiano! toda mi vida me acordaré de tí...

Seguia el contraste. Habia la misma diferencia entre los recuerdos que parecia haber dejado Bamboche en esta casa, como en el aspecto de esta misma casa y la otra. Desapareció para mi como un sueño la dulce usion del suegro grande de España y la boda espléndida, y me avergoncé de no haber sabido apreciar desde un principio en su justo valor los embustes jactanciosos de mi compañero de niñez.

Por esta vez, con pocas ganas de continuar la conversacion, dije á la mujer.

—Podriais indicarme donde para actualmente el capitán?

—No soy criada vuestra, me respondió groseramente la muger, buscad á ese bandido donde querais.

Semejante respuesta me trastornó: mi última esperanza era hallar á Bamboche. Cualquiera que fuese su posicion, estaba muy seguro de mí mismo para temer su pernicioso influjo, y confiaba bastante en su amistad, y diré mas, en su inteligencia, llena de recursos, para estar persuadido de que me ayudaria á salir hasta con honra del caso apurado en que me encontraba.

Iba á insistir nuevamente para saber donde vivia Bamboche, cuando cambiando de tono repentinamente la muger, exclamó:

—Así como así, voy á deciros donde vive; de ese modo podreis decirle, si le veis, que nos acordamos mucho de él, que se habla de él á menudo; y le advertireis al mismo tiempo, que si tiene la desgracia de volver, será recibido por el comisario de policia y la fuerza armada; pues que no crea que nos mete miedo con sus grandes brazos y su aire de matachin.

—Hacedme en ese caso, señora, el favor de darme las señas, dije con impaciencia.

—Pues bien! cuando se marchó, dijo con la

mayor osadia, que si recibiamos para él algun convite de *palacio..- de palacio!* que os parece, ir á palacio semejante truan? ó si le traian talegos de oro ó plata... talegos de oro ó plata! vete á ver si vienen... le remitiesen la esquila de convite y los fondos á la puerta de la *Chopinette, callejon sin salida del Zorro número 1.*

--Gracias, señora, dije alejándome rápidamente, temiendo olvidar unas señas tan complicadas que trasmiti al cochero.

=Demonio, me dijo este último; es como si dijéramos un viage á Moscow, una caminata muy cortita! mas es igual, andamos por horas, y por horas se anda mucho. Puerta de la *Chopinette*, la conozeo, pero en cuanto al *callejon sin salida del Zorro*, no sé donde está, á pesar de que hace tanto tiempo que ando trotando por el empedrado de Paris. No importa, preguntaré: y el cabriolé siguió andando.

Mi tristeza aumentaba tanto como mi inquietud. Empezaba á temer no poder encontrar á Bamboche, y si despues de seguir su pista de casa en casa, mis pesquisas eran inútiles, qué hacer? qué iba á ser de mí?



## CAPITULO II.

# El callejon del Zorro.

**D**ESPUES de haber recorrido varios barrios desiertos, entramos en una calle mucho mas bulliciosa. Se paró el carruage al poco tiempo delante de una taberna, y al oír al cochero que le preguntaba á unos hombres que estaban hablando en la puerta.

—Buena gente, me hacen vds. el favor de decirme dónde está *el callejon sin salida del Zorro?*

—Llegando á la puerta, seguid la primera calle á la izquierda, y luego á la derecha, y otra vez á la derecha.... despues atravesareis una pared y habreis llegado, respondió uno de aquellos hombres.

—Gracias, dijo el cochero.

—Eh! compadre, exclamó otro, ya sabreis

que los carruages no entran en el callejon: os parareis delante del marmolillo, pues no es gente de coche la que se alberga en semejante tabuco.

—Es verdad, repuso otra voz, y habreis ganado la cruz de honor si llegais hasta alli, compadre, pues serés el primer cochero que ha llegado al *callejon del Zorro*.

—Bueno, bueno, basta de broma, exclamó el cochero, echando maldiciones por lo bajo, mientras que arreaba sus caballos desalentados.

—Despues de pasar la puerta y de haber recorrido una ó dos callejuelas completamente oscuras y desiertas, y alumbradas solamente por la poca luz de los faroles, atravesó el simon una pradera, no sin peligro de volcar á cada momento en los profundos carriles del camino, y se paró, pasados unos cuantos minutos.

El cochero abrió la portezuela, y me dijo sin ocultar su enfado.

—Por mil Cristos! qué caminos! podeis vanagloriaros, mi amo, de tener relaciones en toda clase de barrios, desde las brillantes casas de la Chaussée D'Antin, hasta el *callejon del Zorro*, sin contar que son mas de las ocho, y que ni el ganado ni yo hemos comido.

—Al momento, voy á informarme de si el sugeto que busco está aqui, dije al cochero, y en ese caso vendré á tomar el paquete que

traigo; de todos modos no tendreis que esperar mucho tiempo.

Me alejé del carruage, y me interné en un callejon estrecho, lleno de inmundicias, infecto y rodeado de casas, ó mas bien casuchas, iluminadas interiormente, algunas pocas.

=Segun las señas, debia ser en el número 1; pero como no me permitia la oscuridad poder ver los números, llamé á la puerta de la primera casa á la izquierda del callejon.

=Pasado un rato largo, percibi pasos muy pausados, y una voz que salia de detrás de la puerta me preguntó.

—Quién llama?

—Es este el número 1 de callejon del Zorro?

—Enfrente, majadero! este es número 2, me respondió una voz gruñona.

Atravesé el callejon, y llamé á la puerta de una casa que me pareció menos deteriorada que la anterior. Las dos ventanas del cuarto bajo tenian persianas, por cuyas rendijas se veia luz. Aunque habia llamado dos veces no me abrian; pero me pareció distinguir cierta agitacion en lo interior de la casa, y hasta llegué á oir estas palabras muy repetidas:

=Despachad... despachad pronto.

Impaciente llamé otra vez con mas fuerza: Se abrió por fin una de las ventanas del cuarto bajo, y detrás de las persianas entornadas preguntó una voz ronca:

—¿Quién está ahí?

—Es este el número 1.º del callejón del Zorro?

—Sí.

—El capitán Hector Bambochio, está en casa?

—¿Cómo decís?

—El capitán Hector Bambochio.

—No hay ningún capitán aquí, me respondió la misma voz, y se cerraron las persianas con impetu.

—He aquí lo que yo temía, dije desesperado.

He perdido las huellas de Bamboche. Qué haré, Dios mío! qué haré?....

Las persianas se habían cerrado, pero detrás de estas continuaban abiertas las contraventanas.

Cuchicheaban dentro de la habitación; iba ya á alejarme, pero me detuve un momento mas todavía; hice bien, pues se abrieron nuevamente las persianas, y la misma voz ronca me dijo:

—Eh! está todavía ahí el que llamaba?

—Sí, que me queréis?

—Aquí no hay ningún capitán... un capitán... como decís?

—Héctor Bambochio.

—Eso es... no lo conocemos... pero se os podrían dar noticias de un tal Bamboche.

Ese es el que busco, exclamé reanimado y

lleno de esperanza; ese es su verdadero apellido; pero se hace llamar el capitán Héctor Bambochio... ignoro con qué fines...

—Ah! ignorais con qué fines? repuso la voz con desconfianza.

Siguieron los cuchicheos detrás de las persianas, y despues de pasados algunos instantes. añadió la misma voz:

—Sabeis la contraseña?

—Su contraseña?... que es eso?

—Nada, una broma; vaya, buenas noches, dijo la voz dando una carcajada, y se cerraron las malditas persianas.

Resuelto á no dejar pasar de ese modo la única esperanza que me quedaba, aporreé nuevamente las persianas gritando:

Escuchadme, os lo suplico, soy un amigo de niñez de Bamboche. Hace ocho años que no nos hemos visto. Hoy mismo he llegado á Paris, donde nunca habia estado, y para probaros que conozco muy bien á Bamboche, y que soy su mejor amigo, os diré que tiene marcadas las siguientes palabras en el pecho: *Amistad fraternal á Martin...* ese Martin soy yo.

La sinceridad con que pronunció estas palabras, y las particularidades que citaba hicieron desaparecer, en parte, las sospechas de los de la casa; pues despues de un nuevo conciliábulo detrás de las persianas, me dijo la voz:

=Sabeis donde está la taberna de las *Tres cubas*?

Ya os he dicho que he llegado á Paris hoy mismo. No conozco esa taberna.

=En la puerta de Chopinette os indicarán las señas de las *Tres cubas*., no está lejos. entre once y doce encontrareis á Bamboche, pues asiste allí todas las noches.

—No vive aquí Bamboche?

=Buenas noches... y se cerró la ventana para no abrirse de nuevo, á pesar de mis ruegos. y me quedé sin saber dónde paraba mi amigo.

Aunque con poca esperanza, supe por lo menos fijamente que Bamboche estaba en Paris, y podía esperar verlo esta misma noche; me volví al fiacre, y dije al cochero.

=Sabeis dónde está la taberna de las *Tres cubas*? Me han dicho que no estaba lejos de aquí. Cuando lleguemos á esa taberna podreis dar de comer á los caballos, y vos mismo podeis tomar tambien algun alimento.

=La taberna de las *Tres-cubas*? no conozco otra cosa, me respondió alegremente el cochero. Allí estaciono yo los domingos y lunes. Enhora buena, mi amo, en sitios como ese podeis tener á mi y al ganado el tiempo que gustéis, sin que nos quejemos. Dentro de diez minutos llegareis.

Y nos dirigimos á la taberna de las *Tres cubas*.

Por primera vez, empecé á pensar en que

los gastos del carruaje que habia tomado desde el momento que llegué á la capital, debian ser de bastante consideracion, comparado con mi corto peculio: pero no conociendo Paris, las pesquisas que habia emprendido me habian impuesto este gasto. Creyendo que estas mismas pesquisas tocaban á su término, resolví pagar ante todas cosas al cochero: pero cediendo luego á una idea tonta y necia, que comprenderán quizá los que se hallan encontrado en una posicion análoga á la mia, no tuve suficiente valor para desprenderme del carruaje antes de estar seguro de hallar á Bamboche... Y porque queria yo guardar este carruaje tan costoso para mí? Porque sin relacion ninguna en aquella inmensa poblacion, me parecia que *el cochero que me trasportaba desde la mañana, no era persona extraña para mí.*

Semejante idea me parece ciertamente en este momento bastante estúpida, pero cuando recuerdo la terrible zozobra que sentia cuando me decia á mí mismo:

*Si no encuentro esta noche á Bamboche... me hallo solo sin ningun recurso, y sin conocer á nadie en esta inmensa ciudad,* me hago cargo de las consideraciones que me hacian mirase como un amigo al cochero:

Asi es que, cuando el cabriolé se paró delante de la puerta de la taberna de las *Tres cubas*, dije al cochero:

—Esperadme... pues me detendré algun rato aqui.

—Y vuestro paquete? mi amo.

—Dejadlo en el coche.

—Para que lo escamoten, no es verdad?

No... no... estad sin cuidado, lo pondré dentro de una de las arquillas, y bien ladino será el que lo encuentre.

Tan afable precacion me pareció como un feliz presagio y muy conforme la idea que yo me habia formado del cochero; ademas, la fisonomia de aquel hombre ya entrado en años, me pareció franca y honrada. Se me pasó por la imaginacion al principio invitarle á que tomase parte en mi cena, pues me sentia lleno de fatiga y necesidad, y queria aprovechar la ocasion propicia para reponer un poco mis fuerzas; pero no me atreví á ofrecerle mi convite, no por orgullo, como se comprende bien, sino por un sentimiento enteramente opuesto; temia que el cochero no llegase á sospechar de mí.

Mientras que él se entretenia en poner mi paquete á salvo de todo robo, entré en la taberna, desierta por el momento: sin embargo veianse algunos bebedores sentados junto á las mesas. Por sus trajes, maneras y lenguaje, conocí fácilmente que pertenecian á la clase artesana; parecian ser unos honrados menestrales que se entretenian en beber alegremente, gracias á alguna ganancia inesp-

rada. No se veía allí ninguno de esos tipos repugnantes é innobles que, durante mi vida vagabunda con Bamboche y Basquine, habíamos encontrado tan á menudo en las tabernas de segundo orden, frecuentadas por vagos y malhechores, y á las que concurríamos nosotros á cantar y pedir limosna.

El temor é inquietud que me habia asaltado en vista de la manera misteriosa como acababa de ser recibido en la supuesta casa de Bamboche, desapareció poco á poco, y no me pareció de mal aguero para mi amigo de niñez, el que frecuentase una taberna á la que asistían artesanos honrados.

Me senté junto á una mesa, en un rincón aislado, enfrente de la puerta, á fin de poder ver á Bamboche desde el momento en que entrase, y pedí una ración de carne, pan y agua. Miré al reloj de la taberna; eran cerca de las nueve... Tenia que esperar aun dos ó tres horas.

Di principio á mi frugal cena, fijando con inquietud la vista en la puerta de la taberna, siempre que esta se abría, observando cautelosamente y tratando de reconocer todas las fisonomías que aparecían en la taberna, seguro sin embargo de reconocer á Bamboche, á pesar de los años transcurridos desde nuestra separación, pues su fisonomía enérgica y marcada habia quedado muy fija en mi mente para no reconocerla.

Mientras que tenia de este modo clavada la vista en la puerta, vi entrar un hombre jóven todavía, pues podia tener treinta años á lo mas; su talle era esbelto, su estatura elevada. Me llamó la atencion al momento el buen aspecto de su figura, y la distinguida severidad de sus facciones algo ajadas, sin embargo. Era pálido, su fisonomia de una blancura mate, que resaltaba todavía mas á causa de sus patillas y cejas muy negras. El gaban negro que le cubria, y abrochado en toda su estension, ocultaba hasta el cuello de la camisa y corbata. El calzado y el pantalon del recién llegado estaban llenos de barro; cubria su cabeza una gorra de forma indeterminada. A pesar de un traje tan miserable, ó quizá por el contraste mismo que presentaba con su hermosa figura, y sobre todo, tan distinguida, era imposible que no se fijase la atencion en aquel hombre. Internándose en la taberna, se acercó al sitio que yo ocupaba, y entonces solamente conocí que se bamboleaba al andar, y que en sus miradas estaban marcadas todas las señales de la embriaguéz.

Fuera casualidad ó capricho suyo, se dirigió despues de algunos momentos de incertidumbre hácia el lado en que yo me hallaba, que era el sitio en el que todas las mesas estaban desocupadas, menos la que yo tenia, y se sentó á mi derecha.

Despues de haberse sentado de golpe, co-

mo si sus piernas estuviesen entumecidas, quedóse inmóvil un instante; se quitó la gorra, y quiso colocarla sobre el banco que ocupábamos uno y otro; pero la gorra cayó á mis pies.

Por un movimiento natural de cortesanía, aumentado quizá por la impresion que me causaba el aspecto de aquel hombre, me incliné para recoger la gorra y la puse sobre el banco; mi compañero de mesa lo notó, y entonces con un acento suave y de esmerada educación, me dijo inclinándose hácia mi con aire lleno de urbanidad:

—Os pido mil perdones por la molestia que acabais de tomaros, caballero, y os doy mil gracias por la atención.

Jamás en mi vida habia visto ni tenia la menor idea de lo que llaman el gran mundo; pero al escuchar estas palabras, un secreto instinto me decia que un hombre del gran mundo no se hubiera espresado de otro modo, ni hubiera mostrado tanta cortesania en sus palabras y ademanes.

Cosa singular! durante los cortos instantes en que se dirigió á mí, desapareció de su fisonomía aquella máscara de impasibilidad taciturna, y tomó un aire de afabilidad y gracia; pero al momento recobró su inmovilidad.

El mozo de la taberna se acercó entonces al recién llegado, y le dijo con cierta franqueza:

—Qué se os ofrece, amigo?

—Una botella de aguardiente...—respondió pausadamente mi compañero de mesa; y el acento de su voz me pareció ser otro que cuando me había hablado.

—Quereis una copa? repuso el mozo.

—Deseo una botella de aguardiente, y la pago, respondió mi compañero de mesa sin perturbarse; y metiendo la mano en el bolsillo del chaleco, sacó una moneda de oro, que tiró sobre el encerado de la mesa.

El mozo miró asombrado al desconocido, y recogiendo la moneda, la examinó con la misma admiración, pero no sin algun recelo, inspirado sin duda alguna por el aspecto miserable del parroquiano.

—Acercaos al mostrador... examinadla...—dijo mi compañero de mesa, impasible siempre, y sin manifestarse resentido de la injuriosa sospecha del mozo. Este, por su parte, poco acostumbrado á mostrar delicadeza, se dirigió al mostrador, probó varias veces el tabernero el sonido de la moneda de oro, y el mozo volvió con ella en la mano diciendo:

—Es buena.

—Entonces dadme una botella de aguardiente, respondió mi compañero de mesa con su voz lenta y pausada.

—Una botella lacrada, caballero? preguntó esta vez el mozo con cierta consideración,—lo mejor que tenemos en clase de aguardiente?

—Nada de eso... una botella de las que dais á los traperos cuando la piden... y cobraos.

—Es un inglés, dijo el mozo á media voz al alejarse.

Cada vez mas sorprendido, observaba con curiosidad á aquel hombre, sin que por eso perdiese de vista la puerta de la taberna por donde esperaba siempre ver llegar á Bamboche.

Vino el mozo, y puso sobre la mesa la botella, una copa, y la vuelta de la moneda de oro.

—Dadme un vaso grande, dijo mi compañero de mesa; y empujando con el dedo una moneda de veinte sueldos, hizo seña al mozo para que la tomase de propina.

—Es un milord, dijo siempre á media voz el mozo, corriendo en busca de un vaso grande, que trajo apresuradamente.

Mi compañero de mesa metió, sin contarlos, en el bolsillo, los cambios de la moneda de oro que le habia devuelto, se echó medio vaso de aguardiente, y se lo bebió de una vez; apoyó la cabeza contra la pared situada detrás de nuestro banco, y se quedó inmóvil, fijando la vista en el vacío y dando golpecitos con la punta de los dedos sobre el encerado de la mesa.

Yo le examinaba á hurtadillas. Sus facciones inmóviles y taciturnas se animaban por

momentos, se sonrió dos ó tres veces con aire malicioso y dulce á la vez, se encogió de hombros luego, tarareó entre dientes una canción, y su fisonomía volvió á adquirir su primitiva impassibilidad.

El recuerdo de Lemosin, mi primer amo, me asaltó á la mente, y no sé por qué creí hallar una vaga analogía entre las extravagantes visiones que invocaba el pobre albañil cada domingo en sus borracheras, y el estado de atontamiento estático mezclado de visiones interiores á que parecia entregado aquel hombre pobremente vestido, pero que, segun varios indicios, no debia ser lo que aparentaba. Estos recuerdos tan lejanos de mi niñez me entretuvieron por un momento, pues guardaban relacion con Bamboche. Un ligero ruido me sacó de mis reflexiones. Volvi la cabeza hácia mi compañero de mesa, que acababa de verter la mitad del liquido contenido en su vaso. Despues de haber bebido lo que aun quedaba, cediendo sin duda á uno de esos caprichos raros, tan comunes en los borrachos, remojó la punta del dedo índice en uno de los canalitos de aguardiente que serpenteaban sobre el encerado y se puso á delinear figuras estrambóticas. Seguí con la vista los movimientos de mi compañero de mesa con tanta mas atención, cuanto que una postrera observacion habia confirmado mis sospechas: la mano de aquel hombre, de perfec-

ta blancura, con uñas oblongas y pulidas me llamaba la atención por su hermosa forma. Llevaba en el dedo pequeño varios anillos de oro y formas diferentes; uno de ellos montado con una piedra rojiza, me pareció tener armas grabadas.

Seguí con curiosidad maquinal las caprichosas evoluciones del dedo de mi compañero de mesa, quien dejando de dibujar sus caprichos estrambóticos, se entretenía en escribir enormes letras mayúsculas: primeramente hizo una R, y luego una E....

No sé por qué la combinación de esas dos letras RE me causó una sensación indefinible. Sentía una cosa rara, vaga, inquietante y desusada... era una especie de presentimiento.

No podía alejar la vista del dedo de aquel hombre, y apresuraba, digámoslo así, con toda la fuerza de mi pensamiento la conclusión de la tercera letra que acababa de empezar, y todo esto (no me engañan mis recuerdos,) sin poder yo mismo comprender el motivo de mi impaciencia. En fin, los contornos concluidos de la letra salieron debajo del dedo de mi compañero de mesa... Era una G....

De repente esas tres letras..., las tres primeras del nombre de Regina, aparecieron en mi imaginación como escritas con caracteres de fuego.

Y sin embargo, cuántas otras palabras em-

piezan con las mismas letras!... Pero no sé qué fatalidad me decia, que aquel hombre, embriagado con aguardiente, iba con su dedo á escribir entero, sobre la mesa de una taberna, aquel nombre tan sagrado para mi.

Olvidé todo, hasta Bamboche, mi situacion desesperada y el porvenir, para seguir con penosa curiosidad los movimientos del dedo de mi compañero de mesa. Continuó trazando otra letra, pero parándose de cuando en cuando.

Su cabeza se inclinaba y caia algunas veces hácia adelante; sus párpados hinchados se entornaban... En fin, concluyó la letra... era una N. Ya no me cabia duda, pues bien pronto una A siguió á la N, y pude leer sobre la mesa, escrito en caractéres groseros el nombre de REGINA, entero.

Imposible es decir lo que entonces pasó por mi; no me ocurrió ni un momento la idea de que otras personas podian tener el nombre de Regina, y dije para mis adentros: Regina está en Paris; este hombre, jóven y de buena figura, noble y rico, sin duda alguna, ama á aquella jóven... pues la tiene tan presente, que aun en medio de su estado brutal de embriaguez se complace en escribir ese nombre querido para él.

Ese nombre... despues de haberlo escrito.. lo estuvo mirando mi compañero de mesa algun tiempo, con una especie de satisfaccion

estúpida... mientras que las oscilaciones de su cabeza pesada se repetían con mas frecuencia, dejó escapar una carcajada gutural, cruzó los brazos sobre la mesa, dejó caer la cabeza, y se quedó dormido, atontado por el embrutecimiento apático de la borrachera.

Inmediato al sitio en que estaba echado aquel hombre, distinguían aun todavía mis ojos el nombre de *Regina*. Me levanté sin hacer ruido, y con una religiosidad respetuosa, borré hasta la última señal de aquel nombre profanado.

Acababa de colocarme de nuevo en mi asiento, cuando se abrió otra vez la puerta de la taberna. No pude contener una exclamacion de involuntario terror. Acababa de ver delirarse en las tinieblas de la calle la siniestra fisonomia del tullido. Después de ocho años que hacia que no lo había visto, sus facciones me parecían mas atezadas que antes, y aunque parecia conservarse todavía robusto y fuerte, sus cabellos habían encanecido; su traje no indicaba miseria. Paróse en el dintel de la puerta, como si hubiera temido entrar en la taberna. Parecia inquieto y aturdido. Asomando la cabeza por la puerta entornada, y con voz ronca, (creí reconocer la misma voz que me había respondido detras de las persianas de la calle del callejon del Zorro) dijo al tabernero:

—Ha venido esta noche?

—No, respondió secamente el tabernero, como si hubiera querido despachar lo mas pronto posible á aquel huésped importuno.

—Si viene esta noche, añadió con precipitación el tullido, decidle que no vaya esta noche, porque *humea*. Ya comprenderá, se lo direis, no es verdad?

—Bien está... bien está... dijo el tabernero cerrando, como suele decirse, la puerta en los hocicos del tullido, y luego añadió hablando consigo mismo:

=Vaya unos tunantes!

### CAPITULO III.

## *La noche.*

No podía dudar que el tullido había vuelto á anudar sus relaciones con Bamboche, y que á este era á quien aludía el bandido, cuando al entrar en la taberna sobresaltado, exclamó: Si viene, decidle que

no vaya esta noche... *humea*... ya entenderá.

Sin penetrar el sentido de estas misteriosas palabras, supuse que un peligro común amenazaba al tullido y á Bamboche.

Tanta fraternidad entre el tullido y Bamboche no solo me hizo temblar por este último, sino que me causó gran perplejidad. No me atrevia ya, conforme lo habia pensado, á interrogar al tabernero acerca del compañero de mi niñez, á fin de saber si podia tener seguridad de verlo aquella misma noche. El recibimiento hecho al tullido no me alentaba; mas viendo que se iba haciendo tarde, hice un esfuerzo, y me acerqué al mostrador para pagar mi escote; solamente entonces reparé que todos los bebedores habian desaparecido, y no quedaba en la taberna nadie mas que mi vecino, todavia dormido: tanta soledad, me dió bríos, y dirigiéndome al tabernero le dije:

—Cuanto debo?

—Seis sueldos de carne y dos de pan, son ocho sueldos.

Dejé una moneda sobre el mostrador, y añadí:

—Me han asegurado que un tal Bamboche concurre aqui todas las noches.

—Al oír el nombre de Bamboche, puso el tabernero un ceño amenazador, y respondió:

—Mi taberna es un establecimiento público, y tengo que recibir á toda clase de gentes.

—Creéis que venga esta noche Bamboche? repuse.

Si viene, me respondió el tabernero mirando al reloj, se quedará fuera; pues son las doce, y voy á cerrar.

—Y mañana, pensais que vendrá?

—Qué sé yo? Lo que si hay de cierto, es que deseo que venga lo menos posible; no sirve mas que para comprometer un establecimiento de buena nota: y devolviéndome los cambios, añadió:

—Ya son las doce, y se han ido los parroquianos! pero al mirar al rededor suyo vió á mi vecino de mesa que continuaba durmiendo, y dijo á media voz:

—Ah! está todavia ahí el caballero de la moneda de oro; y acercándose respetuosamente al dormido y no atreviéndose á tocarle con la mano, le llamó varias veces: caballero! caballero! Pero el borracho no respondió al llamamiento.

Ya no podia esperar poder ver á mi amigo aquella noche. Habia llegado el momento critico, tenia que arreglar mis cuentas con el cochero. Pero pagada la deuda ¿qué me quedaba? ¿en donde pasaria la noche?

Sali de la taberna: la noche estaba oscura, húmeda y fria. El cochero dormia en el pescante... y la calle estaba desierta.

Un mal pensamiento me asaltó... el de marcharme sin pagar al cochero, dejándole

en prenda la poca ropa y demas prendas que traia en el paquete; pero no cedi á tan mala tentacion y queriendo acabar de una vez y salir adelante, desperté al cochero no sin poco trabajo.

—Hum! que es eso? ah! ya voy mi amo, dijo estirándose y manifestando con sus ademanes el frio que sentia á pesar de su espeso carrik; hace un frio endiablado que hiela hasta los tuétanos; me habia dormido... Ahora bien! donde vamos?

—Me quedo aqui, le dije, hacedme el favor de darme mi paquete y de decirme cuanto os debo.

Al pronunciar estas últimas palabras, era grande mi inquietud.

Sacó el cochero el reloj del bolsillo, se acercó al farol medio apagado del coche, y me respondió.

—Habeis tomado el coche á las dos, mi amo, son mas de las doce, lo que hace nueve horas y media... contemos diez horas con la propina, resulta una moneda de quince libras, diez sueldos; dadme 16 libras, si habeis quedado contento mi amo... Voy á daros vuestro paquete.

Mientras que el cochero revolvia el carruage, rebuscaba yo hasta lo mas recondito de mi bolsillo. Conté el poco dinero que me quedaba, y tenia nueve francos y algunos sueldos.

Entonces, oh cobardía estúpida y pueril.. me eché á llorar amargamente.

—Tomad vuestro envoltorio mi amo, me dijo el cochero.

—Tomad, dije ofreciéndole el dinero, esto es todo lo que me queda; nunca habia estado en Paris, tenia seguridad de encontrar desde el momento de mi llegada una colocacion cerca de un protector, y ese protector ha muerto esta mañana mismo. Me quedaba aun un compañero de niñez, lo he buscado inútilmente todo el dia; esperaba hallarlo aquí esta noche, pero he perdido esta última esperanza. Cuando entré en vuestro carruaje, no sabia lo que costaba y ahora no tengo con qué pagaros lo que os debo, y solo me quedan nueve francos y algunos sueldos; aquí los teneis. Registradme los bolsillos, si gustais, no poseo ni un ocha-vo mas.

—Esas no son razones, exclamó colérico el cochero, quien no tiene para pagar coche, que ande á pié.

—Teneis mucha razon, pero yo no conocia las calles de Paris, esperaba tener al momento entrada en casa de mi protector, y...

—Yo no tengo que ver con nada de eso, necesito mi dinero, repuso el cochero, esto no puede quedar asi.

—Pues bien, guardaos mi paquete, es todo cuanto poseo en este mundo, no me que-

da mas sino la ropa que tengo puesta.

—Qué es eso? llorais, dijo el cochero con voz mas suave, luego es verdad lo que decís?

—La pura verdad...

Qué vais á hacer? Dónde pensais pasar la noche?

No lo sé, respondí abatido. Cosa particular, me acordé de que muchos años antes habia dado la misma respuesta á la Lebrasse cuando me escapé de casa de mi amo el Lemosin.

Pareció que el cochero se conmovia, y repuso:

—Vamos, pobre muchacho, no lloreis. Vamos, no puedo perder el dia, tengo que dar las cuentas á mi amo, mas tampoco quiero dejaros sin un cuarto, enmedio de la calle en semejante noche. Tened, guardad esos veinte sueldos y vuestro paquete. Encontrareis una hospederia cerca de la puerta de la Chopinette... una linterna roja os lo indicará... allí se hace noche por cuatro sueldos... aqui teneis el número de mi coche... Al decir esto puso en mis manos una tarjeta. Si algun dia podeis darme lo que me debeis, os lo agradeceré... porque tengo mujer é hijos...

—Oh! gracias, mil gracias, exclamé enagenado.

En aquel mismo instante abrió la puerta el tabenero, y apareció sosteniendo por debajo

del brazo al hombre, cerca de quien habia yo estado sentado, y que entonces me pareció enteramente borracho.

—Estais desocupado, buen hombre? preguntó al cochero.

—Si, respondió este último.

—En tal caso, aqui teneis un famoso parroquiano, dijo el tabernero señalando al hombre que sostenia por debajo del brazo, y á quien dijo al oido:

—Caballero, aqui teneis un coche...

—Está bien, ayudadme, contestó el borracho.

Y lo metieron con mucho trabajo dentro del coche.

—Las señas, mi amo, dijo el cochero.

—A la entrada de los campos Eliseos.... encontrareis un cabriolé amarillo... parareis junto á él, respondió el borracho, con aquella slucidéz que suelen conservar en ciertos lados los borrachos, á pesar de tener la cabeza trastornada.

—Tomad el importe del viage, añadió dejando caer la mitad en la mano y parte en la calle, el cambio que le habian devuelto por su moneda de oro.

Despues de andar buscando algunos instantes, exclamó el cochero lleno de alegría:

—Diez y siete francos! qué loteria! No hay parroquianos como los hijos de la viña del Señor; y teniendo sin duda escrúpulos del aceptar tan considerable propina, dijo á tan

generoso parroquiano:

—Me habeis dado diez y siete francos, caballero... lo sabeis? Diez y siete francos!

—Sí, guardadlos... los diez y siete francos... está lejos, de aquí... pero no corraís demasiado... porque me gusta mucho dormir dentro de un coche... no os olvideis de las señas... un coche amarillo... en la entrada de los campos Eliseos..... un hombre.... está en el pescante... al lado del cochero. (1)

—Está bien, mi amo, respondió el cochero, ocupando alegremente su puesto en el pescante, mientras que el tabernero cerraba su puerta por dentro, asegurándola con fuertes barras de hierro.

---

(1) Hemos dicho ya que nos gusta, siempre que podemos hacerlo, citar analogías, toda vez que presentamos alguna creación que puede parecer sospechosa y fuera de verdad. Hace algunos meses, todos los periódicos han hablado de la historia de cierta mujer conocida por la bella inglesa, la que rica y de noble alcurnia, frecuentaba las tabernas de mas baja esfera, en las plazuelas y mercados, emborrachándose con aguardiente. —Tampoco se han olvidado las gentes de aquel inglés perteneciente a la Dukery inglesa, recogido en el teatro d' Ashley, medio muerta de barrachera, presa bajo un nombre supuesto, y reclamado por su hijo.

Dió un latigazo á sus caballos el cochero y partió diciéndome.

—Ya lo veis, amiguito, Paris es la ciudad de la buena gente.

Y desapareció rápidamente el coche en medio de la tinieblas de la noche.

Por un momento me asaltaron ideas de amargura, de odio y rebelion contra la sociedad, al pensar en aquel hombre, muy rico sin duda alguna; pues prodigaba inconsideradamente, y para satisfacer sus brutales y escrupulosos caprichos, una cantidad que me hubiera bastado á mí para vivir veinte dias, y que me hubiera facilitado el poderme volver al lado de Claudio Gerard, y huir de aquella ciudad inmensa dentro de la cual me veia perdido. Será siempre así? esclamé desesperado. A los unos tantos bienes supérfluos, mientras que el fastidio y la sociedad los empujan hácia la depravacion mas repugnante y á los otros, tantas privaciones, tantas miserias, por cuya razon desesperados no les queda otro camino que escoger entre la infamia ó la muerte..

Pero pensando al momento en la nulidad de todas estas recriminaciones contra la suerte infalible, y acordándome de dos consejos de Claudio Gerard, dije para mí: he aquí el momento de ponerlos en práctica; *resignacion, ánimo, trabajo y respeto de sí propio*; sosténganme estas palabras, y á la buena re-

solucion que me dan agréguese la influencia de Regina, nombre sagrado que tan triste casualidad acaba de recordar nuevamente á mi memoria.

Estrella radiante y pura, hácia la cual debia yo siempre levantar la vista, desde el negro fondo de las mas fangosas senderas de la vida.

No podia detenerme mas tiempo á la puerta de la taberna; la calle estaba ya desierta: una especie de nieve desecha que caia en medio de una estensa niebla, penetraba mis vestidos y me helaba hasta los huesos: el cochero me habia dicho que encontraria antes de llegar á la puerta de la Chopinette, una hospederia donde por cuatro sueldos podia pasar la noche. Seguí la calle abajo, guiado por la luz medio apagada de los reberveros que penetrando por la niebla, se reflejaba en opacos surcos sobre la calzada ennegrecida por el barro.

Haria cosa de diez minutos que iba andando, cuando encontré á un trapero, quien cargado con su cesto, el farol y gancho revolvia las inmundicias depositadas en el ángulo de los guardacantones. Temiendo perderme, le pregunté si conocia por alli una casa donde por cuatro sueldos se pasaba la noche.

—La segunda calle á la izquierda, en se-

guida á la derecha, vereis un farol, me respondió el traperero sin mirarme siquiera, ni dejar su trabajo.

Al cabo de diez minutos me hallé en una calle estrecha, frente á una casa de mala apariencia; para llegar á la puerta habia que subir por una escalera de madera levantada sobre el nivel de la calle, con algunos escalones. Estaba abierta la puerta; me interné por un pasadizo oscuro, y me paré á los ladridos que daba un enorme perro. Casi al momento apareció un hombre rechoncho y de mala catadura, con un gran garrote debajo del brazo, y que, cubriendo la llama de una vela bajo su mano, me preguntó bruscamente lo que se me ofrecia.

— Pasar la noche en esta casa.

— Pasaporte?

— Aquí lo teneis.

— Son cuatro sueldos, pagados adelantados, me dijo el hombre, despues de haber dirigido una mirada bastante indiferente sobre mi pasaporte.

Di los cuatro sueldos. Echó á andar el hombre delante de mi, atravesó un patio cenagoso, y abrió la puerta de una especie de cochera alumbrada con una humosa lámpara.

Casi me sofocó el olor infecto que despedia aquel tabuco en donde ví ocho ó diez camas, ocupadas unas por hombres otras por mugeres; pero en cada cama habia dos per-

sonas; una sola estaba completamente vacante, y el amo de la casa, indicándomela con un gesto, me dijo:

=Aquí, como se dan sábanas, está prohibido el acostarse con zapatos, de otro modo era fácil rasguñar las piernas del compañero de cama.

=Entiendo, le dije.

—Y yo no soy responsable sino de lo que guardo, añadió el hombre al marcharse, sin que, desgraciadamente para mi entendiera yo el sentido de sus palabras.

Se reducía la cama á un jergon colocado sobre tres tablas elevadas seis pulgadas sobre el suelo, por medio de unos pequeños travesaños; una manta de lana agujereada, y sábanas negras manchadas de lodo é inmundicia, cubrían el jergon.

Las paredes desnudas, despedían humedad; el suelo era simplemente de yeso molido y allanado.

Dirigi una mirada hácia los otros moradores del cuarto, y casi tuve miedo al ver que la mayor parte de ellos tenían los ojos abiertos; impasibles todos, me miraban fijamente pero sin hablar una sola palabra. Aquel silencio y aquellas miradas me trastornaron singularmente; la mayor parte de mis compañeros de habitación me parecieron de fisonomía sospechosa, también había allí tres mujeres acostadas, dos de ellas jóvenes, pero

de fisonomía escuálida, marchita y de repugnante expresión.

Esperimenté el mayor disgusto, pero estaba molido de cansancio, y después de colocar bajo la almohada mi paquetito, donde guardaba la preciosa cartera que había robado en el sepulcro de la madre de Regina, puse mi ropa sobre la cama, á fin de tener más calor, pues estaba tiritando de frío.

Durante largo rato traté en vano de dormirme, y olvidar con el sueño mi triste posición; sentía sí, una especie de agitación calenturienta; pero al fin el cansancio pudo más y me dormí profundamente.

Cuando desperté, había ya amanecido enteramente; me hallaba solo, pues los otros compañeros de habitación habían dejado sin duda hacia tiempo su mal llamada cama. Al dirigir la vista sobre la mía, busqué mis vestidos... habían desaparecido; en su lugar me encontré con un mal pantalón y una blusa de tela azul.

No se me ocurrió al principio que me habían robado, inocentemente busqué en el suelo á derecha é izquierda de la cama, pero no encontré nada; hasta el calzado y el sombrero habían desaparecido.

Desesperado y no menos irritado, pues consideraba la venta de aquella ropa, enteramente nueva, como en el último recurso,

llamé á gritos al amo de la hospedería; aporreé con violencia la pared en que se apoyaba la cabeza de mi cama... y nadie vino.

Trascurrido un cuarto de hora de espera y de silencio, tuve al fin que encajarme los harapos que me habian dejado y salí descalzo, llevando conmigo mi paquetito, que felizmente me habia servido de almohada. Encontré al patron en un cuarto á la derecha del pátio, fumando su pipa y bebiendo un jarro de vino. Lleno de indignacion le espuse mis quejas por el robo que me habian hecho.

—Yo no tengo que ver nada con eso, me replicó, ya os dije anoche que no respondia sino de lo que guardaba. Si me hubiérais entregado vuestra ropa, esta mañana la hubiérais encontrado. Es cierto que vi salir esta mañana una persona vestida con el mismo traje que vos llevábais ayer; pero crei que érais vos mismo... tanto peor... haber dormido con un ojo abierto.

Y como tratase de insistir levantando la voz, me dijo brutalmente:

—Qué es eso! ¿tendré que echaros fuera? No me faltan fuerzas, como veis, añadió enseñándome la musculatura de sus brazos.

—A mi tampoco, le respondí desesperado, tengo suficientes fuerzas para resistiros! no salgo de aqui hasta que me hayais hecho devolver mi ropa... vendrá la guardia... me alegraré, entonces nos esplicaremos... nada temo.

—Esas tenemos? repuso mi hombre. Pues bien, en lugar de reñir, vamos á casa del comisario y allí veremos... Pues no faltaba mas... Por cuatro cuartejos que me dan esponderme á responder de cincuenta ó sesenta francos de ropa... Vamos, andando, á casa del comisario.

El aplomo de aquel hombre; las razones que me daba, y que, preciso es confesarlo, me parecieron justificadas, sobre todo, cuando me acordaba de sus palabras de la noche anterior, «yo no respondo sino de lo que guardo,» conociendo tambien que aun cuando le condenasen á indemnizarme del robo de la ropa no conseguiria esta indemnizacion, sino despues de un pleito juzgado despues de muchos dias y semanas; reflexionando, ademas, que por sus relaciones diárias con otros seres tan infelices como yo, aquel hombre podria serme útil, le dije con triste resignacion.

—Bien está, en vuestra casa me han robado. Decís que no sois responsable de nada, no lo creo; pero en fin, consiento en no proporcionaros un escándalo, siempre sensible, no dando queja ninguna... pero con una condicion.

—Yo no temo ningun escándalo... Estoy en mi derecho... pero no importa, decid vuestra condicion. Me pongo en vuestro lugar. No es nada divertido el verse uno des-

nudar en un santiamen; pero ya os lo he dicho, haber guardado la ropa debajo de la almohada, ó acostarse vestido. Por regla general eso es lo que debe hacerse cuando no se conoce la sociedad con que se alterna.

—Esos consejos son tardios... otros son los que os pido... No me falta ánimo ni buena voluntad; sé leer, escribir y contar, conozco á fondo el francés... un poco de historia y geografía; además tengo mi oficio: soy bastante buen carpintero. Vos debeis ver á menudo personas en situacion semejante á la mia... Qué debo hacer para hallar un medio de ganarme la vida honradamente?

—Diablo! hallar medio de vivir honradamente en invierno! no es nada lo que pedís, amiguito. Se os figura que se encuentra que trabajar así por todas partes? Primeramente, en invierno la carpintería dá muy poco de sí, descansa... por ese lado falta la mecha... y en cuanto á saber leer, escribir y contar, hay miles de cientos que saben lo mismo que vos y que revientan de hambre.

—Pero qué he de hacer? entonces... vos que conocéis á Paris y sus miserias... Aconsejadme por piedad... no conozco á nadie en esta ciudad... he llegado ayer.

—Eso es, dijo el patron encogiéndose de hombros; como otros tantos bobalicones que

venis á Paris buscando fortuna, no es verdad?

Sea cual fuere el motivo que me ha traído aquí, ya sabeis mi situacion; soy jóven, robusto, acostumbrado á la fatiga y al trabajo, tengo mucho ánimo... solo pido poder ganar mi pan cotidiano.

—Toma, ya lo creo, miles hay que solo piden eso mismo, y que no lo encuentran... Sin embargo, podeis probar fortuna en el puerto, allí encontrareis quizá medio de ganar algunos sueldos, ayudando á descargar los barcos... pero tened cuidado, tendreis que apretar los puños, sereis un intruso y los que ocupan el puesto no os dejarán meter allí las narices sin aporrearos antes.

—Y no tengo otra alternativa?

—Si, podeis ademas, cuando se retira la gente del teatro, abrir la puerta de los coches; pero allí tambien andará el vapuleo... pues tambien allí estará ocupado el puesto de antemano, sin contar que entre muchos todos esos oficios se encuentran siempre los que ejercen malhechores escapados de presidio, gente perdida; y un jóven que quiere seguir la senda de la virtud, puede muy bien perderse.

—No lo creo... probaré fortuna. Os doy las gracias por vuestros consejos... Me indicareis donde está el puerto? empezaré por allí.

A pesar de su aspereza y rudeza, moti-

vada sin duda por la habitual costumbre de ver tanta espantosa miseria, aquel hombre pareció conmoverse de mi posición, y quiso serme útil á su manera, pues repuso después de un corto silencio:

—Vamos, me parece que sois un muchacho bueno y honrado; arreglemos vuestros asuntos... qué os queda de moneda sonante?

—Diez y seis sueldos, y este paquete que contiene tres camisas, dos pañuelos de narices y una chaqueta de trabajo.

—Eso es todo?

—Todo.

—Si las camisas y los pañuelos valen algo, os lo cambiaré por un hermoso par de zapatos y un gorro griego, en muy buen estado todavía; de este modo os hallareis calzado y con la cabeza cubierta; la chaqueta la podeis poner debajo de la blusa, y tendreis menos frio. Vamos, ya estais bien vestido... Ahora para ir al puerto, ó á la puerta del teatro... En realidad, por mucha decisión que tengais, no os doy quince días sin que os inclineis al robo... esto es sin ofenderos... y aun así y todo, esto es lo mejor que os puede suceder; lo peor será el que no encontréis medio de poder ganaros un sueldo, durante un día ó dos; y eso hará que al tercer día... os inquietará la gazuza. No es ese el camino que debeis seguir, lo que debeis hacer, yo os lo diré.

—Escuchadme atentamente: Id á Paris.... paraos delante de la tienda de mejor aspecto que encuentreis, coged una concha de ostra... y romped un cristal... Oh! hablo con mucha formalidad... Si preferis una buena puñada en el vientre del primer agente de policia que encuentreis... tambien ese es un buen medio y que no deshonra, no es verdad?... el resultado será que os prendan, y os llevarán á la cárcel, donde pasareis por lo menos dos ó tres meses, con toda la asistencia de alimento, fuego y luz... trampeais de ese modo durante el invierno, y viniendo el buen tiempo os darán suelta... volverá la época de los carpinteros, y encontrareis que trabajar... El verano, nunca es tan crudo como el invierno, y lo peor que os podrá suceder, será encontraros en la misma situacion que hoy dia, pero al fin, siempre habreis vivido tres ó cuatro meses. Qué diantre! Siempre es algo! Creedme, amigo mio, os estoy hablando como lo haria á mi propio hijo.... Pensais que es broma, lo que os digo, pero al cabo de ocho dias de vida por Paris, vereis que tenia yo razon, y os arrepentireis de no haber seguido mis consejos.

—Podrá haber algo de cierto en lo que me decis... aunque muy triste es el pensarlo, sin embargo, quiero tratar de buscar trabajo, pues la cárcel me horroriza. Acepto vuestros ofrecimientos, en cuanto á la ropa, pues no pue-

do ir con la cabeza desnuda y los pies descalzos; podeis darme ahora lo necesario para escribir una carta?

—Aqui teneis mi mesa, el tintero... y una hoja de papel que os regalo. Mientras tanto, voy á examinar vuestro paquete, y si me conviene, iré á buscar los zapatos y el gorro.

Escribí en cortas líneas mi situacion á Claudio Gerard, rogándole me respondiese á vuelta de correo, dirigiéndome la carta al correo mismo. Noté alguna mejoría en mis males, con aquel corto desahogo del corazon; y cerraba ya la carta cuando entró el patron trayendo en la mano un par de zapatos pasaderos, y un gorro griego que habia sido rojo en otro tiempo. Me puse la chaqueta, metí la blusa por encima, oculté mi cartera en el bolsillo, en union con los pocos sueldos que me quedaban, y me despedí del amo de la casa, quién me repitió otra vez:

—Creedme, amigo mio, pegad al primer agente con quien tropeceis ó romped el cristal de la primera tienda que encontreis, y de ese modo hallareis albergue para este invierno.

Me separé de tan singular mentor mas muerto que vivo, y cediendo á una última y vana esperanza quise ir otra vez al callejon del Zorro, á fin de ver si con mejor suerte esta vez hallaba á Bamboche.

Fácil me fue, preguntando el camino, volver á encontrar el callejon sin salida; llega-

ba apenas á la pradera que separaba dicho callejon de las casas del arrabal, cuando apercibi mucha gente reunida, y mas lejos relucir sobre las cabezas de la multitud las bayonetas de los soldados, me aproximé y me informé.

—Es un nido de contrabandistas que acaban de descubrir en el número 1 del callejon (la casa de Bamboche), pero la policia ha llegado tarde, me respondieron. Se ha encontrado mercancías y otras cosas sospechosas, pero los contrabandistas se habían escurrido; parece que ayer olieron el golpe que los amenazaba, y á estas horas ya estan lejos.

Entonces comprendi la aparicion del tullido la vispera, en la taberna de las Tres cullas, y su ademan alarmado; sin duda venia á avisar á Bamboche de que no volviera á la casa.

Comprometido Bamboche en tan mala causa, debia haberse alejado de Paris ó estar oculto por lo menos. Habia perdido por consiguiente toda esperanza de hallarle.

Me resigné.... y acepté completamente mi situacion.

Tal fué el primer dia y la primera noche que pasé en Paris.

**FIN DE LA SEGUNDA PARTE.**



#### CAPITULO IV.

### *Trabajo y pan.*

**L**A muerte repentina de Mr. de Saint-Etienne, habia destruido todas mis esperanzas; la desaparicion de Bamboche me habia privado del apoyo que podia esperar de él, me hallaba en aquel inmenso Paris, desconocido para mí, sin mas recurso que los miserables vestidos que me cubrian, diez y seis sueldos que felizmente habia conservado y la cartera sacada del sepulcro de la madre de Regina.

Segun el amo de la hospedería en donde me habian robado, dos partidos eran los que se me presentaban para no morir de hambre.

Hacer que me pusieran preso por cualquier delito. Concurrir á las puertas de los teatros, en los momentos de entrada y salida del público, con la esperanza de poder ganar algunos sueldos, ayudando á trasportar algun paquete, ó abriendo las portezuelas de los liacs.

Por mucha verdad que hubiera en la asercion del dueño de la hospedería, acerca de la imposibilidad de encontrar trabajo diáriamente; sobre todo, en aquella estacion del año, no podia yo conformarme con lo que me habia dicho.

— En cada barrio, — me dije á mí mismo, — existe una autoridad, cuya puerta está abierta á todas horas; quiero ir directamente á ella y sin duda ninguna en nombre de la ley y de la sociedad, protegerá á un hombre de bien que pide trabajo.

Cuando sali del callejon del Zorro, volví á la puerta de la Chopinette, y pregunté por la casa del comisario de policia del barrio, la que al momento me indicaron. Me introdujeron en su despacho y le conté todo cuanto me habia sucedido desde mi llegada á París, ocultándole, sin embargo, segun la promesa que hice al dueño de la hospedería, el

robo que me habian hecho en su casa.

El comisario empezó por mostrarse conmigo frio, severo y sospechoso; pero convencido luego de la sinceridad de mi relacion, estuvo muy afable y me manifestó benevolencia y compasion. Su respuesta fué la siguiente:

«Las minuciosidades que me habeis referido, la manera en que os explicais y la experiencia que tengo de los hombres, me convencen de que decís la verdad; creo que vuestra posicion es triste y digna de lástima; desgraciadamente no puedo hacer nada en vuestro favor, y hasta dejo de cumplir con mi deber, al no poneros preso al momento, pues segun vuestra propia confesion, no poseeis ningun recurso para subsistir y á nadie teneis en Paris que pueda asistirlos. Quizá os haga un flaco servicio dejándoos en libertad... Temo mucho que la libertad en que os vais á hallar sea la libertad del mendigo, por la cual os conducirán á la cárcel; pero no quiero abusar de la confianza que habeis depositado en mí. La educacion que habeis adquirido no os servirá para nada en la tristisima posicion en que os encontrais. Mas tarde, hubiérais podido ocuparos como carpintero; pero desgraciadamente durante el invierno no encuentran que trabajar los que tienen este oficio.»

—Pero ¿qué he de hacer entonces? Qué me aconsejais?

—«Ay amigo, el único consejo que podria

daros sería el de dejaros prender como vagabundo... á lo menos encontrariais de este modo un asilo y pan, pero sois tan jóvenes, y la vida de las cárceles es tan contagiosa... que podría suceder que vuestras buenas inclinaciones se corrompieran... Qué quereis? esto es un mal... pero cómo ha de ser.... la ley no puede preverlo todo.

—No prever esa eventualidad tan frecuente, Dios mio! Que un hombre honrado no pueda á pesar de sus buenos deseos encontrar trabajo! exclamé abatido: la ley prevé bien una porcion de delitos que pueden cometerse... cómo no prevé las causas que pueden originar los delitos?

—Qué quereis? *sucede asi*: me respondió tristemente el magistrado.

En aquel momento vino á buscarle su secretario para yo no sé que acontecimiento grave. Salí de la casa del comisario con el tristísimo convencimiento de que, aparte las groseras espresiones, me habia dicho lo mismo que el dueño de la hospederia.

A pesar de lo muy afligido que me habia dejado esta segunda tentativa, no desesperé sin embargo. Tenia diez y seis sueldos, y viviendo con dos ó tres sueldos cada dia, y pagando cuatro por la cama cada noche, tenia asegurados por lo menos dos dias, y esperaba que al fin la fortuna me favoreceria. Antes de decidirme á probar las dos industrias

que me había indicado el dueño de la hospedería quise intentar si hallaría algún otro medio menos precario para subsistir.

Siguiendo á la buena ventura por las calles, tropecé con el biombo de un memorialista; tuve entonces una ligera esperanza, y pensé que quizá podría aquel hombre emplearme. Se aproximaba el primer día del año; época durante la cual, los que no saben escribir tienen sin embargo, parientes ó amigos á quien felicitar por la salida y entrada de año... Penetré tímidamente donde estaba el memorialista; pero apenas hubo este oído las ofertas que le hice de poder ayudarle en su trabajo, cuando cerró bruscamente la puerta, viéndome, sin duda, en mi un rival futuro.

Continué vagando por las calles, hasta que encontré una tienda de ebanistería. Como yo era mas que un mediano carpintero y los dos oficios guardan alguna relacion entre sí, me atrevi á hacer una segunda petición.

— «Muchacho, me dijo el amo del establecimiento, de veinte oficiales que empleaba antes, solo conservo cinco en el día, por lo poco que hay que trabajar, con que ¿cómo demonios quieres que te ocupe, cuando ni siquiera perteneces á este oficio?»

La respuesta era justísima, y me alejé con el corazón oprimido: llegó la noche y lleno de necesidad y rendido de cansancio, compré en una panadería un panecillo de tres cuar-

tos, y pregunté si estaba muy lejos la puerta de la Chopinette, pues pensaba pasar la noche en la misma hospedería, cuyo dueño conocía ya; pero para llegar hasta allí hubiera tenido que atravesar todo París, pues me encontraba cerca del Puente Nuevo. Pregunté entonces si había en aquellos barrios alguna hospedería, y me indicaron las callejuelas inmediatas al Louvre y á la calle Saint-Honore. Me presenté en una de esas sinistras posadas en donde empezaron por exigirme no cuatro sueldos, sino seis, por el barrio en que estaba situada, cerca del Palais-Royal, según me dijeron. Esos dos sueldos de mas, empleados en la cama, representaban para mí la subsistencia de un día; pero estaba tan cansado, sentía un frío tan penetrante, tenía tal necesidad de descansar, que me resigné á hacer ese sacrificio.

Mas receloso esta vez, me acosté vestido, guardando precisamente en el bolsillo los siete sueldos que me quedaban. Eran apenas las ocho de la noche; los que acuden á esas casas sospechosas por lo regular, no se retiran sino á deshoras de la noche; de modo que encontré desierto el cuarto en donde una de las camas me habia sido destinada. ¿Quiénes fueron mis camaradas durante la noche, lo ignoro, pues dormía tan profundamente, que fué necesario que me despertasen á las doce del día: hora en que terminaban mis de-

rechos en el establecimiento.

Aunque convencido de antemano de la inutilidad de mis gestiones, pregunté al dueño de la hospedería si podía ocuparme en algo. Me miró aquel hombre con un aire receloso y sin que yo pudiera comprender el sentido que había é dado á mi demanda, me respondió groseramente:

—Tú perteneces á la policía... me quieres tender un lazo... pero soy mas picaro que tú.

Y añadió luego, irónicamente:

—No, no tengo ninguna ocupacion que poderle dar.

Viendo cuán inútiles eran mis esfuerzos para poder hallar una ocupacion honesta, y la necesidad que tendria de gastar algunos recursos de *siete sueldos*, me resolví á seguir los consejos del dueño de la hospedería de la puerta de la Chopinette.

Siguiendo las señas que me dieron, llegué al puerto de Saint-Nicolas. Allí vi muchos hombres vestidos casi mas miserablemente que yo. Se ocupaban en descargar las barcas, mientras, que otros, á pesar del gran frio, y metidos en el agua hasta medio cuerpo, deshacian las balsas ó inutilizaban los barcos inservibles.

Traté de descubrir entre todos aquellos trabajadores uno cuya fisonomía me inspirara bastante confianza para dirigirme á él.

Desgraciadamente, todas las caras me parecieron llenas de dureza, inquietas y brutales. Sin embargo, al ver entre todos á un jóven de mi edad que por medio de una soga arrastraba con mucho trabajo un gran madero me acerqué á él, y le dije:

—Quereis que os ayude?

El muchacho creyó que me burlaba de él, y me respondió injuriándome.

—Hablo sériamente, le dije; soy recién llegado á Paris y no hallo ocupacion... Si quereis que os ayude... me dareis luego lo que os plazca.

—No eres de Paris? y vienes á *rumear* á nuestro puerto! y en el invierno eh?... cuando hay tan poco que hacer, que para cada dos brazos que necesitan los patrones, aparecen veinte gritando aqui estoy yo... aqui estoy yo!... Solo tenemos un bocado de pan y quieres morder en él? exclamó.

Y dirigiéndose á sus compañeros:

—Aqui hay un *romo!*... gritó... al romo! al romo! eh vosotros!

Esa palabra, despues lo he sabido, significa un nuevo pretendiente en el oficio. Al momento me vi rodeado y amenazado; y necesité de toda mi resolucion, y servirme de la no escasa fuerza corporal que Dios me habia dado, para no ser maltratado durante mi retirada.

—Mi primer pensamiento fué maldecir el mal

corazon de los hombres; pero bien pronto la piedad reemplazó á la cólera. Efectivamente, la estacion era rigorosísima, el trabajo muy escaso y precario, y venir pretendiendo entrar en el gremio y desear ocupacion, era para aquellos infelices, como lo decia muy bien su language enérgico, morder en el único pedazo de pan que les quedaba.

Abandonando el puerto, subí al pretil del muelle; atravesé luego un puente y vi á lo lejos el humo de un barco de vapor que se acercaba. Me dirigí al momento en busca del desembarcadero, con la esperanza de que quizá algun viagero me emplearia en llevar su equipaje. Efectivamente, al poco rato apercibi un letrero que indicaba el sitio del desembarco de los vapores. Me apresuré á llegar á la orilla del Sena, pero encontré ya un parapeto de hombres y muchachos andrajosos que con una impaciencia furiosa y llena de envidia esperaban la rapiña que les llegaba, riñendo entre ellos, diciéndose mil injurias y haciéndose terribles amenazas y dándose sendos golpes para conseguir un puesto mas ó menos bien situado; serian unos treinta los que allí habia; y segun yo pude juzgar conforme se iba acercando el vapor no pasaban de doce el numero de los viageros.

Por esta vez desistí con invencible repug-

nancia á hacer mal tercio á los que ganaban su pan en el desembarcadero.

Me senté sobre una piedra á fin de poder juzgar por lo que iba á ver, de la fortuna que podia esperar para otro dia. Apenas anegó el vapor, cuando toda aquella gente se precipitó tumultuosamente, prorrumpiendo en mil amenazas é injurias, hácia la tabla que desde el bargeo habian lanzado á la orilla para que los viajeros desembarcasen. Entonces presencié la escena mas repugnante y brutal: ocho ó diez de los mas fuertes y atrevidos se repartieron el transporte de los bagajes, despues de haber injuriado y maltratado ferozmente á sus competidores. Un pobre chico de quince á diez y seis años tenia la cara ensangrentada, y su voz de flete se mezcló entre los alharidos y las amenazas que la mayoría dirigia á los que habian conseguido cargar con las maletas y paquetes.

El aspecto de tanta miseria y de los sentimientos innobles y crueles que ella engendraba, me causó un daño cruel. Imposible me parecia el poder resolverme á ganar mi subsistencia diaria rivalizando con aquellos seres abyectos; me estremecia de espanto y de piedad al ver aquellas fisonomias descoloridas, macilentas, enjutas, feroces y marcadas con el sello de la desgracia, del vicio y del crimen; los trabajadores del puerto á

quienes me habia dirigido primeramente, me habian recibido con fieres amenazas, pero no habia visto entre ellos aquellos tipos degradantes y repugnantes, tan comunes entre los infelices que se agrupaban al rededor del vapor. Reconoci la veracidad del dueño de la hospederia, cuando me dijo que la mayor parte de aquellos seres eran malhechores y escapados de presidio.

Acercándome á un hombre que me pareció ser mas bien un paseante en corte, que un asistente al desembarcadero, le pregunté si los vapores abordaban diáriamente en aquel sitio; me respondió que cada dia llegaba un vapor por la mañana, y salia otro por la tarde. Esto último me interesaba muy poco, pues al marcharse de Paris, enviaban los viágeros su equipage con los mozos de las fondas. La llegada del vapor por la mañana me presentaba solamente la ocasion de poder gozar alguna propina, pero con la condicion de luchar con mis terribles competidores.

Y sin embargo, esta idea me hacia sufrir á pesar de la necesidad en que me hallaba.

Miraba tristemente al rededor mio, cuando entre los grupos formados por los que no habian podido trasportar nada, apercibi al tullido... Acompañado á los pocos momentos por otro hombre de aspecto patibulario y de un muchacho de unos quince años, dejó

el embareadero y salió al muelle.

Cediendo á un movimiento casi involuntario... seguí al bandido... Quizá iba á reunirse con Bamboche.

## CAPITULO V.

### *Los encuentros.*

**E**l tullido, en compañía del hombre de tan fea catadura como él, y del muchacho, cuyas facciones tenían ya, como las de sus dos compañeros, una espresion in-noble y cinica, dejaron luego el muelle para entrar en un laberinto de calles sombrías y estrechas, y despues de andar largo rato llegamos á uno de los boulevares exteriores de Paris. Algunas escasas casuchas se levantaban en uno de los lados, y vi al tullido y á sus compañeros entrar á poco en

una especie de tabuco á cuyo alrededor se dejaban ver algunas mujeres asquerosas.

A pesar de mi vaga esperanza de poder hallar á Bamboche; no me atreví á entrar en aquella caverna, y el tullido me causaba tanto horror que no me había atrevido á dirigirle la palabra para preguntarle por mi compañero de infancia.

Estaba pensando en la osadía del bandido que se atrevía á presentarse de ese modo en público despues del descubrimiento del contrabando, en cuyo delito parecia cómplice en union con Bamboche, cuando de repente un ruido de gritos y vívrios rufos llamó mi atención y me hizo volver hácia atrás.

El ruido salía del tabuco en donde había visto entrar al tullido. En el momento en que me acercaba vi á un hombre que me pareció completamente borracho, á quien espulsaban brutalmente de aquella repugnante habitacion; y cuando se cerró la puerta detrás de él, aperecibi en la sombra del pasadizo al tullido y á su compañero, mientras que en un ventanillo situado encima de la puerta apareció la cabeza de una mujer toda desgreñada, y detrás de esta, la fisonomia cinica del muchacho de quince años. Ambos injuriaban al borracho que acababan de echar fuera de la casa: pero este, tropezando y apoyándose en los árboles del boulevard, se reia á carcajadas á cada instante gritando al mismo

tiempo, que le habían robado.

Un sentimiento de curiosidad mezclado de lástima, me hizo acercarme á la víctima de aquellos bandidos... Pero cuál fué mi sorpresa! reconocí á la misma persona de modales de gran señor que ya habia yo visto borracho en la taberna de las *Tres Cubas*.

Tuve un momento de alegría. Cuando conocí la embriaguez de aquel personaje, mi primera idea fué tratar de *hacerle hablar*, con el fin de saber si efectivamente la Regina, cuyo nombre habia delineado sobre la mesa de la taberna, era la misma Regina que yo conocia; y tratar entonces de saber, por medio de tan singular personaje, qué relaciones existian entre él y aquella joven, y si esta se hallaba en Paris en aquel momento.

La idea de sorprender un secreto de ese modo era maligna, lo confieso; pero me escusaba el interés que me inspiraba Regina. Si el desconocido la amaba, y estaba enamorado de ella, que gravedad no adquirian mis dos euentros con él.

—Esos miserables os han robado, caballero, le dije acercándome con precaucion, temiendo que al verme no reconociera á su compañero de la taverna de las *Tres Cubas*.

Me miró absorto, y bamboleándose en fuerza de su embriaguez, me respondió prorrumbiendo en una nueva carcajada.

—Me han robado!... habia pasado la noche en esa casuca... éramos cinco... ó seis... entre otros habia un trápero el mas espiritual del mundo— y.... mugeres... oh! mugeres bellisimas!... encantadoras! Decididamente... solamente ahí... se divierte uno.

Y el desconocido se acogió á mi brazo para no caerse. Le miré lleno de compasion. Miradas á la luz del dia, sus facciones me parecieron mas hermosas y correctas todavía que la antevispera, y aunque se retiraba de una crapulosa orgia sin duda, su rostro conservaba su frescura natural, no aparecian en su fisonomia las huellas del desorden de la noche, y en fin, á pesar del desorden de su cabeza y de sus vestidos, y de las oscilaciones de su marcha, la dulzura é inficcion de su voz, y la particular distincion de sus maneras que, aun borracho como estaba, conservaba, revelaba á cada instante la condicion de su elevada esfera.

—Deberiais volver á vuestra casa, caballero, le dije, quereis que vayamos á buscar un fiacre.

Esperaba conocer por este medio las señas de su habitacion.

—Sois... muy galan... caballero... á pesar de vuestro gorro griego... y de la blusa, me dijo con grave y cómica urbanidad, prestais el brazo á un ahogado... en vino... eso es... mostrarse... muy... fino... pero os lo agra-

dezo... infinito... yo... yo... no volveré... á mi... casa... hasta... esta... noche... Vos... que sois... tan galante... á pesar de vuestro gorro griego... comprenderéis... fácilmente... que hallándome... enteramente borracho... no puedo... presentarme... así... de esta manera... delante de mis... criados.

=Teneis mucha razon, le dije, mirándole atentamente, pero... si la señorita Regina... supiera que...

No me dejó concluir la frase; su fisonomía tan dulce y bondadosa tomó al momento un aspecto serio é inquieto; los vapores del vino se disiparon en parte sin duda, en aquel instante, con la impresion de estrañeza que le habian causado mis palabras... se puso derecho, se mantuvo firme sobre sus piernas; y dirigiéndome una mirada imperiosa, casi colérica, exclamó.

=Con qué derecho pronunciais el nombre de Regina?

=Pronunció el nombre de la señorita Regina, añadió, sin intimidarme... de la... señorita Regina... hija del baron...

=De Noirlieu... exclamó... le conocéis?

Y quedó silencioso, y abandonando bruscamente mi brazo, se retiró unos cuantos pasos atrás y me examinó con una sorpresa llena de curiosidad mezciada de recelo.

Pero conforme lo esperaba, aquel momento de lucidez fué pasajero; la borrachera le

volvió poco á poco al mismo tiempo que desaparecía también la sorpresa que había manifestado al oír el nombre de Regina; su actitud firme durante unos cuantos instantes, volvió á ser nuevamente vacilante, y meneando la cabeza como un hombre que quiere manifestarse penetrante, continuó diciendo:

—Oh!... oh!... joven amable... con gorro griego y blusa... conque conocéis?... chiton... Sereis un rival... disfrazado? Eso seria... muy gracioso... Hasta ahora... solo tenía... á ese.. Roberto de Moreuil... su amigo de infancia... y... á ese feo asqueroso... ese hombre coscon... muy coscon... demasiado coscon.

Se interrumpió otra vez, se sonrió con aire muy satisfecho y añadió:

—Os habeis quedado... turulado... yo no digo... sino lo que me acomoda... Ah! venis... á espiarme... eso es de muy... mal género... querido... pero no importa, ya se yo el medio de... salir del paso... si... referis... una sola palabra.

El nombre de Roberto de Moreuil, pronunciado por el desconocido, trajo á mi memoria al momento la escena del bosque de Chantilly, escena cuyos detalles mas minuciosos habian quedado gravados en mi memoria. Efectivamente, el vizcondcito Scipion acompañaba aquel dia, á un niño llamado Roberto, poco mayor que él, de una fisonomía muy agraciada, y el cual por las atenciones que ma-

nifestaba tener con Regina, me habia inspirado celos.

Sin duda alguna ese Roberto... era el *amigo de infancia* de Regina, era el rival á quien se referia el desconocido... En cuanto al otro, al coscon, el feo asqueroso no ignoraba quien era.

Deseando saber mas detalles, dije al desconocido:

—Os equivocais acerca de mis intenciones, caballero, yo...

—Ah!.. ah!.. quereis hacerme hablar... amiguito... el del gorro griego... respondió el desconocido interrumpiéndome... yo no estoy tan borracho... como lo parezco... entendeis?...

—Os hablaba de la señorita Regina de Noir-lieu, le dije, porque su familia... ha vivido en mi pais.

—Regina! replicó el desconocido fingiendo sorpresa, no tengo... el honor... de conocer... á esa señorita.

—Sin embargo, vais muy á menudo ó casa de su padre... ya sabeis? el baron de Noir-lieu!... calle de...

Yo esperaba que el desconocido concluiria la frase.

Pero respondió:

—Si yo... no conozco... á esa... señorita... cómo he de ir... á su casa?... Ah!... pensais... hacerme charlar...

—Vos sois, caballero, el primero que ha hablado de Regina.

—Cuando os digo... que no la conozco... no quiero hablaros... de ella... repitió por segunda vez.

Y obstinándose en no darme otra respuesta, á pesar de todas las preguntas que yo le dirigia, no me fué posible obtener ningun indicio.

Siguiendo hablando, habíamos llegado cerca de una de las puertas de Paris, cuando me dijo el desconocido con un aire misterioso:

—Decidme... joven amable... con gorro griego, mirad una buena chuscada. ¿Vos habeis querido... arrancarme... mis secretos... Si yo os hiciera ahora poner preso... acusándoos de ser el ladron... que me ha robado... entonces sabria yo... quién sois?

—Hacerme pasar por ladron? La broma no tendria mucho chiste, le respondi, pues hé aqui todo el dinero que me encontrarian.

Y le enseñé los pocos sueldos que me quedaban.

—Siempre es algo, me dijo el desconocido, y se apoderó de mi mano á fin de cogerme los sueldos que se cayeron al suelo. Entonces el desconocido se precipitó sobre mí, y asiéndome fuertemente, empezó á gritar con todos sus pulmones: al ladron!

Nos hallábamos muy inmediatos ya á la puerta, y teníamos á la vista un centinela.

Inquieto y asustado al considerar las malas consecuencias que me proporcionaria un ar-

resto, y sin tener desgraciadamente suficiente tiempo para recoger mis sueldos esparcidos entre el barro, me desprendí no sin mucho trabajo de entre los brazos del desconocido, cuyos gritos se redoblaban, y eché á correr por el campo, huyendo á todo escape.

Poseido del temor de que me prendieran, seguí corriendo hasta el oscurecer. Me hallaba en medio del campo; á lo lejos, hácia la izquierda apercibí una aldeita, y á mi derecha, á doscientos pasos lo mas, varios montones de paja que me recordaron aquellos, que tantas noches nos albergaron á Bamboche, Basquine y á mí, en vuestras vagabundas peregrinaciones.

Sin poseer ni un solo sueldo juzgué muy prudente pasar la noche al abrigo entre uno de aquellos montones de paja, en lugar de volverme á Paris y andar errante toda la noche. No habiendo tomado apenas ningun alimento hacia dos dias, y en ayunas desde el dia anterior, empezaba á sentir la imperiosa necesidad de comer. Miré al rededor á fin de ver si podria encontrar algunas raices; pero nada: el terreno todo habia sido labrado y sembrado. Al cabo de algunos minutos llegué á los montones de paja; era absolutamente de noche. Saqué de entre uno de los montones la paja necesaria que esparcí por el suelo y me eché encima, cubriéndome los pies con otra porcion: la temperatura estaba to-

davía mas húmeda que fria; aquel albergue me guarecia lo bastante.

Sin dejar de sentir amargamente la pérdida de mis últimos sueldos, mi único recurso, sentí una gran satisfaccion al pensar que Regina habitaba en Paris, y que yo poseia un secreto de muchisima importancia para ella. No me cabia duda, ella amaba al desconocido, ó este á ella; y en cualquiera de esos suposiciones se perdía mi cabeza al considerar cómo un hombre enamorado ó querido de aquella noble y hermosa jóven, podia entregarse repetidamente á tan vergonzosa depravacion; en cuanto al secreto en que habia permanecido hasta el dia, sin duda; semejante conducta, lo comprendia muy bien en atencion á los sitios retirados en que lo habia yo encontrado ya por segunda vez.

Estas reflexiones tuvieron bastante influencia en mí para hacerme olvidar durante algunos instantes el porvenir; pero muy pronto volví á pensar en mi tristisima situacion. Debían pasar aun lo menos cinco dias antes de poder tener respuesta de Claudio Gerard, y ni poseia la cantidad necesaria para sacar la carta del correo. Y el dia siguiente? Y los inmediatos? Cómo vivir? Adonde pasar la noche? Por muy miserable que hubiese sido mi vida, hasta entonces la providencia no habia permitido que sintiera nunca los terribles dolores del hambre que empezaba á devorarme.

Durante un momento creí poder descansar durmiendo, y sobre todo olvidar mi necesidad... Pero contra mis esperanzas permanecí despierto toda la noche, salvo muy raros intervalos llenos de agitacion y de vagos temores. La humedad se acrecentó tanto, que mucho antes de amanecer me vi en la precision de abandonar mi morada tiritando de frio y con tanta hambre, que no pensaba sino en una cosa:—en comer,— es decir, en los medios de proporcionarme pan.

Entonces me dirigí resueltamente á Paris, guiado por la especie de neblilla luminosa que durante la noche habia cubierto la inmensa ciudad. Me apresuré á llegar, diciéndome á mí mismo con una determinacion feroz:

—Vamos al desembarcadero del vapor, no se trata ya de temer mi repugnancia; soy robusto... tengo resolucion... malo será que no encuentre yo tambien algun bagage que trasportar... *Tengo hambre!!*

Oh! entonces fué cuando solamente comprendí todas las angustias implacables; terribles, que nacen de estas solas palabras: *Tengo hambre!*

Llegué al desembarcadero de los vapores; era ya muy de dia; varios de los mendigos de la vispera estaban ya reunidos alli. Olvidé el horror que habia sentido el dia antes al ver las repugnantes luchas de aquellos infelices, disputándose los vagajes de los viage-

ros, y me lancé en medio del grupo andrajoso.

A la sorpresa que causó mi brusca aparición sucedió una violenta agitación.

—Qué vienes á hacer tú aqui? me dijo uno de los mas robustos de la cuadrilla.

—Vengo á trasportar el equipaje de los viajeros.

—Tú?

—Yo.

—Te lo prohibo.

—Si, si, te lo prohibimos... repitieron varias voces amenazadoras.

La sangre se me agolpó á la cabeza, y sentí nacer en mi los sentimientos mas envidiosos y feroces.

—Me prohibís el que permanezca aqui? dije apretando los dientes.

—Si... y fuera de aqui, me dijo un miserable empujándome brutalmente.

Me volví furioso y cogiendo á mi adversario por la garganta lo eché á rodar por el suelo, otro contrincante salió, creo con la quijada rota. Me sentia en aquel momento con una fuerza sobrenatural, mis arterias parecian querer romperse, y un zumbido sordo me bullia dentro de los oidos.

—Basta con esto? exclamé... Hay alguno que quiera mas?

La cobardia de toda aquella gente me hizo ver su degradacion, ninguno chistó; mi ener-

gia y mi vigor les inspiró. Su rábia contra mi se aumentó quizá; pero se vieron obligados á disimularla, y á pesar de algunos murmullos permanecí en la primera fila afortunadamente, pues el vapor llegaba ya.

=Has hecho muy bien en aplastar á esos tunos--me dijo una voz avinada y ronca que creí reconocer. Si quieres haremos juntos el transporte.

Un golpecito familiarmente aplicado sobre mi hombro completó mi proposicion.

Me volví... era el tullido.

—No os conozco; le dije bruscamente.

—Ni yo tampoco á ti; pero pegas firme, me gusta eso y quiero ser tu asociado

=Yo no tengo necesidad de ningun asociado, le respondí, volviéndole las espaldas, los viageros iban ya á desembarcar.

El tullido me miró de un modo particular y desapareció.

Los pasajeros eran todavia menos numerosos que la vispera. En primer término, distinguí entre los demas á un hombre de alta estatura, envuelto en un gran leviton blanco, y la parte inferior de su cara oculta por una bufanda de lana de color rojo. Tenia ademas gafas azules y su gorra de piel encasquetada hasta ocultar las orejas, hacia que apenas se distinguiesen sus facciones. Llamó aquel viagero mi atencion sobre todos sus compañeros de viage, por la pri-

sa que manifestaba para saltar en tierra. Dos ó tres veces intentó desembarcar y por dos veces, deteniéndole uno de los marineros le hizo conocer sin duda, que el momento del desembarque no habia llegado aun.

Llevaba consigo aquel viajero un saco de noche en una mano, y en la otra un estuche de viaje; y en fin, para estar sin duda mas pronto para desembarcar, habia de antemano mandado colocar á la vista su baul de cuero.

Se hizo la señal para desembarcar. Yo habia echado la visual al viagero de las gafas; dos de mis contrincantes quisieron adelantarse antes que yo; pero luchando á brazo partido con ellos, los empujé con violencia hácia atrás, y de un brinco me hallé junto á mi viajero, el cual precipitadamente me dijo:

—Pronto, pronto... toma ese baul, ese estuche... yo me encargo del saco de noche...

El baul pesaba poco. Imposible seria describir la grande alegría que sentí al echarmelo acuestas. Iban á darme algunos sueldos y compraria pan... Coji con la otra mano el estuche por medio de una asa de metal fijada en la tapa, y seguí al viagero que me precedia, dirigiéndose apresuradamente al sitio en que estacionaban las liacres.

Al querer hacer todos mis esfuerzos á fin de no quedarme atrás, á pesar del peso que

llevaba sobre mis hombros, tropecé sobre una piedra. Aquel movimiento brusco hizo perder el equilibrio al baul, y me vi precisado á dejarlo casi caer al suelo. Al bajarme para volverlo á coger, vi unas señas escritas con grandes letras sobre una targeta pegada en la tapa del estuche; miré maquinalmente, y lei:

*El conde Roberto de Mareuil.*

Ese nombre trajo á mi memoria las incompletas confidencias que la vispera me habia hecho el desconocido en medio de su borrachera, y el recuerdo de la escena de Chantilly... El viajero era pues, el amigo de niñez de Regina, el rival de quien hablaba el desconocido.

En el momento en que yo hacia todas estas reflexiones, al cargar otra vez sobre mis hombros el baul, oí un gran tumulto de voces, y apercibi á pocos pasos un numeroso grupo de gente. Al poco rato salió de entre toda aquella gente el viajero cuyo bagage llevaba yo, y al acercarse oí que decía con voz conmovida á dos hombres que parecia no perderle de vista.

—Bien lo veis, que tengo que esperar y hacerme cargo de mi equipaje.

—Está bien, señor conde, dijo uno de aquellos hombres, se llevará vuestro equipaje al fiacre... vamos andando, muchacho, anadió él mismo indicándome que le siguiera.

Atravesamos por medio de toda la gente, y oí pronunciar en los corrillos las palabras prision, disfraz, traicion.

Un fiacre estaba esperando en el muelle; entró en él el viajero de las gafas; se colocó el equipaje á su lado, y antes de subir al coche dijo uno de los dos hombres al cochero:

—Andando... y aprisa.

Despues de cerrar la portezuela, y á pesar de la sorpresa que me causaba aquel nuevo incidente, dije á aquellos personajes:

—Soy yo, caballeros, el que ha trasportado el equipage.

—Eso es... desde el banco aquí, dijo uno de los dos hombres, viaje largo por cierto. Acaso se paga eso?

—El señor conde no tiene cambiado, añadió el otro con voz sardónica y mirando al mismo tiempo al viajero, el cual la cara oculta entre sus manos, parecia sumamente abatido.

—Pero señores... exclamé.

—Adelante, cochero, gritó uno de los dos hombres asomando la cabeza por la portezuela.

Pegó el cochero un latigazo á los caballos. y tuve que apartarme apresuradamente para no ser atropellado.

Aquella decepcion me dejó desesperado.

Colérico y fuera de mí, amenacé con el

puño cerrado al fiacre que se alejaba, esclaman-  
do:

—Me arrebatáis el pan.... y estoy murién-  
dome de hambre.

—Ven á almorzar! me dijo una voz por  
lo bajo.

Me volví apresuradamente.

Era el tullido.

Le miré con tanta sorpresa como terror.

—No hay mas!.... ven á almorzar... re-  
puso.—Eres un mocito valiente y determi-  
nado.... Pegas firme.... Me gusta la gente  
atrevida que casca firme.... hoy pago yo....  
tú pagarás mañana.... en eso no hay afren-  
ta.... Vamos! andando....

Tenia hambre.

Acepté la invitacion del tullido.





## CAPITULO VI.

### *El almuerzo.*

**C**asi tanta vergüenza como humillación me inspiraba el aceptar el ofrecimiento del tullido: *pero tenía hambre.*

A los pocos pasos, el tunante enganchó su brazo en el mío con la mayor familiaridad, pero este roce me hizo estremecer de tal manera que me solté de repente.

=Qué diablos te dá? preguntó el tullido sorprendido del movimiento.

=No quiero daros el brazo.

=Qué se entiende! á un camarada?

=No soy camarada vuestro.

=Te pago el almuerzo... y no eres mi

camarada? Bah! saldremos ahora con que tienes orgullo? Pues mira, á mi no me gustan los orgullosos.

Yo no lo soy, dijo titubeando.

—Pues si así es, dame el brazo.

No tuve mas remedio que asir del brazo á aquel miserable: bajé la cabeza, abrumado de vergüenza, y por un momento me asaltó la idea de abandonar á aquel hombre: mas por instantes iban arreciando los dolorosos vértigos que causa la necesidad de comer, no satisfecha por largo espacio: mis fuerzas, hasta entonces sostenidas por una sobrecitaación febril, empezaban á abandonarme: por dos ó tres veces tropecé y el sudor inundaba mi frente á pesar del frío. Andando mano á mano con aquel bandido, sentia un espanto secreto... reflexionaba sobre las consecuencias de la fatalidad del hambre.

Invocando entonces dos recuerdos sagrados para mi, el de Claudio Gerard y el de Regina; dije:

—Viéndome reducido á la desesperada situacion en que me hallo, á pesar de mis esfuerzos, me vituperarian porque aceptára el recurso que este miserable me ofrece? Además, esta vida que disputo á la mas espantosa miseria, puede ser útil á Regina, toda vez que me hallo á punto de descubrir un secreto muy importante sin duda para ella! Absorto en estas reflexiones, abatido, si-

lencioso, con la cabeza baja para ocultar mi confusión, iba andando cogido de mi siniestro compañero.

No eres parlanchin, me dijo.

—No.

=Sacudes mejor que hablas... enhorabuena... como buen solfeador te he convidado.. Ea, ya llegamos, pasa adelante, yo hago los honores.

El bandido me hizo entrar en una taberna, sita en la esquina de una de las callejuelas próximas al muelle.

—Un cuarto! dijo el tullido á la moza que servia.

Y añadió dirigiéndose á mí:

—Así está uno mas libre.... puede hablar lo que le acomode.

Condujéronnos á un oscuro caramanchon, cuya ventana caia á un oscuro patio, y nos sentamos á la mesa.

—Qué gracia! quieres tomar?

=Pan....

—Qué gracia! ya estamos en eso, y que mas?

—Nada mas... solo quiero pan y agua.

Por nna susceptibilidad pueril sin duda, creia menos vergonzosa mi accion no aceptando del tullido mas que lo estrictamente necesario para reparar mis fuerzas.

=Pan y agua no mas?... dijo el bribon asombrado. Piensas que yo me porto de esa

manera y que convido á un amigo para darle un almuerzo de cárcel? No, señor... Niña, trae una tortilla de jamon, vaca con pepinillos, queso y dos botellas de lo caro.

Volviéndose á mi en seguida con orgullosa satisfaccion añadió:

—Así es como yo trato á los amigos.

—Es inútil... que me den pan ahora mismo; no he de comer otra cosa.

—Vaya un hambre rara! Chica, pan!

Trajeron un pan de dos libras y le devoré en pocos momentos.

—Chica un pan de cuatro libras! dijo el ladron con sardónico acento.

Púsoseme delante el pan. Aunque algo templada, distaba mucho mi hambre de hallarse satisfecha; mas temí que me hiciera daño el exceso de alimento, y después de beber dos ó tres vasos de agua, interrumpi la frugal refaccion.

Poco á poco fui recobrando mis espíritus. La especie de fiebre que me consumia, se calmó y consideré mi situacion con ojos mas firmes y menos desesperados.

Mi ángel malo me habia observado en silencio, mientras yo devoraba el pan: en seguida me dijo:

—Corriente, ya has comido por hambre, ahora vas á comer por glotoneria.

—No.

—Vaya que si!

Trajeron los manjares encargados por el tullido, pero á pesar de sus instancias, no toqué á nada.

—Vaya un terco, dijo el tullido haciendo honor al banquete; jamás he visto un convidado igual, bebe al menos un trago de viuo.

En el primer impulso, alargué mi vaso, confiado en que un poco de vino acabaria de reanimar mis fuerzas, mas temi que en el estado de debilidad en que me hallaba, me hiciera el vino demasiado efecto, y rehusé.

—Cómo es eso! Ni siquiera un vaso de vino? exclamó el tullido.

—No, tomaré otro pedazo de pan, si lo permitís....

—Al diablo que sea tu panadero, exclamó el bribon, si yo lo hubiera sabido... Tú no eres lo que yo pensé, dijo mirándome con desconfianza... me pareces demasiado frugal...

—Pues qué pensábais de mi?

—Te tuve por un calabera que nada teme y siente apetito... esto para mi era un hallazgo... si... y para ti tambien... Pero no bebes mas que agua, no comes mas que pan, lo cual me descorazona.

—Siendo uno sobrio, le dije al bandido mirándole fijamente para inquirir su pensamiento, está el cuerpo mas ágil, el juicio mas claro y sirve uno mejor para cualquier cosa...

—En un sentido tienes razon... la borra-

chera puede estropear los mejores negocios. Pero, dime, lo mismo que esta mañana rabiabas de hambre, puedes estar mañana ó esotro dia, si es que no cuentas con otros recursos que con las propinas de los viajeros: conozco el oficio y sé que es menester ayudarse con otra cosa para tener que llevar á la boca. Anda, un traguito.

=No.

=Diablo de hombre.

=De qué otro oficio me hablais?

—Mira... eres jóven, vigoroso, listo y atrevido: estas cualidades son oro en barra. ¡hijo mio, si sabes aprovecharlas, sin contar con que eres poco conocido en la plaza, porque tú no eres parisiense... eso se conoce á la legua.

—Tres dias hace que estoy en Paris.

—Magnifico! Ah! si en vez de ser viejo, me hallara yo en tu lugar...

=Qué hariais?

Guiñó un ojo el tunante, y dijo despues de una pausa:

—Hum! mucha prisa tienes por saberlo.

Volvió á guardar silencio restregándose la barba con satisfaccion.

Hacia un rato que tenia yo en los lábios el nombre de Bamboche, mas recelaba que no quisiera contestar el suspicaz malhechor. Alabo sin poder resistir á mi curiosidad.

—Y Bamboche? exclamé de pronto.

El tullido dió un brinco de sorpresa.

=Conoces á Bamboche? dijo.

—O al capitan Hector Bambochio, si os agrada mas: pero como yo observava que su asombro se trocaba en desconfianza, añadí:

=Escuchad, soy franco: yo soy quien tres dias ha fué al callejon del Zorro á preguntar por Bamboche, y creo que vos me contestásteis.

=Hola! con que eras tú? Y qué le querias á Bamboche?

=Hemos sido compañeros de infancia, estaba en Paris sin recurso é iba á pedir á Bamboche que me ayudara... podeis decirme dónde se halla?

—Ya! con que conoces á Bamboche por lo que es... é ibas á pedirle ayuda?... Esto me tranquiliza, y veo que podremos entendernos, dijo el ladron recobrando su serenidad.

=Pero dónde está Bamboche?

—No te apures por él, buen mozo; yo haré por tí tanto y mas de lo que pudiera Bamboche...

=Pero ahora dónde está?

—Dónde?

—Si, la casa que ocupábais fué invadida por la policia... yo vi los soldados en el callejon, al dia siguiente de haber ido á preguntar por Bamboche.

=Los pájaros gordos habian volado... solo cogieron las crias...

—Segun eso, Bamboche escapó como vos? Pero por Dios, decidme, donde está?

—Oh! á estas fechas muy lejos, en América, en la China.

—Bamboche estaba en Paris hace tres dias, exclamé, todavia debe estar.

—Sí, pues busca y péscale si puedes; pero para qué diables le necesitas, cuando yo me ofrezco á ser otro Bamboche para tí?

—Gracias.

—No eres justo: Bamboche es jóven, lleno de *recursos*, al paso que yo soy viejo, declino y necesito un ayudante, un mancebo.

—Para qué?

Despues de una pausa prosiguió mi ángel malo:

—Dónde vives?

—No tengo albergue...

—Yo tengo una habitacion... viviremos juntos, no te faltará nada: mira. Y me enseñó una docena de napoleones, entre los cuales vi relucir dos ó tres monedas de oro.

No pude ocultar mi admiracion, y el bandido que la observó, me dijo:

—Te sorprende que vaya al puerto estando tan bien provisto, no es verdad?

—Si... me sorprende.

—Voy al puerto de aficionado, -hace dias que busco un ayudante sin encontrar cosa que me convenga; mas te vi esta mañana y te eché el ojo... anda... un trago...

—No ...

—Maldito testarudo! En fin, me es igual. como nos arreglemos; vivamos juntos que no te pesará!...

—No me quereis decir dónde está Bamboche?

—No soy tan tonto... te guardaria para sí.

—Gracias por el pan que me habeis dado, dije levantándome; si puedo algun dia... os lo pagaré...

—Te vas?

—Si.

—Pero, escucha, demonio!

—Es inútil.

—Dónde vas á dormir esta noche?

—Espero ganar algo á la salida de los teatros.

—Hola! hola! dijo el tullido meditando, ya conoces los buenos parages. Con que te niegas? me es igual, espero pescarte pronto. Sí, atiende á lo que te digo: te aguardo.

A pesar mio no pude menos de estremecerme al escuchar el tono de profundo convencimiento con que el miserable pronunció estas palabras: *te aguardo*.

Dime prisa á alejarme, mas él me gritó:

—Hasta la vista!

Sin poseer gran esperiencia, conocia yo, á pesar de las reticencias del tullido, que admirado del valor, de la energia casi feroz que desplegara yo ante mis rivales del desembarcadero, esperaba aquel miserable esplotar mi

desnudéz y desesperacion para hacerme instrumento de alguna tentativa criminal, creyéndose suficientemente informado acerca de mi moralidad por el hecho mismo de mi antigua intimidad con Bamboche á quien queria acercarme, no obstante su azarosa vida.

Aterrábame el pensamiento, no de ser cómplice del tullido, -tal idea me parecia imposible—sino el haber de tener con él el menor punto de contacto. A este sincero propósito siguió una reflexion llena de terror, recordando la vergonzosa concesion que el hambre me habia arrancado ya.

—Ay! dije para mí, no habria yo rechazado con la indignacion de un hombre honrado á quien me dijera que algun dia iria de bracero con un hombre culpable y capaz de los mayores crímenes? Pues no obstante... yo acabo de arrostrar esta verguenza y la esperanza de saber noticias de Bamboche ha sido solamente secundaria en mi determinacion... lo principal ha sido la esperanza de comer.

A qué terribles trances pueden arrastrarnos el hambre y los horrores de la miseria, dije entonces para mí con dolorosa tristeza, cuando yo, imbuido en los principios mejores y mas sólidos, yo, que tengo en el corazon una especie de adoracion divina que me impone la observancia del bien, he podido rebajarme á tal punto. Qué será, Dios mio, de aquellos que, entregados á los azares de la

vida, sin educacion, sin apoyo, sin fé, sin freno saludable, se encuentren en situacion igual á la mia?

Y con Claudio Gerard exclamé: Oh miseria! miseria! que siempre has de ser la causa ó el origen de todos los males, de todas las degradaciones, de todos los crímenes?

Esperando que fuera de noche y hora de salir de los teatros, agoté todos los recursos de mi imaginacion discurriendo un medio de ganarme la vida segura y honrosamente: mas perdí las esperanzas despues de mil combinaciones imposibles.

Causábame una impresion singular y dolorosa al ver ir y venir aquella muchedumbre atareada que no sospechaba ¡ay!... que no podia sospechar que el infeliz, junto al cual cruzaba indiferente, no sabia donde pasar aquella penosa noche de invierno, y que acaso á la mañana siguiente apareceria en mitad de la calle, transido de frio y necesidad...

La incertidumbre de ganar algo para dormir bajo techado me aterraba por dos conceptos. Ser preso en las calles por vagabundo era ir á la cárcel, y la cárcel me inspiraba un horror tal, que habria preferido la muerte, porque la cárcel me imposibilitaba de ser útil á Regina, y como por instinto adivinaba yo que podia lograr este objeto, á pesar de mi oscura y miserable condicion.

A toda costa necesitaba ganar aquella noche seis sueldos lo menos para proporcionarme un albergue. Tocante á comer no queria pensar en ello por el pronto.

Por la mañana el ardor del hambre me hizo brutal, casi feroz. Conocí que la necesidad de ganar algo para no ser preso por vago me volveria á hacer feroz y brutal, si llegaba el caso.

Cerrada la noche, me encaminé á los bulevares, y recuerdo que despues de beber en el pilon de la fuente del Castillo de Agua, me fui á apostar en las inmediaciones del teatro de Gimnasio: parecióme conocer, y no me sorprendió poco, todas las caras que habia visto la víspera en el desembarcadero. Estaban unos sentados en los postes, otros en el borde de la acera, y algunos á la trasera de los fiacres, cuya larga fila llegaba mas allá de la puerta de San Dionisio.

Viendo pasar los elegantes carruages que se cruzaban en todas direcciones, y cuyos dueños corrian sin duda en pos de fiestas, Dios es testigo de que no me asaltó el mas leve sentimiento de encono ó envidia; solo si decia:

Estos afortunados ignoran que á estas horas hay hombres que aguardan con ansiedad terrible una ganancia mísera para tener albergue y pan... y que si esta noche y mañana... ven frustradas sus esperanzas.... al

día siguiente comenzará para ellos la agonía del hambre.

Recordaba con este motivo que cierto día oí á Claudio Gerard estas palabras llenas de juicio.

—Moralmente hablando, dar limosna es envilecer á quien la recibe, al paso que proporcionarle trabajo es socorrerle y honrarle á un tiempo: pero en el estado que desgraciadamente tienen las cosas, preciso es contentarse con la limosna á pesar de sus peligros, porque al menos tiene un resultado inmediato. Así una cosa hay que debería entrar en la educacion de los niños, y es que sepan como punto de partida y comparacion que con *veinte sueldos de pan, se puede impedir en rigor que diez personas se mueran de hambre.*

Aguardaba yo la hora de salir de los teatros, sentado al pie de un árbol en el rincón mas oscuro, y quebrantado de fatiga medio dormitaba.

Sentime de pronto sacudido con violencia: abrí los ojos y me hallé rodeado por un grupo de hombres de mala traza, entre los cuales reconocí á varios, cuya presencia ya me llamára antes la atencion: al mismo tiempo y al resplandor de un reverbero, se me figuró ver pasar la siniestra figura del tullido; empero, la aparicion fué tan rápida, que apenas pude hacerme cargo, alarmado como estaba por la actitud amenazadora de

la gente que me cercaba.

—Que quereis? dije levantándome para ponerme en defensa.

—Eres espia! eres soplón! dijo una voz, lo sabemos!

Y al tiempo mismo, sin dejarme espacio para prevenir el ataque, fui cogido por detrás, tapándome la boca con un pañuelo á guisa de mordaza: no obstante mi resistencia desesperada, fui magullado á golpes y arrastrado casi en bolandas hácia una de las callejuelas que desembocan en el boulevard; el pañuelo sofocaba mis gritos; la multitud de golpeadores paralizaba mis fuerzas, y tan veloz fué la escena, que me hallaba ya prostrado en el oscuro portal de una casa de aquella calle, antes de poder hacerme cargo de mi situacion y sin que esta llamára apenas la atencion de los transeuntes, quienes la considerarian como una de tantas de esas revertas que todos los dias se traban á la puerta de los teatros.

Tendido cuan largo era, magullado, ensangrentada la cara, habia dado al caer con la cabeza en una piedra, y fué tal el choque que casi perdí el sentido; en medio de un dolor profundo y sordo que parecia querer estallar el cráneo, oi una voz que dijo:

—Ya tiene suficiente.... vámonos.

Pasó luego un largo intervalo en que me martirizaron dolores agudísimos, poco á po-

co fui recordando el uso de mis sentidos, y como estaba helado y casi baldado cuando quise incorporarme, lo logré con trabajo, sin saber casi lo que hacia, y trompicando sali del portal. La noche estaba oscura, desierta la callejuela y caía la nieve en espesos copos... la acción del aire acabó de serenarme, y hasta entonces no comprendí el ataque de que habia sido víctima.

Muy tarde debia ser, pues la plazuela, cubierta de nieve, se hallaba del todo desierta; y sin embargo habia un fiacre parado en la esquina de la calle Poissonniere.

A los pocos pasos tuve que detenerme, acometido de temblores convulsivos. Me rechaban los dientes: me temblaban las rodillas: en la cabeza y en la cadera derecha con especialidad, sentia un dolor tan cruel, que apenas podia sostenerme.

De repente, el ruido de los pasos lejanos y acompasados de una patrulla me hizo estremecer de terror. Mis vestidos andrajosos, mi rostro ensangrentado y la imposibilidad de justificar un asilo, eran motivo suficiente para prenderme por vago si tropezaba con los soldados.

—Quise huir; mas domado por el sufrimiento, tropezaba á cada paso...

El sonoro rumor de la marcha de la patrulla acercábase por instantes... ya veia relucir en la oscuridad los fusiles, y quise ha-

cer mi postrer esfuerzo... pero en vano... me escurri en la nieve y cai de rodillas...

—Dios mio! Dios mio! exclamé.

Amargas lágrimas brotaron de mis ojos, porque no me sentia, con fuerzas para levantarme.

De pronto un hombre que estaba escondido tras de un árbol me cogió por debajo de los brazos y me levantó diciendo:

—Viene una patrulla, te van á prender.

Reconoci al tullido, que tal vez me estaba acichando despues de la violenta escena provocada por él.

—Vaya, quieres venir conmigo ó que te pesquen? Oyes? la patrulla se acerca.

—Salvémonos... ayudadme á andar, grité aterrado.

—Anda, correton! añadió el malvado con tono sardónico.

Apoyado en él eché á andar.

—Cochero, abre, dijo el tullido al conductor del carruage que yo vi parado.

Subí en el fiacre con mi compañero y se cerró la portezuela, al mismo tiempo que llegaba la patrulla al sitio donde yo habia caido.



## CAPITULO VII.

### *La casa del tullido.*

**L**argo rato anduvo el fiacre, en cuyo tiempo no sé por qué el bandido ni una vez me dirigió la palabra. El silencio, el movimiento del carruaje, el calor que dentro de él hallaba, despues de sufrir tanto frio, me produjeron un aletargamiento que alcanzó á todas mis facultades. La fatalidad que por segunda vez me reunia con el tullido, pareciame un siniestro ensueño; paró el carruaje y volví á la realidad.

Mi compañero, despues de sacudirme los brazos, me ayudó á bajar, pues las contu-

siones me causaban dolores atroces; ignoraba en qué barrio estábamos, y guiado por el tunante; en cuyo brazo tuve que apoyarme, atravesé primero una especie de patio largo ó pasadizo á través de casas, y siguiendo las sinuosidades de una callejuela tortuosa, llegamos delante de otro edificio, cuya puerta abrió mi compañero y quedamos en completa oscuridad.

—Dame la mano... déjate llevar, dijo el tullido.

No puedo explicar la sensación de disgusto y de horror que esperiménté cuando sentí mi mano junto á la mano de aquel miserable... Un terror pueril producido sin duda por la debilidad de mi cerebro, hizome ver en aquella union de manos el simbolo de una especie de pacto entre el tullido y yo. Paróse al extremo de una escalera bastante pendiente, abrió una puerta, la volvió á cerrar y con un fósforo encendió una vela que iluminó un ancho aposento situado al fin de un corredor. La estancia en cuestion se hallaba tan llena de objetos de todas clases, que apenas quedaba lugar para la cama y algunos muebles. Hasta mas de la mitad de la ventana, cuyas amarillentas cortinas estaban cuidadosamente corridas, subia el monton de paquetes hacinados.

—Ahí tienes cama; duerme; mañana hablaremos, y si es preciso se llamará á un

médico, me dijo el tullido, ya verás que no soy tan malo como parezco.

Sacó un colchon de la cama, le tendió en el suelo, tomó por almohada uno de los muchos lios desparramados, apagó la luz y se acostó:

Quebrantado moral y físicamente, incapaz casi de reflexionar, senti un momento de bienestar inesplicable al tenderme en aquella cama, donde no tardé en dormirme, porque habia pasado á la intemperie la noche anterior y en el mas penoso insomnio.

Cuando desperté era de dia, mas la espesura de las cortinas corridas, tenia la estancia medio á oscuras. Oí el crujido de la lumbre en una estufa, y á mi lado vi sobre una silla un pedazo de pan y una taza de leche. Sorprendido de estos obsequios de mi huésped, miré en mi derredor y vi que estaba solo.

Mas asustado con esta soledad que con la presencia del tullido, me quise vestir y busqué mis miserables andrajos; mas habian desaparecido y en su lugar hallé al pié de la cama un pantalon, un chaleco, una levita de paño, todo nuevecito, y un par excelente de zapatos. El cambio, no obstanté sus ventajas, me desesperó, pues en el bolsillo de mi chaqueta habia yo guardado hasta entonces con el mayor esmero la cartera robada en la tumba de la madre de Regina... En

breve con gran regocijo descubrí la cartera abierta sobre una mesa inmediata á la cama: la cogí con tanto afan como inquietud... y por fortuna encontré cuanto contenia .. tenia contadas las cartas. Todas estaban y tambien la cruz y la hoja de pergamino donde se veia dibujada una corona real en medio da varios signos simbólicos.

En seguida me asaltó un temor. La cartera arrebatada por mi de manos del tullido, por decirlo asi, ocho años antes, habria sido reconocida como de la madre de Regina? Sospecharia el bandido como poseia yo aquel objeto? Y en tal caso, trataria de vengarse de mi?

Se complicaba mi situacion. No me atrevia á llamar, sentia invencible repugnancia á ponerme el trage que se me ofrecia y que sin duda seria robado. Qué habia de hacer? Me aterraba la idea sola de permanecer en aquella casa. Traté de buscar mis harapos y los busqué en valde entre aquella confusion de objetos. Eran estos totalmente heterogéneos: cortinas de seda, relojes, botas, piezas de tela, vestidos hechos, chales, armas, cajas de medias, botellas lacradas, estátuas primorosas de mármol ó bronce, lienzo de todas clases, y una multitud de cajones de cigarros con letreros en español. Este rápido inventario acrecentó mi alarma; tales objetos debian ser el resultado de numerosos robos,

en los cuales el tullido habria sido cómplice ó fautor, y á cualquier precio queria huir de aquella casa, aun pasando por la humillacion de vestirme de prestado. Por desgracia la puerta era sólida y no cedia á dos tirones.

Oí á poco abrir la puerta exterior del corredor, ruido de pasos pesados y llamar de un modo particular.

Permaneci mudo é inmóvil.

Volvieron á llamar lo mismo y despues de un breve intervalo, distingui un leve rumor bajo el marco de la puerta y noté que era un papelito empujado con la hoja de un puñal; en seguida se alejaron los pasos y volvió á cerrarse la puerta del corredor.

Eché la vista sobre el papel introducido por debajo de la puerta, lo cogi, le desdoblé y lei estas palabras escritas con lápiz y malísima ortografia.

*Mañana.... á la una de madrugada.... aguardan en el muelle.....*

Despues de vacilar un momento, dejé en el mismo sitio el papel, que indicaba sin duda alguna culpable cita.

Este nuevo incidente acrecentaba mis deseos de perder de vista aquella casa. Para estar pronto á cualquier evento, vestime con repugnancia aquella ropa que no me pertenecia y abri la ventana desembarazándola de los chismes que la obstruian. Caia á un pa-

tió y estaba á treinta pies. Por esta parte, no era posible la fuga.

Despues de un rato de reflexion, me fijé en una determinacion violenta; asi que el tullido abriera la puerta, me precipitaria sobre él, y no obstante mis agudos dolores, confiaba en mi resolucion y agilidad para salir de grado ó por fuerza.

A la sazon volvieron á sonar pasos en el corredor; me armé de valor para saltar sobre el tullido asi que abriera, mas júzguese cual seria mi estupor al oír una voz, un cantar y unas palabras harto conocidas!

La voz era la de la Levrasse.

Tarareaba la cancion de la Bella Borbone-sa que era la favorita del titiritero.

Cantando llamó á la puerta absolutamente del mismo modo que el anterior, antes de apelar al papelito.

No obteniendo respuesta la Levrasse suspendió su cancion por un momento y volvió á llamar impacientado... mas convencido al fin de la ausencia del tullido se alejó mi antiguo amo entonando su estrivillo predilecto.

Este inesperado encuentro me dejó atónito, si bien no me sorprendió que mediaran relaciones entre la Levrasse y el tullido: la aversion que me inspiraba el verdugo de mi infancia, libertado por algun milagro del incendio prendido por Bamboche, era otro motivo para querer huir de una casa donde á

cada paso podia penetrar la policia, sin que me valieran mis protestas para no ser preso por cómplice de ladrones... Tal porvenir me aterraba mucho mas que la prision por vagancia...

Firmemente resuelto á usar de la fuerza para salir, coji á la ventura entre el monton de armas antiguas que alli habia, una especie de maza de hierro labrado, no tanto para sacudir al tullido como para intimidarle en caso de amenazas ó resistencia de su parte.

Aun estaba inclinado sobre el monton de armas, cuando una mano me tocó en el hombro: me dió un temblor tal (yo tenia la seguridad de que no se habia abierto la puerta) que al volverme se me cayó la maza de la mano.

Vi detrás de mí el tullido que acababa de entrar por una puerta oculta que yo no conocia. La habitacion tenia dos salidas, y por tanto quedó frustrado mi proyecto de poder escapar por la puerta entornada.

—Guapo! me dijo el tullido viendo mi avio, ya estás heeho un señor.

Despues de un momento de sileneio respondi:

—Quereis volverme la ropa que traje?

—Te desagrada el cambio?

—Si, porque esto es robado sin duda, como todo lo que estoy viendo.

—Has almorzado? dijo el ladron mirando.

á la silla. Nò, eh? Pues toma un bocado y hablaremos. Te encendí lumbre, te dispuse almuerzo; dime si Bamboche te habria tratado mejor.

—Por última vez os pido mi ropa y que me dejéis salir de aquí... á buenas...

En vez de contestarme, se bajó el tullido á coger el billete, le leyó, le hizo pedazos y dijo:

—Lo sabia yo. Encontré al compañero que iba de acá. Has leído esto?

—Digo que quiero mi ropa, y que me dejéis salir.

—Cálmate y escucha. Si quieres hacer carrera, oye lo que te propongo... Te proporcionaré una habitacion bonitamente alhajada. Ya estás tal cual vestido, y te acabaré de equipar del todo. Un fondista te llevará todos los dias la comida: por ahora no quiero que tengas dinero en el bolsillo... pero mas adelante lo tendrás.

—Y en pago de esos beneficios, le dije al tullido con amarga sonrisa... ¿qué deseais de mi?

—Que me consagres todos los dias tres ó cuatro horas... el resto del tiempo es tuyo... para que te pasees á tu gusto.

—Y esas horas en qué he de emplearlas?

—No te he dicho que necesitaba un ayudante? pues tú lo serás mio.

—Yo?!

—Mira... hablemos claros... hace dias que ando buscando una persona que me acomode... pero nada, no veo mas que caras capaces de llamar la atencion del polizonte mas torpe... Tu por el contrario llegas de una provincia, no eres conocido, tienes buena traza y en caso necesario eres valiente... Me vienes que ni pintado: oye para qué. Ves que estoy abrumado de mercancías y tengo mis razones para no venderlas en persona... no por orgullo, te lo juro. Me acomodaria vender unas cosas, poner otras en el Monte de Piedad, trocar algunas etc. Mas para empezar sin despertar sospechas, se necesita un domicilio, ser bien quisto en el barrio, vivir como si dijéramos de sus rentas, por cuya razon te alojaré bien, te equiparé, te daré bien de comer, y mas adelante ganarás un tanto de comision sobre las ventas... Esto que ves aqui, no es nada... tengo otros almacenes ..

—Comprendo perfectamente... os quereis valer de mi para vender el producto de vuestros robos...

—Mis mercancías, jóven, mis mercancías... con que te ocuparás en este asunto por ahora.

—Ah! se me reserva aun otro encargo?

—Mas adelante irás á ciertas casas buenas que te indicaré á enseñar muestras de cigarrros de contrabando, y con este pretesto...

—Qué?

—Ah! ah! ya vas entrando en aficion... y

hacias el desdeñoso... Con este pretexto, me harás pequeños servicios... ya sabrás cuales.

—Es eso todo lo que exigireis de mí?

—Por el pronto, sí. Tocante á las garantías de las ofertas y promesas que te hago, debes conocer que es cosa formal, por la confianza con que te honro.

—Pues ahora vos, escuchadme. Os conozco; sois un miserable... perdisteis á Bamboche en otro tiempo, y entre otros muchos crímenes impunes, sin duda, hasta el día, habeis cometido uno horrible... habeis violado una tumba!...

—Era referente á eso... la cartera? Tenia una especie de barrunto, exclamó el bandido con sonrisa feroz.

—Luego tú conoces al que me estorbó aquel buen golpe?

—Fui yo.

—Tú?

—Yo, sí. Entonces era niño. Lo digo para que sepais que no os temo, porque si, siendo niño os rompí casi la cabeza, siendo hombre es muy probable que os la acabe de destrozarse con esta maza de hierro. Me entendéis?

Con que eres tú! murmuró el malhechor: ya hablaremos de eso mas adelante.

—Como gustéis. En el interin no me rendreis aqui por fuerza. En cuanto á vuestros ofrecimientos... me moriré de miseria pri-

mero que aceptarlos.

—Puedes suponer, pobre mozo, que no te habré traído á mi almacén sin tomar ciertas precauciones: en la actualidad estás tan comprometido como yo: el vestido que llevas es robado, has venido voluntariamente, has almorzado conmigo... voluntariamente también.... todo esto puedo probarlo. Denúnciame y te pierdes igualmente. En el puerto, ya apuesto yo que no ganarás tu vida, porque pasas por espía: y como hay razones para que me crean, serás asesinado así que aparezcas... No pienses en llamar á la guardia... porque serías preso también por vago, y á las dos horas sabrían, yo te lo prometo, que vistes de robado.

Después de una pausa, añadió el tullido.

—Qué decis de esto?

—Sois un infame! exclamé.

El bribón se encogió de hombros.

—Un infame? repitió. Veamos cómo. Ayer estabas rabiando de hambre y te di pan... Anoche espirabas de frío y te proporcioné un albergue... estabas cubierto de harapos y héte ahora vestido y abrigado como un señor. A ver, búscame muchos hombres de bien que hubieran hecho por tí lo que yo.

Y con que fin me habeis socorrido? Para inducirme al mal.

—Bah! claro está. Me puedes decir si los hombres virtuosos habrían hecho otro tanto

para conducirte al bien?

A pesar de la parte de paradoja, me aterró el paralelo, y en el momento no supe que contestar... Porque, lo confieso con vergüenza, con remordimiento, me llegué á olvidar de que Claudio Gerard, harto pobre, me habia recogido para hacerme hombre honrado; repito que en aquel instante me impresionó tanto mas la paradoja del tullido, cuanto que se me vino á la memoria el recuerdo de mi visita al magistrado representante de la ley y de la sociedad... Con efecto, qué respondió á mi peticion de trabajo? Que estímulo ofreció á mis resoluciones de hombre virtuoso? Que salida presentó á mi desesperada situacion?

El bandido me habia socorrido, y en pago de obrar mal me ofrecia un porvenir de bienestar y ociosidad. Ciertó que aceptando, me esponia á ir á la cárcel, ¿pero no me esponian á lo mismo la miseria y la prohibicion, como me lo anunciara el magistrado, al decirme que por falta de asilo, de recursos, y de trabajo, seria preso por vago tarde ó temprano?

Cárcel por cárcel, vale mas aguardar la hora fatal con comodidad que entre los tormentos de la miseria, pensé con profunda amargura, en que iba envuelto no poco resentimiento. Razon tenia Bamboche al elogiarme la lógica del tullido.... La experien-

cia me prueba, que mi compañero de infancia veía claro, que yo era un necio: este hombre conoce la verdadera ciencia de la vida. Verdad es que no hace cuenta con el deshonor, con la mancuella.... mas encerrado en compañía de criminales deshonorados, que diferencia se hará entre ellos y yo?

En silencio me observaba el tullido: adivinó tal vez ó creyó adivinar que sus proposiciones y cínicas teorías empezaba á quebrantar mi resolución; mas temeroso de comprometer, con un empeño brutal, la ventaja que suponía adquirida sobre mi, díjome:

=Oye, buen mozo.... sé que por fuerza nada sale bien, y no quiero ponerte el puñal al pecho y abusar de tu situación.... Estás bien vestido... mantenido por hoy.... Con que sal... trata de ganarte la vida.... honradamente como tú dices. Hay tantas personas virtuosas, añadió con tono sardónico, que no faltará uno que te ponga en seguida el pan en la mano, para impedir que te perviertas... Abrir la boca y encontrarle todo será uno. Pero si por casualidad, esos hombres de bien te recibiesen como á un perro hambriento en una buena cocina... estamos? Aceptarás mañana el empleo que te propongo... Acomoda?

Seguía yo pensativo, cabizbajo, y entretanto continuó mi ángel malo:

=Escuso decir que tengo bastante confian-

za en tí para no creerte capaz de vender la ropa que llevas encima, comprando otra inferior para vivir con la diferencia del precio. Ahora bien; para probarte que hago lo que digo, añadió el tullido... vete si quieres, libre estás.

Y abrió de par en par la puerta del aposento.





## CAPITULO VIII.

### *Tentaciones.*

**A**si que vi abierta la puerta, mi primer impulso fué echarme fuera: el tullido no se opuso á mi salida: mas me dijo cuando iba ya á salir del corredor.

—Chico, atiende una palabra... por tu interés...

Volvi la cabeza y ví al tullido escribiendo en un pedazo de papel.

—Toma, añadió, estas son las señas de mi casa, porque no sabes en qué barrio estamos, y si vuelves esta noche necesitas preguntar el camino: si he venido, llama, y te nombras... Si llegas antes que yo, me aguardas en el corredor... Pero te vas sin almorzar?

=Con ese pan cenaré... si vuelvo.

=Dengues con un amigo? Como gustes... Ten buena suerte en tu caza de hombres virtuosos... que se apiaden de ti...

Me alejaba y el bandido me volvió á llamar.

=Oye...

—Qué...

—Nada... que si encuentras algunas de esas maravillas de virtudes... traigas uno para verle, le mandaré disecar.

Me encojé de hombros y bajé rápidamente la escalera.

Así que me ví en la calle, fuera de la casa y presencia del malvado, parecióme despertar de un sueño: preguntéme á mi mismo como habian podido entristecerme las estúpidas é innobles paradojas de aquel miserable, y me acusé amargamente por haber podido olvidar todo lo que á Claudio Gerard debía. No bastaba esto para desvanecer las cinicas acusaciones del perverso contra los hombres de bien?

Cosa singular! con mi traje decente (no

me atrevia empero á pensar en el origen de aquella ropa), me senti menos avergonzado. Esperé mas, me pareció menos sombrío el porvenir: confié en que fuera mejor acogida mi súplica á algun corazon caritativo, y en qué podia tentar ciertos caminos cerrados antes; porque el aspecto de un hombre cubierto de andrajos suele inspirar una desconfianza ó repulsion invencible.

Traté de presentarme entonces en casa de la viuda de Mr. de Saint-Etienne, mi difunto protector, en tanto que vestido como mendigo, la verguenza me detenia, ó acaso no habia pasado de la antesala.

Ya debia estar Mad. de Saint-Etienne mas consolada de la imprevista pérdida que sufriera: yo esperaba que me auxiliase por respeto á la memoria de su marido. Encaminéme, pues, á la calle de Mont-Blanc.

El portero me conoció al punto: mas ay! tuve otro nuevo desengaño. Mad. de Saint-Etienne se habia retirado á una hacienda de su marido, sita á mas de doscientas leguas de Paris. En escribir á esta señora y recibir respuesta, se tardaban cinco ó seis dias lo menos, y en mi situacion seis dias eran un siglo.

—Escuchad! le digo al portero que parecia compadecerme sinceramente: en este barrio reside gente muy rica; debe haberlos generosos, caritativos, y vos sabreis su nom-

bre.—Imposible es que no se lastimen de mi... luego que les manifieste mi estado francamente y lo que he sufrido desde que llegué á Paris.

El portero meneó la cabeza y contestó:

—Personas ricas viven en el barrio; pero el caso está en llegar hasta ellas y así... En fin, lo que por vos puedo hacer es daros las señas de la casa de Mr. Testre, el famoso banquero... Dicen que hace muchas limosnas... Probad á ver.

Llegué en efecto en casa del banquero.

—Por quien preguntais? dijo el portero.

—Por Mr. Testre, banquero.

—Pasad á la caja, á la escalera de la derecha, en el entresuelo.

Con mis andrajos no habria pasado de la puerta, pero mi traje decente no inspiró sospecha alguna, subí y entré en una antecámara donde habia dos mozos cobradores.

—Mr. de Testre? dije al uno.

—Si quereis ver al cajero, os introduciré.

—Pasé en efecto á la caja: en el fondo del aposento, un armario de hierro entreabierto me deslumbró con los tesoros que allí habia apilados: pero el cuadro de tantas riquezas no me causó envidia, me hizo daño.

—Desearia ver al principal, dije al cajero,

—Para negocios, caballero?

—No, señor, dije titubeando y poniéndome colorado... no es para negocios...

—Os conoce Mr. de Testre? preguntó el cajero, empezando á examinarme con cierta desconfianza que aumentó mi confusion.

—No, señor, repuse, pero desearia verle, hablarle.

—Pues no está en casa, contestó el cajero adivinando por esperiencia mi solitud. Podéis escribir á Mr. de Testre ó decirme el objeto que aqui os trae!

—Venia, dije venciendo mi temor y verguenza, porque su reputacion de señor caritativo...

No me dejó concluir el cajero; acostumbrado á tales solicitudes, replicó con urbana frialdad:

—En efecto, es justamente elogiada la caridad de Mr. de Testre: pero la ejercita con arreglo á principios de que no se aparta nunca: servios decirme vuestro nombre y habitacion, indicad ademas dos personas recomendables á quienes se pueda pedir informes de vos: especificad en fin qué clase de socorros deseais de Mr. de Testre y dentro de tres dias tomaos la molestia de volver.

Caballero, dignaos escucharme, exclamé, mi situacion es apremiante, no tengo...

—Perdonad, tengo el tiempo contado, dijo el cajero interrumpiéndome, pasad á la pieza inmediata y el mozo de caja os dará lo

necesario para escribir esas noticias.

Como yo insistia en ser oído se levantó el cajero, llamó, me acompañó muy cortesmente hasta la puerta y dijo á un mozo:

Dad á este caballero recado de escribir.

—Cracias, escribiré en mi casa... enviaré la carta... dije tristemente al mozo, y sali con el corazon despedazado.

Despues he sabido que Mr. de Testre, por una escepcion rara y generosa, daba muchas sin desviarse jamas de las reglas que á su beneficencia impusiera. No obstante mi chasco cruel, hube de convenir que en un Paris esplotado siempre por una inultitud de aventureros ú osados holgazanes las precauciones del banquero estaban dictadas por la razon y por un deseo loable de colocar dignamente sus limosnas, pero yo, qué señas podia dar? Las del tullido... Qué personas habian de garantizarme?

Aun no desesperé: menester es haber estado en situacion igual á la mia para comprender las obstinadas ilusiones á que uno se abandona hasta el momento de verlas desaparecer delante de la realidad: asi es que al salir de casa del banquero, como hacia buen dia me encaminé á las Tullerias: diré con qué propósito.

No estraño, reflexionaba, que Mr. de Testre quiera repartir segura y honrosamente sus beneficios y que antes de entregarlos, se tome

tiempo para informarse, sin tener en cuenta los apuros urgentes, desesperados como el mio. Ciertó que si yo le hubiera hablado la sinceridad de mi acento le habria conmovido, pero ya que no he podido hablarle, hablaré á otro: me voy á un paseo público, frecuentado por la gente rica; buscaré alguno cuya traza me inspire confianza, le pediré un momento de conversacion: no rechazará de seguro. Pensaba sacar mas partido con los ricos que con los pobres trabajadores del puerto.

Asi que llegué á las Tullerías, me situé en el paseo frontero á la calle de Rivoli y á poco vi apearse de un hermoso carruage á un jóven de fisonomia dulce y algo melancólica. Empezó á pasearse lentamente y yo á seguirle los pasos: á la primera vuelta no me atrevi á acercarme con el pretesto de verle otra vez la cara y no esponerme á un chasco... aflojé el paso, él volvió y en efecto su fisonomia me pareció dulce, triste y algo distraída. Ya no titubeo, dije para mi, me siento lleno de confianza: me acercaré cuando pase por delante del café, pero aun esta vez encontré mi resolucion otro pretesto. Habia por alli mucha gente: pero no era menor la concurrencia al otro extremo.

En el tiempo que tardé en recorrer este espacio, arreglando el paso al de mi presunto bienhechor, busqué con los ojos otras fisono-

mias que me llenaran mas, pero no las encontré. Pocos pasos me faltaban para llegar al extremo del paseo, cuando me ví casi solo con el que era dueño de mis postreras esperanzas; hice un esfuerzo heróico, aceleré el paso y con inesplicable zozobra acercándome paralelamente de modo que no me veia, murmuré con voz trémula, ahogada:

—Caballero!

Mas fuese que con el temor y la confusion no saliera mi voz perceptible, ó que mi futuro bienhechor estuviese distraido, ello es que no me oyó y continuó lentamente su paseo hasta el extremo. Avergonzado de mi flaqueza, hice un violento esfuerzo y poniéndome delante cuando se volvía, le saludé y dije tímidamente.

—Caballero!

—Eh? repuso parándose, y mirándome sorprendido: os equivocais sin duda: no tengo el honor de conoceros.

Heláronme estas palabras, desvaneciósese mi resolucion aterrado de mi intento, murmuré entre dientes:

—No, señor, no tengo la honra de que me conozeais... pero esperaba...

No pude articular una palabra mas, contrájoseme la garganta y permanecí mudo, inmovil con el sombrero en la mano, sin atreverme á levantar los ojos para mirar al

personaje que me dijo con tono impaciente y altanero:

—Y que se os ofrece? Por qué me deteneis en medio del paseo?

Estas palabras dichas en voz alta hicieron volver la cabeza á dos ó tres personas que se pararon á mirarme. Yo seguía cabizbajo con el sombrero en la mano. Pero notando que empezaba á llamar la atención de los transeuntes, me escurri diciendo con voz alterada:

—Perdonad, caballero, creí que hablaba á otra persona.

Todavía no me desalenté. Desde luego no puedo desplegar la audacia y habilidad que necesita un mendigo;—reflecionaba yo con amargura;—lo adquiriré con el tiempo;—probemos, y valor....

Pasaba por delante de una iglesia, y entré, reanimado por una esperanza nueva; el que reza es caritativo, y allí debe haber algún alma compasiva. Salía de la iglesia una dama, y tras ella un lacayo con rica librea; llevaba un saco de terciopelo.

Al tiempo que la señora, que era de venerable aspecto, atravesaba el átrio del templo, acerquéme, y la dije precipitadamente:

—Señora, en nombre del cielo, compadeceos de mi, estoy solo en Paris, sin conocimientos.... sin recursos.... deseo encontrar trabajo para ganar mi vida honradamente.

=Sois de esta parroquia: preguntó la dama.

=No, señora.

=Os conoce el cura de vuestra parroquia? puede responder de vuestra piedad, de vuestras buenas costumbres?

=Señora, no tengo asilo ni parroquia.

=Lo siento mucho, repuso la dama, pero como desgraciadamente no se puede dar á todo el mundo, reservo mis limosnas para los pobres de mi parroquia que cumplen con sus deberes religiosos.

Sin mas continuó su camino.

A cosa de las diez de la noche, exánime de necesidad, me dirigí casa del tullido: habiase hecho en mi una revolucion repentina y ni yo se como fué tan pronta; estaba mi alma anegada en dudas, la hiel y el odio, la ira sustituian á mi resignacion ordinaria; tras tantas tentativas vanas para zafarme de la suerte que me abrumaba, las nociones de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal empezaban á confundirse en mi espíritu; comencé, lo cual era ya un sintoma funesto, á separar la práctica de la teoria en punto á honradez.

Sobre todo me hallaba cansado de sufrir, cansado de esperar en balde, cansado de temer por el porvenir y de pensar, me moriré mañana de hambre y frio.

Probididad, delicadeza, honor, palabras ad-

mirables decía, yo lo confieso, lo conozeo; pero con ellas no se come. No tengo nada que echarme en cara, he hecho todo lo posible para encontrar trabajo y no lo hallo; oh! es tan precario y espuesto que se necesita arros-trar las brutalidades é innobles violencias de una canalla infame.... la muerte acaso pa-  
ra correr el riesgo de ganar un salario in-  
cierto. No soy tan bobo que lleve la prác-  
tica de los buenos principios hasta el punto  
de morirme de hambre antes que faltar á  
ellos. Aceptaré provisionalmente los ofreci-  
mientos del tullido, así gano algunos días, en  
cuyo tiempo podré recibir carta de Claudio  
Gerard ó contestacion de la viuda de Mr. de  
Saint=Etienne, á quien voy á escribir.

Indigna es mi conducta sin duda alguna,  
es un terrible primer paso en el camino de  
la ignominia... Mas será el primero y el  
último... porque si dentro de ocho días no  
recibo noticias de Claudio Gerard ó de la  
viuda de mi protector, me liberto de una  
vida tan miserable.

Ahora que friamente puedo reflexionar so-  
bre lo pasado, me prueba la esperiencia que  
casi todos los hombres de corazon que fla-  
quean, como fatalmente me sucedia á mi,  
se ciegan acerca de su ignominia futura, co-  
mo yo me cegaba con locas esperanzas de  
un porvenir mejor ó con la resolucion del  
suicidio espiatorio, pues casi siempre, ay!

cuando se reconoce la vanidad de las esperanzas, cuando llega la hora de la muerte.. de esa muerte que ha de libertar de una vida mancillada como el sentenciado, aspira sin cesar á atravesar el instante del suplicio... asi se aplaza la situacion... Qué importa un dia mas? una semana? un mes mas? Como la infamia no se descubra... No puede ocurrir un incidente afortunado que nos restituya para siempre á la senda del bien?

Asi cobardemente se deja uno vivir hasta que la verguenza se descubre, se hace pública. Oh! entonces, antes que la afrenta, la muerte. Mil veces la muerte á que os habian sentenciado de antemano. La muerte. Y á qué propósito el inútil y tardio heroismo? No estais ya mancillado para siempre? Mas vale vida deshonrada que deshonrada muerte... De este modo se consuma la abyeccion y perpétua la infamia.

Llegué á casa del tullido que me estaba esperando.

—Hiciste marro, me dijo riendo á carcajadas: no me traes un hombrecito caritativo que poner en un escaparate?

—Seré vuestro ayudante, le dije con sombría resolucion.

—Desde mañana?

—Si.

—Corriente. Ya me esperaba yo que voi-

vieras y por eso he alquilado un bonito cuarto con muebles: mañana iremos á verle, dirás que te conviene y no hay mas que firmar el contrato. Tambien nos arreglaremos para las comidas, de modo que nada te falte; pero para extremo y garantia mia, irás mañana á empeñar un reloj en el Monte de Piedad: pasado mañana te dejo de huelga y al dia siguiente comenzaremos nuestras operaciones.

—Está bien, le dije, pero tengo hambre y sueño.

—Te aguardaba para cenar. Aquí hay víveres que valen mas que pan y leche: toma ese colchon, que yo recobro mi cama, como mi edad manda, amiguito.

—No teneis vino? le dije penetrado de la necesidad de aturdirme.

—Bueno, eso es hablar como un hombre. Tengo aqui un sorbito de buen madera. Cata ese, galan.

Comi y bebi con avidez: tampoco hecho estaba á beber vino, que me acosté, si nó borracho, por lo menos muy trastornado, porque mis recuerdos, que tan presentes tengo, son nulos tocante al fin de aquel dia.

A la mañana siguiente cuando desperté, vi á mi compañero de pié y vestido.

—He citado al casero á las once, son las diez, me dijo, conque vistete y marchemos.

Me vesti y partimos.



## CAPITULO IX

### *Un eneuentro.*

**C**uando salimos de casa del tullido, me dije:

Toma el reloj, alargándome uno magnífico de oro con su cadena.

Le cogeré en el momento de entrar en el monte, dije.

Como gustes. Vamos primero á ver la habitacion y firmar el arrendamiento. Confiesa que soy un buen agente de negocios.

—Escelente.

Llegamos al Faubourg Montmartre y á una casa de respetabilísima traza: subimos á ver la habitacion, que se componia de tres piecitas con vistas á un patio y bien alhajadas.

—Aquí estarás como un rey, me dijo el tullido; esto vale mas que la nieve ó el lodo de Paris, eh?

Yo lo creo.

—Vamos á casa del casero á firmar el arrendamiento y pagar un tercio adelantado: aquí tienes doscientos francos.

Me puso en la mano diez monedas de oro.

Nos aguardaba el casero con el papel dispuesto; yo entregué los doscientos francos y él quedó en mandarme la doble copia del contrato.

—Hemos hecho un negocio soberbio, me dijo mi compañero al salir, proporcionarse mercancias, no significa nada, venderlas y venderlas sin inspirar sospechas, es el quid de la dificultad: al paso que es sumamente natural que un jóven establecido, conocido en el barrio, se deshaga hoy de alhajas y mañana de telas ó efectos, cuidando de elegir los compradores tan pronto en un barrio

como en otro y pudiendo dar señas de una casa decente donde el comprador vaya á pagar... Así se desvanece hasta el menor asomo de desconfianza... Oh! y todavía estas son vagatelas, que ya verás tu todo el partido que se puede sacar de tu establecimiento en esta barrio.

—No lo dudo: donde vamos ahora?

—Al Monte de Piedad: pides cuatrocientos francos por el reloj y la cadena: te darán trescientos, y los tomarás.

=Vamos pues.

=Toma el reloj...

=Luego...

—Como quieras...

Hallábame en una situación de ánimo muy análoga á la de un hombre que sueña, porque tiene conciencia vaga de que está sonando confieso que no sentia el menor remordimiento, me creia escusable y en mi enconado resentimiento contra la sociedad, decia: tórcamente la he pedido pan y trabajo, me ha rechazado, me ha puesto en la alternativa forzosa de morirme de hambre ó cometer una accion indigna: caiga mi infamia sobre esa sociedad maldita: ella desconoce mi *derecho de vivir* y yo desconozco sus leyes.

Debió mi compañero leerme en el rostro toda la acritud de mis pensamientos, pues me dijo:—Así te quiero, hijo mio; estás pálido, rechinas los dientes.—Seguro estoy de

que con un buen cuchillo en la mano no temerías á diez personas.

Al mismo tiempo que mi compañero pronunciaba estas palabras, tuvimos que detenernos en medio de un tropel causado por un acumulamiento de coches: obstruida la esquina retrocedían los transeúntes, y hube de pararme al borde de la acera: de pronto se me escapó una exclamacion involuntaria; á pocos pasos acababa de divisar á Regina en uno de los carruages detenidos.

Iba la jóven vestida de negro, como yo la habia visto siempre en los aniversarios de la muerte de su madre; su noble y hermoso rostro lo parecia mas con la ligera rapidéz que le cubria y estaba melancólica y pensativa.

Quiso la casualidad que volviera la cabeza hácia mí, y por un momento clavó en mí maquinalmente su mirada triste y distraida.

Tropezaron mis ojos con los suyos... ella involuntariamente por supuesto. En aquel momento se abrió paso y el coche en que iba Regina en compañía de otra señora, prosiguió su camino y desapareció.

Eléctrica fué la impresion que me causó la mirada de Regina: un resplandor divino iluminó el abismo en que iba á arrojarme.

Tan rápida fué mi resolucion como el sentimiento que la produjera.

Me hallaba separado del tullido por muchas personas que se habian detenido como no-

sotros: á mi izquierda, vi abierta una puerta cochera y bajo su bóveda el remate de una escalera: aprovechando un instante en que mi compañero miraba á otro lado, entré aceleradamente en el portalon sin que el portero lo observara, y subí á escape al primer piso, desde donde proseguí mas despacio mi ascension hasta el quinto piso, proyectando preguntar por un inquilino imaginario para explicar mi presencia en aquella casa: asi pensaba que el tullido, cansado de esperar, partiria á buscarme por otro lado. Luego que me hube detenido un rato en el piso mas alto, volvia á bajar muy despacio, haciendo un descanso en cada tramo: asi empleé un cuarto de hora y en seguida sali con precaucion, mirando á todos lados, antes de abandonar la puerta, pero el tullido habia desaparecido. Internándome al punto por el paso que forma la *Cité Bergere*, anduve precipitadamente por las calles menos concurridas, hasta llegar á unos espaciosos solares, limitados al un lado por las postreras casas del arrabal, al otro por los muros de Paris.

Alli pude ya respirar con libertad, era libre...

Durante esta precipitada marcha habia adoptado con toda mi alma una resolucion, recobrando con ella la calma.

Tendiendo en derredor los ojos, atisbé, junto á las últimas casas del arrabal, varias escavaciones profundas dimanadas de construc-

ciones sin concluir é interrumpidas sin duda por la estacion: una empalizada de tablas cerraba este terreno.

Una de ellas apenas tenia mas que los cimientos: reparé en una cueva á medio hacer que por trazas debia ser bastante honda y dando gracias á la Providencia que me deparaba lo que yo queria, aguardé con impaciencia á que fuera de noche: el sol me inspiraba repugnancia...

Largo rato paseé por los desiertos solares que estaban envueltos en una espesa niebla. Quanto mas lo meditaba, mas acertada y mas lógica me parecia mi resolucion, asombrado del vértigo que se me habia disipado con la presencia de Regina.

Anocheció por fin. Sin esfuerzo casi, me abrí paso por entre la empalizada; bajé á los cimientos y con un poco de paja de la que cubria la piedra de silleria, hiceme una especie de cama en lo mas hondo de la cueva, y me tendí para esperar la muerte con paciencia.

Vos lo sabeis, Dios mio! tomé esta resolucion suprema sin ódio, sin ira, sin blasfemar contra mi destino. Mis malos instintos, asi como mis propósitos culpables se habian desvanecido con una sola mirada de Regina.

No, traté de morir, únicamente por no haber encontrado medios de vivir... porque no queria vivir á costa del deshonor, como pu-

de pensar un momento, porque ya no me sentia con valor, con voluntad ni con fuerza para prolongar en balde la lucha terrible que hacia tres dias estaba sosteniendo contra la fatalidad de mi situacion.

No me suicidaba lanzando un furioso anatema sobre una sociedad implacable, no, vos lo sabeis, Dios mio! Resignado, llena de misericordia y de perdon aceptaba, me conformaba con la imposibilidad de poder vivir... como se arrostra con serenidad una dolencia mortal.

La enfermedad que me consumia era la miseria... yo no me mataba.

Para darme la muerte... tenia demasiado presentes mis conversaciones con Claudio Gerard sobre el suicidio, que él no consideraba como delito, y antes al contrario, podia ser heroico, sublime, si bien le admitia con grandes salvedades.

—«Querer matarte, es declararte á un tiempo víctima, juez y verdugo, me decia ante el supremo tribunal de la conciencia, de la razon, es donde debes juzgar y fallar esa resolucion, sin apelacion. Por eso es menester meditarla con toda circunspeccion, con toda gravedad, y sobre todo, no acordar nada sin haber contestado con el alma y la conciencia á estas preguntas.»

«Escede la suma de tus desgracias á la suma de las fuerzas humanas?

«Perjudicará á alguien tu muerte?

Estás plenamente convencido de que tu vida ha de ser en lo sucesivo inútil á tus hermanos? Porque ten presente que por muy miserable que sea, el hombre puede prestar algunos servicios al hombre. Si es jóven y robusto, puede defender á otro mas débil; si es inteligente y bueno, puede ilustrar y mejorar á los pervertidos por la ignorancia... en una palabra, no hay servicios leves comparados con la esterilidad del suicidio: cuando por efecto de las circunstancias, no es heróico, sublime, nada hay tan parecido á una vida estéril como una muerte estéril.»

No tenia por tanto derecho para darme muerte, porque mi fin, si llegaba á su noticia afligiria profundamente á Claudio... y mi vida aun podia ser útil á Regina.

Quién sabe, decia yo para mí, si esta húmeda cueva, donde me entierro vivo, por decirlo asi, quien sabe, si será mi postrer morada? Quien es capaz de decir si Dios al cabo se apiadará de mí?

Desde aquella noche comenzó para mí una singular agonía moral y física, mucho menos dolorosa en verdad de lo que yo pensaba.

La temperatura de la cueva era húmeda y tibia, y cuando despues de la primera noche que pasé, embotado el pensamiento y el

uerpo, ví apuntar el pálido fulgor de la mañana, senti cierto goce diciéndome á mi mismo: No saldré del dia:

Pasé aquel dia en una inmovilidad completa y calculada que me proporcionaba un entorpecimiento casi absoluto: con la cara vuelta á la tapia de la cueva, con los ojos cerrados, me absorví en los recuerdos de lo pasado: esta larga meditacion fué una especie de prolongada y tierna despedida, dirigida de lo mas íntimo de mi corazon á las personas que amara...

Bamboche, Basquine, Claudio Gerard, Regina fueron evocados sucesivamente por mi debilitado pensamiento, y desde entonces me asaltaron las alucinaciones compañeras del terrible parasismo llamado *el delirio del hambre*: desde entonces perdí la conciencia de lo que me sucedió.

Al volver en mí, me hallé tendido en un catre de tigera, en una especie de camaranchon, desde donde alcancé á ver debajo de mí una estensa cuadra ocupada por treinta ó cuarenta caballos: creí estar soñando y cada vez con mas sorpresa miraba en derredor, cuando vi subir alguien por la escalera que conducia desde la cuadra al camaranchon y no obstante mi debilidad, no obstante el aturdimiento que aun sentia, reconocí al punto la franca y bondadosa faz del cochero Simon que

me condujera el primer día de mi llegada á Paris.

Gracias á Dios que abris los ojos me dijo regocijado: bien decia el médico que lo que teniais era necesidad... ya lo hemos visto, cuando asi que habeis bebido un poco de caldo... os seltis mejor...

—Como es que estoy aqui? le pregunté conmovido; gracias á vos sin duda?

—En efecto, y mucho que me alegro, galan: vereis como ha sido, para que no os calienteis la cabeza en discurrir, lo cual os fatigaria y no puede ser bueno: ayer, despues de comer, una señorita tapada con un velo vino á mi, me hizo señal de abrir la portezuela, saltó como una ardilla y corriendo la persiana, me dijo:

—Cochero, á la barrera de la Estrella! asi que estemos en el camino de Neuilly ireis al paso...—Entendido, prenda.—Me encaramé al pescante, llego al camino de Neuille y aflojo el paso. A los cinco minutos estaba ya la damisela tirándome con todas sus fuerzas del carrik y gritando:—Alto, cochero, abrid la portezuela. Abriola en efecto y para quien? para un jóven que entre en el carruage, diciendo: Faubourg Montmartre, junto á la barrera, en los solares donde están edificando. Tomé el trote, que no era corto el viaje; por el estilo de los que me hicisteis hacer cuando nos conocimos. Asi que llegué al si-

tio, los pichoncitos bajaron mas alegres que unas pascuas: sin duda habian escogido aquel parage para que no los vieran apearse juntos. Despues que el jóven me pagó con rumbo, me volvía de vacio, cuando reparé en un grupo de gente, me acerqué y pregunté: Qué es eso?

=Nada, que jugando unos muchachos en esas casas que están á medio á hacer, han encontrado un hombre casi muerto de hambre.

—Esto me llegó al alma, estiré el pescuezo, y qué es lo que veo? á vos pobre jóven, á mi parroquiano de marras. La verdad no me extrañó vuestro percance... pero sin entretenerme á pensar, cerca como estaba de la cuadra, lo que hice fué apearme y desmayado segun estábais, meteros en mi elemento y traeros acá: despues se llamó al médico, dijo que os moriais de hambre y que se os hiciera tragar despacio un poco de caldo: así lo hicimos y me parece que en breve quereis cosa mas sólida que caldo y un buen trago de vino.

Iba yo á manifestar mi reconociento á tan excelente hombre cuando me interrumpió añadiendo:

=Palabra: una noticia buena nunca vá sola y los sombreros de hule (1) son buena gente: unos á otros nos dijimos: Miguel el mo-

(1) *Los cocheros.*

zo de cuadra se ha marchado: si este pobre mozo quiere en el interin ocupar su plaza, el trabajo no es grande. Habitará como Miguel en el camaranchon de la cuadra: cuidará los caballos por la noche, les dará de beber por la mañana y como á Miguel le daremos treinta sueldos diarios: cierto que no es gran cosa para quien venia á París á buscar un buen empleo, pero al cabo hay pan y con pan... se vé venir... esta es mi opinion. Si os acomoda la plaza de Miguel, es cosa hecha, os encargareis, luego que esteis mejorado, porque el médico dice que es menester cuidaros. No os apureis por nada, aqui somos veinte y con un escote de dos sueldos cada uno, os mantendremos hasta que esteis fuerte.

A Dios gracias, era pasado el tiempo de mis mas dolorosas pruebas y escuso pintar la satisfaccion, el agradecimiento con que acepté de aquella honrada gente el inesperado socorro con que brindaba. En pocos dias recobré la salud y amaestrado por la esperiencia y por las lecciones de Claudio Gerard, desempeñé fielmente y sin creerme humillado, una tarea que me proporcionaba un sustento ganado honrosamente.

A las seis semanas me dijo mi protector, el cochero:

—Querido, tengo un cuñado portero en la calle de Provenza en una hermosa casa de

huéspedes: hay allí un puesto excelente para un mozo de recados activo, inteligente y que como vos sabe leer y escribir: mi cuñado os promete la parroquia de la casa, lo cual y dá un salario seguro de tres francos diarios: os acomoda esto mas que ser mozo de cuadra? Si os agrada iremos á la prefectura con el cuñado y un fiador para que os inscriben y den medalla... Tampoco es un oficio famoso, mas trabajareis menos, el pan está seguro y vamos viviendo....

Con tanto mayor placer acepté este nuevo ofrecimiento, cuanto que á pesar de mi celo, como aquella honrada gente era un poco brusca solia tener momentos poco agradables: no por esto se entienda que ni entonces ni ahora se alteró la sincera y profunda gratitud que conservo hácia los que me socorrieron en el mas apurado trance de mi vida.

## CAPITULO X.

### *Martin al Rey.*

**S**eñor, voy á interrumpir mi relato para decir dos palabras acerca de lo que precede.

«Ya habeis tenido ocasion de notar el resultado espantoso, fatal, de la explotación de

la infancia para saltimbanquis vagamundos y corrompidos.

«Casi todos los días, por medio de la publicidad, se revelan hechos que vienen en apoyo de los en que yo fui testigo ó actor. Sin embargo, la sociedad tolera con egoísta indiferencia esas monstruosidades de que únicamente son víctimas los hijos del pobre.

«Amarga irrisión! hay leyes (verdad es que no se ejecutan) cuyo objeto al menos es laudable... toda vez que tiende á reglamentar la explotación de los niños en las manufacturas; mas por qué esta ley es muda respecto de la abominable explotación de la infancia por padres indignos ó por juglares? Explotación que deprava, que degrada á las infelices criaturitas, y casi siempre las conduce á la prostitución ó al robo.

«La relación de los años que pasé en casa de Claudio Gerard, os probaría también, señor, cómo han entendido y entienden los que gobiernan la Francia, la educación de la población rural que compone la inmensa mayoría de la nación: habeis visto, señor, el bienestar, la consideración, los honores que conceden al profesor de enseñanza.

«En cualquier solemnidad, en cualquier ceremonia pública quién figura en primer término? El magistrado que empuña la espada de la ley, el general que maneja la espada de la fuerza armada, el sacerdote que blande el ace-

ro de la justicia divina: todos estos representan el triste aparato de los castigos humanos y divinos, la compresion, la represion, la intimidacion en este mundo y en el otro.

«Mas en esos pomposos cortejos, á la misma altura que los hombres que juzgan, que castigan, que reprimen, por qué no figura jamás ese otro hombre no menos importante en la sociedad que el magistrado, que el soldado y el sacerdote, ese hombre que por lo menos debiera ser tan honrado como ellos, el instructor del pueblo?

«Si, el instructor del pueblo, el que ha de crear moralmente el ciudadano, instruirle, mejorarle, inspirarle el santo y ardiente amor á la patria y á la humanidad; disponerle, en fin, para el cumplimiento de todos los deberes, de todos los sacrificios que impone una vida laboriosa y honrada!

«Pues qué! esos instructores que ejercen el mas sagrado de los sacerdocios, el de ilustrar y moralizar al pueblo, no debian ser igualados siquiera con los que cuando el pueblo falta, le juzgan, le acuchillan: ó le condenan?

«Habeis visto, señor, (y harto lo prueban los documentos oficiales) con qué objeto, los gobernantes de este pais y sus cómplices, reducen al instructor del pueblo, á la condicion mas dura, mas abyecta, mas irritante.

«Por otro episodio de mi vida, os habeis

enterado, señor, de un hecho monstruoso que debía considerarse en cualquier estado social como un fenómeno no menos raro que espantoso, sin embargo, que el tal hecho de puro frecuente allija indigna á los corazones generosos, si bien no los admira.

«Para lograr la solución de este problema, menester es, señor, plantearle de esta suerte:

«Supongamos un joven robusto inteligente, probo, que haya recibido una buena educación elemental, que posea un oficio manual que esté lleno de buena voluntad, de valor, que no repugne ningún trabajo, que esté hecho á la fatiga, á las privaciones y se contenta con poco, finalmente que no solicite más que ganar honradamente *pan y un albergue*?

«Este hombre con tan firme propósito, con tan completa abnegación, con su capacidad para el trabajo, podrá encontrar donde ganar honradamente el *pan y el albergue*?

«En resumen le reconocerá la sociedad; no pondrá trabas á sus derechos al trabajo, esto es, su derecho de vivir mediante laboriosidad y honradez?

«Señor, la cuestión está resuelta en el episodio de mi vida que acabais de leer.

«Sé que hombres graves, que los economistas le contestarán probablemente:

«Escasean demasiado los buenos para que

un hombre de buena voluntad, de capacidad é inteligencia no encuentre de fijo donde ocuparse... *tarde ó temprano.*

«Si, *tarde ó temprano...* en esto estriba la cuestion, señor.

«*Tarde ó temprano!!*

«Hallarse sin recursos de ninguna especie y encontrar una ocupacion segura á los dos ó tres dias, esto es temprano, esto es pronto, tanto que se necesita una casualidad casi milagrosa para lograr semejante resultado. Y yo apelaria á los que como yo tengan esperiencia de tan desesperada situacion.

«Ahora bien, señor, para un hombre que de todo carece y no quiere mendigar, ni robar, el encontrar al cabo de dos dias una ocupacion cualquiera... á los dos dias, señor, es ya muy tarde, porque pocas criaturas humanas pueden soportar el hambre mas de dos dias...

«Encontrar obra á los tres dias es ya muy tarde, señor... el infeliz estará á punto de espirar.

«Dos ó tres dias! tan poco tiempo, que se pasa tan aprisa, dirán los dichosos del mundo...

«O si nó:

«Personas se hallan muertas ó moribundas de hambre, verdad es, pero sucede tan pocas veces...

«Harto monstruoso es ya que en una so-

ciudad donde á tantos individuos les sobra lo supérfluo, haya una criatura de Dios que pueda morir por falta de lo necesario; mas por qué son raras estas muertes?

«Porque la mayor parte los que como yo han conocido esa situacion horrible de ofrecer en valde los brazos, la inteligencia, el celo á cambio de un trabajo cualquiera, no vacilan en esta alternativa:

*«Morir de hambre, honrado y puro.*

*«O vivir á costa de la verguenza, del vicio ó del crimen.*

«Asi se pueblan las cárceles y los presidios y asi son tan raras las muertes de hambre.

«Pero qué remedio puede aplicarse? la limosna? No, la limosna es imponente, la limosna degrada...

«Es indispensable reconocer y practicar este sagrado principio:

«La sociedad debe asegurar á todos sus individuos: la educacion fisica y moral: medios é instrumentos de trabajo: un salario suficiente.

«Al llamar la atencion de V. M. sobre las páginas anteriores no es mi intento mover vuestro interés ó compasion hácia mi persona, sino despertar vuestra conmiseracion en favor del número inmenso de los que hayan estado ó puedan estar en situacion igual á la mia.

---

---

## CAPITULO XI.

### *Las comisiones.*

**S**in gozar de una posicion estable, hacia al menos algunos meses que vivia libre de los contactos oiosos, horribles, que me habian mancillado y merced á la proteccion de mi amigo el cochero, era mozo de recados con medalla á la puerta de una casa de hospedaje de la calle de Provenza: incomprendible y doloroso era para mi no haber recibido respuesta alguna de Claudio Gerard á quien escribí á menudo: la viud de Monsieur de Saint-Etienne tambien guardaba silencio y esperaba con impaciencia la primavera para buscarme ocupacion en mi oficio de carpintero. Poco me agradaba mi tarea de recadero pues tenia una parte de servidumbre que me ajaba. Sin embargo, debia pasar en la servidumbre muchos años de mi vida, contradiccion que en breve esplicaré.

Mi servidumbre no tenia mas compensacion (y confieso que era bastante grande) que cierto placer de observacion, facultad muy desarrollada en mi, desde que sintiera imperiosamente la necesidad de aislarme con mis

pensamientos, con mis recuerdos para emanciparme de las repugnantes realidades que con frecuencia me rodeaban.

De la reflexion á la observacion es rápido el camino, y sobre todo cuando á la necesidad de observacion se agrega un vivo sentimiento de curiosidad, no de curiosidad pueril y baja, sino de curiosidad que podria llamarse *filosófica*; si no fuera ridicula en mi boca esta palabra: cualquiera conocerá que en mi oficio de demandadero hallé un vasto campo abierto á mis estudios.

Tambien en esto pude probar la exactitud del dicho de Claudio Gerard, á saber: » que en todas las condiciones de la vida era ventajosa la instruccion moral y materialmente. «Como eran muy escasos los recaderos que supieran leer y escribir, naturalmente obtuve la preferencia sobre los de mi clase en varias circunstancias: preferencia envidiada que en un principio tuve que defender á puñetazos: por fortuna era ágil y robusto, no llevé la peor parte en estas luchas, y así fué respetada mi posicion enérgicamente defendida: despues tuve alguna ocasion de servir, con mis conocimientos de escritura ó lectura á mis antiguos enemigos de esgrima; pero tocante á la humildad de esfera, habia aprendido bien en la escuela práctica de Claudio Gerard que no hay situacion en que el hombre no pueda hacer ostentacion de dignidad.

Iba pasando la vida y experimentaba cierto placer, ora en discurrir el asunto de las epístolas que me encargaban, ya por el interés que se me recomendaba, ya por el modo con que era recibida la carta ó dada la respuesta: dedicábame tambien á penetrar el carácter, las tendencias, las pasiones de los que me ocupaban á menudo; y mis observaciones eran tanto mas fáciles, cuanto que mi humilde categoria no inspiraba asomo de recelo: asi es que por palabras que no se creian á mis alcances ó por hechos insignificantes para un observador que fuera atento é inteligente, me ilustraba y seguia la pista de muchos descubrimientos.

Como á nadie confiaba el resultado de mis observaciones que no eran mas que un medio de distraer mis penas y de aumentar mis conocimientos prácticos de los hombres y de las cosas, me entregaba sin escrúpulo á mis inofensivos estudios de costumbres.

Un mes habia que me ocupaba, no solo diariamente, sino casi todo el dia, un jóven que habitaba un cuartito en la casa á cuya puerta me hallaba yo generalmente.

Baltasar Roger (el estudiante travieso que tanto mortificó en sus primeros años al pobre Leonidas Tibaron) Baltasar Roger, cuyo nombre goza hoy de una celebridad europea, era entonces conocido solamente por algunos amigos iniciados en sus obras; este jó-

ven poeta se hallaba dotado del corazón mejor y del carácter más alegre y más original que he tratado en mi vida. Era feo, pero tan gracioso, con una fisonomía tan animada, tan franca, de tan buena gana reía el mismo sus locuras y se creía tan candorosamente las increíbles é inofensivas mentiras forjadas por él, que todo el mundo olvidaba su fealdad para no atender sino á su bondad y su ingenio.

A pesar de tanta jovialidad y de su chistosa facundia, la poesía de Baltasar tenía un tinte sombrío apasionado, feroz, porque el joven escritor sucumbía por entonces á la afición de la época á los títulos raros y tremebundos.

Las comisiones que me daba Baltasar diariamente se prolongaba tanto por ser encaminadas á colocar sus obras desdeñadas entonces y que con razón se disputan hoy. Pero en aquella fecha los libreros se mostraban inflexibles. Después de varias peregrinaciones por diferentes barrios de París, me volví tristemente en busca de Baltasar con el saco que contenía sus manuscritos.

No obstante las repulsas y las decepciones, era heroica la calma de Baltasar, é imperturbable su buen humor: jamás he visto un ejemplo más noble, más evidente, de los consuelos, de las esperanzas y serenidad de alma que se aprenden en el trabajo, y

en el estudio. El estudio! dulce madre (alma mater, como decia Baltasar): era pobre, falto de todo en ocasiones, y jamás le abandonaba su confianza en el magnifico porvenir de su talento: no era esto orgullo, sino prevision, conciencia, y con los ojos fijos en tan esplendente lontananza, solia hacer, despierto, sueños magnificos aunque prematuros, siendo entonces muy dificil arrancarle de sus mágicas visiones.

Una mañana me dijo al entregarme el precioso saco lleno de varios legajos de papel:

Martin, ahí dentro llevas: 1.º Un corazon desgarrado. 2.º Las risas de Satanas, y 3.º Las gracias de un ahorcado. A cada manuscrito acompaña una carta... ¡cada carta y cada manuscrito se dirige á un librero diferente. Te prohibo espresamente que sueltes ningun manuscrito por una suma menor de 4,000 francos. Total: 12,000 francos por los tres manuscritos. Pero sobre todo, Martin, sobre todo te encargo que no recibas ese dinero sino en oro, lo entiendes? en oro, es cosa convenida ya con mis editores. Nada de billetes de banco, ni de escudos, nada; oro puro, estás?

=Si señor.

En esta caja caben muy cómodamente los seiscientos luises. toma la llave y mete la caja en el saco... cuidado, Martin, mira que hay rateros muy hábiles, que te rondarán; los hay

que huelen el oro desde una legua.

—Descuidad, que no faltará nada.

Me daba Baltasar estas órdenes de tan buena fé, tan de veras creia en los seiscientos luises futuros, que no obstante muchas decepciones anteriores, llegaba yo á participar de su conviccion; mas ay! que la ilusion duraba corto espacio y volvía yo de mi recado á poco de haber salido.

—Supongo que no habrás aceptado mas que oro, exclamaba Baltasar así que me descubria.

—Señor, no me han ofrecido nada!..

—Nada mas que billetes de banco? Ah! pícaros!

—No, señor, si....

—Escudos, eh? Palgares: pagar la divina ambrosia en monedazas.... en viles escudos.... como si fuera un especiero! Debiera haber una moneda de diamantes para pagar á los poetas!

—Es que no me han ofrecido nada, señor decia yo tristemente.

—No has visto á los librereros?

—Si señor.

—Pues bien, y qué?

—Qué? que el uno me ha dado esta carta y los otros me han dicho que por ahora, no iba bien el comercio, que no podian publicar nada, sobre todo siendo de autor desconocido.

—Ah! borricos! ah! ignorantes! exclamó Baltasar, no conocen la fuerza del desconocido! Bonaparte lo era tambien antes del sitio de Tolor! Acabemos... con que esos filisteos no han abierto mis manuscritos?

—No, señor, ni siquiera me han permitido sacarlos del saeo.

—No los han leído... y los reusan! nada mas natural, dijo Baltasar con tono altanero y tranquilo: esa falta de inteligencia les costará cara... Cien luises mas por cada manuscrito, no te parece bastante, Martin?

—Señor....

—Tu eres cándido, veraz y no estas interesado en la cuestion: te parece que basta con cien luises, Martin? Me complazco en hacerte árbitro de la bolsa de esos fariseos: te parece que los recarguemos con doscientos luises!

—Oh! señor....

—Sean cien luises.... Jóven, eres clemente, eres grande! Vaya, mañana me has de traer nuevecientos luises en oro.... porque esos brutos leerán mis poemas, yo respondo de que los leerán incontinenti..., para ello tengo un medio infalible... Vuelve mañana temprano, porque necesito fondos antes de las dos.... Te prometo veinte y cinco luises, lo cual es ya unà fortuna.... puedes comprar una tienda... de cualquier cosa. Oh! y puedes llegar á ser millonario.... Lafitte entró con dos luises en París.... tú tienes

veinte y cinco.... con que es fácil que seas veinte y tres veces mas rico que Lafitte. Qué tal? Asi recompenso yo á quien bien me sirve... Mis criados pueden ser veinte y tres veces mas ricos que Santiago Lafitte... Adios, Martin, coge las notas y no las aprietes demasiado con el cepillo, porque una de esas huérfanas se reia ya demasiado por el empeine. Adios, buen mozo.

Con formalidad, con conviccion respetaba Baltasar todas estas locuras acerca del porvenir que me guardaba. La exaltacion de su poderosa mente hacia que la esperanza mas insensata para él se convirtiera en realidad... despertaba empero y volvía al trabajo con infatigable ardor, permaneciendo á veces dos ó tres dias sin salir de casa.

Veinte y cinco luises me habia ofrecido el poeta, pero aun cuando no me hubiera dado mas que la vijésima quinta parte de esta suma me habria venido muy oportunamente. Un mes hacia que Baltasar ocupaba todo mi tiempo en sus comisiones literarias, y aun no habia pagado nada, con lo cual iba estando un poco apurado, pues se concluian diez francos de mis ahorrillos.

Una vez que con sentimiento le pedi dinero á Baltasar, contestome magestuosamente:

—Uf! yo te reservo una cosa algo mejor

que ese miserable salario cotidiano.

Esta respuesta, no muy comprensible, me privò de reiterar la solicitud. Era tan bueno Baltasar, tan franco, que daba pena humillarle. Me resigné por tanto à esperar sin saber cómo saldria de aquella situacion en caso de que se prolongase.

Aunque yo no creia en lós veinte y cinco luises de propina, ni en la cobranza de los novecientos, parecia Baltasar tan persuadido y tanta era mi necesidad de ver personalmente realizadas sus esperanzas, que casi involuntariamente participé un tanto de ellas.

Mas ay! al dia siguiente, nuevo desengaño. No contentos los libreros con negarse à leer las cartas y recibir los manuscritos, me despidieron poco menos que à empujones.

Subia yo lentamente los cinco pisos de la habitacion de Baltasar, con el saco de manuscritos debajo del brazo y en la mano la inútil caja, discurriendo de qué modo menos ofensivo para su amor propio de poeta, podria pedirle algo à cuenta, pues por no pagar me acababan de despedir de un cuartito que ocupaba en la calle de San Nicolás.

Llegué à la puerta de Baltasar, que esta-

ba abierta; con no escaso asombro vi una maleta y un saco de noche en la pieza de recibimiento, y por la puerta entornada oi en el gabinete del poeta careajadas y alegres exclamaciones, entre las cuales cogi estas palabras:

—El bueno de Roberto.... Querido amigo, qué grata sorpresa...

Al oir el nombre de Roberto, me acordé del viajero, cuyos equipajes habia yo conducido al tiempo de su embarque en el vapor. Este personaje, à pesar de su disfraz, habia sido conocido, preso en mi presencia y conducido sin duda à la cárcel.

Fijé la vista en la maleta y recordé aquellas mismas señas que ya habia yo visto: *El conde Roberto de Mareuil.*

No habia ya duda, se trataba del amigo de infancia de Regina, de aquel Roberto que indicára como un rival mi desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*,

Despues de su inesperada y rápida aparicion, ante la cual se desvanecieran mis funestas resoluciones, no habia vuelto à ver à Regina; pero mi insensata pasion, lejos de calmarse, habia crecido entre los duros trances que hube de pasar, teniendo siempre presentes en mi memoria aquellas palabras de Claudio Gerard.

«Dios no está al alcance de nuestras miradas, y sin embargo le adoramos, le respetamos, conocemos que nos guía y nos sostiene en el buen camino... suceda así con tu amor à esa jòven misteriosa, estrella de tu vida...»

Así habia sucedido: mi adoracion à Regina, invisible y ausente, me habia proporcionado fuerzas para combatir las seducciones irresistibles casi à causa de mi miseria.

Por tanto, el encuentro con Roberto de Mareuil por mil razones tenia para mí un interés vivísimo, y laténdome el corazón, toqué à la puerta donde estaban Baltasar y Roberto.

—Adelante! dijo el poeta.

Y añadió al verme con entusiasta y regocijado acento.

—Roberto, llegó el galeon de Indias! llegas oportunamente, porque nos vamos à dar un baño de oro....

Al mismo tiempo el poeta con los ojos centelleantes como àscuas, se apoderò de la famosa caja que yo tenia en la mano, y al observar su leve peso, encojióse de hombros, esclamando en tono de impaciencia y reconvencion:

—Bah! billetes de banco tenemos? Pape-lucos sucios y mugrientos de tanto andar en manos de cajeros?

Imposible es pintar la espresion de disgusto real y positivo con que Baltasar Roger abria la caja que debia contener los innobles billetes de banco.

Abierta la caja, nada vió: pero tranquilo y altivo, ni pestañeó siquiera.

—Hola Baltasar! dijo Roberto que sin duda estaba al corriente de los caprichos de su amigo: pues, y el baño de oro?

—Espera á mañana, contestó magestuosamente Baltasar, y en vez de tomarle en un baño innoble y mezquino, tomaremos el baño de oro... en un rio! Sí, nadaremos en un Paetolo y chapuzaremos à todo el mundo, y nos hundiremos hasta las orejas... Mientras llega tan afortunado momento, no nos separaremos. Hay una habitacion próxima à esta... ocúpala.

—Ese era mi proyecto, dijo Roberto, pensabas que fuera á vivir à otra parte? Ah! tengo que anunciar mi llegada á mi primo, es muy urgente.

—Qué primo es ese? dijo Baltasar. Tengo celos de ese primo. Cómo se llama?

—Bah! el baron de Noirlieu.

—Oh! si aquel hombre tan original é intratable. El padre de la chica que tu...

Una seña de Roberto le hizo callar, se miraron los dos amigos y asi no pudieron notar mi turbacion.

El baron de Noirlu era el padre de Regina.

—Te comprendo Roberto, dijo Baltasar à su amigo. En negocios tales, lo primero es la discrecion, y lo segundo la discreccion tambien. Mas no temas..... Martin, aqui presente, y à quien te recomiendo, es la sencillez, la probidad en persona; su fortuna es ser bobo como un ganzo, àgil como un gamo, puntual como un reloj..... circunstancias que le hacen un mensajero sin igual..... Reclamo tu proteccion para Martin.

Por un momento clavo en mi los ojos Roberto con distracion desdeñosa, bajé los ojos temeroso de que me conociera, me fué mi temor vano y Roberto le dijo à su amigo:

--Quién es este mozo?

—Mi recaudador, contestò Baltasar, envolviéndose en su bata raída, es un tesoro de probidad, desde que le ocupo, ni un céntimo me ha faltado en las cuentas que me da.

—Lo creo sin que lo jures, respondió Roberto riendo, y como su empleo de recaudador no le ocupará demasiado, me permitirás que le encargue una comision.

—Te autorizo para ello, Roberto.

—Ante todas cosas, dame recado de escribir.

—Roberto, no ignoras que hay dos clases de hombres privilegiados, en cuyas casas las plumas están siempre retorcidas á guisa de bocina y la tinta en forma de engrudo. Estas dos castas de hombres son los porteros y los poetas. Así pues, en calidad de poeta, mira todo lo que puedo hacer por ti.

Con la mano le indicó Baltasar á su amigo un bote de pomada, dentro del cual habia una especie de barro negruzco: era tal aquella espesa viscosidad que en medio se habia quedado clavada una pluma chiquituela y roida.

—Ahora papel, dijo Roberto de Mareuil, buscando en valde lo que pedia sobre la mesa del poeta, donde en cambio habia una chinela, una botella, un par de despaviladeras y una levita: finalmente, despues de numerosas investigaciones, toparon los dos amigos con una oja de papel presentable, se deslió un poco la tinta, bizose un sitio el conde á una punta de la cargada mesa y se puso á escribir, diciendo le á su amigo:

—El caso es que no sé si esta carta servirá de algo...

—Sepamos á quien escribes.

—A mi primo.

—Al baron de Noirlieu?  
 —Al mismo...  
 —Y por qué no ha de servir tu carta?  
 —Porque dicen que el baron está medio loco.

—Calle! Por qué?  
 —De pena.  
 —Qué pena?  
 —La misma de que Jorge Dandin se quejaba á sus suegros, respondió Roberto de Marenil, haciéndole á su amigo una señal de inteligencia.

De fijo los dos creían que aquellas palabras eran incomprensibles para mi...

—Ta, ta, ta, pobre baron! dijo Baltasar con un acento de cómica compasion: por eso se vuelve loco.... ya se vé como es cosa que se sube á la cabeza.... Mas perdóname, Roberto, este chiste de notario. Hablando con formalidad, la tal locura, si es cierta, te habrá hecho perjuicio.

—Por qué? saltó al punto Roberto, levantando la cabeza.

—Bah! por lo que tú sabes mejor.

—Al contrario, dijo Roberto mirando fijamente al poeta.

—Cómo, al contrario?

—Como lo oyes.

—Es que yo hablo de doña Elvira... ó,

si mejor te cuadra de doña Ana, oh! don Juan! repuso Baltasar.

—Precisamente, contestò Roberto: colocado en su pedestal el comendador no estorba á nadie.

—Ya! ya! te comprendo, dijo Baltasar. Pero será fácil cerciorarse de la locura del baron?

—No tan fácil... anda allí un mulato viejo, un tal Melchor, criado de confianza, que no permite á dos tirones que se acerque nadie al baron.

—Bien, se le camela al cancerbero, se toman informes..... Quién va á llevar la carta?

—Ese mozo, contestó Roberto, designándome con un ligero movimiento, y sin dejar de escribir.

Tengo una idea, exclamò Baltasar.

Y meditando, madurando su idea sin duda, púsose á pasear por el aposento, mientras el conde terminaba la carta.



## CAPITULO XII.

### *La casa del baron.*

**G**rande esfuerzo necesité hacer sobre mi mismo para permanecer en la apariencia enteramente insensible y extraño á aquella conversacion que tocaba en lo mas vivo de mi corazon. Iba á saber donde vivia el padre de Regina, y quizá tambien á verla á ella.

Merced á las lecciones de Claudio Gerad, estaba bastante familiarizado con las obras maestras de nuestro idioma, para comprender el sentido de la comparacion tomada del don Juan. Se trataba de Regina y de que estorbára menos la dolencia de su padre, si salia cierta...

Qué estorbará menos... los proyectos de Roberto sin duda? Y qué proyectos eran estos? Esto me faltaba saber, y me producía una vaga inquietud.

Se me figuraba conocer lo suficiente á Baltasar para poder estar seguro de que no se prestaría á designios malévolos, mas ignoraba los antecedentes y el carácter de Roberto de Mareuil. Todo cuanto sabía de él era que tres meses antes fué preso. Salía ahora de la cárcel? Ignoraba su prision Baltasar? Tales eran los pensamientos que me absorbían por el pronto.

Estaba silencioso, inmóvil á la puerta, poniendo una cara tan abrutada como me era posible, mientras se concluía la carta, y entretanto el poeta arriba y abajo, seguía madurando su idea: al fin debió lograrlo, porque parándose de pronto, me dijo:

—Martin, eres un muchacho honrado y leal.

—Señor, es favor.

—Quiero asegurarte un establecimiento honroso.

—A mí, señor?

Ingénuamente creí que otra vez iba á salir á relucir los veinte y cinco luises de propina, con que podía ser veinte y tres veces mas rico que Santiago Lafitte, pero

me llevé chasco. Con increíble modestia solía olvidarse de los millones de que le dotaba su fecunda imaginación, y que él repartía á los demás.

—Si, Martin, prosiguió! quiero asegurar tu suerte.

—Muchas gracias, señor amo.

—Ven acá, dime, desde que haces recados míos, me parece que no te he pagado nunca!

—No, señor, pero....

—No hablemos de esa miseria; todo se arreglará.... y pronto. Atiende: mi amigo el conde Roberto de Mereuil va á vivir conmigo: en vez de tenerte en clase de criado alquilon, nos acomoda mas tener un servidor leal y listo: quieres acomodarte de criado alquilon, nos acomoda mas tener un servidor leal y listo: quieres acomodarte de criado nuestro?

—Señor....

—Oye antes de responder. Tendrás casa, comida, ropa limpia, vestido, calzado, betun, luz y cama.... Además, se te señalarán cincuenta francos mensuales de salario, que se capitalizarán y se te pagarán todos los años con los intereses. No tienes idea, Martin, de lo que es la capitalización de los intereses.... y de los intereses de los intereses. En cincuenta años sin mas que tu

tereses. En cincuenta años sin mas que tu salario, puedes llegar à ser archi-millonario. Te acomoda?

Creyó Baltasar sin duda que estaba reflexionando la proposicion puesto que me dijo:

--No te dés prisa á contestar, Martin, pero una vez tomada; sea inmutable tu resolucion.

Temeroso de inspirar sospechas si aceptaba demasiado pronto, contesté vacilando:

--Pero, señor, no sé si podré ... se necesitan tantas cosas para ser buen criado...

--Posees todos los requisitos necesarios y sobre todo eres candoroso y simple... eres de los que tienen prometido el reino de los cielos y algun dia se engalanarán con un par de alas blancas que les acaricien los lomos por una eternidad. Libreme el diablo de los Frontin, de los Scapin de los Feigaror. No sabes lo que estos nombres significan? Me miras con aire estúpido, buen Martin? mejor que mejorasi te quiero yo. Solo un defecto tienes, el de saber leer, pero por lo menos no sabrás escribir?

--Con perdon vuestro, si, señor, un poquillo.

--Eso es malo.... pero nadie es perfecto en este mundo. Sin embargo, que con aplicacion puedes llegar à olvidar tambien.....

Conque dime: quieres ser nuestro criado?

—Si os parece que serviré, yo por mi bien quisiera probar.

—Eres nuestro.... Cuarenta y cinco francos te doy de propina, que se capitalizarán con lo demás.....

—Gracias, señor amo.

—No hay de qué.—Roberto, has acabado tu epistola? preguntó Baltasar á su amigo.

Como no se daba prisa este á contestar, por hallarse absorto leyendo otra vez su carta volvió Baltasar á llamarle.

—Roberto, en qué estás pensando?

—Leía lo que acabo de escribir, dijo el jóven cerrando la carta.

Se necesitaba lacre ú oblea por lo menos, pero lastimosamente no habia ni uno ni otro.

—Qué? dijo Roberto, no hay medio de sellar una carta? Pues, cómo te compones?

—No las sello nunca, contestó Baltasar con toda la sencillez de un espartano... les desafío á que las lean.... hago mas.... lo permito.

—Cáscaras! lo creo, porque se necesita clave para leer esos geroglificos... y aun así... muchas veces hay que adivinar... que improvisar. Pero yo que no tengo como tú una letra á prueba de indiscretos... desearia

poder cerrar esta carta.

—Ya sé como, exclamó de repente Baltasar.

De encima de una cómoda tomó un enorme rollo del papel que usan para sus planos los arquitectos y que en efecto se componia de planos.

—Qué diablos traes? preguntó Roberto admirado.

—Es el plano del palacio que he mandado hacer para mi uso, contestó Baltasar modestamente.

—Tú un palacio?

—Pasado mañana se dá principio, y tú, Roberto, tú puedes colocar la primera piedra, dijo Baltasar estrechándole á su amigo la mano cordialmente.

Dirigiéndose á mi en seguida, añadió el poeta con la mayor gravedad:

—Será preciso que mañana hagas diligencias para encontrar una llana de plata y una artesa de ébano, que hacen falta para la ceremonia. Se te olvidará, Martín?

—No, señor, conteste atónito de veras esta vez, porque creia en lo del palacio.

Pero Roberto, mas familiarizado que yo con las apresiones de su amigo, le dijo con la mayor sangre fria.

—Bueno... pasado mañana colocaré la primera piedra de tu palacio; pero....

—En el Faubourg Sait-Antoine! exclamó el poeta exaltado, quiero ensanchar la población por esa parte, que es el antiguo barrio aristocrático de Paris. Tendré imitadores y fundaré una capital dentro de la capital... La capital es la nación, la nación... es la Francia;—la Francia es la cabeza de Europa... pues bien, yo bautizaré mi nuevo barrio llamándole: *Barrio de Europa*.

—Corriente, dijo Roberto temiendo un nuevo arranque del vagabundo pensamiento del poeta... haz tu palacio donde dices, y en el interin sellemos mi carta.

—Justamente, dijo Baltasar encogiéndose de hombros, y desplegó la enorme hoja de papel donde estaba en efecto el plano de un espléndido palacio cercado de jardines. Elevación, frente, costados, nada faltaba, y entre medias se habían añadido algunas tiras de papel pegadas cuidadosamente.

—Ves estas tiras? dijo Baltasar á su amigo:

—Baltasar, que mi carta está abierta, y es lo que urge.

—Estas tiras son aumentos, cambios que progresivamente he ido haciendo en el plan primitivo de mi palacio.... Se escribe, se corrige un monumento lo mismo que un poema: un palacio es un poema de bronce y mármol y nada mas...

—Baltasar, mi carta! repitió el conde imperturbable.

—Ya estamos! por eso te hablo de estas tiras.... Con que las pego yo? Con este pedazo de cola de boca... Dime ahora que no voy flechado al hecho... Despues hablaremos del palacio y darás tu opinion: tengo que encargar los adornos de los jardines que se reducen à cincuenta ò sesenta grupos ó estátuas del mejor mármol.. Me encuentro muy indeciso. Pradier es delicioso, modelo de elegancia y gracia .. mas el cincei de David es muy enérgico... severo y grande. Antonio Moyne y Barrye se distinguen por la originalidad... Vaya; la eleccion es apurada.... Otro tanto me sucede con las pinturas... Delacroix, Pablo Delaroché, Amainy Duval harán algunas... Yo desearia ocupar á Mr. Ingres, pero el duque de Luynes le tiene embargado para su castillo y es un dolor... Ah! Roberto, Roberto, añadió el poeta melancólicamente, como comprendo ahora los disgustos, las contradicciones de los Médicis!

Apoderado Roberto del precioso pedazo de cola de boca, se ocupaba en cerrar su carta del mejor modo posible, sin cuidarse mucho de los lamentos del poeta; pero yo quedé plenamente convencido en vista del

plano añadido; y sobre todo el encargo de la llava de plata y la artesa de ébano para la colocacion de la primera piedra hicieron en mi un efecto irresistible. Comencé á creer que era Baltasar uno de esos millonarios estrambóticos que se complacen en ocultar sus tesoros bajo aparente pobreza: así es que no me pareció extraordinaria la propina de veinte y cinco luises; empero pensamientos mas graves me preocuparon cuando Roberto me dijo al entregarme su carta:

—¿Sabeis donde está la calle del Faubourg de Roule?

—Si, señor, sobre poco mas ó menos. No hace mucho que estoy en Paris, pero preguntaré y estoy seguro de encontrarla.

—Te diriges al núm. 119.

—Está muy bien.

—Y preguntas por el baron de Noirliu... Bien que tu sabes leer y en el sobre vá el nombre.

—Está muy bien.

—Y mi idea? exclamó Baltasar interrumpiendo á su amigo.

—Cuál?

—Saber si en realidad está el baron en la posesion de Hamlet ó de Ofelia de resultas de haber estado en la de Jorge Daudin.

—Ya, dijo Roberto, pero cómo averiguarlo? Encogióse de hombros el poeta y me dijo:

—Así que llegues à casa del baron de Noirlieu, le dices al portero que tiene que entregar una carta al baron.

—Está muy bien.

—Al baron en persona.—Solo á él has de entregársela, entiendes?

—Toma! hago lo que puedo.

Con ademan triunfante volvióse Baltasar hacia su amigo, esclamando:

—Cuando yo decia que este no será jamás un Frontin?

—Qué! repuso Roberto impacientado, no entiendes que solo al baron has de entregar la carta?

—Ah! ya, sí, que no se la dé á nadie mas que al señor baron.

—Gracias à Dios, dijo Baltasar. Otra cosa... Tienes memoria?

—Cómo decís, señor?

—Oh tesoro de inocencia! Cuando ves ú oyes alguna cosa, lo recuerdas luego?

—Cá! no, señor, dos ó tres dias despues no me acuerdo casi de nada.

—Bueno! al entregar la carta al baron, mirale con atencion, ecsamina su cara, observa lo que haga, oye lo que diga al recibir ó al leer la carta... cuidado con tener muy presentes estas cosas y en seguida vienes á decirmela... Me parece que en tan poco tiempo no las olvidarás?

—Cá! no, señor, así de corrido... Pero, mañana por ejemplo, todo voló.

—Repió que en este mozo he descubri-  
to el anti Frontin, esclamó Baltasar.

—Si te preguntan de quien es la carta,  
añadió el poeta, dices que del conde Rober-  
to de Mareuil, que acaba de llegar.

Titubeó Roberto un instante y continuó:

—Que acaba de llegar... de Bretaña.

—De Bretaña, lo entiendes? me dijo Bal-  
tasar; y [se mefiguró que contenia una car-  
cajada, de la Bretaña.

—Está muy bien.

—Corre... despacha, dijo Roberto... En-  
seguida añadió: Ah! me se olvidaba... si por  
ningun estilo te consienten ver al baron, te  
traes la carta y dices que volverás mañana  
á las nueve.

—Muy bien.

—Al mismo tiempo, continuó Roberto, des-  
pues de una pausa, observa si entre los  
criados que te reciban hay alguno mulato.

—Mulato... que significa.

—Un hombre de color de plomo, sobre-  
poco mas ó menos, dijo Baltasar.

—Bien, bien, ya estoy.

—Si, por acaso, prosiguió el conde Ro-  
berto con alguna turbacion, te presentan al  
baron, y ves junto á él una señorita.....  
muy linda... con tres lunares en el rostro....

no puedes equivocarla.

—Ya, ya.

=Observa si está muy pálida, si parece triste.

=Eso no es difícil, añadió el poeta.

—Yo lo creo.. uno que está pálido y triste, se ve de cien leguas....

Ea, ilustre Martín, dijo Baltasar, desplega tus alas y echa á volar por esa escalera.

Me encaminé á la puerta, pero antes de salir, volví atrás y dirigiéndome candorosamente á Baltasar le dije.

—Señor; dónde he de ir por la llana de plata?

=Cómo?... saltó el poeta abriendo unos ojos como puños.

—Sí, por la llana de plata que me mandásteis comprar.

—Tú? repuso el poeta mirándome.

—Y una artesa de ébano también.

—Una artesa de ébano?

El poeta se hacia cruces.

—Sí, ¡hombre! exclamó Roberto soltando una carcajada, para la ceremonia,...

—Qué ceremonia? preguntó el poeta mas sombrado, dirigiéndose á su amigo.

—La de la colocacion de la primera piedra.....

=De qué?

=De tu palacio..... desmemoriado!

—De mi palacio?

—De tu capital dentro de la capital, de tu barrio de la nueva Europa... En qué diablos estas pensando, Baltasar?

—Bah! por qué no lo dices de una vez? exclamó el poeta; soltais una á una las palabras como cuentas de rosario... En efecto, necesito que Martin me compre una llana y una artesa consagradas.

—Donde venden eso? pregunté al poeta: el caso es que yo no tengo dinero...

—Palabra! exclamó Baltasar como asaltado de una reflexion repentina.

—Qué dia es pasado mañana?

—Hoy es martes, dije, con que pasado mañana, viernes.

—Jueves, hombre, jueves! es posible, la vispera de un viernes! exclamó el poeta con un arranque de espanto y de indignacion; colocar la primera piedra de un palacio la vispera de un viernes para que se derrumbe sobre mi cabeza... Fatalidad! que agüero! qué triste pronóstico!

Lentamente, casi conmovido, añadió:

—No, ¡Martin, no t'agas llana, ni artesa... digo, como no quieras ver á tu pobre amo sepultado bajo los escombros de su palacio.

—Señor... como yo...

—No dudo de tu buen corazon. Vé á ese

recado y vuelve pronto...

— Voy corriendo, le dije, y al cerrar la puerta oí al poeta repetir.

— En vispera de viernes, jamás! para estas cosas soy tan supersticioso como Napoleón!!!

Me encaminé hácia el Faubourg de Roule con una impaciencia febril, devoradora.

También estaban las señas de la casa del barón de Noirlieu en el pergamino que yo había visto, adornado de una corona real y de figuras simbólicas... El pergamino que yo encontré en la cartera que contenía las cartas de la madre de Regina.

## CAPITULO XIII.

### *Regina.*

**W**UY pronto llegué á casa del padre de Regina: esteriormente no ví mas que una larga tapia, en medio de la cual había una puerta cochera: cerca de esta puerta se hallaba parado un coche tirado por dos ar-

rogantes caballos: al acercarme se me antojó conocer la misma librea que llevaban los criados del vizconde Scipion Duriveau y que habia visto en nuestra escena del bosque de Chantilly.

Sorprendido de este encuentro y deseoso de aclarar mis dudas, dirigíme al cochero y fingiéndome pasmado de la hermosura del tren, dije:

—Este soberbio carruaje y esos caballos magníficos no pertenecen al señor conde Duriveau?

—Sí, contestó el cochero desdeñosamente.

Subian de punto mi interés y mi curiosidad. Me habia hablado Claudio Gerard del conde Duriveau con una aversion tal, me le habia pintado con tan negros colores, que se aumentó mi inquietud al pensar en los motivos que pudieran llevar al conde á casa de Regina, porque entonces recordé que el desconocido de la taberna de las *Tres Cubas* me habló de un hombre de edad madura que era su rival cerca de Regina.

Lleno de interés y curiosidad, llamé á la puerta, me abrieron y no viendo portero, me encaminé hácia un gran pabellon cuadrado, sito entre el jardin y el patio. En los primeros escalones de un ancho vestibulo apareció entonces el mulato que solia acompañar á Regina en sus viages por el aniversario de la muerte de su madre: el mulato vestia de ne-

gro y era su facha áspera y siniestra.

—Qué se os ofrece? dijo saliéndome al paso.

—Desearia hablar con el señor baron de Noirliu.

Me miró el mulato de pies á cabeza, como sorprendido de mi osada pretension, y respondió volviéndome la espalda:

—El señor baron no recibe á nadie.

—Es que tengo que entregarle una carta.

—Una carta? repitió volviéndose, es diferente, donde está?

—Me han dado orden de no entregarla sino al señor baron en persona.

—Ya os he dicho que el señor baron no recibia á nadie. Dadme, pues, la carta.

—Imposible, caballero, es muy importante, y tan solo al señor baron...

—Si no me la quereis dar, echadla al correo, contestó el mulato con aspereza.

—No es posible, necesito llevar la respuesta... Si hoy no puedo ver al señor baron, indicadme á qué hora he de volver mañana.

—Hase visto una terquedad por el estilo? exclamó el mulato amostazado. Os repito que no podeis ver al señor baron ni hoy ni mañana, ni esotro dia, me esplico? Dadme, pues, la carta ó marchaos.

—El señor conde Roberto de Mareuil que me envia, añadi observando con atencion al mulato, me mandó...

—No me dejó concluir: estremeciéndose al

oir aquel nombre, exclamó:

— Está en Paris Mr. de Mareuil!

— ¡Ibale á contestar, cuando un ruido de puertas y de pasos le hizo al mulato volverse. Al mismo tiempo vi aparecer á un hombre joven aun, de elegante apostura, y cuyas marcadas facciones revelaban altanería y dureza.

— Mando entrar en el patio el coche del señor conde? dijo el mulato respetuosamente.

No me quedaba duda, aquel personaje era el conde Duriveau.

— Es inútil, Melchor, contestó el conde afectuosamente. Y al bajar añadió:

— Escuchad, tengo que hablaros.

Así despacio se encaminó al portal el conde, hablando en voz baja con el mulato con cierta animación.

Aprovechando el momento de libertad que la casualidad me proporcionaba, dirigí á todos lados miradas furtivas, curiosas, inquietas. Regina vivía sin duda en aquella casa, pero por mas atención que puse nada pude divisar.

De pronto, dentro del piso bajo de la casa cuyas ventanas se abrían al nivel del vestibulo, fuese percibiendo ruido de voces, como si dos personas discutieran con calor: al mismo tiempo casi, se abrió una ventana de golpe y apareció Regina con la mejilla inflamada, arrasados de lágrimas los ojos, y con una fisonomía altiva, á la par que dolorosamente irritada.

—No, no, exclamó con voz alterada: jamás! Pasose la jóven la mano por la frente, como para dominar su emociion, se apoyó un momento en la ventana cual si quisiera poner término á una conversacion que la indignaba y refrescar en el aire libre su abrasada frente.

El mulato y el conde Duriveau, que seguian conversando en el portal, no pudieron oír el ruido, ni ver á Regina.

Jamás me habia parecido mas imponente la belleza de esta: sus largos cabellos negros divididos en dos espesas trenzas rodeaban su rostro puro, casto, altivo como el de la Diana antigua; un vestido negro muy sencillo que hacia destacar su noble y esbelto talle completaba el austero conjunto de la figura de aquella jóven.

Contemplábala yo con tímida y respetuosa adoracion; involuntariamente se anegaron en lágrimas mis ojos al decirme á mi mismo:

—Pobre desventurado, oculta, ese amor que es tu vida, tu fuerza, tu perseverancia en el buen camino; oculta ese amor en lo mas recóndito de tu corazón: ignore para siempre esa única divinidad de tu alma que á ella diriges tu culto, que á ella invocas, que te sacrificas por ella... en cuanto pueda serle útil la adhesion desconocida de una criatura oscura y miserable como tú.

—Dominada sin duda Regina por una emociion

violenta, no habia reparado en mí, porque miraba al frente y yo solo la veia de perfil, medio oculta como estaba por la puerta: pero habiendo vuelto por casualidad la cabeza hacia donde yo estaba, retiróse la jóven cerrando tras sí la ventana.

Tan rápido fué el movimiento, que era imposible que ni siquiera mirado hubiese Regina: reparando en un bulto se habria retirado.

En tan breve espacio pasó esto que cuando el mulato, despues de saludar respetuosamente al conde Duriveau, abrió la puerta, ya habia desaparecido Regina y cerrádose la ventana.

Iba á salir el conde, ya tenia el pie en el umbral cuando dijo en voz alta al mulato que se venia para mí descontento por haberme dejado solo:

—Melchor... me olvidaba rogaros que recordéis al baron que mañana á las dos vendré por él y por la señorita Regina para ir al Louvre.

—Lo tendré presente, señor conde, dijo Melchor volviendo á saludar.

Así que salió el conde, se me acercó el mulato rápidamente.

—Por qué os quedais en esa puerta? me dijo con desconfianza.

—Toma! como que no sé donde tengo de estar, esperaba aquí.

—Debisteis bajaros al patio. Y añadió des-

pues de una pausa: No habeis dicho que queriais entregarle al señor baron una carta de Mr. Roberto de Mareuil?

—Si señor.

—Hace mucho que está en París Mr. de Mareuil? preguntó Melchor clavando en mi una mirada penetrante.

—Ha llegado esta mañana.

—Donde vive?

—Calle de Provence, fonda de Europa.

—Sois criado suyo?

—No, señor, soy recadero:

Melchor reflexionó un momento y me dijo:

—Y la carta?

—Aquí está; pero tengo orden de no entregarla sino al señor baron personalmente.

—Seguidme, contestó Melchor, y pasó delante.

Le seguí atravesando el vestibulo: dió vuelta por un corredor, abrió la puerta de una especie de salon de descanso y haciéndome señal de que aguardára, se entró en otro aposento.

Sencillamente amueblada estaba la habitacion donde quodé, y casi del todo cubrian la pared numerosos cuadros de familia, que por los trajes debian alcanzar á épocas muy remotas, puesto que en el fondo negro de uno de los retratos que representaba un caballero con casco y coraza, vi escrito: *Gaston V, señor de Noirlie, 1220, Casi*

todos los retratos ostentaban los blasones de tan antigua casa con esta leyenda: *Fuerte y fiero*.

La divisa me recordó la espresion enérgica y orgullosa que acababa de observar en el semblante de Regina, hija digna de aquel linaje.

A poco rato, volvió el mulato y me dijo con ironía:

—Como ya os previne, el señor baron no puede recibir á nadie, ni hoy, ni mañana, ni esotro dia: dejad pues la carta, ó echadla al correo.

Convencido de la inutilidad de insistir, me retiré sin dejar la carta, acompañado del mulato que salió á cerrar la puerta.

Pero en un cuarto de hora recogí bastantes noticias: ignoraba si podian interesar á mi nuevo amo, tanto como á mi me interesaban.

Sabia primeramente que el conde Duriveau, hombre orgulloso, egoista, depravado por testimonio de Claudio Gerard, se hallaba en relaciones bastante intimas con el baron y Regina, toda vez que al dia inmediato debia llevarlos al Louvre, prueba evidente de que no era muy peligroso el trastorno del baron, cuando se proponia ir á la esposicion de pinturas.

Aquel mismo dia, inmediatamente despues de la salida del conde Duriveau, debia ha-

ber tenido Regina una discusión muy acalorada con el baron, discusión asaz penosa, supuesto que la jóven, llorosa, habia terminado la reyerta con una negativa tan resuelta.

Finalmente segun las trazas y la frialdad con que era acogido mi mensaje, no debia profesar el baron grande afecto á su primo Roberto... Agregando á estos hechos el recuerdo del desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*, sentia un temor vago por la suerte de aquella jóven: quizá su mano era codiciada por todos tres personajes, á saber:

El conde Duriveau, cuyo odioso carácter me revelára Claudio Gerard.

El desconocido que se disfrazaba con miserables harapos para ir á emborracharse con aguardiente en las tabernas y figones de las afueras.

Roberto de Mareuil, recientemente preso, pobre en la apariencia y que me inspiraba una desconfianza instintiva.

Mas ay! aun suponiendo que las persecuciones de uno de los tres pretendientes tuvieran un resultado funesto para Regina, qué medios de protegerla tenia contra sugetos tan ricos, ó tan encopetados en la sociedad un hombre oscuro y miserable como yo, que por una esperanza frágil acababa de aceptar la servidumbre en casa del conde Roberto.

Pensando estas cosas, era desconsolador mi

desaliento, y sin embargo una voz secreta me decía que no abandonára á Regina, que por humildes que fueran, tal vez no serian inútiles mis servicios, ya que la casualidad me habia hecho conocer las personas temibles para ella y cuyos vicios ocultos ó tenebrosos proyectos ignoraba tal vez.

Después de maduras reflexiones, y encaminándome á buen paso á casa de Baltasar, me tracé la línea de conducta siguiente:

Procurar primeramente penetrar cuales eran los designios del conde Roberto sobre Regina, observar, estudiar sincera, lealmente y sin prevencion la conducta de aquel jóven, inquirir tambien las miras que pudiera llevarse el conde Duriveau y usar de todos los medios que la casualidad ó las circunstancias me sugiriesen para hallar las huellas del desconocido de la taberna de las *Tres Cubas*. Con este propósito, pensé en mi próxima conversacion con Roberto, referir, ocultar ó desnaturalizar como conviniera, los diversos incidentes que acababa de presenciar en casa del baron de Noirlieu.

Adopté esta resolución sin vacilar y sin remordimiento: Roberto habia querido convertirme en instrumento ciego de no se qué planes, induciéndome á observar y contar todo lo que viera en casa del baron: esta excitacion á una maniobra de mala ley, que de seguro habria yo desechado, á no tratarse

de Regina, me daba derecho para obrar sin escrupulo con Roberto de Mareuil.

Además, mis intenciones eran puras, rectas, leales... sin asomo de envidia, sin remota idea de interés personal, renunciaba mas que nunca á la loca y estúpida esperanza tanto de que Regina reparara en mi como de que llegára á conocerme: por esta razón tenia para mi cierto encanto melancólico el pensamiento de continuar siempre invisible, misterioso, mis pruebas de adhesion, de adoracion y respeto á Mademoiselle de Noirlieu que comenzáran en la época de los funerales de su madre.

Con una confianza digna de la edad de oro, motivada acaso por la carencia de objetos codiciables por ladrones, dejaba siempre Baltasar puesta la lláve. Entréme derecho en la pieccecita que hacia de recibiento y oíle al poeta esclamar con aquellos arranques superfluos y exagerados propios suyos:

— Dicen que es asombrosa, arrebatadora, estupenda! Sin conocerla, adoro á esa criatura y la idolatraria solamente por su nombre... Ese nombre es todo un poema!

Penetré en la habitacion con miedo de interrumpir el monólogo del poeta, mas mi presencia no calmó su exaltacion.

— Si, es un poema ese nombre, esclamaba Baltasar andando á pasos largos... es mas que un poema, es un carácter, un retrato...

Dupare la ha visto en el teatro de los Funámbulos en un papel corto y dice que es un diamante escondido, que no puede tardar en lucir con todo su esplendor!

—Qué hay del baron? se apresuró á preguntarme Roberto, quien, preocupado por pensamientos mas graves, oia con impaciencia las locas esclamaciones de su amigo.

—Antes de responder, exclamó Baltasar, atiende, á ti te nombro juez, anti-Frontin, quiero hacer un experimento de tu inteligencia tan honrosamente limitada.

—Déjate de locuras y déjale darme cuenta de su comision, saltó Roberto, es cosa muy importante.

—Te devuelvo á Martin al momento, préstamele un momento, dijo Baltasar, y añadió dirigiéndose á mí: ea, Martin, responde, qué efecto te produce este nombre: BASQUINE?

Tan imprevista fué la pregunta y mi sorpresa tal, que di un paso atrás mirando estupefacto al poeta.

—Lo ves? exclamó Baltasar triunfante, cuando yo te digo que hay nombres retumbantes para las naturalezas mas rebeldes á toda electricidad moral.

Roberto de Mareuil se encogió de hombros.

Pasado el primer asombro, me apercibi del peligro de inspirar la mas leve desconfianza á mis nuevos amigos. Una inspiracion repen-

tina me dijo que en aquellas circunstancias lo mejor era decir la verdad, así es que contesté:

—;Válgame Dios! señor, qué nombre! si supiérais...

—Te deslumbra el nombre, no es verdad? exclamó el poeta, te hace ver lucecitas como una falda de color de rosa con lentejuelas de plata... Ese nombre resplandece, revolotea, da vueltas en tu cabeza como un torbellino de ojillas de oro, no es así?

—No, señor, no es eso, le dije: sino que me he quedado lelo al oír ese nombre...

—Por qué? preguntó Baltasar, mientras pateaba Roberto con impaciencia.

—Siendo niño, señor, le contesté al poeta, conocí á una niña de ese nombre... Cantaba como un ruiseñor y danzaba como una maga; era rubia con ojos negros.

—Fatalidad! exclamó Baltasar. Esa maravilla de arte, de espresion, de poesia, esa joya oscura hoy, pero que acaso mañana estallará á los ojos de todos como una bomba luminosa, ha sido volatinera! Roberto, desde esta noche á los Funámbulos; revelaremos su mérito á los bobos que lo ignoran, la decretaremos un triunfo, una apoteosis!!!

Exasperado Roberto con las escentricidades de su amigo, díjole con tono triste y apesadumbrado:

—Baltasar, como olvidas que estoy tratando de un negocio...mas qué grave para mí.

—Perdona, amigo mio, he delinquido, repuso Baltasar con dolorido acento. Llámame loco, pero no egoista.—Has visto al baron? me preguntó en seguida.

—No señor.

—Lo hubiera apostado, exclamó Roberto con despecho: te recibiria el mulato?

—Sí, señor: insistí mucho pero el mulato me... Ah! señor, me encargasteis que mirase bien lo que pasara y que hiciera por acordarme.

—En efecto. Y qué pasó?

—Advierto que me aturullo si no empiezo por el principio para decir la cosas con seguridad...

—Bien, hijo, empieza por el principio, repuso el poeta, de mal gusto es, pero tú tienes el empaque clásico... Ea, dí.

—Pues, señor, le dije á Baltasar, llegué á la calle de Faubourg du Roule, llamé me abrieron... y entré. Salió el mulato preguntándome que queria... Entregar en mano propia una carta al señor baron de Noirliou. No se puede ver al señor baron, me contestó el mulato. Entonces, estando yo en el vestibulo, salió de la casa un caballero jóven todavia y muy emperejilado: le habló al mulato, quien le titulaba Mr. Du... (yo hacer memoria) Mr. Duri...

--Duriveau, exclamó Roberto con tanto asombro como inquietud, y añadió al punto: El conde Duriveau es alto...moreno... de facciones severas, eh!

=Sí, señor, así es el nombre y la traza.

Miró Roberto al poeta y le dijo meneando la cabeza:

=Ya conoces la voluntad de hierro de ese demonio de hombre que es inmensamente rico. No hay nada para mí más peligroso que... Por reflexión se contuvo y añadió dirigiéndose á mí:

—Continúa. Mientras que hablabas con el mulato, salió el conde Duriveau de casa del baron?

—Sí, señor, el mulato le acompañó hasta la puerta. Entonces aquel caballero encargó al mulato que recordara al baron que al día siguiente á las dos pasaria á buscarle para ir al Louvre con la señorita Gi... Re...

—Regina! exclamó Roberto.

=Eso mismo, ese nombre dijo.

—Ya, mañana... á las dos.... al Louvre; dijo Roberto con satisfaccion y despecho al mismo tiempo. Corriente, no faltaremos, bueno es saberlo. No estará el baron loco tan rematado como dicen. Magnífico! mañana al Louvre.

Dirigiéndome otra vez la palabra: añadió el conde:

=Amigo: vales de oro lo que pesas, á pesar de tu cara estúpida. Continúa: Luego que se fué Duriveau, te quedaste con el mulato?

—Sí, señor.

—Y qué te dijo?

—Como me empeñaba en entregarle al baron la carta, díjome el mulato que su amo no recibia á nadie: hice tanto que al cabo me llevó el mulato á un saloncillo donde habia muchos retratos y me mandó aguardar.

—Pero llegaste á ver el baron?

—No señor. Al poco rato, volvió el mulato y me dijo como burlándose. Si no quereis dejar la carta, que le escriba al baron por el correo el señor conde de Mareuil, y le contestará. En seguida sin darme tiempo para mas, me echó á la calle el mulato.

—El mismo rencor siempre ó la misma desconfianza, dijo Roberto dirigiéndose al poeta, el cual fiel al propósito hecho de callar para no interrumpir á su amigo, bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—No has visto jóven ninguna en la casa? repuso Roberto.

—No, señor.

—Ni has notado nada de particular?

—No señor... solo al salir...

—Qué viste?

—Digo que cuando salí...

—Acaba di pronto...

—Estaba parado á la puerta, cuando pasó un magnífico carruage: no sé si hice bien en lo que hice, pero como me encargásteis que

observára, miré quien bajaba de tan hermoso coche.

—Hicisteis divinamente, se apresuró á decir Roberto. Y quien se apeó?

—Un caballero de cara muy halagüeña y muy bonita, mucho mas jóven que el conde Duriveau, no tan alto como él, pero muy bien vestido...

Para completar la fábula, retraté del mejor modo que pude al desconocido de la taberna de las *Tres Cuoas*, confiado en que acaso le conociera Roberto y así sabría por este quién era el hombre singular que tanto interés tenia en conocer.

Frustróse mi esperanza: á pesar de los minuciosos pormenores que di, dijo Roberto, despues de haberme escuchado con gran atencion y visible ansiedad:

—No conozco á ese hombre. Reparaste en el color de la librea?

—Cómo? repuse fingiendo no comprender la pregunta.

—Que si notaste de qué color vestian sus criados? repitió Roberto.

—No, no, yo solo miraba al amo...

—Es lástima. Podriamos haber sacado algo en limpio, dijo Roberto reflexionando: no observaste mas?

—No señor.

—Discorre... A veces las cosas mas leves significan mucho... para quien tiene interés en comprenderlas...

—No, señor, de nada mas me acuerdo por mas que hago memoria... Ah! si, otra cosa.

Recurri á otra fábula para exasperar mas los celos de Roberto é interesarle ardientemente en descubrir al desconocido.

—Di pronto, exclamó el conde.

—Un criado, el lacayo de este último caballero, le dijo al cochero....

—Qué? acaba.

—Le dijo, cuando se apeó el jóven: ya tenemos como de costumbre, un planton de un par de horas...

—Cómo de costumbre? exclamó Roberto. Eso dijo el criado? pues es muy importante el saberlo.

—Yo por mi, señorito, no sé por qué.

—Borrigo, eso prueba que el jóven frecuentaba la casa.

—No diré que no.

—Es absolutamente preciso que en el término de tres ó cuatro dias me averigues quien es ese hombre, dijo Roberto, despues de hacer una breve pausa.

Habia conseguido mi propósito: el conde estaba tan ansioso como yo de penetrar el

misterio, y debía por tanto ayudarme en mis pesquisas.

—Si, señor, repitió; es preciso que descubras qué joven es ese.

—Pero, yo, señor, cómo he de componerme!

—Muy sencillo: desde las diez ó las once de la mañana te situas todos los días cerca de la casa del baron; examinas las personas que entren, y observas si alguna es el joven que dices. Si vá en coche no hay cosa más fácil que saber quien es.

—Cómo he de hacer?

—Preguntádoles á los criados el nombre de su amo.

—Ya, ya, pero si no me atrevo ó no me lo quieren decir...

—Bueno, bueno, anti-Frontin, saltó Baltasar.

—Si se niegan á responder, un medio muy sencillo hay de hacer hablar á sus criados, repuso Roberto. No dices que es joven, elegante y buen mozo?

—Si, señor, es un joven muy guapo.

Roberto arrugó el entrecejo y añadió:

—Pues bien; con tono misterioso, les dices á los criados que vas de parte de una hermosa dama, á quien ha chocado el amo y desea saber su nombre y habitacion. Es imposible que los criados no te lo cuenten. Me has entendido?

—Pero si eso no es verdad, le dije á Roberto fingiéndome aturrullado. He de mentir acaso?

—Bravo, anti-Frontin! exclamò Baltasar, no pudiendo callar por mas tiempo, me habias dado un susto, porque te ibas asfigarando un poco, mas este rasgo me tranquiliza! En consecuencia, exclamò el poeta, con entusiasmo, y en pago de tan virtuosa respuesta, aumento tu salario hasta quince mil libras tornesas: esto, con el censo de suministrarme tirabotas, fòsforos, betun y cuellos postizos.

—Señor, y si no va en coche ese joven? le dije á Roberto, como he de hablar á los criados?

—Si va á pie, esperas á que salga y le sigues...

—Adónde?

—Adónde vaya... En alguna parte dormirà....

—Ya estoy, dije dándome por satisfecho, y no se duerme sino donde se habita, sabré su casa... está claró.

*Que no se duerme donde se habita!* exclamò Baltasar recogiendo. Martin, para remunerar esa casta creencia, suño á treinta mil libras tornesas tu salario: pero han de ser de tu cuenta los gastos de calsetines, de chanclos, de tirantes, de moneda suelta para pasar el puente, y me has de regalar

cinco melones de los primeros que haya....

—Oh! sois muy bondadoso, dije al poeta y añadido dirigiéndome al conde, pero aunque sepa la casa, no por eso sabré el nombre del jóven.

—Entras en el cuarto del portero; haces di retrato de tu hombre, y preguntas cómo se llama..., ya veremos con qué pretesto.

—Eh! eh! qué malicioso sois! exclamé admirado.

—Otra cosa: saltó Roberto entregándome otra carta escrita sin duda durante mi ausencia. Vas à llevar este papel à la galeria Bourgil, Abbé, à casa de un tal Bonin, tienda de juguetes de muchachos.

Unos recuerdos vagos me asaltaron al oír el nombre de Bonin, que no me era desconocido, si bien no puede discurrir en qué época oyera pronunciar aquel nombre ni la persona à quien pertenecía.

—No le sucederá à esta carta lo que à la del baron, me dijo Roberto, se la entregas à Mr. Bonin en persona, sale poco de su tienda: te darà una respuesta.

—Está muy bien.

—Corre, y vuelve pronto.

—A la vuelta, dices en ese fonducho inmediato que traigan comida para dos, exclamó Baltasar magestuosamente, porque nosotros

te mantenemos, Martín, te damos casa, te ves tiremos, luego que se gaste esa ropa que tienes y que está nuevecita todavía; dormiras en la antesala, te presentaré mi piel de oso de Siberia, interin se te arregla una cama decente y descansarás como un monarca, con mas sosiego que el mismo Luis Felipe.

—No soy delicado, dije. A la vuelta me traeré los pocos efectos que poseo, y en cualquier parte me acomodaré.

—Pues despacha, dijo Roberto, y si Mr. Bonin no está en casa, le aguardas.

—Está muy bien.

Sali y llegué á la galeria de Bourg-l'Abbé, que es uno de los pasages mas tristes y mas oscuros; al tiempo de entrar, me dió un fuerte tropezon un jovenzuelo que acababa de apearse de un elegante cabriolé, mientras el lacayo sujetaba à un brioso corcel. Despues de dirigirme una ligera escusa, el joven, ó mas bien el adolescente imberbe, y de traza asaz vulgar, aunque vestido con lujo, paso por delante de mí y yo le seguí buscando la tienda de juguetes.

Acababa de descubrirla cuando vi entrar en ella al mancebo que se apeàra del cabriolé: vile cerca del mostrador cuando llegué á la puerta y dentro estaban aguardando otras dos personas: la primera era un cazador con

casacas verde; charreteras de plata y e tricornio engalonado con plumas: la segunda una linda muchacha que me pareció una traviesa camarera, á jugar por su aire desenvuelto, por el gorrito y delantal blancos y por el aseo de todo su atavio. El cazador, que era un moceton nada lerdo, estaba en conversacion tirada con la doncella, y mientras tanto una vieja de cutis apergaminado y de penetrantes ojillos grises, se hallaba como acurrucada detrás del mostrador.

Acercóse á esta harpia el mancebo que me precediera y con no poca sorpresa observé que la dirigió la palabra con cierta deferencia afectuosa.

—Buenos dias, mi querida Mad. Laridon, la dijo, qué tal vá?

—Si venis hablar del negocio, repuso la vieja con aspereza, os podeis volver.... no se hace nada.

—Cómo qué! exclamò el jóven demudado, ayer ya se convino...

—Y hoy se desconvino.... cabal.

—Pero, querida Mad. Laridon, eso es imposible. Mr. Bonin sabia que contaba con ello.

—Estaos ahí diez horas predicando, replicó bruscamente la vieja, será como si callárais; en diciendo el amo que no, no hay que dar vueltas!

—Siendo así, dijo el jóven afligido, por qué prometió para hoy?..

—Bastante hemos hablado, dijo la harpía cruzándose de brazos, é insensible á todas las instancias del mozuelo.

—Me es igual, dijo este por fin con despecho, esperaré á Mr. Bonin.

La vieja hizo con la cabeza y los hombros un movimiento que parecia querer decir:

—Haced lo que os dé lo gana.

Atisbándome entonces, dijo la mujer:

—Qué se os ofrece?

—Traigo una carta para Mr. Bonin.

—Pronto volverá y podeis entregársela, respondió con su habitual dulzura.

Dos taburetes no mas habia en la tienda y estos los ocupaban la doncella y el cazador. Ofendido me pareció el jóven porque el lacayo no le ofreciera su asiento; mas el cazador sin dárselo un ardite de su falta de urbanidad, dirigió una mirada irónica á la pispireta muchacha, para que reparára en el carmin de despecho que coloreaba las mejillas del mancebo.

Cada vez mas sorprendido de lo que veia y oia, examiné con mas curiosidad aquella singular tienda. En vez de ser risueña y alegre como suelen los almacenes de tales chucherias; con sus muñecas recién vestidas de

raso y lentejuelas, con sus casitas brillantes como espejos y sus lujosos caballos, hallábase despoblada y oscura, sin que á escepcion de algunos muñecos viejos y empolvados, se viera juguete alguno.

Aquí llegaba de mis observaciones, resguardado en la sombra, pues iba siendo de noche, cuando ví entrar un hombreton con largos bigotes canos, corbata negra, levita azul abotonada militarmente hasta el pescuezo, un gran baston de caña, y el sombrero ladeado.

No me equivocaba, era el tullido. Ni los espesos bigotes, ni el apresto militar me impidieron conocerle, y por miedo de que me viera, me retiré al rincon mas oscuro del almacén.

La presencia de aquel bribon hizo á la vieja salir de su apatia: incorporóse casi y exclamó con interés.

=Qué hay?

—Que se malea la cosa, dijo el tullido por lo bajo. Se conoce qae era un lobo con piel de cordero.

—Con que aun no se ha concluido? dijo la vieja en tono de reconvencion.

—Concluido? ya, ya, repuso el tullido? trabajillo le mando al capitán.

=Con un pollito de esa especie! repuso la vieja encogiéndose de hombros.

—Repito que el pollo es un gallo bien armado de espolones, y que no se dejará comer la cabeza, es bien seguro.

—Pues entonces, que quereis? dijo la vieja refunfuñando; á que venis?

—El capitan convida al patron á que acepte la terciaria, y asi tal vez.

—El amo no está en casa, y eso es cuenta suya: esta noche le escribirá al capitan, replicó la vieja.

--Corriente, dijo el tullido, voy á avisárselo.

--El amo le escribirá, repitió la vieja.

En seguida se marchó el tullido.

Al oír decir el capitan, un presentimiento singular me anunció que se trataba de Bamboche, cuyas relaciones con el tullido seguian. En vano procuraba tambien adivinar que intereses podian traer á personas de tan diversas clases á aquel tenducho, donde no se pensaba en comprar ni vender juguetes.

De pronto la vieja, pegando, por decirlo así, su cara seca y arrugada á los vidrios de la tienda, dijo con voz hueca.

—Ya viene el amo.

Al oírlo, levantáronse acelerados el cazador y la doncella, y el adolescente se apartó de la puerta vidriera por donde estaba mirando para disimular su mal humor.



MARTIN  
EL ESPÓSITO.

---

6

---

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA,

MARTIN

DE REPÚBLICA

Concluida la obra costará 6 rls. cada tomo.

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA



MARTIN

EL ESPÓRITO,

ó

MEMORIAS DE UN AYUDA DE CÁMARA.

POR

EUGENIO SUE,

TOMO VI.



SEVILLA.

IMPRESA de Gomez calle de  
las Sierpes n. 13, junto al café  
del Turco. — Año de 1846.

THE

AMERICAN

REVIEW

OF

REVIEWS

OF

THE

REVIEWS



*Sevilla*

*Soc. dad. art. ca*

*Basquene*

MARTIN 1797



*[Faint, illegible cursive text]*



## CAPITULO I.

### *El mercader de juguetes.*

**A**BRIÓSE la puerta de la tienda, y como el día iba declinando, no pudo al pronto distinguir las facciones del mercader de juguetes: además, llevaba el sombrero encasquetado y con el cuello de la levita de color de tabaco, levantado por temor del frío

sin duda, se tapaba las orejas y parte del rostro.

No obstante su anterior despaño, acercóse el jóven al mercader, y le dirigió la palabra con cierta afabilidad tímida, inquieta, casi suplicante.

—Buenos días, querido M. Bonin, le dijo, venia á...

Interrumpiendo el mercader al mozuelo, preguntó á la vieja.

—No le has advertido que no podia ser:

—Se lo he repetido cien veces, murmuró la vieja; pero se empeñó en quedarse...

Con esta noticia, M. Bonin respondió al jóven con tono harto significativo:

—Buenas noches, jóven.

Y le volvió la espalda bruseamente.

—Pero, M. Bonin, repuso el mancebo con suplicante acento, por Dios, si supiérais... yo os explicaré!...

—Inútil, inútil, exclamó M. Bonin, sin mirarle siquiera: he dicho que no, y tres veces no. Buenas noches.

—Pero, M. Bonin, por la Virgen Santísima, escuchadme.

—Idos á acostar, jóven, que se os refresque la sangre.

Y dirigiéndose al cazador, dijo le el mercader.

—Venís de parte del duque?

—Si, señor, traia una carta de mi amo.

Al mismo tiempo que el cazador entregaba el mensaje de su amo, furioso el adolescente por verse humillado delante de testigos, exclamó:

—Pues bien, os delataré por lo que sois, un bribon, Mr. Bonin; diré que yo no pensaba en descarrarme, cuando recibí una carta en que se me ofrecían adelantos sobre la herencia de mi padre, diré...

—Ta, ta, ta, que diréis... y qué diréis? he ahí lo que son estos señoritos, replicó el mercader encogiéndose de hombros con desdeñosa indiferencia: vienen á proponer que se les descuente la muerte de papá, ó de mamá, porque no tienen cachaza para esperar la herencia que codician, y cuando un honrado comerciante se niega á proteger sus desórdenes, vienen á injuriarle á su casa... es cosa que da lástima.

—Qué! osais decir, exclamó el joven desesperado, osais decir que no sois cómplice de ese capitan aventurero que me hizo firmar letras de cambio en blanco por valor de cien mil francos, en pago de las cuales se figuró que yo habia recibido un cargamento de palo de campeche y jamon de oso, un privilegio de invencion y explotacion de los *aerostaticos tieofaros*, mil hotellas de *Laerima Cristi*, dos mil ejemplares de *Faublas*, no sé cuantos quintales de irubarbo, una cesion de diez leguas cuadradas de territorio en Te...

jas, una partida de plumas de avestruz, un crédito contra el bey de Tunez... objetos y propiedades todas imaginarias que vos me tomásteis en globo por la suma de trece mil trescientos francos?

Al oír enumerar los singulares valores dados al adolescente, el cazador y la doncella soltaron una estrepitosa carcajada. Yo no tomé parte en aquel acceso de buen humor, porque todavía ignoraba completamente lo que eran los préstamos usurarios.

No se dió por entendido el jóven de tan impertinente risa, y con mas cólera, prosiguió dirigiéndose al mercader:

—Repito que sois cómplice de aquel bribon de capitan, y tanto es seguro que me propusisteis un negocio mejor, prometiéndome veinte mil francos por un recibo en blanco firmado por mí... os atreveréis ahora á negar vuestra promesa?

—Vuelvo á declararos, jóven, que jamás seré cómplice de vuestras locas prodigalidades. Id en busca de papá y mamá, portaos bien, y no metais ruido, sino quereis que envíe á buscar la guardia...

—Bueno! exclamó el jóven exasperado, ya tendreis noticias mias.

—Cuando gustéis... estoy prevenido, dijo el mercader con calma, mientras salia el jóven dando un portazo.

—Imbécil, dijo á media voz Mr. Bonia.

De manos del cazador tomó y leyó la carta que ya iba á recibir al hacer esplosion la cólera del mancebo.

A medida que oia la voz de Mr. Bonin, voz clara, aguda, de acento sardónico, mas me pareció conocerla. En vano procuraba distinguir las facciones de aquel hombre: no lo pude lograr á causa del cuello levantado y del sombrero metido hasta las cejas, ademas de la oscuridad que en la tienda reinaba.

—Le direis al duque, saltó el mercader de juguetes luego que leyó, que hoy no tengo tiempo para examinar los objetos de que me habla, que los traiga ó los envíe mañana por la noche de siete á ocho y los veré y diré lo que valen.

—Qué? qué? replicó el cazador con la impertinente familiaridad de un lacayo de casa grande: no es eso, el señor duque me encargó que fuérais hoy á verle.

—Corriente, pues no me verá y estamos despachados, respondió Mr. de Bonin con ironía: que venga mañana á la hora de comer y me hallará...

—Está bonito que un duque y par, hijo de un mariscal del imperio, tenga que ponerse á vuestras órdenes, dijo el cazador ofendido.

—Si, eh? repuso el mercader de juguetes, pues habrá de tomarse ese pequeño trabajo, ya que quiere dinero prestado sobre la espalda y otras baratijas de diamantes de su di-

— ¡Bueno padre. A vos, buen mozo, os aconsejo que si teneis atrasos los reclaméis porque va mal vuestro amo. Cuando una casa se cuartea, los ratones escapan y hacen perfectamente. Aprovechad el ejemplo y buenas noches.

No dejó de hacer efecto el apólogo en el cazador y salió despues de hacer una seña de inteligencia á la criada.

Esta entregó otra carta al mercader, el cual dijo al leerla:

—Esta si, tu ama si que es mujer de órden: es avara, piensa en el porvenir, en lo positivo y aun no tiene diez y ocho años, y es hermosa como un sol. Como conoce á los hijitos de familia y cómo los maneja mientras que son sus amantes! Veamos que me quiere.

Abrió Mr. Bonin la carta cuyo contenido he sabido despues y voy á trasladar aqui con toda su sencillez, sin alterar mas que la horrible ortografía.

«Mi buen amigo:

«El marquesito quiere darme sesenta mil francos en diamantes, pero no tiene fondos por el pronto: su mayordomo aguarda ingresos para dentro de tres ó cuatro meses.... verdaderos ingresos.... me he informado.... Pero tres meses es un largo plazo y vale mas tener que aguardar.... Por otra parte, me ha hablado de un ruso muy rico.... y ya me comprendéis, para no perder la propuesta de ves»

«pedida del marqués, le he dicho que quería ahora los diamantes, y que si no tenía dinero, yo sabría quien le prestaría los sesenta mil francos con un interés de 20 por 100, pagado adelantado por seis meses.

«Este prestamista soy yo, pero en la apariencia sois vos: á mi agente de cambio he mandado vender 3200 libras de mis rentas: vos os entendereis con el mayordomo del marquésito, le exigireis una letra de cambio á seis meses vista bien en regla, y aparecerá que vos dais los fondos que mi notario entregará con un recado vuestro: está ya avisado. De este modo yo recibiré los diamantes y me beneficiaré con el 15 por 100 de interés, por que ya se sabe que un 5 por 100 de comision es para vos.»

«Si buskais algun negocio sólido y ventajoso (cuidado que no quiero nada con menores) escribidme, que aun tengo hasta cien mil francos disponibles, porque sigo en acecho de aquella famosa hacienda de Bric. Es una pera que tarde o temprano he de atrapar.»

«No dejéis de ir mañana por la mañana á casa del mayordomo. Siempre vuestra.

*Malvina Charancon.»*

= Mentira parece que esta encantadora muger no tenga mas que diez y ocho años, exclamó el mercader. Qué cabeza! Qué inteligencia práctica de los negocios! Dile á tu

señora, que está muy bien, que haré lo que desea. Esta si que te pagará con puntualidad, eh?

—Yo lo creo, como que se los dejo á ganancias! en poder de mi ama están mas seguros que en casa de un notario.

La doncella salió sin duda á buscar al cazador, que probablemente no habria salido de la galeria.

Era enteramente de noche. De pronto el gas iluminó el pasage y el interior de la tienda del mercader de juguetes. Este se quitó el sombrero y bajó el cuello de la levita.

Entonces reconoci á mi antiguo amo.... la Lebrasse.

Senti una especie de estreñecimiento retrospectivo, sobre todo cuando observé las profundas cicatrices de una estensa quemadura que abarcaba desde la parte inferior de la mejilla hasta la frente, quemadura ocasionada sin duda por el incendio producido por Bamboche: la cara de La Lebrasse seguia siendo imberbe, biliosa y sardónica. No me pareció que hubiera envejecido; únicamente en vez de cabellos á lo chino los llevaba cortados al rape, lo cual alteraba poco su aspecto; no me fué posible dominar cierta conmocion al presentar la carta de Roberto de Mareuil: pero hácia el verdugo de mi infancia no espermentaba ódio alguno personal, si así puede decirse: sentia una mezcla de disgusto,

de desprecio y horror que me molestaba: en virtud de un sentimiento de equidad habria deseado ver á aquel miserable condenado con todo el rigor de la ley: mas hubiera creido deshonrarme haciendole sufrir violentas represalias, fáciles para mi juventud, energia y resolucion.

Antes de que se alumbraba la tienda, habia permanecido apartado á la sombra en un rincon: asi la Lebrasse no reparó en mi presencia y cuando me vió, dió un paso atrás diciendo á la vieja con tono sorprendido y contrariando:

—De donde diablos sale este hombre? Estaba aqui? Y yo que me creia en familia!

—Qué! saltó la vieja, no habiais reparado en él? Yo creia que le dejábais para el último!

La Lebrasse se encogió de hombros, dió una patada y dijo examinandome atentamente.

—Quien sois? de donde venis? que se os ofrece?

—Yo... yo venia á traer una carta de parte del conde Roberto de Mareuil.

Este nombre produjo vivisima satisfaccion en las facciones de la Lebrasse y me dijo:

—Venga... venga esa carta.... La esperaba ayer...

Despues de leida la carta que le di, y cuyo contenido le gustó mucho sin duda, dijo-me con la mayor afabilidad:

—Hijo mío, decidele al conde Roberto de Mareuil que mañana á cosa de las diez tendré el honor de pasar á verle segun desea.

Con la mayor urbanidad me abrió la Lebrasse la puerta de la tienda repitiéndome:

—Mañana... á las diez... no se os olvide, iré á casa del conde Roberto de Mareuil.

Sali de la tienda de la Lebrasse con nuevos y poderosos motivos de reflexion, de interés, de temor y curiosidad: con certidumbre temia que el capitán de quien hablara el tullido, era el mismo capitán acusado por el mozalbete de cómplice de los préstamos usurarios del mercader de juguetes: en una palabra, que otra vez estaba en campaña el capitán Bamboche.

Tocante á la Lebrasse, ahora Mr. Bonin, mercader de juguetes de niños, puede hacer memoria que en efecto el antiguo volatinero se llamaba Bonin, nombre que leia alguna vez en los carteles, pero que habia olvidado absolutamente. Poco me extrañó su tenebroso oficio, disfrazado con el pretexto de vender juguetes, pero hasta mas adelante no tuve una idea completa de aquella nueva infamia.

Qué fatalidad singular, tras tantas vicitudes y perigrinaciones reunia á aquellos tres hombres, Bamboche, el tullido, la Lebrasse?

Qué comunidad de intereses pudo hacerles olvidar el odio implacable de que debian hallarse animados unos contra otros? Como re-

nunció Bamboche á sus sentimientos de venganza contra la Lebrasse?

Ya no me cabia duda, Bamboche habia sido autor ó complice de muchas y muy culpables acciones... empero, no por eso disminuia la ley que yo le tenia. Participaba esta amistad de una especie de compasion dolorosa, porque habia presenciado las sinceras veleidades y tendencias al bien que se produjeran en Bamboche y una esperanza vaga me animaba á creer que habria sido provechosa mi influencia sobre aquella enérgica naturaleza. Vivos deseos tenia de volver á verle; mas supe dominarme lo bastante para no aventurar ninguna tentativa de encontrarle sin haber meditado el plan de conducta que debia observar, respecto de los honores y las cosas que podian tener roce con los intereses de Regina.

De vuelta á casa de mis nuevos amos, referí al conde Roberto la favorable repues- ta del mercader y me pareció que le agradó en extremo, ayudándole su amigo Baltasar con las mas estrepitosas y escéntricas exclamaciones de regocijo. Manifestaba este absoluto empeño de ir aquella misma noche á los Funámbulos á proporcionar una ovacion á Basquine á quien admiraba por poderes, toda vez que nunca la habia visto, pero como Roberto recordarse á su amigo que aquella noche estaba consagrada á un asunto mas

grave, suspirando tuvo el poeta que aplazar su proyecto.

Después de su frugal comida, cuyas sobras me bastaron, salieron mis amos, previniéndome que sería inútil que esperara y que podía acostarme, añadiendo que me llamarían si para algo hacia falta.

Antes de marchar, me mandó Roberto abrir su maleta, su saco de noche y poner en orden los efectos que contenían.

Pero poco tiempo me ocupó este trabajo, pues difícil era ver un equipaje menos provisto que el del conde Roberto. El único objeto de lujo que encontré en aquella especie de inventario, fué un hermoso estruche de escribir, de cuero de Rusia con abrazaderas y cerraduras de plata.

Dando vueltas por el aposento, observé una cosa que no notára en un principio.

Ví en la pared que separaba la habitación de mis amos de la que yo debía ocupar, una especie de remiendo circular de unas seis pulgadas de diámetro y como á tres pies del suelo.

Era probable que la tapia hubiera estado atravesada por un cañon de estufa (destinado á calentar la pieza donde yo dormía) que haciendo un recodo iba á unirse con la chimenea de la habitación vecina.

En el aposento de mis amos, el papel ocultaba los vestigios de esta obra, mas en el

que yo ocupaba, no se habia cuidado de disimularlo.

Ocurrióme entonces una ílea vituperable en sí, lo confieso, mas disculpada por los recelos cada vez mayores que me inspiraban las singulares relaciones de Roberto de Mareuil, y lo que yo habia podido penetrar acerca de sus proyectos sobre Regina.

Dejando por la parte de la habitacion de mis amos el papel que cubria el hueco del cañon, mas separando por mi cuarto los materiales que le obstruian, no podia perder una palabra de mis amos, aun cuando hablasen quedo. Para ocultar aquella especie de conducto acústico, quité detrás de una alhacena un pedazo de papel que coloqué con el mayor esmero en el sitio de la abertura.

Trabajo me costó decidirme á cometer aquel abuso de confianza; reflexioné severamente conmigo mismo, preguntándome qué móvil me impulsaba, qué objeto me proponia y si tenia necesidad absoluta para obrar así.

A estas cuestiones planteadas con toda sinceridad, respondíme:

El móvil que me impulsa es la abnegacion mas completa, inspirada por un amor tan vehementemente como respetuoso y desinteresado; un amor que es y será ignorado siempre por la que le inspira.

El bien que me propongo es proteger, defender en cuanto lo permita mi humilde es-

tado á una noble jóven que creo amenazada.

La necesidad que me impone la obligacion de obrar así, es absoluta, ningun otro medio tengo de cerciorarme de las verdaderas intenciones de Roberto de Mareuil y por testigo pongo al cielo! si no son fundadas mis sospechas, si me convenzo de la rectitud de carácter de este jóven y de que Regina tiene parte en sus proyectos y esperanzas, por dolorosa que me sea esta resolucion, desplegaré tanto celo para coadyugar á los designios de Roberto de Mareuil, como habria empleado para contrariarlos en el caso contrario...

Por último apelé á la postrera prueba, y en mi alma y mi conciencia reflexioné si Claudio Gerard habria aprobado mi accion: entonces acabé de decidirme...

A la media hora, existia entre ambas habitaciones una comunicacion acústica, perfectamente disimulada. Tan claros percibia los sonidos, que habiendo encendido lumbre en la chimenea de mis amos, no obstante haber cerrado las puertas, percibi perfectamente los chasquidos de la leña.

Hecho esto, esperé con impaciencia el regreso de Roberto, tumbado sobre la piel de oso que Baltasar me cediéra generosamente, y con la cabecera puesta hácia el sitio donde acababa de establecer la comunicacion.



CAPITULO II.

*La conferencia.*

**P**asadas dos ó tres horas, volvieron Baltasar y Roberto, atravesaron rápidamente la pieza donde yo fingia dormir profundamente, y se encerraron en el aposento inmediato. Casi al mismo tiempo oí el ruido de

un tropezon en una silla, casual ó de cólera.

Arrimando entonces el oido á la especie de conducto acústico que habia abierto, oi la siguiente conversacion:

—Vaya, Roberto, decia el poeta como reconveniéndole afectuosamente, ten calma, ten valor, ¡qué diantres, aun no es cosa de desesperarse.

—Todo se ha perdido! exclamó Roberto de Mareuil andando á pasos largos y murmurando imprecaciones de furor.

—No, no se ha perdido todo, supuesto que nada se ha hecho; repuso Baltasar: qué crédito merecen tales rumores? Ea, Roberto, fuera egoismo; no ignoras cuánto siento estar triste, y estás traspasándome el corazon con esa desesperacion.

Despues de un instante de silencio, repuso Roberto de Mareuil:

—Oyè, Baltasar, no tengo otro amigo que tú... todos los que he favorecido en mis dias de prosperidad...

—Han desfilado con el último escudo..... como las aves de paso al venir el invierno!.. Bah! Eso te admira? dijo el poeta; pues de qué te ha servido vivir en París? Olvídalo todo, lo pasado, pasado y hablemos de lo presente, como buenos compañeros de colegio.

—Si, exclamó Roberto con amargura... ahora soy tuyo, y te abandoné mientras fui rico.

—Espera, reselamó Baltasar, entendámonos, yo fui quien te abandonó al verte en auge... Bonita figura habria yo hecho en tu gran mundo con mis pobres 1,200 francos de renta, y mi hidrofobia de trabajar y hacer coplas. Sin embargo, no por eso te olvidé, pues te vi cinco ó seis veces en tu soberbio carruaje. Cruzabas por el boulevard como un brillante meteorito, y yo te saludaba con la mano. Entonces el meteorito se detenia, bajaba del coche, venia á hablarme: oh! amigo, esto era prueba de tu arrojo, porque yo llevaba medias negras de lana, zapatos de lazo y un sombrero gris que hacia á todas estaciones. No debia lisongearme que te vieran charlando conmigo; pero...

=Baltasar!

—Confiesa esta flaqueza... yo confesaré otra; me ponía tan hueco de que me vieran hablar con un mancebo tan elegante como tú! Pero tenia desgracia ninguno de mis pares en galas me vió departir contigo. Hablemos con formalidad: hemos obedecido á nuestros hados respectivos: te has divertido como un rey; yo he hecho mas coplas que un hambriento y volvemos á encontrarnos, yo con algunos millares de versos mas, tú con algunos millares de lises menos, lo cual equipará nuestra hacienda. Solo que yo estoy contentísimo con mi suerte, pues merced al trabajo, paso largas horas en el mundo mági-

co de la imaginación: lo demas del tiempo, espero... qué digo? vivo en la incertidumbre de nadar algun dia, mañana quizá, en pleno Pactolo, lo juro por la laguna Estigia y por la cabeza de mis libreros. Ahora yo soy el rico, el dichoso, el millonario, y pardiez que no consentiré que te desesperes de esa suerte. Esta mañana, todo tú eras llamas y fuego: héte ahora convertido en nieve y hielo, y por qué por una noticia, que aun cuando fuera cierta, se limita á lo siguiente: que tropiezas con un obstáculo... Vaya, Roberto, que no estás conocido...

—Es verdad, repuso el conde abatido: Ah! la desgracia hace dudar de todo.

—Sabes adonde conduce ese desaliento? exclamó el poeta.

E interrumpiéndose á sí mismo con un tono mas grave y conmovido del que solia usar:

—Oye, Roberto, si te creyera capaz de vivir con muy poco interin llega el momento en que con tus antiguas relaciones y protecciones de familia, pudieras alcanzar algun modesto empleo... te diria: «No te inquiete el porvenir, parte conmigo lo poquísimo con que vivo, y pronto alcanzarás algun destino corto pero seguro... luego...

—Pues oye tú, Baltasar, dijo Roberto interrumpiendo á su amigo, educado en el lujo y en el ocio, he adquirido la costumbre de satisfacer todos los gustos dispendiosos, lo-

dos los caprichos de una epulencia pródiga. Soy ignorante, perezoso, altivo... Gusto de la riqueza, no solo por las delicias que proporciona, sino por los goces que el orgullo reporta: en una palabra, tanto anhelo gozar como no descender de mi rango: sí, porque con razón ó no, creo que un hombre de mi cuna debe vivir de otro modo que un cualquiera, debe hacer honor á su nombre, y por eso mientras pude, viví como un gran señor. Ahora estoy arruinado, abrumado de deudas y brutalmente te confieso que me siento incapáz de ganarme la vida con mi trabajo. Ni para qué sirvo? Para nada... Aun suponiendo que la casualidad ó un favor omnipotente me proporcionará un empleo, no de mil y quinientos francos, sino de quince mil, supongo...

—Como si dijéramos el sueldo de un prefecto, de un mariscal de campo, de un obispo, de un consejero exclamó Baltasar.

—Bueno! pues dejando á un lado la humillacion de tener empleo, esto es, de estar á las órdenes de alguien, qué diablos hago con quince mil francos, hecho á gastar cien mil libras? Acaso te parezca absurdo esto que te digo, pero es la para verdad.

—Te creo, Roberto, cómo has de poder vivir con quince mil francos anuales? Formalmente, te juzgo incapáz de poder vivir con menos de sesenta mil libras de renta y aun

asi lo has de pasar con ahogos: mil veces me lo has probado matemáticamente y punto por punto recuerdo tu razonado presupuesto. Te lo haré presente, no sin fundamento.

1.º Me decias: no es posible ir á pié: empecemos ocho ó diez mil francos en mi tren.

2.º Como las señoras exigen atenciones muy pesadas, es menester buscar una querida, y lo menos que se puede dar á una muchacha un poco en moda son mil y quinientos francos mensuales sin contar los regalos.

3.º No es posible comer en fonda de menos de treinta ó cuarenta francos, si los mozos le han de mirar á uno con cierta consideracion; tambien se necesitan treinta ó cuarenta francos para un palco de proscenio donde vaya la querida, lo cual con el obligado ramillete cotidiano y la comida sube á unos cien francos diarios. Agréguese el alquiler de una casa decente, los gastos imprevistos, los banquetes, los regalos, las infidelidades, los caprichos, el juego, las apuestas y verás que en toda la fuerza de la espresion un hombre de cierta calidad no puede vivir con menos de ochenta ó cien mil francos anuales, sin contar otros cien mil francos de primeros gastos: esto se entiende haciendo vida de soltero que es mas barata.

— Asi es, dijo Roberto con un amargo suspiro, si, desafio á un hombre *comme il faut* á que viva en Paris por menos si ha de hon-

rar su rango.....

—Te aproximas á la verdad mas de lo que crees. Quizás Roberto al decir que no puedes vivir con menos, y te recuerdo de este presupuesto para comprobar la suma de tus necesidades, quizá para ti lo superfluo se ha hecho tan necesario que si te faltará mucho tiempo...

—Me mataria, dijo Roberto con la mayor frescura.

Con tanta resolucion pronunció el conde estas palabras que no dudé que decia la verdad. El poeta creyó igualmente, pues despues de una pausa dijo muy conmovido:

—Te creo, si, te matarias. Por eso te decia que no puedes vivir con menos de 60,000 francos. Esto lo comprendo yo que vivo con mis 1,200. Lo comprendo, porque es menester aceptar á los amigos tales como son: en vez de ser tuerto ó corcobado padeces el achaque de lo superfluo que no es flojo. Pero no quiero que te desalientes, porque si desalientas, malograrás una boda de 150,000 libras de renta y de desesperacion te levantarás la tapa de los sesos. Por supuesto que yo no quiero que tal suceda, al contrario, deseo que te cases con Regina de Noirlieu que es tres veces millonaria, y te casarás con ella. Venceremos los obstáculos para lo cual me ofrezco á tu servicio, y como los bienes mas saneados que poseo son

mi imaginacion, te brndo con ella y con mi larga esperiencia de la intriga dramática, porque aun tengo alli once dramas ó comedias virgenes. Lo mejor es que comencemos por reasumir tu situacion, la de Regina y el carácter de las personas que han de intervenir en la accion. Desembrollemos esto ni mas ni menos que si se tratára de un drama. En seguida discurrirémos. Figúrate que soy tu colaborador y que se trata del plan de una alta comedia ó quizá de un drama. Nombre de los actores: tenemos primeramente: Regina de Noirlieu. Bien.

—Esto es todo? repuso Roberto.

—Ahora los hombres: tú, primer galan, *Roberto de Mareuil*; el baron de *Neurlieu*, padre de Regina, el conde *Duriveau*... y...

—Y el *principe de Montbar* exclamó Roberto con amargura... á ese maldito principe aludiria Martin... porque el principe es muy jóven, muy buen mozo y vá á menudo en casa del baron.

Estas palabras de Roberto justificaron mis sospechas; casi no podia ya dudar que el desconocido de la taberna de las tres Cubas se llamaba el principe de Montbar.

Baltasar prosiguió despues de una pausa.

—Son estos todos los actores?

—Si, todos; asi Dios me salve respondió Roberto.

—En las partes de por medio, continuó Bal-

tasar, olvidamos á nuestro anti-Frontin. Tonto y todo, puede sernos muy útil, y sino ¿con su noticia no te puso en la pista de los Duriveau y del principe de Montbar?

—Así es...

—Incluyamos pues á *Martin*, layaco de Roberto de Maureil (ya ves como me porto). La escena pasa en París... Ahora dirijamos una ojeada á los antecedentes.

—Locuras! dijo Roberto con impaciencia.

—Locuras! locuras llamas á averiguar los sucesos que precedieron al momento en que la acción comienza? Entre otros términos; reasumamos su situacion hasta el dia respecto á Regina. Algunas de tus confidencias tienen fecha antigua... he olvidado ciertas circunstancias, con que rectificar mis recuerdos... ilustrame pues para prever, es necesario saber, y creo no saberlo todo.

—No respondió Roberto de Maureil turbado.

—Me enterarás á medida que se presenten los hechos, dijo Baltasar: ahora hablemos. Fuiste educado con Regina, cuyo pariente eres. A la amistad infantil siguió una costumbre de intimidad que con los años se trocó en amor.—No es esto?

—Sí, amor tierno, apasionado el mio; pero frio, grave y reservado el de Regina.

—Bueno: así llegásteis, ella á los diez y seis y tú á los diez y ocho ó diez y nueve,

prosiguió Baltasar: os veiais tan frecuentemente como permitian vuestras relaciones de familia y continuábais amándoos, ella con amor de casta colegiala, tú con amor de colegial cándido prometiéndoos amor eterno.

—Pero con una condicion, dijo Roberto.

—Cuál? no me lo has dicho nunca.

—Regina juró no ser mas que mia, exclamó Roberto, con la condicion de vengar la memoria de su madre.

—Vengarla... de quién? preguntó Baltasar sorprendido: vengarla! como?

—Regina no se esplicó mas: debia despues completar su revelacion, mas nos separó un rompimiento entre nuestras familias. Ahora hé aqui lo que no sabes, Baltasar, añadió Roberto. En nuestra entrevista me dijo Regina con solemne tono. «Nos separan, mas nadie separa los corazones: Os he amado y os amo, Roberto, porque os conozco desde la infancia y creo que teneis un corazon noble, un carácter generoso, porque me habeis jurado ayudarme á vengar á rehabilitar la memoria de mi madre, indignamente calumniada. Partid pues, Roberto, ya que no hay otro remedio; pero por el sagrado recuerdo de mi madre juro que ni el tiempo ni la distancia me harán olvidar la promesa solemne que hoy empeño de no ser sino vuestra. Cuando juzgue el momento oportunidad os diré *venid* y sé que vendreis.

— Este lenguaje es lisonjero... La promesa es formal... dijo Baltasar conmovido; y en vista del carácter firme, leal y caballeresco de Regina, cumplirá sin duda lo que acaba de prometer.

— Oh! sin duda alguna, exclamó Roberto con una especie de resentimiento amargo; mi porvenir se funda en esta sola esperanza.

Baltasar guardó silencio por algunos momentos.

— Qué tienes? dijo Roberto de Maureil.

— Es verdad; dijo el poeta con sentido acento. Regina es una noble criatura... pero volvamos á los antecedentes.... El barón lleva á su hija á una posesion de Berri. Tú olvidas pronto tu primer amor, y fiel al presupuesto cuyas cantidades me habiais fijado, empleas alegremente en él los bienes que te ha dejado tu padre.... todo con el mismo objeto.... hasta las heredades.... Agotado el bolsillo y en la necesidad de tomar prestado, sabes que Regina, gracias á una herencia imprevista es poseedora de tres millones; te acuerdas tambien de la solemne promesa de tu amiga de la niñez... Entretanto... dime francamente; ¿te sientes completamente libre de toda afeccion pasada ó futura hácia Regina? Hacer el papel que pretendes... es cosa que exige mucha sangre fria... Yo diria igualmente que para esto se necesita todo el

egoismo inflexible de un hombre de negocios porque tú no debes desconocer que es un negocio ó mas Lien un excelente negocio. Ni mas ni menos.... si te resuelves te diré mas adelante mi opinion personal sobre el asunto.

—Cómo? esclamó Roberto; espílicate.

—Ahora estamos hablando bajo el punto de vista.... dramático, y no bajo el punto de vista... moral... perdóname la espresion... Una posicion difícil.... casi desesperada (tal es la tuya), y conociendo los caracteres tratamos de hallar los medios de desenlazar felizmente esta diabólica posicion.... En esto, lo repito, tu procuras hacer un excelente negocio, y yo una comedia de intriga.... Ya ves que no se trata de si hay ó no hay moralidad en el argumento.

—Te parece que esto es proceder con poca lealtad? esclamó Roberto.

—Qué tontería!., Estás arruinado... abrumado de deudas. Una jóven rica, bonita ha prometido ser tuya y vienes á reclamar su palabra. De cien personas las noventa y nueve y media harian lo que tú.... Tranquilízate, pues, por lo que hace á la opinion de las gentes.... Tú estás puro, sin mancha, como el cordero Pascual.

—Pero á tus ojos... con respecto á ti?

—A mis ojos... con respecto á mi?

—Si...

—Curioso!!...

—Sé franco, obrarias tú como yo, Baltasar?

—Tal vez...

—No lo apruebas?

—Te ayudo, porque sé que para ti se trata de una cuestion de vida ó muerte, dijo Baltasar con gravedad.

—No apruebas y me auxilias: qué significa tal contradiccion?

—Contradiccion? exclamó el poeta recobrando su buen humor; al contrario: es una fusion... una perfecta armonia: desaprobando tu accion, sigo mi opinion personal: ayudándote me agrego á la opinion del mayor número.

—Tú siempre raro!

—Qué le he de hacer, Roberto? Un poeta es un avechueho tan extraño...

Aunque pasiva, le agradeci á Baltasar esta protesta contra los proyectos de Roberto, oí el fin de la conversacion de mis años con inquietud progresiva.

—Prosigamos nuestra esposicion, respondió Baltasar. Noticioso de la herencia inesperada de Regina, sabes ademas que es muy desgraciada en casa de su padre, porque se cuenta que no es su hija. El baron, no obstante los años que han pasado despues de su descubrimiento, toma tan á pechos su percanche cómico-conyugal, que se teme que la misantropía raye en demencia... motivo por el cual la situacion de su hija es altamente intolerable, desde que el baron se le trajo á

Paris. Para tí todo esto es miel sobre ojuelas: jéven mortificada está medio robada, y por tanto te propones el rapto de Regina, persuadido de que por mil razones no ha de dárte la su padre en matrimonio. No me parece inmotivado el conato de rapto, toda vez que cuenta con el juramento de la mas caballeresca damisela: es verdad que aun no ha dicho: *venid*; mas no importa, tu te anticipas á sus deseos y entras en Paris con el propósito de poner un sitio en regla á Regina y á sus millones...

Hé aqui el resultado de las cosas, esta mañana á medio dia. Esta noche tenemos un incidente nuevo para completar la esposicion: de buena tinta averiguas que tienes dos competidores para la mano de Regina: el uno, aceptado por el baron, es el conde Duriveau, viudo, bribon enriquecido. El otro pretendiente al parecer, del gusto de Regina, culpable por tanto de olvido; el otro pretendiente es el príncipe de Montbart, jéven de veinte y cinco años, hermoso como Antonino, noble como un Montmorency, distinguido y rico: me parece que no me dejas en el tintero nada de lo que sé.

—Nada, repitió Roberto.

—Respecto de lo que ignoro, prosiguió Baltasar, es ya oportuno el enterarme...

Después de una breve pausa, dijo Roberto con no muy seguro acento:

—Dijete esta mañana, que acababa de llegar de Bretaña, del castillo del marqués de Keronard; donde fui á buscar un asilo contra mis acreedores....

—Bien, y qué?

—Esta mañana he salido de la cárcel por deudas, donde estaba desde enero.

—En la cárcel sin saberlo yo? exclamó Baltasar en tono de reconvencion.

—Quise en lo posible guardar secreto, y me parece haberlo logrado.

Me prendieron al volver de un viage emprendido para desorientar á mis acreedores.

—Quién ha pagado tus deudas? dijo Baltasar.

—Están sin pagar.

—Y quién te ha sacado de la cárcel?

—Mis acreedores.

—Tus acreedores?

—Me han facilitado ademas los medios de contraer un nuevo empréstito, en casa de ese mercader de juguetes á quien escribí esta mañana.

—Parece prodigioso.

—Pues es cosa muy natural: he convencido á mis acreedores de que no podian esperar nada de mi teniéndome encerrado, al paso que dejándome libre y preparándome algunos fondos harian posible un rico enlace que traia entre manos.

—Comprendo.

—Por supuesto, se han asegurado antes de salir del encierro, he renovado todas mis letras de cambio á tres meses fecha. Me vigilarán, y si se hace la boda, cobrarán..... si no.... Mas á qué la hipótesis? Si se frustra el negocio, mi resolución es irrevocable...

—Ahora que sé lo que arriesgas y lo que has sufrido, exclamò el poeta, te digo que si, como esperas, te casas con esa noble jóven, es imposible que no la adores de nuevo, aunque no sea mas que por agradecimiento.

—Asi creo. De situacion tan desesperada me saca... mas ahora me hallo hartó acosado de incertidumbres, de temores, para pensar en amorios.

—Me agrada esa franqueza, y por lo mismo acrecientó mi celo. Sentados estos preliminares, lo primero que te incumbe hacer, es ver de nuevo á Regina.... Imposible es que haya admitido las pretensiones del conde Duriveau, y poco probable que haga caso del príncipe de Montbar. Te hizo un juramento, y en su carácter no es creible el perjurio.

—Todo mi temor es que la fama de mis locuras de mi ruina, y hasta de mi encarcelamiento haya llegado á su noticia.

—Qué importa si te ama Regina? dijo Baltasar á Roberto. El amor es indulgente, y puedes decir que si te encenagastes en la dissipacion, fué por distraerte de tan cruel separacion Repito, que si te ama, todo lo de-

más no vale nada.

—Eso, mañana lo sabré.

—Mañana?

—No vá al Museo con su padre y con el conde Duriveau? Pues con una vez que se encuentren mis miradas y las de Regina, sabré mi suerte. En su altivéz y franqueza no es posible que disimule, la conozco, y tengo por cierto que su fisonomía se explicará bien claro.

—Con efecto, antes de combinar plan alguno, debemos esperar el resultado del encuentro de mañana.

—Y si se frustran mis esperanzas? exclamó Roberto.—Oh! no! no!—Otra vez le oí dar un empujón á una silla, levantarse y andar agitado.—No, solo de pensarlo siento un infierno dentro del pecho.

—Vaya, Roberto, serénate, dijo Baltasar conmovido: me asustas de veras: estás pálido. Tus ojos brotan sangre... Vén á la ventana á respirar aire libre.... aquí te ahogas. Qué diantre! valor: estás hoy mas nervioso que una dama.

Oí abrir la ventana, y á Roberto que decia acercándose:

—Tienes razon, se me anda la cabeza; el aire me hará provecho. Luego te diré con calma y con resolucion, que si Regina burla mis esperanzas, estoy resuelto á....

Como la voz de Roberto se dilataba á me-

dida que se iba arrimando á la ventana, no pudo percibir el fin de la frase.

Pocos momentos despues oí de pronto á Baltasar, que se habria separado sin duda, decir con voz, no bulliciosa ni conmovida, sino firme, severa, casi indignada.

—No te creo, no quiero creerte.

—Oyeme Baltasar.

—Repito, Roberto, que te calumnias, porque eres incapáz de accion tan perversa. La traicion mas indigna de Madlle. Regina de Noirlieu, no te servirá de excusa.

—No lo disculpa todo mi ahogo extremo? exclamó Roberto, olvidas mi situacion?

—Tan no la olvido, Roberto, que ella sola ahoga en mi corazon escrúpulos que no quiero traer á cuento... Harto hago, mas pasar de alli, jamás! No obstante, nuestra antigua amistad, no obstante mi adhesion, de que nó debes dudar, en mi vida volveré á verte si...

Interrumpiendo Roberto al poeta con una carcajada sardónica, que casi me pareció convulsiva, dijo con una jovialidad tan ficticia como la carcajada:

—Pero es posible, inocente dramaturgo, que ya olvides que me digiste: «vamos á trazar el plan de una alta comedia, quizás de un drama!» Eh? pues yo he querido demostrarte, que tambien se me alcanza algo de escenas dramáticas. Pudiste creer con formalidad, que fuera tan indigno que... Vaya Baltasar que me

enojára si no fuéramos tan amigos.

Dijo Roberto estas palabras con tono tan natural, que casi me dieron tentaciones de creer en la sinceridad de sus palabras. Baltasar no dudó ni un momento, pues exclamó con acento entre alegre y resentido:

—Llévete el diablo, Roberto, ó mejor dicho, lléveme á mí, por ser tan sándio que di crédito á semejante atrocidad. Con razon te burlabas de mí... Pero se hace tarde: la esposicion está trazada, con que quede la accion para mañana.

Era cosa singular que Baltasar que en los espacios imaginarios tambien soñaba despier-to, apareciese bueno, generoso, sensato, tan luego como entraba por el camino de la vida práctica: dejábase de ofrecer á su amigo la mitad del Potosi, de los baños de oro, de los galeones y otras riquezas fantásticas que esperaba de sus obras, y que disfrutó mas adelante; ofreciale á su amigo lo que en realidad poseia: su modesta morada, su paz y los fecundos recursos de su imaginacion. Habia yo visto con satisfaccion profunda que no obstante su amistad á Roberto, el poeta señalaba severos límites á este afecto y me parecia tanto mas incapáz de complicidad en una mala accion contra Regina: cuanto que no sin escrúpulos se prestaba á favorecer los proyectos de Roberto. El acento frio, resuelto de

este al indicarsus intentos de suicidio, habíame convencido de la sinceridad de su determinacion, y confieso que si me inspiró alguna lástima aquel hombre, fué despojada de todo interés, de todo sentimiento simpático... Aquella inercia, aquella cobarde resignacion que preferia la muerte al trabajo, sin ensayarlo siquiera, aquella cínica confesion de no poder vivir con doce ó quince mil francos de renta... la pretension insolente de no poder aceptar mas existencia que la de millonario; repito que todo esto me inspiraba disgusto, desprecio, indignacion contra aquel desventurado.

Pero recordando los preceptos de Claudio Gerard, preceptos llenos de mansedumbre y sabiduria, me acordé de la educacion que habia recibido Roberto de Mareuil, educacion de que tuve un trasunto en la escena del bosque de Chantilly. Pensé en los funestos é inevitables resultados que trae el deber, los dones de la fortuna, no á la laboriosidad é inteligencia sino al azar de la cuna.

— *No estoy hecho á trabajar, mi padre es rico... seré rico... mantendré mi rango...*

Vínoseme á la memoria la incurable lepra del ocio, los hábitos del lujo, esas necesidades supérfluas que vician, por decirlo así, nuestro natural, creando órganos y sentidos nuevos casi tan imperiosos como los otros.

Entonces pude compadecer sinceramente á Roberto de Mareuil, no por ser lo que era,

sino por haberse visto fatalmente arrastrado por una de las consecuencias mas funestas de la herencia, por una juventud ociosa, á aquel punto de miseria, de impotencia y depravacion.

Pude convencerme de una triste verdad... A menudo el abuso de la riqueza embrutece, deprava ni mas ni menos que la escesiva miseria: y á estas victimas de lo superfluo, se les debe, no la tierna conmiseracion, la simpatia sagrada que inspiran siempre los mártires de las mas atroces privaciones, sino la dolorosa compasion que exige, como decia Claudio Gerard, la suerte de los miserables enfermos cuya sangre está infectada por algun vicio hereditario. Tanto mas alimentaba estos sentimientos de lástima justa, cuanto que temia sufrir á pesar mio el influjo de una animosidad envidiosa contra Roberto de Marcuil por haber amado y sido correspondido quizá por Regina.

Ser él amado por Regina, por Regina cuyas raras virtudes admiraba y respetaba, amado despues de la conversacion que acababa de oír...

La boda era posible... Regina, fiel á los juramentos de un primer amor, alucinada por su confianza en un hombre que creia digno, y maltratada tal vez en la casa paterna, esperanzada de hallar en Roberto un apoyo generoso para vengar la memoria de su ma-

dre, Regina podía y debía satisfacer los deseos de Roberto de Mareuil...

Solo una probabilidad habia en contra suya... Regina no habia dicho: *Venid...*

Significaria esto una necesaria contempORIZACION? Conocimiento reciente del carácter de Roberto? ¿O sumision á las voluntades de su padre que queria casarla con el conde Duriveau? Por último, ¿seria amor al principe de Montbar?

En medio de tantas confusiones, mis temores trocaban de objeto, pero no eran menos vivos. Qué triste eleccion para Regina entre aquellos tres hombres!

Roberto de Mareuil.

El conde Duriveau.

—El principe de Montbar... si es que este era mi desconocido de la taberna de las Tres Cubas!

Acaso me engañára tocante al último, y este error era la única probabilidad dichosa que quedaba á Regina, y la que con toda mi alma invocaba... lo juro... Saber que era dichosa, amada por un esposo digno de ella, hubiera sido para mi un consuelo grande, toda vez que de mi amornada esperaba.

Agoviado de cansancio, fatigado por los muchos y singulares acaecimientos del dia; imité á mis amos.

Repetidos campanillazos me despertaron sobresaltado.

Era muy de día y salí á abrir á un sastre cargado con ropas hechas; sin duda Roberto las habia encargado la vispera. Triste recurso era para un jóven avezado á todos los perfies, á todos los escrúpulos de un esmerado tocador; pero urgia el tiempo, y Roberto estaba tan maltratado, que para presentarse á Regina cuanto antes, no debia reparar en pelillos.

Eran tales por otra parte las buenas maneras y la elegancia natural de Roberto, que no obstante el corte algo pasado de su traje parecia ataviado con el mejor gusto. Vi con asombro que mis amos no me habian olvidado, pues sacó el sastre una levita de librea azul con cuello colorado y boton blanco, chaleco encarnado y calzon y botines oscuros. Previnoseme que me vistiera con aquella ropa que me venia, sobre poco mas ó menos.

Dolorosamente se me oprimió el corazon al ponerme por la vez primera aquellas insignias de servidumbre; vacilé un momento, mas recordando los servicios que podia prestar á Regina en mi humilde esfera, y trayendo á colacion aquella máxima de Claudio Gerard de que no hay una situacion en que el hombre honrado no pueda hacer alarde de dignidad; persuadido, en fin, de que mi resistencia ó

mis escrúpulos podrian despertar sospechas, no quise esponerme á perder el hilo único y frágil que, que por decirlo asi, me ponía en comunicacion con Regina.

—Ya estás presentable, Martin, dijome Roberto examinándome de pies á cabeza... No estés tan embobado, despierta, no dejes los brazos colgando, que nos averguenzas, pero conserva el traje de demandadero que será útil para ciertos casos.

—No está mal, añadió Baltasar, contemplándome tambien; yo habria preferido un tricornio, una casaca color café con leche, chupa y pantalon azul celeste, ligas de plata, medias blancas y zapatos con evilla. = Voto al chápíro que habria sido buen traje, pero que te daría demasiado aire de Frontin. Ese modesto ropage conservará tu candor que tanto estimo. Ademas de que me reservo la invencion de la librea que he dicho... Certo, encargué para mis criados luego que estuviera corriente mi palacio; pero la diablura de ser vispera de viérnes lo echó todo á perder.

Un campanillazo discreto, tímido, interrumpió á Baltasar: habíase ido el sastre, y despues de cerrar la puerta de mis amos, fui á abrir.

Era la Lebrasse.

—El señor conde de Mareuil? preguntó con voz melosa, dirigiendo una mirada rápida y

escrutadora por la estancia.

—Aquí es, contesté, si quereis esperar, avisaré al señor conde.

Dejando á la Lebrasse solo, entré en el aposento inmediato.

—Es el mercader de juguetes de niños, dije á mis amos.

—No ha faltado á su promesa, buen aguero, excelente aguero, dijo el poeta en voz baja.

Lejos de experimentar la alegre esperanza que al poeta le inspiraba la llegada de la Lebrasse, púsose Roberto inquieto, pensativo y con gran asombro de Baltasar, dijole algo cortado:

—Amigo mio, dejadme solo con ese hombre.

=Solo con el mercader de juguetes?

=Sí.

=Es singular!... no habias dicho?...

—Amigo mio, si te suplico que te retires, repuso Roberto, es por ser indispensable el secreto: escúsame.

—Bien, Roberto, bien, dijo el poeta haciendo un gesto. Un poco de misterio no perjudica al efecto de un drama... haya pues misterio.

—Hay recado de escribir? añadió Roberto.

—Lo querrás para firmar, repuso el poeta sonriéndose. Sí... ahí está la taza y la pluma. Vente, Martín.

Salimos y entró la Lebrasse: yo cuidé de cerrar la puerta.

—Por qué me echará Roberto? decía el poeta hablando consigo mismo, luego que nos quedamos mano á mano en la antesala.

Púsose Baltasar á pasear silenciosamente en todas direcciones, mientras que yo, no menos curioso, me ocupaba en arreglar algunos trastos por hacer algo. Una mesa colocada, por mi de intento delante del conducto acústico, le obstruía enteramente, y no se oía nada de la conversacion.

No obstante, yendo y viniendo, varias veces se acercára á la puerta Baltasar, impulsado por viva curiosidad.

De pronto el profundo silencio que reinára hasta entonces, fué interrumpido por esta exclamacion estrepitosa de Roberto.

—Miserable!

Como despues de este arranque, todo volvió á quedar en silencio, Baltasar echó mano á la llave de la puerta; iba á entrar, pero reflexionando á mi entender, sobre el ruego de su amigo, se detuvo y echó á andar otra vez diciendo por lo bajo:

—Hum! va mal la cosa y Roberto que no creia que hubiera dificultad.... Mala cara tiene ese hombre..... Muchacho, me dijo, no te parece que tiene mala cara? tu le viste ayer.

—A quién, señor?

—A ese que está ahí.

—Cá, si no le miré.

Abrióse de repente la puerta: asomó la cabeza Roberto y dijo:

—Baltasar, puedes entrar.

Entró en efecto el poeta y yo me quedé solo, atonito de la palidez de Roberto, y de la espresion siniestra de su fisionomia: pero en seguida vi salir á Baltasar, mas contento que unas pascuas, y darme una porcion de monedas diciendo:

—Véte al estanco, y pide cinco timbres de á diez mil francos cada uno, tenlo bien presente, cinco timbres de á diez mil francos, que hacen cincuenta mil francos; estás?

—Si, señor, pediré cinco timbres de á diez mil francos, cincuenta mil francos; dije estupefacto, pues á la sazón ignoraba absolutamente la existencia del papel timbrado, su valor relativo y en realidad creí tener que traer cincuenta mil francos.

—Con que sabes, repuso Baltasar, que has de traer cinco timbres de á diez mil francos y pagarlos?

—Con que, señor? salté haciéndome cruces.

—Cómo? con qué? con el dinero que te acabo de dar.

—Con esto, señor amo, como he de pagar cincuenta mil francos?

—Oh inocencia de la edad de oro! Oh! senci-

lléz primitiva! Martin, si no fuera por la gravedad de las circunstancias, te paseaba en triunfo por esta habitacion cantando tus alabanzas;=pero el tiempo escasea, corre, vé al estanco, pide cinco letras timbradas de á diez mil francos, paga y vuelve....

Aturdido, bajé la escalera velozmente, y me encaminé al sitio indicado: despachaba un hombrecillo de maliciosa cara, y de irónica sonrisa.

—Caballero, dije, queria cinco letras de á diez mil francos.

—Hola, hola! dijo el hombrecito, buscando un paquete de papeles que á mi parecer debian ser muy preciosos. Hola, hola! repitió, parece que hemos topado con capitalistas. No, no se descuidan.=Cincuenta mil francos! esto es hacer papel como llovido. Bah! cosas de la edad, y mirando mi librea nueva, dijo con tono irónico y paternal al mismo tiempo

=Apostemos á que tu amo es jóven.

=Si, señor...

—Lo hubiera jurado, dijo el estanquero, porque generalmente los jóvenes aprenden en estos papeles la escritura comercial. Hacina cuadernitos y mas cuadernitos, pero qué de papel perdido! añadió el estanquero sarcásticamente dándome la vuelta del dinero..

=Entonces no conocí el epigrama que me carecia de verdad y á escape volvi á casa de mi amo.

En mitad de la escalera hallé á Baltasar

—Las letras! los timbres! exclamó.

—Aquí están, señor...

—Bueno, pues ahora corre á la calle Grange-Bateliere, casa de un alquilador de coche: para mediodia has de encargarle una carretela de lo mejor, á la inglesa: no repares en el precio, pero que á las doce en punto esté el carruaje á la puerta, entiendes?

—Si señor.

Eché otra vez á correr. Mi librea inspiró plena confianza al alquilador y me propuso un hermoso coche que acepté, dando la vuelta á casa.

Habia desaparecido la Lebrasse, Baltasar no cabia en sí de gozo, pero Roberto estaba pensativo.

—Hay en esta calle algun cambiante? Me preguntó Baltasar.

—Si, señor, contesté, hay un relojero que cambia...

—Pues corre á cambiar este billete de mil francos por cincuenta monedas de oro, pagando el descuento, me dijo el poeta.

—Baltasar... exclamó Roberto, deteniéndole la mano á su amigo, antes de que me alargara el billete.

A renglon seguido añadió algunas palabras al oido del poeta.

Roberto desconfiaba de mi probidad, pues su amigo, mas confiado replicó en alta voz:

—Respondo de él: es un borrico pero hon-

rado... conozco á los hombres.

Dándome luego el billete, añadió.

—Coje esto bien con el puño cerrado y trae el oro en un cartucho: dáte prisa que es menester estemos en el Louvre dentro de una hora.

Fui á cambiar el billete, traje el oro á Baltasar, que lo contó y acarició en la mano, pasándolo en seguida á Roberto: este repuso.

—Bien, toma tú.

--Qué?

--Bah! lo que quieras de estos cincuenta luises.

--Gracias, Roberto.

--Estás loco? no tenemos todavia...

--Amigo Roberto, dijo el poeta con afectuosa firmeza, todo será comun entre nosotros á escepcion del dinero que provenga de ese hombre.

--Vaya un capricho!..

--Atrás! atrás! exclamó Baltasar con la misma gravedad; y exaltado por sus locas ilusiones, añadió: Necesito de tu oro por ventura? Mañana ó esotro dia, no estaré anegado sobre saturado de oro? Tanto han de tardar mis tunos de libreros en enviarme el precio de mis obras, en caja de palo de sándalo conducidas por negros.

Al mismo tiempo daban las doce en el reloj.

—Al coche, gritó Baltasar á su amigo, al coche pronto; es menester llegar al Louvre antes que Regina.

—Pero no me acompañas? dijo Roberto al poeta.

—Todo bien considerado, no debo ir; vale mas que estés solo, porque yo podria distraer la atencion de Regina... Aqui me quedo y vuelve en breve, porque me dejas en áscuas.... en las áscuas de la curiosidad, Roberto. Adios y buena suerte.

—Hasta luego dijo Roberto.

Mientras yo le abria la puerta para que saliera.

—¿Y tu sombrero? saltó Baltasar.

—Para qué señor amo?

—Bah! ¿Piensas subir á la trasera con la cabeza al aire? Dirian que habias hecho un voto á la Virgen....

—Subir á la trasera! dije no poco apesadumbrado por esta nueva consecuencia de mi servidumbre improvisada.

—A no ser que prefieras ir dentro, replicó Roberto cogiéndose de hombros: ea, toma el sombrero y sigueme.

Obedeci, abri la portezuela y me acomodé en la trasera del carruaje que partió rápidamente en direccion al Louvre.



### CAPITULO III.

## *El peristilo del Museo.*

**M**ultitud de carruajes obstruía ya las inmediaciones del Louvre, cuando se apeó mi amo en la puerta principal del Museo.

—Vé detrás del coche, me dijo Roberto; observa donde se coloca, y luego vuelve

aquí á esperarme.

—Está muy bien, respondí.

Cerrada la portezuela, ejecuté las órdenes de Roberto, y volví á situarme junto á la puerta del Museo, entre otra muchedumbre de erizados.

Penosa fué para mí esta primera prueba pública de mi condieion. Roberto me trataba con dureza, con menosprecio, mas experimenté cierto consuelo solo al pensar que habia aceptado aquella humilde colocacion con la esperanza única de servir á Regina y que tenia cierta superioridad moral sobre mi amo Roberto.

Hacia estas reflexiones sin orgullo, hallaba en mí sentimientos de rectitud, de honor, de delicadeza que jamás conociera Roberto, juzgando por lo que de su conducta sabia. Yo habia arrostrado padecimientos, resistido tentaciones, cuya idea solo espantaba á Roberto y á fé que en situaciones tan desesperadas como las en que yo me viera, se habria suicidado, ó héchose criminal.

Reconocida esta superioridad por una comparacion madura, ya no me humilló mi estado de servidumbre; el mejor medio de expresar lo que yo sentia seria compararme con un hombre de corazon, dotado de gran fuerza física y de gran valor, que para llevar á cabo un deber sagrado, aguantase los desprecios ó las amenazas de un pobre ser, cobarde y débil.

á quien de un un soplo podia destruir.

En una palabra, parecianme trocados nuestros papeles: miraba yo mi dependencia respecto de Roberto como una anomalia y aceptaba mi situacion como una situacion singular, misteriosa que no solo me permitia consumir una accion generosa sino que suministraba ámplio asunto para mis observaciones y para mi curiosidad.

Confundido entre tantos sirvientes á la puerta del Museo, miraba y escuchaba con atencion: debia ya á mi estado noticias harto preciosas para desesperar de adquirir otras nuevas.

Mezclado con los grupos de criados; reparé que á imitacion de sus señores, se dividian en clase aristocrática y media; los lacayos de casa grande bien conocidos por su elevada estatura, por los botones de armas y el empolvado del calce lo formaban grupo aparte de los lacayos del estado llano, á quienes no dirigian la palabra, no por orgullo tal vez, sino por una consecuencia de sus *relaciones sociales*: como que los amos frecuentaban las mismas sociedades, se hallaban diariamente amos y criados en un corto número de casas que con ciertas embajadas (como luego supe) componian los puntos de reunion de lo mas selecto de la alta aristocracia parisiense como por el contrario las relaciones de la clase media estaban inmensa-

mente divididas, sus criados no componian un grupo compacto como el de los lacayos de los grandes señores.

Hacia este último grupo me dirigí, esperando de saber algo sobre el desconocido de la taberna de las Tres Cubas que yo suponía ser el príncipe de Montbar.

Al cuarto de hora de ser oyente (claro es que mis camaradas no hablaban quedo me asustó casi lo que acababa de saber sobre la alta sociedad parisiense; intrigas amorosas, escenas de familia, intereses de fortuna, nada ignoraban mis aristocráticos camaradas, y eso que la especie de su servicio no les permitía la misma intimidad que tienen los ayudas de cámara.

La conversacion á trozos que yo oyera, los hechos que me revelaba, me hicieron impresion tal que por muchos motivos conservo en la memoria casi todos los pormenores.

—Hola! te hallo en el Museo, decia un lacayo aristocrático á otro: pues anoche en los Italianos no dijiste que ibais al bosque de Bolonia?

—Sí, pero se trocó la órden: despues del teatro fuimos á la embajada de Cerdeña y alli habria cita para acá.

—Segun eso, estuvo el otro en la embajada?

—Ya ves tú.... cuando ibamos nosotros. Pero se largó asi que llegamos. Me pare-

ce que se empieza á fastidiar... ya se vé, como la señora se vá haciendo vieja...

=Pues anteayer la ví en casa de la duquesa de Beaupreau y me pareció tu señora un bocado real.

—Psit! las rubias... ya se vé, su pena.... porque ella se despepita por él y él no la hace caso maldito. Antes, llegaba él siempre antes que ella y se iba al mismo tiempo y la ponía el abrigo y llamaba á los criados cuando iba sola... Pero ahora... ya, ya... llega el último y se vá el primero... Antes habia visitas de tres horas, y á esta fecha hace cinco dias que no ha puesto los pies en casa.

—Tu señora ha sido destronada.

=Tal creo... Mira tú... hoy pensaba ella encontrarle aqui, pero por ninguna parte atisbó su cabriolé y su soberbio caballo tordo que tanto llama la atencion.

—Ya le diria que viniera al Museo, para que no le estorbára en el bosque, donde él estará. Te digo que la vizcondesa está hundida... Mas ya sale, corre á avisar el coche.

—Es elaro, no ha parecido, se cansa de esperarle y toma el portante. Adios, Perico.

—Adios, galan.

Y volviéndose á algunos de los camaradas que oyeran la anterior conversacion, añadió el lacayo:

=Mirad, mirad el marido, qué traza de palomino atontado!

—Anda, chuzon!

—Pobrecito!

—La muger está guapa todavía.,.

—Hace gestos?

—Sale aburrida.

Miré adonde todos, y sobre el peristilo que precede á la puerta principal del Museo, ví una muger jóven, rubia, de facciones algo gastadas, pero encantadora aun: mostrábase triste, abatida, y vestia con tanto gusto como elegancia; de vez en cuando tendia por la plaza miradas acongojadas... pero nadie parecia... Un jóven con trazas de lobo, el marido sin duda, daba el brazo á la dama, y en los pocos minutos que precedieron á la llegada del carruage no se dijeron una palabra los esposos.

Causábame una impresion dolorosa ver á aquella muger jóven y bonita que, ignorando los licenciosos cuentos provocados por su presencia, permanecia abatida, pensativa en aquel especie de peristilo convertido en picota para ella... una especie de estupor me producía el pensar que lo que debia hallarse envuelto en un misterio impenetrable, *el secreto del corazon de una muger*, fuera tan fácilmente descubierto y abandonado á las groseras lenguas de los criados: no podia yo concebir que el eco de tan brutales chanzas llegára nunca á oídos de la muger, del marido ó del amante, y me extrañaba extraordi-

nariamente aquella singular mescolanza de insolente zumba y prudente discrecion.

De repente, me estremecí de sorpresa: acababa de parar al pie del peristilo un hermoso landó verde con librea verde y color de naranja: de aquel carruage vi apearse de un salto á mi desconocido de la taberna de las Tres Cubas, y tanto mejor pude cerciorarme de su identidad, cuanto que conociendo sin duda á la rubia, se acercó, la dió la mano familiarmente y habló un breve rato con el marido.

Si la distincion y rara belleza del desconocido me sorprendieron cuando mal vestido iba á emborracharse con aguardiente en una taberna, me parecieron mas notables todavia la distincion y la belleza al verle vestido con elegancia: su fisonomia, al hablar con la rubia, respiraba gracia, finura, encanto; admiré la esquisita urbanidad con que acompañó hasta su coche á la pobre abandonada, y en seguida volvió á subir rápidamente los escalones, entrando acelerado en el Museo.

Iba por fin á saber el nombre de aquel jóven: su lacayo se acercó á nosotros y yo levantando la cabeza para mirarle, pregunté:

=No pertenece al señor principe de Montbar el hermoso carruage que acompañábais?

=Si, papanatas, me contestó el lacayo gigante, despues de mirar desdeñosamente mi modesta librea.

Demasiado satisfecho con lo que acababa de saber para hacer caso del injurioso epíteto que me dirigiera, me alejé de mi orgulloso cólega.

No podía ya dudar que el desconocido de la taberna de las Tres Cubas era el príncipe de Montbar y era indudable que iba al Museo con la esperanza de encontrar á Regina. Debía esta haber llegado, porque despues de algunas vueltas, descubrí entre los criados la librea del conde Duriveau que habia traído al Louvre á Regina y á su padre. Deseoso de cerciorarme, me acerqué: tambien por esta parte era animada la conversacion.

—Vamos de capa caída, decia un lacayo de librea azul y cuello amarillo. Ayer, no obstante la órden, forzaron la consigna el sastre y el carnicero que no habian recibido nada en todo un año; se toparon en la escalera con el amo y le pusieron como nuevo; desde abajo los oíamos disputar.

—No pagar al sastre, pase, dijo otro con tono sentencioso, pero no pagar al carnicero, es repugnante; esa gente cae; déjala, amigo mío.

—Sin contar con que el señor marqués ajustó con el cochero la manutencion del carruaje, y el pobre no ha visto un cuarto todavía. Anteayer la costurera armó un escándalo llevándose un vestido de baile que no queria dejar si no era pagado en el acto. To-

dos los dias hay cosas por el estilo, y ya ves tú que tren.

=Lo mismo nos sucede á nosotros, dijo un cazador á quien conoci por haberle visto la vispera en la tienda de la Lebrasse.

—Mi duque lo ha derretido todo, y vá á empuñar la espada y condecoraciones de su padre.

—Mudad de acomodo, hijos, mudad.

--Y mi salario? dijo uno, se me deben cinco meses.

—Pues aguarda otro mes y perderás seis. Ahí tienes á los lacayos del conde Duriveau, esa casa si que es sólida...

Y dando algunos pasos hácia uno de los criados del conde Duriveau, dijo su interlocutor:

--Buenos dias, Augusto.

--Buenos te los dé Dios.

--Dí, no habria en tu casa una plaza de lacayo para un amigo?

—Hombre, en casa no; pero me parece que lo necesita el señor vizconde.

—El hijo de tu amo?

=Sí.

—Ese chico tiene servidumbre?

—Galla, hombre, si es cosa que hace sudar... tiene un servicio completo y un ayuda de cámara, dos lacayos y coche: sale cuando quiere con sus amigos y su ayo; bromista si los hay. A los Funámbulos lleva esta noche al señor vizconde y acaso tambien va-

ya el señor conde. Oh! el vizcondcito está en buena escuela... ya ha vuelto Lorracho dos ó tres veces.

—Bien principia.

—Malo é insolente como pocos... Nunca olvidaré la leccion que pocos años há le dieron unos mendigos en el bosque de Chantilly... no les quiso dar nada y ellos se vengaron llevándole al bosque... oh! y á no ser por unos gendarmes...

—Tambien fué robada entonces Madlle. de Noirliou, la que hoy hemos traído al Museo. Tendria ocho á nueve años. Válgame Dios, qué escena!

Regina estaba en el Museo; seguí escuchando con la esperanza de saber algo.

—Hum! dijo el lacayo que buscaba acomodo para el otro compañero; servicio duro debe ser con semejante arrapiezo!

—Bah! á todo se acostumbra uno, y como no hay mucho que hacer.

—A fé mia, que si está malo como dicen, merece cualquier cosa.

—No es tanto lo malo, como lo osado que es... Hará como dos años que fué á comer á Seaux con su ayo y tres amigos: el ayo, á quien no gustaba aquella broma, dejó en la mesa á los tres muñecos, tomó el coche y se largó á casa de una muger que vivia en Chafillon.

—Bueno! buen ejemplo!

—Cuando volvimos, los angelitos habian mandado subir á una muchacha que cantaba por las calles, y rascaba la guitarra, y tantos horrores habian cometido con ella, y tanto la habian maltratado, que amenazaba una especie de motu, y no faltaba quien quisiera sacudir el polvo al vizcondecito y á tres camaradas. Mas otra vez te lo contaré mas despacio, saltó de pronto el criado... sale mi amo...

Acto continuo, encaminóse de prisa el lacayo del conde Duriveau hácia el vestibulo á donde yo me acerqué igualmente, suponiendo que Roberto no vendria muy distante de Regina: víla aparecer en efecto, dando el brazo á un caballero de hasta cincuenta años, que luego supe ser el baron de Noirlieu, su padre: el cuerpo de este estaba ya encorvado, los cabellos eran canos y los ojos hundidos, ardientes y socabadas las órbitas: la magrura de su rostro, la sonrisa amarga y perpétua que asomaba en sus lábios, revestía sus facciones de una espresion de tristeza doliente, casi feroz...

Regina, ataviada con austera sencillez, llevaba un vestido negro y un sombrero de crespon blanco, no tanto como su pálido rostro, encajonado entre cabellos como el azabache... una gravedad glacial respiraba su fisonomia. El principe de Montbar y el conde Duriveau la atributaban sus obsequios: el conde risueño, rendido se dirigia alternativamente al baron,

que contestaba distraído, y á Regina que en mi juicio le escuchaba con suma frialdad. El príncipe de Montbar, por el contrario, guardaba con la joven una reserva calculada acaso, porque me pareció un tanto afectada: no obstante, con afables y galantes ademanes, cuidaba especialmente del baron, que para él rebajaba algo de su sombría taciturnidad: dos ó tres veces dirigió el príncipe algunas palabras á Regina, á las cuales contestó ella, no como al conde Duriveau, con visos de altanera frialdad, sino bajando los ojos cual si se sintiera turbada.

Finalmente, pocos pasos distante de este grupo principal, descubrí á Roberto de Mareuil, con el semblante enagenado de gozo.

—Llegaron los criados de Mr. Duriveau: Regina, su padre y el conde ocuparon una magnífica berlina de color de chocolate, á cuya trasera subieron los dos lacayos. Al tiempo de alejarse, alzó los ojos Regina y miró tan directa, tan atentamente á Roberto de Mareuil, que el príncipe de Montbar, quieto aun en el último escalon del peristilo, volvióse sorprendido á investigar á quien iba dirigida la profunda y espresiva mirada de Madlle. de Noirlieu: pero fuera casualidad ó cálculo, halló Roberto medio de esquivarse detrás de dos ó tres personas que salían del Museo. El príncipe desorientado se dirigió á su cupé que partió inmediatamente.

Viéndome entonces Roberto, hizome señã de que mandãra arrimar el coche, y así lo hice. Al cerrar la portezuela, me dijo mi amo sin disimular su regocijo:

=A casa, muchacho aprisa.

Así que llegamos, subí en pos de Roberto y fuimos recibidos por Baltasar en la meseta de la escalera.

Sin poder contenerse exclamó Roberto desde tan lejos como atisbó al poeta:

—Es mia!!

—Es nuestra? victoria! exclamó el poeta:

Y así que estuvo cerrada la puerta, abandonóse Baltasar á las mas locas demostraciones de júbilo. Roberto, que hubiera debido ser el que conociera que su triunfo era muy grave, tomó parte sin embargo en las locuras del poeta, excusables en este, pero repugnantes en Roberto. Sin acordarse sin duda de que estaba yo delante, asiéronse de la mano los dos amigos y comenzaron á brincar, á saltar, y bailar de alegría gritando:

=Victoria! viva Regina!

Pasada la primera efervescencia, exclamó el poeta:

—Roberto, mostrémonos agradecidos á la Providencia.... celebremos dignamente tan gran dia.... Hay semanas que me alimento con la execrable cocina del envenenador de la calle de san Nicolás. Dáme de comer en la Roche de Cancale.

=Aprobado!

—Luego iremos al teatro.... Escuso decirte que rabio por ir á los Funámbulos, á ver ese diamante oculto, esa maravilla desconocida! á esa Basquine de que me habló Duparc!

—Aprobado!... á los Funámbulos, dijo Roberto, será placer doble, porque ese teatrio es el punto de reunion de la gente alegre.

—Martin irá con el coche á encargar una comida de cincuenta francos cubierto... sin vinos, y á alquilar un palco de proscenio en los Funámbulos... si le hay, dijo Baltasar.

—Corriente, replicó Roberto.

—Vaya, Martin, tu tambien participarás, exclamó Baltasar, comerás en un rincon de la Rocher de Cancale é irás al patio de los Funámbulos.

—Toma, me dijo Roberto dándome unas monedas de oro... dejás en la fonda cien francos á cuenta, pagas el palco y el resto para tí.

—Señor, el caso es que no sé donde es la Rocher de Cancale.

—El cochero te conducirá, candoro.

—Martin, repuso Baltasar: no necesitas decir mas que estas dos palabras sagradas: Rocher, Funámbulos, y te conducirá en alas de sus céfiros de cuatro patas.

—Ahora, dijo Roberto á su amigo cuando yo salia del aposento, voy á contarte lo que ha

pasado; es mia, muy mia, te repito.

Al cerrar la puerta oi esclamar á Baltasar:

—Viva Regina!

#### CAPITULO IV.

## *Los Funámbulos.*

—Vamos á los Funámbulos y veremos á esa Basquine, de quien me ha hablado un inteligente como de una maravilla desconocida, habia dicho Baltasar á su amigo.

No me era ya dable dudar de que se trataba de la compañera de mi infancia, idea que me enloqueció de gozo. Fui primeramente, con arreglo á las órdenes de mi amo, á encargar la comida á la Rocher de Caucale, y en seguida el cochero me condujo á los Funámbulos. Leí el cartel y hacian el *Gorro encantado*, busqué entre los nombres de las actrices el de Basquine, y le hallé humildemente inscrito á lo último. A la sazón no era todavía muy brillante la reputacion de la pobre niña, y debia ser en efecto una maravilla incógnita: busqué el despacho de billetes, esperando saber algo de Basquine por el encargado de la venta, el cual me dijo:

=Os llevais el último palco... nuestro teatro vá estando de moda y hay ya palcos abonados por marqueses, por condes y capitanes; en fin, gente de tono.

—No trabaja esta noche la señorita Basquine? pregunté.

=No, es la famosa Clorinda la que hace el papel de Hada de Plata.

—Pues yo he visto en el cartel el nombre de Basquine...

=Ah! sí... la figuranta... tiene un papelito... el de génio del mal: no está en escena un cuarto de hora.

=Pues dicen sin embargo que esa muchacha promete mucho... que tiene talento...

=Talento! Qué talento ha de tener una fi-

guranta que gana una peseta! Vaya! vaya! no lo creais.

—No me podriais decir la casa de la señorita Basquine?

—La casa? exclamó el encargado del despacho soltando el trapo á reir: qué casa ha de tener una pobre figuranta? sabed que esa gente no tiene casa: gracias que la den por ahí un nido...

El del despacho me volvió la espalda, diciendo esto.

Chasqueado por el pronto, me consolé con pensar que veria á Basquine por la noche, dejando á la inspiracion del momento el hallar medio de hablarla despues del teatro.

Baltasar cumplió su promesa: mientras que comia alegremente con Roberto para celebrar de antemano la conquista de los millones de Regina, sirviéronme en una especie de despensa la mas espléndida comida que habia disfrutado en mi vida: poco honor la hice, en verdad, preocupado por los medios de volver á ver á Regina, y por los temores que me inspiraban las esperanzas de Roberto, seguro, segun decia, de ser amado.

Terminado el banquete de mis amos, me mandaron llamar; abrí la portezuela, y el coche nos llevó á los Funámbulos.

Habiendo dado Baltasar mas de lo preciso para pagar mi asiento, entré en el patio, y

como en toda mi vida no habia estado en el teatro, fueron tanto mayores mi asombro y mi curiosidad, cuanto que llegaba durante un entreacto, y en medio de un espantoso tumulto, que no dejaba de ser incidente muy comun en aquel bullicioso teatro.

La actitud irreverente de algunos espectadores del proscenio causaba todo aquel estrépito. Mis compañeros del patio, encaramados sobre las banquetas, vociferaban con toda la fuerza de sus pulmones:

—Fuera! fuera! cara al patio! Las galerías altas y bajas repetían en coro estos chillidos con acompañamiento de silvidos, chicheos y palmadas.

Los espectadores del proscenio, causa del alboroto, estaban sentados sobre el antepecho del palco, con la espalda vuelta al público.

Por último, ya fuera que temiesen un verdadero motin, ó que creyeran haber protestado bastante con su persistencia contra la tiranía popular, volviéronse lentamente, tendiendo por la platea una mirada desdenosa, y sin embargo, esta derrota del proscenio, fué saludada por un inmenso grito de victoria que partió de todos los rincones, sin que tuviera mas consecuencias este incidente.

El palco en cuestion, próximo al de Baltasar y Roberto, estaba ocupado por cuatro personas. A dos de ellas, ya las conocia; eran

el conde Duriveau y su hijo Scipion. Al primero le habia visto la vispera en casa del padre de Regina, y aquella mañana en el Louvre: en cuanto á Scipion, no obstante los años que habian trascurrido desde la escena del bosque de Chantilly, y que habia crecido mucho, era muy poco lo que sus facciones habian cambiado: su rostro gracioso coronado por cabellos rubios y rizados, se distinguia por una espresion notable de osadia y precóz impertinencia. A pesar de que el vizeconde llegaba apenas á la edad de la adolescencia, parecia mas bien un hombrecito que un niño.

Cuando se volvió el vizconde á mirar al público, tenia el color encendido, coléricas las miradas: me sorprendió el ademan insolente y atrevido, con que provocó á los espectadores, enseñándoles el junco que blandia en la mano.

En un hombre, semejante baladronada acaso habria originado otra borrasca, mas la bravata de Scipion fué acogida con grandes carcajadas é irónicos aplausos. No sé á qué extremo habria arrastrado la cólera á aquel niño, cuyos lábios se frunciéron de rábía, si su padre no se le hubiera llevado cariñosamente á la parte interior del palco. Otro jóven, de la edad de Scipion, y un hombre de figura espresiva, aunque servil y socarrona, acompañaban al vizconde y á su padre: segun mis noticias, el de traza servil debia ser el ayo de

Scipion, éralo en efecto: el otro un amigo

No obstante mi escaso conocimiento del mundo, parecíame singular que el conde hubiera escogido aquel espectáculo para llevar á su hijo, no por la clase de funcion, pues las de mágia son á propósito para divertir á niños, sino porque no debia ignorar el conde que en aquel teatro solian reunirse los que gustaban de pasar una noche borrascosa, despues de libaciones escesivas.

Los tres golpes solemnes impusieron por fin silencio, tocó la orquesta una lúgubre obertura, é impacientado yo por ver salir á Basquine, dije al que tenia al lado:

—Sale pronto la Basquine?

—Quién es Basquine? Ah! la rubilla que hace de génio del mal: no, todavia no; su escena no es hasta el fin del acto.

—Es verdad que Basquine tiene mucho talento, caballero?

—Hombre! yo no sé, pero es guapilla. Cuando hace sus gestos diabólicos, parece mala como un demonio, pero en poniéndose á cantar... ni mas ni menos de fastidioso que en la ópera.

—Es posible que tal digais! replicó mi vecino de la izquierda. Basquine hace su papel con muchisima espresion, y tiene una voz... qué voz!... Yo vengo por oirla.

—Pues, señor, cada uno tiene su gusto, replicó el vecino de la derecha, y añadió por

lo bajo dirigiéndose á mi.

—No hagais caso de ese, que no entiende una palabra: la Basquine, no es actriz, es una mala figuranta de tres al cuarto, flaca como un espárrago: la echa de trágica en los Funnámbulos... Miren que buena!... Dénme á mí la Clorinda, que es la que hace de hada de plata: esa sí que es una actriz, rolliza y campechana: ya vereis.

Dejé hablar al partidario de la carnosidad, y cuando se levantó el telon, dirigi una mirada al palco de Roberto y Baltasar: revelaba este en su rostro la satisfaccion que experimentaba, en tanto que Roberto, sentado mas adentro, denotaba estar meditabundo y apesadumbrado. No acertaba yo á conciliar esta tristeza, con la certidumbre que tenia Roberto de ser amado por Regina. Tal singularidad me trajo á la memoria la alteracion de las facciones de Roberto despues de su conferencia secreta con la Lebrasse, conferencia de que Baltasar fuera excluido. Si bien estas observaciones me daban mucho en qué pensar, no atendí mas que á la representacion, esperando el momento de que apareciera Basquine.

Estas postreras ideas reprodujeron mil recuerdos de mi infancia, recuerdos dulces y amargos á la par. En breve hasta me olvidé de la funcion y de lo que en torno mio pasaba, seguro de que me habia de hacer volver en mí la voz de Basquine, tan luego co-

no apareciera en la escena.

Un incidente nuevo perturbó mis reflexiones.

Frente al palco del conde Duriveau, había otro palco vacío y en él se habían acomodado dos hombres mal vestidos saltando por encima del antepecho: pero como llegasen los señores del palco, trabóse un altercado que suspendió por breve rato la representación.

Gesticulaban dentro del palco los dos intrusos, (uno de ellos era de corta estatura) queriendo defender el terreno palmo á palmo: mas de pronto dos brazos robustos levantaron al mas remiso, le sacaron fuera del antepecho y le dejaron caer en el sitio que había abandonado para introducirse en el proscenio.

Este alarde de vigor y de cómica serenidad causaron un entusiasmo general: el palco y las galerías comenzaron á aplaudir, gritando muchas veces:

— El autor! el autor!

Porque el mozo de los brazos fornidos, todavía incógnito, habíase retirado al fondo del palco, sin duda para despachar al otro intruso del mismo modo, pero este y su compañero tuvieron buen cuidado de ocultarse para libertarse de la silva.

No bastó esto: escitada poderosamente la curiosidad general, se deseaba con urgencia contemplar al autor de tan vigoroso arranque y el pueblo entonó en formidable coro:

—El autor! el autor!

Con este lisongero llamamiento no se resistió la modestia del autor del hecho tan admirado, pues se asomó al palco con sumo desembarazo y saludó sin cortarse al público poniéndose la mano sobre el corazon con ademanes de grotesca confusion.

Aqui empezaron otra vez los gritos y los bravos y el de los brazos largos deseoso de hacer participar de tan lisongera ovacion á una persona que le acompañaba, se volvió y de grado ó por fuerza, hizo asomar á una muchacha bonita y algo descarada.

Dividiéronse los pareceres sobre la conducta del de los brazos robustos.

Unos aplaudieron con entusiasmo y á estos.... los volvió á saludar.

Otros silvaron (á este número pertenecia Scipcion Duriveau y su compañero), pero el de manos largas les saludó tambien con imperturbable sangre fria.

Habia barruntos de que estallára una division hostil entre silvadores y palmoteadores, pero los neutrales en la cuestion reclamaron á gritos que continuase la representacion.

Este grito reunió á los disidentes, y poco á poco se fué restableciendo el silencio. El héroe del momento sentóse á un lado del palco, y la jóven descarada al otro, mientras tanto continuó la representacion.

Yo en el interin estaba inmóvil.... pal-

pitante. En el hombre de los brazos robustos acababa de reconocer á *Bamboche*.

Estaba alto y fornido: llevaba como en sus primeros años el pelo cortado al rapé que así dejaba marcadas cinco puntas al rededor de su despejada frente y revestian su fisonomia de un carácter especial: conoci al punto al compañero de mi infancia: la espresion resuelta de su enérgica faz se aumentaba con las patillas crespas y poblado bigote: pero su semblante en vez de ser como antaño, feroz y sardónico, me pareció jovial, insolente y burlesco. El traje de Bamboche revelaba lujo á la par que mal gusto: sobre su chaleco de terciopelo claro caía una cadena de oro, en la camisa llevaba botones de brillantes y arremangadas por comodidad las mangas del fraque color de castaña, dejaban descubiertas las mangas de dudosa limpieza, aun así las lucia sobre el antepecho del palco, sin duda para ostentar los anillos de brillantes. Creyendo en duda mas elegante hacerse el corte de esta, miraba Bamboche, no con mucha gracia, por su lente de oro, á pesar del brillo de sus rasgados ojos. La compañera de Bamboche, de quien no hacia él mucho caso, tenia una capota nueva de color de rosa y un magnifico chal.

Continuaba la representacion, pero mi atencion se fijaba esclusivamente en Bamboche; latiamelo corazon con violencia con-

vencido de la exactitud de aquella prediccion de Claudio Gerard:

«Aun cuando al cabo de diez años, de veinte, encontrarás á tus compañeros, sentirías renovarse con el mismo ardor antiguo la amistad que te une á Basquine y Bamboche.»

Con efecto, pareciame que me habia separado de mis compañeros pocos dias antes, ni siquiera se me ocurría el pensar por qué medios aventurados, culpables, criminales quizá, Bamboche, perseguido por contrabandista y cómplice de la Lebrasse y del Tullido podia presentarse otra vez con aquel lujo. Tampoco me asaltó la idea de si la confianza con que se presentaba en público era resultado de su audacia increíble y de su inocencia.... lo único que por entonces me absorbía era el plaacer de volverle á ver. A mi pesar se me humedecian los ojos de pensar que en breve podriamos decirnos «¿Yacuerdas?» Pero al mismo tiempo me inquietaba otra cosa. Sabia Bamboche que trabajaba Basquine? la profesaba el mismo amor que antaño? La presencia de la muger que acompañaba á mi amigo complicaba muchas cuestiones, cuya solucion no podia saber hasta el próximo entreacto. Mientras una ocasion de ir á visitar á Bamboche á su alcaide, me consolaba con no perderle de vista, pero de resultas de unas palabras que una compañera

le dijo al oído, salió Bamboche del palco.

—No deseábais ver á Basquine? me dijo poco despues mi vecino de la izquierda, partidario declarado de la pobre figuranta. Pues atencion, vá á salir. Ya retumba el trueno, brotan las llamas y se arma el estruendo precursor de su salida.

No necesito ponderar las miradas curiosas, impacientes que clavé en la escena.

Representaba el teatro á la sazón un bosque espeso y sombrío, zumbaba el trueno y frecuentes relámpagos iluminaba la escena.

El aspecto de aquella decoracion, el estruendo del trueno me trageron á la memoria una comparacion pueril acaso, pero que me causó una impresion singular, casi de miedo.

Muchos años antes, en un espeso bosque donde tambien retumbaba el trueno y chispeaban los relámpagos, se habian encontrado tres niños abandonados y otros tres ricos.

Cinco de estos niños, Scipion, Roberto, Bamboche, Basquine y yo se reunian aquella noche, ignorando mutuamente su presencia en aquel teatro que representaba un bosque cuyos ecos repetian el estampido del trueno.

No mas Regna faltaba, mas la tenia yo tan presente que se me figuraba estarla viendo.

Cuando con más vigor zumbaba el trueno, abrióse una trampa y vomitó enormes llamas

encarnadas, como previene la presentación de cualquier personaje diabólico, y cesando poco á poco la erupcion vi salir á Basquine del fondo de los infiernos.

Tendria entonces unos diez y seis ó diez y siete años: su estatura, mas que mediana, era esbelta y sumamente elegante, pudiéndosela tach solamente de algo flaca, lo cual podria ser efecto de la miseria y los pesares.

El pantalon de carnes que ceñia Basquine dibujaba el gracioso contorno de sus piernas: el faldellin negro sembrado de figuras cabalísticas hacia aparecer mas blancos y mas hermosos sus hombros y garganta: sobre su frente coronada de magnificos cabellos rubios recogidos en trenzas sobresalian dos cuerneatos de plata, móviles, y tras sus mórbidas espaldas, lisas como el mármol se columpiaban dos alas de crespon negro con garras de plata.

=A pesar de este aparato satánico, bastante próximo al ridículo, la aparizion me hizo grande efecto por el carácter diabólico que Basquine sabia dar á sus facciones, notables por otra parte por su angélica pureza: no tenia colorete, y asi sobre su pálido rostro destacaban dos rasgados y brillantes ojos. Imposible es describir el indefinible contraste de aquella mirada ardiente, asi febril, y de la sonrisa amarga, glacial, que se pintaba en aquel rostro divino.

Adivinaha yo por instinto que no era aquello

una máscara voluntaria exigida por el papel... No: harto bien recordaba el feroz resentimiento con que Basquine anunció el siniestro brindis de *odio á los ricos*, despues de ser como nosotros rechazada por los *ricos*, del bos que de Chantilly: recordaba igualmente la alegría salvaje que respiráran sus facciones tan dulces hasta entonces, cuando me llevé en brazos á Regina desmayada: no, no, adivinaba yo bajo el papel del génio del mal el alma de Basquine, exasperada por la desgracia que se retrataba en la espresion de su rostro... La fatalidad la creara para aquel papel que la asignaba la casualidad... y la profunda impresion que hacia en algunos inteligentes, era prueba de que habia algo mas que la reproduccion de un papel insignificante por sí.

En un principio no se aplaudió la aparicion de Basquine, sus actitudes, sus maneras, su fisonomía altamente dramática: el motivo lo alcanzó ahora: para la mayor parte de los concurrentes al teatro, no era Basquine mas que una figuranta bonita, algo flaca y demasiado pálida.

Los pocos espectadores capaces de apreciar su mérito no solian aplaudir; pero me engañó, porque Baltasar exclamó:

—Está admirable! sublime! y comenzó á aplaudir con furor.

Es probable que estos aplausos hubieran tenido eco porque nada hay tan eléctrico como

la admiracion; pero una nada enfria el entusiasmo y asi sucedió aquella noche. Unos chicheos procedentes del palco del vizconde Scipion paralizaron el arranque provocado por Baltasar, quien sin desalentarse por esto tornó á aplaudir con todas sus fuerzas. Esta imprudencia de amigo originó nuevos chicheos mas generales ya.

Basquine absorta con el desempeño de su papel, no atendia á lo que pasaba en la escena, pero un incidente arrancó harto pronto á la pobre figuranta de sus ilusiones escénicas.





CAPITULO V.

*Basquine.*

**P**ara comprender el suceso que tan inopinadamente turbó á Basquine, son indispensables algunas esplicaciones sobre la marcha de la escena, escena pueril, tonta si se quiere, pero de la cual sabia Basquine

sacar mucho partido.

Así que salía de los infiernos el *genio del mal*; (Basquine, representaba el genio del mal, antagonista de la hada benéfica) se cruzaba de brazos y se acercaba lentamente á Arlequin, dormido bajo la égida tutelar de la hada de plata, representada por Clorinda, actriz rolliza, bien formada y que con cierta indiscrecion ostentaba sus atractivos.

Vestida de gasa de color de rosa y plata con un cuerno de abundancia en una mano, la protectora de Arlequin sacaba del cuerno flores que iba derramando sobre su favorito á la sazón dormido, emblema significativo de la risueña suerte que le deparaba.

Basquine, cruzada de brazos, avanzaba lentamente hácia la hada, y no es posible describir la compasion sardónica con que contemplaba los varios encantos de la hada de plata, que se deshacia por cubrir á su protegido de flores alegóricas: con especialidad hubo un momento en que encogiéndose ligeramente de hombros Basquine, dió el último paso hácia la hada... un paso no mas, mas acompañado por una ondulacion de cabeza tan viperina, por una mirada tan llena de amenazas, y siniestra fascinacion, que la hada benéfica quedaba poseida del espanto inmóvil, que acomete á la victima antes de que el reptil la devore. Avanzando entonces paso tras paso hácia Basquine, como arrastrada por

un mágico atractivo, la hada de plata la ofrecía con mano trémula el cuerno de oro. Cogía Basquine una flor, una rosa recién abierta, se la enseñaba á la hada con sonrisa sardónica y glacial, como para que admirase el delicado brillo de las hojas, y acercándose á los labios la soplabá levemente, y la rosa, volviéndose negra, se deshojaba sola.

Oh! jamás olvidaré los ademanes, la actitud, las miradas, la sonrisa, la fisonomía de Basquine... no podía tener igual su implacable ironía, su feroz sarcasmo, cuando con álitto mortífero marchitaba aquella flor fresca brillante como las esperanzas, y las ilusiones de la edad juvenil... intimidaba el menosprecio con que bajando sus rasgados ojos, llenos de sombrío fulgor, contemplaba despues los restos de la flor que á sus pies yacian. No me parecia posible que creciera el interés de la escena, mas me equivocaba, porque hubo otra peripecia de mas efecto.

Despues de la rosa, sacaba Basquine del cuerno de oro un ramillete virginal de mirto y de naranjo, emblema sin duda de la novia de Arlequin. Poseida de terror, la hada se prosternaba á los pies de Basquine con ademán suplicante, implorando merced para el ramillete.

Basquine, implacable por el pronto, desechando con frio desden los ruegos de la hada, estrujaba el ramo con ademán triunfan-

te y convulsivo... mas de repente Basquine se hacia la enternecida... miraba con compasion el ramo, y poco á poco las facciones del génio se iban transfigurando, su semblante recobraba la espresion de angélica dulzura, de adorable candor... que en la infancia de Basquine me admirára tantas veces.... En vez de marchitar el ramillete de mirto, acariciábale la niña con acciones y miradas, con una ternura inocente y hechicera... No es posible imaginar siquiera la gracia, la irresistible seduccion que desplegaba Basquine: asi el hada, risuena, satisfecha, besaba las manos del génio del mal, creyendo que el ramillete se habia salvado. Mas, esperanza vana... De repente el ángel, tornaba á ser demonio: con un soplo marchitaba Basquine el ramillete exhalando una carcajada sardónica, pero sonora, armoniosa, y en seguida anudaba por decirlo asi, las postreras vibraciones de la siniestra carcajada con el andante de una ária de bravura, de estilo enérgico y ferroz música, (compuesta por ella, segun despues he sabido) y cuya letra venia á decir:

«Soy el génio del mal, el mal es mi dominio: mi álito ponzoñoso, marchita los placeres: con solo presentarme, la dicha se trueca en tristeza .. etc.»

Cantaba Basquine esta mala letra, con tan admirable espresion, que la prestaba un efecto terrible; su voz de *mezzo soprano*, gra-

ve, suave, enérgica y vibradora, hacia estremecer todas las cuerdas del alma.

No era yo el único profundamente impresionado por aquel singular talento.

Pendiente, como decirse suele, de los labios de Basquine, miré por casualidad al palco de Baltasar y Roberto, situado muy cerca de la escena.

Escuchaba el poeta á Basquine con un interés, con una admiración, que se revelaba en sus gestos y entusiastas actitudes. Roberto de Mareuil, por el contrario, escuchaba con éxtasis. Al principio, estaba sentado en la parte interior del palco, y despues, como atraído á su pesar por el canto y belleza de Basquine, fué alargando la cabeza poco á poco hasta que con una mano apoyada en el antepecho del palco, le ví como fascinado, sin apartar los ojos de Basquine.

Frente al palco ocupado por Roberto, pero mas alto, estaba el de Bamboche. Prolongábase la ausencia de este, y seguia sola su compañera. Como la mayor parte de los espectadores, no me pareció demasiado prendado del maravilloso talento que descubria la pobre figuranta... talento tan poderoso, sin embargo que los mas rebeldes le rendian párias. Digo esto, porque mientras mi vecino de la derecha escuchaba estasiado á Basquine, el de la izquierda me dijo:

—No lo dije yo? no veis que esa mucha-

cha le pone á uno triste? Como que parece que se la tiene miedo, que se la detesta... y yo la detesto de veras. La silvaría, al menor descuido. La Clorinda al menos alegra el verla.

No sé lo que yo habria contestado, á no sobrevenir el incidente que indiqué y que ya es ocasion de explicar.

Estaba Basquine á la mitad de su ária, cantada cada vez con mas vigor, cuando la interrumpió de pronto un suceso inesperado.

Habiásele ocurrido al vizconde Escipion, la gracia de tirar á la escena un puñado de garbanzos fulminantes, comprados de antemano para esta broma.

Basquine, estando cantando, puso el pie sobre el misto, y la esplosion la causó tal miedo, que dió un paso hácia atras, mas engan-chándosela el pie en la parte de decoracion, que ocultaba la trampa por donde habia salido, tropezó Basquine, y cayó... pero cayó de una manera tan deplorablemente ridicula, que primero del palco del vizconde, y luego de todas partes, salieron carcajadas y silvidos. El ridiculo atroz de la caida de Basquine, daba tanto mas motivo de risa á los espectadores, cuanto que la pobre muchacha representaba á un personaje amenazador y terrible.. Livi-da se levantó la desdichada; clavó en el palco del vizconde una mirada terrible de desesperacion y de encono, y al querer huir,

turbada y ciega, dos veces se equivocó de bastidor. Aumentáronse con esto los chicheos, los silvidos, las carcajadas, hasta que pudo desaparecer, fuera de sí.

Al mismo tiempo hubo escesos nuevos, que acrecentáran el tumulto.

Acababa de entrar Bamboche en su palco con un pañuelo de Laranjas, para obsequiar á su pareja, cuando ocurrió el incidente de los garbanzos fulminantes y de la caída de Basquine... incidente, cuyas peripecias fueron rápidas como el pensamiento. Reconocer á la compañera de nuestra infancia, y exclamar con voz de astentor: *Aquí estoy yo, Basquine!* saltar al escenario, correr al palco del vizconde, dar de bofetadas á los que había en él, al mismo tiempo que desaparecía Basquine, derribar de un puntapié un lienzo de decoracion y meterse á buscar á la pobre figuranta, todo fué para Bamboche obra de un minuto.

El asombro producido por la increíble audacia de aquel hombre, dejó por un momento mudos é inmóviles á los espectadores: aun estaban dudando si darian crédito á sus ojos, cuando ya había desaparecido Bamboche, pero entonces fué espantoso el tumulto, suspenso por un instante.

Por mi parte, así que hubo penetrado Bamboche entre bastidores, en pos de Basquine, me levantó, por decirlo así, de mi asiento, una idea rápida como el rayo, y en un san-

tiamen me hizo atravesar, no sé cómo las apiñadas hileras de espectadores: en dos saltos llegué á la puerta del escenario, y al mismo tiempo en que yo llegaba desalado, tropezáronse conmigo dos personas que salian huyendo. Era Bamboche con Basquine envuelta en una capa, pero nuestra pobre amiga, apenas se podía sostener.

En vista del peligro y de la inoportunidad de un reconocimiento, en situacion semejante, acordándome ademas del carruage de mi amo, que estaba á dos pasos, dijele á Bamboche, asiéndole del brazo:

—Ahi tengo un coche, subid al momento.

Y al decir esto, ya tenia abierta la portezuela. Tan oportunamente se aparecia aquel inesperado socorro, que Bamboche, sin meterse á indagar cómo estaba alli aquel coche, colocó dentro á Basquine, y subió en seguida diciendo:

—Sereis bien retribuido. Vamos donde querais pero aprisa.

—Barrera de la Estrella, á escape le dijo al cochero, que aun no estaba del todo despavilado.

Yo me subí en la trasera.

Rápidamente nos alejamos, pero tuve tiempo de ver los grupos que se reunian enfrente del teatro y el brillo de los fusiles de la patrulla llamada sin duda del mas inmediato cuerpo de guardia.

—No cabia en mi de gozo y con los ojos acariciaba el coche donde iban los dos compañeros de mi infancia.

De pronto paró el cocheró, avisado sin duda por el cordón que llevaba rodeado á la muñeca, y al mismo tiempo, bajando uno de los cristales, vi á Bamboche esclamar muy azorado:

—Pára, pára, Dios mio! se pone malo: qué haremos?

Como que ya no corriamos riesgo de ser perseguidos, pues estábamos en el boulevard de San Dionisio, corri á la portezuela.

—Buen amigo, dijo Bamboche, no sé de dónde diablos has salido tan oportunamente para ayudarme; ni sé tampoco por qué lo has hecho, pero no te pesará. Se ha indispuerto esta pobrecita á quien acompaño y seria necesario buscar éter ó vinagre. Luego iremos á casa.—Toma para comprar éter y guardar la vuelta.

Bamboche me puso en la mano un luis de oro.—Gracias, mi amo, dije disimulando mi conmocion y complaciéndome en guardar el incógnito por algunos momentos mas.

—En esta calle mas de un boticario habrá, añadí, la recorreremos con el coche.

—Dices bien, aprisa... aprisa...

—Bajó Bamboche los otros cristales del carruaje para que entrára mas aire á Basquine, á quien sostenia en sus brazos.

—Mi consejo era oportuno...

Al poco trecho encontramos una botica donde compré un frasco de éter, que Bamboche aplicó á la nariz de Basquine, y que poco á poco la hizo volver en sí.

—Ahora á casz, dijo Bamboche.— *Fonda de los Pirineos*, calle del *Leonallo Salvador*, núm. 17.

—Di estas señas al portero, y ocupé otra vez mi puesto mas tranquilo y enagenado con la sorpresa que iba á causar á mis dos amigos, no me acordé siquiera de mis amos, que si habian salido del teatro, andarian muy inquietos en busca mia y del carruaje.

—Al llegar á la calle indicada, dijele al cochero antes de abrir la portezuela:

—Luego que se hayan apeado estos señores, que hemos traído por orden de mi amo os podeis volver: ya no haceis falta:

Basquine, no bien recobrada, seguia muy débil y casi tuvo Bamboche que cojerla en brazos para bajarla del coche. En esta disposicion, y hallándose ya en la calle dijo mi amigo á la muchacha:

—Mira... antes de entrar en casa, te taparé bien, porque esos imbéciles de porteros son tan curiosos y charlatanes, que tu aparicion en traje de comedia haria época en la casa.

—Tienes razon, repuso ella con voz debilitada y temblorosa...

Mientras que con la capa encubria Bamboche el traje de Basquine, yo me oculté á favor de la oscuridad, y dije á mi amigo muy quedo y fingiendo la voz lo mejor que pude:

—Senor, aquí teneis la vuelta de los cuarenta francos que me disteis.

—Te dije que era para ti, muchacho.

—Gracias, caballero, pero si creeis deber estarme algo agradecido, concededme otra cosa.

Al mismo tiempo puse á Bamboche sudinero en la mano.

—Qué diablos quieres? preguntó sorprendido.

—Permitidme que en particular os diga dos palabras en vuestro cuarto...

—Enhorabuena: así como así, deseo salir de algunas dudas. Sígueme, pues.

Llamó Bamboche, se abrió la puerta y mi amigo pasó velozmente por delante de la jaula del portero, mientras este gritaba asomándose:

—Adónde vais, caballero?

—Soy yo, no me conoceis? dijo Bamboche sin pararse.

—Y quién sois vos?

—Trueno de Dios! El capitan Bambochio.

—Ah! perdonad, señor capitan, no os habia conocido, dijo el portero con cierta deferencia que indicaba la consideracion con que era mirado mi amigo en la casa.

Yo puse término al interrogatorio que me preparaba el portero, diciendo:

—Voy con el señor capitán.

—Bueno! bueno! basta, replicó el portero.

—Ah! señor capitán, gritó desde abajo; el señor mayor ha venido tres veces á buscaros.

—Llévele el diablo y á vos con él! respondió Bamboche sin detenerse.

—Qué buen humor gasta siempre el señor capitán, dijo el portero, acostumbrado sin duda á no formalizarse por las maneras bruscas de mi amigo.

En el segundo piso se detuvo Bamboche y entramos en su habitación, en cuya antesala ardía una lamparilla: Bamboche abrió una puerta lateral y dijo á Basquine:

—Entra ahí... regularmente habrá lumbre, caliéntate, que dentro de cinco minutos soy contigo.

Y dirigiéndose á mí, así que nos quedamos:

— Vaya, ya podeis decirme...

Pero ya se me habían agotado las fuerzas del disimulo y me arrojé al cuello de Bamboche, exclamando:

—No conoces á Martín?

Atónito Bamboche, hizose atrás un paso, desasióse de mis brazos para mirarme mejor, y volviéndome en seguida á estrujar contra su pecho, exclamó con voz ahogada por la conmoción, y mirando hacia la pieza inmediata:

—Basquine, ven, es Martin.

Di, por decirlo así, un brinco en el aposento: se abrió la puerta, y medio rebujada en la capa, se precipitó en la antesala, saltándome al cuello, y confundiendo sus abrazos y sus lágrimas, con los de Bamboche y los míos, porque todos tres nos estrechábamos y llorábamos.

Hubo un largo espacio de silencio, durante el cual, permanecimos estrechamente apretados; silencio interrumpido solamente de vez en cuando, por el rumor de esos sollozos de alegría profunda, convulsiva, que levanta el corazón.

—Bendito seais, Dios mio, que con instantes como estos, haceis olvidar dias y años de infortunio! Bendito seais, mi Dios, que tan magníficamente dotais á vuestras criaturas, que hasta las mas perversas, las mas miserables, pueden disfrutar esos éxtasis, cuya inefable dulzura, cuya elevacion santa, los aproxima á vuestra divinidad!

Alli nos encontrábamos tres víctimas de la fatalidad. Habíamos sufrido mucho, habíamos cometido acciones culpables, (y nuestro porvenir era oscuro, mas oscuro que lo pasado. Sin embargo, con el fervor divino que confundió nuestras almas, todo se olvidaba, los padecimientos, la miseria pasada, el negro porvenir, y nuestras faltas! nuestras faltas, consecuencias casi precisas de la miseria y del

abandono, no debian ser olvidadas tambien y perdonadas por vuestra paternal misericordia y vuestra justicia, Dios mio! Porque no todo estaba mancillado, no todo habia muerto en el alma de los que despues de haber delinquido, eran capaces aun de experimentar tan religiosamente los celestes delirios de la amistad.





CAPITULO VI.

*Confianzas.*

**V**AMOS á mi cuarto, siquiera nos veremos las caras! dijo Bamboche despues de la primera esplosion de regocijo.

Pasamos á la habitacion inmediata, que estaba mucho mejor alumbrada por dos bugias

puestas sobre la chimenea.

Basquine que se habia despojado del tocado diabólico, quedaba con un faldellin negro sujeto á la cintura con un ceñidor.

Otro rato de silencio hubo, que empleamos en mirarnos unos á otros con la afanosa y tierna curiosidad que inspira siempre la primera entrevista, despues de una larga separacion.

El enérgico rostro de Bamboche se habia despojado de su habitual espresion de audacia zumbona, y sus ojos húmedos todavia se clavaron sucesivamente en Basquine y en mi, mientras que ella, con una mano asida á la mano de mi compañero, y la otra fraternalmente apoyada en mi hombro, me contemplaba con el rostro animado por aquella sonrisa triste y meditabunda que mostraba en su infancia al hablar de su familia y de su padre.

Miradas de cerca, aun parecian mas delicadas las facciones de Basquine y mas finas que en la escena, si bien se conocia mas la huella de la miseria y del pesar: su cutis, tan trasparente y sonrosado en otro tiempo, estaba sumamente pálido sin que á disimular la palidez bastára el paño del influjo de la intemperie: eran ya blancos los labios que ostentáran carmin tan vivo, y solamente la gracia, la esbelta elegancia de su garganta y hombros podian hacer tolerarles sus pocas

carnes. Finalmente, aquel hechicero rostro de diez y seis años, marchito, descolorido, revelaba el hábito, las privaciones y de tan amargas penas que se me arrasaron de lágrimas los ojos.

—Me encuentras muy demudada, Martin, no te parece? dijo Basquine adivinando la causa de mi llanto, pues yo te habría reconocido al punto ....

Y dirigiendo la palabra á Bamboche, al mismo tiempo que me señalaba á mí:

—Qué aire tan leal, tan honrado tiene, no es verdad?

—Ahora recuerdo, repuso Bamboche, lo que yo le decía á Claudio Gerard, á aquel buen hombre á quien robamos y que recogió á Martin. «Por lo que de Martin me contais, se me figura estar viendo su semblante grave y apacible, en el cual se retrata su carácter, —Oh! no me equivocaba, es como yo decía, añadió Bamboche, mirándome fijamente. —Caramba! le hace á uno bien el mirar una cara de hombre honrado.

—Lo que es tú, dijo Basquine á Bamboche con un acento singular de cariño, de reconvenccion y melancolia, tú no has cambiado... en tí todo se embota... nada hace mella en tu indole de hierro...

—Nada... escepto Martin y escepto tú... Basquine meneaba la cabeza.

—Al veros otra vez á entrambos... he lle-

rado como un chico, prosiguió Bamboche sin reparar en el movimiento de Basquine: vaya! vaya! al cabo de tantos años, reunirnos otra vez...

—Hallar en un mismo día... á tí, me dijo Basquine dándome la mano, y á tí, añadió alargando la otra á Bamboche.

—Me has perdonado ya? preguntó Bamboche casi con temor.

—Entre nosotros, no debemos perdonárnoslo todo? replicó Basquine con dulzura: pero en el acto mismo, brilló un relámpago en sus ojos, contrajéronse sus labios y añadió:

—Para otros es para quienes debemos reservar los ódios.

—Hacia mucho tiempo que no veias á Bamboche? pregunté á nuestra amiga.

—Tres años, me contestó.

—Si, tres años, repitió Bamboche sin atreverse á mirar á Basquine.

—Segun eso, ignorabas que trabajaba esta noche?

—Ni sabia siquiera que estuviese en París, como que no habia leído el cartel. Cuando entré en mi palco, comenzaba el jaleo, que de seguro era intriga armada de antemano por aquellos pícaros petimetres del proscenio. La desgracia fué que no tuviera tiempo mas que para darlos de bofetadas.

—Conociste al que estaba en el palco? dije.

—A quién?

—A Scipion! al vizcondecito!

—Al tunantuelo del bosque de Chantilly?  
esclamó Bamboche.

—Dice bien Martin, esclamá Basquine con sordo acento, era el vizconde.

—Ah! tú lo sabias pobre Basquine? pregunté.

—No, embebida en mi papel, no sospechaba la presencia del vizconde, que sino habria esperimentado de él cualquier cosa.

—Por qué? la pregunté.

—Le habeis vuelto á ver desde la escena del bosque? añadió Bamboche tan sorprendido como yo.

—Si, porque parece que la fatalidad me acerca siempre á ese mal vicho, añadió Basquine con odio reconcentrado. Dos años hace que le ví otra vez, y entonces como ahora fui humillada, ultrajada en lo mas sagrado...

—Miserable! esclamé, pero de dónde procede ese encarnizamiento contra ti?

—Lo ignoro, contestó Basquine.

—Oh! vizconde... vizconde... esclamá Bamboche, yo te encontraré, á ti y á tu padre, y te vengaré, Basquine.

—De nadie necesito, dijo orgullosamente la muchacha... sé querer... y aguardar.

—Hace dos años... crees que te reconoció Scipion? la preguntó.

—No, como hoy tampoco me ha conocido de fijo. Obra guiado por el instinto del

mal, y por la casualidad. Cuando yo digo que hay fatalidades...

Y pasándose la consumida mano por la frente, repuso Basquine con ternura:

—Y tú, has padecido mucho? Eres feliz actualmente?

—Pero calle! saltó Bamboche examinándome con dolorosa sorpresa; tú con librea!!

—En efecto, añadió Basquine con tristeza; reducido á ese extremo!

—Oh! es cosa muy natural, exclamó Bamboche con amarga ironía, es un alma de oro y para él no hay situación humillante, así eras tú Basquine, que te portaste heroicamente.

—Vaya! olvidemos eso, dijo la jóven interrumpiendo á Bamboche.

—Si... olvidémoslo, repuso él con amargura y con tono grave y comovido prosiguió:

—Ya lo oyes, Martin, pues sin embargo para con ella he sido brutal, salvaje, implacable...

—Ya todo pasó, contestó Basquine sencillamente.

—Si pasó, dijo Bamboche angustiado, pasó.. lo mismo que el amor que me tenías.

—Amor! dijo Basquine encogiéndose de hombros y recobrando la espresion de ironía glacial que desplegara en el teatro: le oyes, Martin? me habla de amor... *á mi edad*. Amigos míos, comencé tan jóven que ya para amo-

res, tengo CINCUENTA AÑOS.

Quedamos abismados en un silencio penoso: no obstante su cinismo se aterraba Bamboche lo mismo que yo de ver á aquella muchacha, á aquel tesoro de belleza, de gracia, de inteligencia, de génio marchito, para siempre en lo que hace brillar ó ambicionar la belleza, la gracia, la inteligencia y el génio...

—Tranquilizaos, nos dijo Basquine, asiéndonos de la mano: en este corazon sangrado hasta secarlo por todas las miserias humanas: en este corazon donde el amor se ha extinguido por una degradacion precoz, habrá siempre, como solia decir Bamboche, un rinconcito de tierna amistad para vosotós dos.... Pero olvidamos que Martin debe estar impaciente por saber lo que nos sucedió á entrambos.

—Si supierais, amigos míos, les dije cuántas veces me han asediado estos pensamientos: donde estarán? qué habrá sido de ellos? Particularmente, qué siniestro suceso fué causa de que desaparecieran el día que yo fui detenido despues del robo á Claudio Gerard? Porque, haceos cargo de mi desesperacion, amigos míos, cuando al llegar á la cita que nos diéramos en caso de persecucion... os acordais?

—Si dijo Bamboche, al pie de una cruz de piedra....

—Pero si fuiste detenido, cómo acudiste á la cita? preguntó Basquine.

—Gracias á la generosa confianza de Claudio Gerard: luego os lo explicaré; llegué pues junto á la cruz de piedra, y qué es lo que encuentro? el chal de Basquine y algunas monedas en un charco de sangre...

—Cuéntaselo todo, dijo Basquine á Bamboche, que luego sabrá lo que á mi me pasó!

—Me acababa de embolsar el dinero de Claudio Gerard, principió Bamboche, cuando nos diste la señal de alarma: mi primer impetu fué acudir á socorrerte.

—Yo se lo estorbé, interrumpió Basquine porque nos perdíamos sin salvarte y á mi se me habia ocurrido otro proyecto...

—Tenias razon, Claudio Gerard hubiera sujetado fácilmente á Bamboche y á mi...

—Quizá, repuso este, teniendo yo las pistolas y con mi génio, habria habido una muerte... mil veces mejor es lo que sucedió, aunque, faltó poco para que me costara el pellejo. Seguí, pues, el consojo de Basquine y tomamos el tole por entre la espesura hasta que encontrando un montón de haces de leña, quité tres ó cuatro é improvisamos un escondrijo,

—Verás mi proyecto, añadió Basquine; debiamos aguardarte toda la noche en la cita convenida: si no ibas, es claro que te habian preso, en cuyo caso á la mañana siguiente

recorriamos el pueblo mendigando ó cantando, hasta que noticiosos de tu suerte, obráramos en consecuencia,

—El diablo lo dispuso de otro modo, exclamó Bamboché,

—Si, dije, el diablo ó el tullido?

—Cómo lo sabes? exclamaron á una voz Bamboche y Basquine

Continuad... continuad, amigos míos...

—No te equivocas, prosigió Bamboché, el tullido deshizo el plan, porque como dice Basquine, háy fatalidades singulares. Llegada la noche, nos fuimos al punto de la cita... habia una luna magnífica. Sentados al pie de la cruz, me estaba yo entreteniendo en contar el dinero, porque nos creíamos solos cuando cata que un puño de hierro me sujeta por la nuca. Escapa, Basquine!

—Ese fué su primer grito, dijo la muchacha.

—El segundo fué una cosa parecida á: trueno de Dios! Empiezo á forcejear para ver si cogia una pistola lo consigo, pero al bribon del tullido ..

—No me equivocaba, le dije á Bamboché. Sin duda estaba escondido detrás de la cruz de piedra.

—Precisamente, continuó Bamboché: en la lucha pudo arrancarme el arma al tiempo que yo la montaba y me hizo fuego.,. aquí en las costillas tengo una cicatriz que cabé un

dedo (1). Lléveme el diablo si sé cómo no me dejó en el sitio...

—Y has vuelto á ver á ese miserable? es clamé.

—Toma! hoy ha venido á preguntar por mí tre veces.. le llaman ahora el Mayor. No oíste al portero anunciarme su visita?

—Tratas con ese miserable? repeti con acento de queja.

—Puf! y con otros peores, dijo Bamboche, qué quieres? yo practico en grande el olvido de las injurias y de los pistoletazos á boca de jarro. Pues como te digo, al recibir del tullido tal saludo en mitad del pecho, cai redondo y Basquine escapó gritando: socorro! al asesino! La pobre niña se asustó tanto, que perdiendo enteramente la razon, echó á correr sin saber á dónde... de modo que quince dias estuvo loca del miedo. Ella te contará lo demás, porque aquella noche nos separamos!... por la vez primera.

—Pobre Basquine! exclamé asiéndola las manos: y á ti quién te salvó Bamboche?

—Un carretero que de vacío pasaba por el camino una hora despues del suceso: al verme anegado en sangre, casi muerto, me levantó y me acomodó en su carreta para trasladarme á un pueblo donde habia cirujano. A

(1) Véanse en el tomo primero las señas de Bamboche.

la madrugada tropezamos con unos gendarmes, el carretero contó el caso, y despues de hacerme la primera cura fui trasladado al hospital de la ciudad vecina: alli me curaron; pero como tuve que confesar que no tenia asilo ni recursos, pasé á la cárcel por vago á acabar mi convalecencia.

—A la cárcel! exclamé.

—Si, prosiguió Bamboche: alli me tuvieron hasta los diez y siete años, donde puedes suponer que acabé de echarme á perder, porque el que está ya duro no se ablanda en la cárcel, y el trato con los ladronzuelos no es el mas oportuno para desarrollar la parte moral. Sin embargo, seamos justos, las cárceles tienen su lado bueno: con un tantico de vago ó ladron que tenga uno, recibe una educacion de que jamás disfrutan la mayor parte de los hijos del pueblo; en la cárcel se aprende á leer, á escribir, á contar, un poco de dibujo y un oficio el que no le tiene.... se hacen ahorrillos: y aun á veces se sale de alli con colocacion.

—Sin embargo, en un principio no me hice cargo de las ventajas de mi situacion, y quise romperme la cabeza contra las tapias; despues por reflexion se la quise romper á los otros, hasta que resolví no romper nada, diciendo: tengo trece años, con que pasaremos aqui tres. Te vas á admirar, Martin, los tres años se me pasaron como un sue-

ño, porque así que me aficioné á la lectura, me entro un verdadero frenesí por leer y aprender. Hacían de mi cualquier cosa; solo con prometerme libros. Es incalculable lo que yo lei: en dos horas hacia el trabajo de medio-día, para consagrar á la lectura el resto del tiempo. Me habían enseñado el oficio de cerrajero, y machacaba yo como un Vulcano, no mas de porque luego me dejasen devorar todos. Debo hacerme la justicia, amigos míos, de que no contraí en la cárcel relacion alguna: ya se vé, estaba ocupado el puesto por vosotros: como era fuerte, tuve aduladores y los despreciaba: como era malo, tuve enemigos, de quienes me burlaba: pero amigos, ninguno; viví solo, confiado en mi hiel. Oh! he hecho muchas y buenas, con razon, caramba! porque juzga, Martín, lo que yo sería á la edad de diez y seis años, especialmente si agregas á tantos malos resentimientos mi cruel incertidumbre sobre vuestra suerte y la violencia de mi amor á Basquine que rayaba en delirio, porque entre aquellas cuatro paredes, la ausencia y mis recuerdos enardecian mi pasion. Salí pues de la cárcel, curtido por el mal, retorcido moralmente; como un árbol doblado por el viento.

--Ahora comprendo, dijele á Bamboche, el terror que inspiraba la cárcel á Claudio Gerard. «Entregarte á la justicia, pobre niño, me decia cuando me detuvo, sería perderte,

depravarte para siempre.»

— Pues tenia razon Claudio Gerard, contes-  
tó Bamboche. Hecho y muy hecho estaba el  
doblez malo, cuando sali de la cárcel recomen-  
dado á un maestro. Con estos auspicios podia  
ganarme el pan, ó rabiarse de miseria como  
tantos, pero al fin tenia alguna probabilidad.  
Con todo, amigo mio, era demasiado tarde.  
La vida de cárcel me habia rematado, me  
era insoportable el trabajo y pugnaban por  
salir á luz todos mis apetitos largo tiempo  
comprimidos. Entré, sin embargo, en casa  
de un maestro cerrajero que tenia una her-  
mana, una viuda de treinta y seis años, co-  
queta, amable y poseedora de unos 60,000  
francos. Si trabajaba poco en la fragua, en  
cambio era hablador cantaba lo que aprendi-  
mos con la Lebrasse, é imitaba sus ges-  
tos y cabriolas: con estas seducciones hice  
tilin á la viuda, y cierto dia la robé tiran-  
do la blusa para vivir como un señor. Por  
supuesto que no por ella dejaba de acordar-  
me de Basquine y de tí. Mi idea fija era em-  
prender un viage para buscaros; pero se ne-  
cesitaba tiempo y dinero, y la viuda guar-  
daba la bolsa como una reliquia. Es inno-  
ble lo que te voy contando, Martin, yo bien  
sé que habria podido ganar mis tres francos  
trabajando como un negro: pero habia pasa-  
do tantos miserias qué... créeme, me cuesta  
trabajo referirte estas villanias.... En fin, va-

mos á cosa mejor.... En estas andróminas me encontré con Basquine, que tenia trece años.

Dos golpes dados á la puerta interrumpieron el relato de Bamboche, que hizo un gesto de sorpresa y de impaciencia: salió á la ante-sala, y Basquine y yo oímos la conversacion siguiente entre Bamboche y el que llamaba:

—Quién es? preguntó Bamboche.

—Yo: el Mayor.

—Vete con cien mil demonios y vuelve mañana.

—Es cosa urgente.

—Lo mismo me dá.

—Es para el asunto de Roberto de Mareuil; me envia la Lebrasse.

—Señor Mayor, os advierto que sino tomáis la escalera aprisita, salgo y os la hago bajar con mas celeridad de la que conviene á vuestra edad venerable.

Pero capitan, siendo tan urgente el negocio....

—Señor Mayor! exclamó Bamboche con voz tonante, echando mano á la llave como para salir.

Eficáz debió ser la amenaza de Bamboche porque volvió á torcer la llave diciendo:

—Eso es otra cosa.

Y entró donde estábamos.

—Conoces á Roberto de Marenil, le dije sorprendido de lo que acababa de oír.

—Tengo ese *honor* dijo Bamboche con acento sardónico. Valiente canalla!

=El! exclamé.....

=Y tanto....

=Estás seguro?

—Oh! respondo de lo que digo.

—Despues hablaremos de Roberto de Marenil, dije á Bamboche despues de una pausa. Prosigue tu relacion.

=Yo la continuaré por él, replicó Basquine, porque él no pintaria bien lo generoso de su conducta conmigo.

—Tienes razon, Basquine, añadió yo: ya te escuchamos.





tuaciones en que me hallara. La revelacion del talento de Basquine me causaba mas admiracion que sorpresa: pareciame consecuencia, desarrollo casi lógico de sus dotes naturales, harto notables desde su infancia: mas cómo era que Basquine poseia la gracia, la elegancia de maneras que no se adquiere mas que con el trato del gran mundo? Cómo era su language correcto siempre, escogido y aun á veces elocuente y elevado?

Bamboche con su charla cinica, zumbona y su educacion carcelaria, alimentada por una multitud de lecturas buenas ó malas, hablaba el idioma que debia, y sus triviales gestos, sus modales groseros ó violentos estaban en armonia con sus palabras: mas qué origen podia tener el perfecto acuerdo de la elegancia de modales y de language de Basquine? ¿Cómo se habia desimpresionado de las lecciones vulgares, obscenas de la tia Mayor, de la Lebrasse y del payaso, lecciones horribles cuya corrupcion inficionára su infancia?

Pronto debia aclararse este misterio que me extrañaba tanto.

—Oye á Basquine, dijo Bamboche y verás lo que ha padecido la pobrecita... en comparacion... hacia yo en la cárcel una vida de patriarca.

—Siempre he sufrido la desgracia con resignacion, dijo Basquine, pero la humillacion los desprecios, los insultos... oh! esto si que

me ha hecho padecer.

Despues de una pausa, continuó Basquine:  
—Oye, Martin, y verás que nuestra suerte, diversa sin duda, se asemeja á lo menos en las miserias... Bamboche te ha dicho que al verle caer despues del tiro, con el espanto me volvi loca y emprendí á correr gritando: socorro! al asesino! El tullido me persiguió sin duda para matarme tambien, pero el miedo me prestó tal celeridad que pude lograr que me perdiera de vista. Son muy vagos para mí estos recuerdos, porque el espanto turbaba totalmente mi razon y pasé la noche escondida. Sali al amanecer y anduve á la ventura hasta que parece que encontré un boyero que llevaba sus reses á la feria de Limoges.

—Cómo qué! parece que encontraste? dije á Basquine sorprendido de esta espresion de duda.

—Digo, parece, querido Martin, porque despues de muchos dias del encuentro en que volvi poco á poco del embotamiento que me causó la desgracia de Bamboche, supe por el boyero los pormenores de mi encuentro con él; probablemente el sonido de las campanillas de las vacas me llamaria la atencion y me encaminé hácia el rebaño, al cual acompañé largo trecho prestando algunos servicios al boyero con instinto puramente maquinal ayudando á los perros á guiar las reses, Com-

padecióse en mi aquel hombre: me tomó por una idiota de quien se habrían querido deshacer abandonándola: por la noche me daba de cenar y una cama de paja en el establo; al amanecer me di prisa á levantarme, no obstante la nieve que caía en abundancia, y seguí animosamente al boyero. Así pasaron muchos dias en los cuales con grande sorpresa de mi protector, fuese disipando mi aturdimiento y la razon comenzaba á reponerse de su violento embate: finalmente, creo que la víspera de nuestra llegada á Limoges despues de una noche pasada en un profundo sueño, desperté completamente de una larga aberracion.

— Mi primer impulso fué esclamar momentáneamente mirando en torno mio: Bamboche! Martin! Entonces recordé vagamente lo que me habia pasado atónita de encontrarme en un establo.... Entre el recobro de mi razon y el instante del asesinato de Bamboche habia un vacío que no podia llenar. A este tiempo entró el boyero y me dijo: Chiquita en marcha. Pregunté, que me queria, como me hallaba en aquel estado y le conté, suprimiendo algunos pormenores, la aventura que me habia vuelto loca de espanto, subió de pronto la compasion de aquel buen hombre y dijo que me habia recogido creyéndome una idiota abandonada. Por él supe que me hallaba á treinta ó cuarenta leguas del sitio en

que Bamboche habia sido muerto (yo tal creia) y donde á ti te habian preso, Martin. No obstante la lástima que le inspiraba, el boyero no podia llevarme consigo, pues su comercio le hacia andar errante de provincia en provincia y vendidas las vacas, trataba de comprar malas en las cercanias de Limoges. Sin embargo, no quiero dejarte en la calle, chiquita, me dijo: la posadera en cuya casa me hospedo es una buena muger y la rogaré que te admita para ayudar á sus criadas: asi á lo menos tendrás pan y un asilo.

Por la noche llegamos á Limoges y á la posada donde el boyero solia alojarse: no le hizo gracia su solicitud á la mesonera, pero al cabo accedió á que me quedara y algun tiempo pasé en aquella casa, sirviendo de criada á las criadas, manteniéndome con sus sobras y durmiendo en un rincon de la cuadra. Creia muerto á Bamboche, me separaban cuarenta leguas del sitio donde te habia perdido querido Martin y por dura que me pareciera mi suerte en la posada de Limoges, no me atrevia á salir para empezar sola la antigua vida vagabunda. Un mes pasé alli hasta que salí por la mas singular aventura.

Viendo yo que Basquine vacilaba para continuar:

— Se conoce que te causa pena esa confesion, la dije al verla entristecerse.

—No, prosiguió con su sonrisa amarga y glacial; no, por el contrario, invoco á menudo este recuerdo, y otros mas... para fortalecer mi valor, mi energía, mi voluntad... así sacó fuerzas nuevas para caminar obstinadamente hácia el término á que quiero llegar! y llegaré... Oh! llegaré, si, llegaré!

Sorprendiome la inflexible resolucion con que pronunció Basquine estas palabras, y el siniestro fulgor que despedian sus rasgados ojos.

—Qué objeto te propones? dije á Basquine interrogando á Banboche con los ojos.

Yo no sé respondió él; tres años ha que la vi, y no me reveló nada: no es verdad, Basquine?

—Sí, replicó ella.

Y continuó despues de una pausa:

—Me hallaba, pues, de criada de las criadas del meson que se halla situado á la mitad de una rápida cuesta, donde no podian caminar los carruages, sino muy despacio. Un dia en que con la escarcha estaba la subida impracticab'le, me hallaba sentada en un banco á la puerta de la posada, cuando vi pasar, primero un correo vestido de colorado con anchos galones de oro, que precedió con poca distancia á una porcion de carrajes propios, segun oi decir, de milord duque de Castleby, gran señor irlandés, inmensamente rico, que viajaba con una numerosa comitiva. Dos dias se habia detenido en Li-

moges, y sus cocineros salieron la víspera con dos furgones llenos de víveres para ir á prepararle la comida, en la ciudad donde iba á hacer noche.

—Qué lujo! exclamé yo.

—Pues aquello no era nada, pobre Martin, repuso Basquine: otro furgon lleno de un mueblaje portátil, y acompañado de un ayuda de cámara, tapicero, iba delante de aquel inclito y poderoso señor, quien hallaba así en todas las posadas varios aposentos amueblados, del modo mas espléndido y mas cómodo.

—Tantas prodigalidades parecen increíbles...

—El bribon sabia vivir, dijo Bamboche.

—Y qué dirias, Martin, prosiguió Basquine, si te contára, que detrás de toda la comitiva iba una especie de carruage (1) para conducir dentro con toda comodidad, dos caballos de montar, si acaso se le antojaba al gran señor andar á caballo parte del camino.

—Llevar en coche á unos caballos! Qué opinas de esto, Martin? me preguntó Bamboche.

Pero como en el interin miraba yo á Basquine, creyendo que se burlaba de mi credulidad, continuó ella con acento sardónico:

—Cierto que eran locas tales prodigalida-

(1) *Ilámanse caravanes estos vehiculos y sirven para el transporte de caballos de carrera, ó de perros de caza, con el fin de evitarles las fatigas de un viaje.*

des, mas el duque de Castleby disfrutaba unos cuatro millones de renta de tierras, y por gente de su comitiva supe despues, que muchas veces en los dominios de su señoria, familias enteras de colonos tenian que estarse en cueros vivos sobre la paja podrida de su zaburda, mientras que la madre, ó una de las hijas lavaba en el arroyo los harapos de aquellos miserables. Ya se vé, querido Martin, si no fuera por estos contrastes, seria tan soso el mundo ..

Este sarcasmo frio, lanzado por una niña de diez y seis años, me acongojaba y aterrabá al mismo tiempo, Basquine prosiguió su historia.

—Pues como digo, sentada á la puerta del meson, me entretenia en mirar aquella larga hilera de carruages, cuando de pronto se paró el primero, que era el del duque. Por entre el cristal de este coche, descubri dos ojillos azules, cuya espresion jamás olvidaré, clavados en mi terciamente: solamente reparé en los ojos, pues la traza del personage, que con tanta persistencia me miraba, no era visible por las pieles y el gorro de camino que la encubrian.

Sucesivamente se habian ido deteniendo todos los coches. Despues de una breve parada, y de muchas idas y venidas de diferentes personas de la comitiva del duque, que con sombrero en mano se acercaban á hablarle á

la portezuala, vi apearse una señora como de treinta años, de facciones agradables, encaminarse hácia la posada, y preguntar por el ama. «Corre á acompañar á esta señora, y no te estés ahipapando moscas,» me dijo una de las criadas, dándome un empellon.—Eso mismo deseaba yo, repuso la estrangera con marcado acento inglés, y asiéndome de la mano me dijo con un tono sumamente cariñoso: «Presentadme al ama de la posada, hija mia...» Asi lo hice, y con ella estuvo encerrada un breve rato: pocos instantes despues, salió la posadera, y me dijo: «Niña, aqui te tenemos por caridad, estás desnudita, no se sabe de dónde vienes, ni tienes padre; comes mas de lo que ganas, y asi yo no podria mantenerte mucho tiempo. Esta señora, compadecida de ti, dice que si te quieres ir con ella, subirás en uno de esos hermosos coches, y serás dichosa... resuélvete. Pero te prevengo, que si rehusas tan útil proporecion, mañana té planto en el arroyo.»

—Pobre niña! como habias de desechar semejante oferta, en tu misera situacion? dije á Basquine.

—Por eso acepté con mil amores, replicó ella. Y confieso, sin embargo, que sentia una opresion singular, no obstante parecerme aquel suceso un sueño delicioso. Cogióme de la mano la dama, á quien llamaré en lo sucesivo Miss. Turner, y como sin duda tenia orden

de no presentarme por entonces al duque, me acomodó en el coche que ella ocupaba, y prosiguió la marcha. Cuando me recobré de mi primer asombro, miré al rededor mio, y me hallé en una berlina de cuatro asientos, todos ocupados, pues yo iba entre Miss. Turner y una negra de facciones admirables: debajo de la capa de camino, se le entreveía un traje precioso por su originalidad: brazaletes de plata brillaban en sus brazos, relucientes como el ébano. Enfrente de nosotras, iban otras dos jóvenes: la una muy gruesa, y blanca como el alabastro, tenia cabellos rubios claros, ojos azules, y rosadas mejillas: esta era flamenca: la cuarta, de facciones comunes, aunque agraciada, llevaba puesta una marmota, é iba vestida con el lojo que estilan las pescadoras de Paris en dias de fiesta. Catalina, (asi se llamaba) era en efectó nacida en uno de los mercados de Paris. Tenia maneras desenvueltas, insolentes, atrevidas, y en su lenguaje abusaba del vocabulario, tolerado solamente en tiempo de carnaval. Sus groserias, que no dejaban de tener chispa, divertían mucho al duque, el cual, despues de beber solia distraerse con el descocado cinismo de aquella criatura, recogida por el duque mismo en una de las mas inmundas cloacas de Paris.

— Parece imposible! exclamé. Costumbres como esas en nuestros tiempos! Uu serrallo

ambn'ante en pos de un hombre!

—Pobre Martin, de qué poco se admira! dijo Basquine á Bamboche.

—Basquine no inventa náda, y aun ni siquiera lo dice todo, saltó Bamboche. Ha existido ese milord duque, y yo he conocido entre la gente mas perdida testigos ó cómplices de... de sus rarezas.

—Qué remedio tiene, Martin? prosiguió Basquine con su habitual risita: el que nace omnipotente, se haria pronto de todo, y necesita cosas nuevas y raras por mi parte, solo aquel dia vi a las infelices que componian el serrallo del duque, pues asi que llegamos al término de nuestro viaje, fué mi vida la mas solitaria y singular del mundo. A la parada inmediata, Mis. Turner, llamaba por milord duque, me dejó un instante y volvió á poco mandándome que la siguiera. Abandoné el coche del serrallo y sola con Miss. Turner me acomodé en una carretela donde solian ir el moyordomo y secretario del duque de Castleby, pero por esta vez tan importantes personajes tuvieron que agregarse á otros coches de la comitiva. En la primera ciudad por donde pasamos, me compró Miss. Turner ropa decente y seguí viajando sola con ella; en las posadas nos servian aparte y dividió conmigo su habitacion. Era tan silenciosa, tan reservada aquella mujer, que no contestaba mas que monosílabos



á mis preguntas, y sus respuestas se reducían sobre poco mas ó menos á lo siguiente: «Descuidad, señorita; Monseñor os dará una educacion como si fuerais su hija. Oh! no sabeis la fortuna que habeis tenido con este encuentro. No hay otro señor mejor, ni mas genesoso.»

—Que raro es todo eso! le dije á Basinge.

—Mas de lo que puedes imaginar, Martin: asi que llegamos á la morada del duque, me entregué enteramente á las dulzuras de un bienestar tan nuevo para mi. Me servia la doncella de Miss. Turner, y en verdad que el duque desplegaba en su mesa una delicadeza, una suntuosidad inaudita, pero comiámos separadamente.

Mi salud, debilitada por las privaciones, ibase recobrando y Miss. Turner admiraba mi progresiva belleza diciendo que no estaba conocida. Tenia para mi uso un aposento amueblado con una elegancia, con un lujo de que no es fácil formar una idea acabada. Todos los dias me sacaba en coche Miss. Turner é ibamos á un parque reservado donde podia yo correr y retozar á mi sabor. Algunas veces me hacia Miss. Turner montar en un caballito manso como un perro, y ciertamente que la hija del primer grande del reino no pasaba una existencia comparable con la mia.

—Todavía no habías visto á milord duque? pregunté á Basquine.

—No. No fui presentada hasta tres semanas despues de nuestra llegada ál castillo, que era un palacio en toda la estension de la palabra y tan admirablemente situado en medio de uno de los mas hermosos paisajes del mediodia de la Francia, que se gozaba la suave temperatura de Hieres: por eso solia milord duque pasar en él parte del invierno.

—Y por qué tardó tanto tiempo ese hombre en disponer que te presentáran á él? pregunté á Basquine.

—Por estar esperando cajones de ropas con un ajuar completo, encargado para mi á las mejores modistas de Paris....

Antes de continuar, debo decirte, Martin, que Miss. Turner era una persona de finisimas maneras y que no habia cesado de reprehenderme con dulzura y firmeza todas las faltas de civilidad y las espresiones groseras con que estaba familiarizada. Por mi parte, yo me esmeraba en complacerla y observar sus preceptos y la vispera del dia en que fui presentada al duque de Castleby, me dijo Miss. Turner: «Estais hecha una señorita cabal en modales y buena crianza: espero por tanto que monseñor quedará satisfecho del fruto de mis lecciones.»

Llegó por fin el dia de la presentacion. Siento en pormenores sobre mi traje, no es

coqueteria, querido Martin, sino porque en virtud de las órdenes del duque tenia marcadísimo colorido infantil: los cabellos partidos en mitad de la frente me caian en gruesos tirabuzones sobre el cuello y los hombros: llevaba los brazos desnudos y un vestido de rica muselina bordada de la India con pantalon igual, medias blancas caladas y unos zapatitos de raso negro: á fuerza de oir repetir á Miss. Turner y á su camarera que estaba encantadora con este trage, dióme la tentacion de mirarme al espejo de mi cuarto de tocador (por supuesto que yo tenia una habitacion completísima empezando por la antesala y concluyendo por el bano) y despues de contemplarme, confieso con toda humildad que me parecia muy bella.

Ahora, me dijo Miss. Turner con su gravedad ordinaria y sacando de un cajon una magnífica muñeca: monseñor os regala esta muñeca, con que debeis darle las gracias.—Ya se ve que si Miss. Turner, dije maravillada de la belleza de aquel juguete y sin atreverme á tocarle.—Tomad pues vuestra muñeca, me dijo mi aya.—Bueno, respondí, pero no vamos ahora á ver á monseñor?

—Si, señorita, pero monseñor desea que lleveis la muñeca.

Confieso que bastante sorprendida de este capricho seguí á mi aya á las habitaciones de monseñor.

Esta parte de la narracion de Basquine me desorientaba enteramente, asi es que dije á nuestra amiga con el mayor candor:

=Vaya, esas atenciones, esa educacion son prueba de que tu duque no era un hombre malo.

Fijamente me miró Basquine y arrancó una carcajada sardónica que me hizo estremecer.





CAPITULO VII.

# *Historia de Basquine.*

(CONTINUACION.)

**A**ntes de proseguir mi relato amado Martin, y por via de preparacion para oir cosas que apenas creerás, añadió Basquine, dime, ¿tienes noticias de la aventura del buen Luis XV con Madlle. de Tiercelin?

—No contesté sorprendido de la pregunta; ignoro esa aventura.

—Durante mi residencia en casa del duque de Castleby, tuve ocasion de leer muchos escritos sobre el reinado de Luis el *muy querido*. Te diré la aventura. Paseando cierto dia el buen rey por las Tullerías, le llamó la atención una niña de *once años escasos*.... oyes, Martin? *once años escasos*! Era hija de un honrado particular de Paris llamado Tiercelin: el rey tuvo capricho por aquella criatura y la marquesa de Pompadour, que era una rival muy indulgente, facilitó las entrevistas del rey con aquella niña.

—Qué infamia! exclamé estupefacto.

Con su impasibilidad sardónica prosiguió Basquine:

Por casualidad Luis XV fué dos años fiel á la niña Tiercelin, y tanto espantó esta fidelidad á cortesanos y cortesanas, que de resultas de no sé qué intriga del duque de Choiseul, la pobre niña y su padre fueron encerrados en la Bastilla, donde pasaron catorce años (1).

(1) *Se lee lo siguiente en las Memorias históricas de PEUCHEUT, sacadas de los archivos de la policia, tomo tercero, pág. 106, 108, 114 etc.*

«Uno de los rasgos que mas evidencian

—Per eso le llama la historia Luis el *muy querido*! dijo Bamboche soltando una carcajada.

—La moral de este caso, prosiguió Basquine con su amarga ironía, es que Luis XV era un niño de la escuela, comparado con milord duque de Castleby, y que mejor me hubiera estado pasar catorce años encerrada, que vivir como viví en la opulenta casa de milord duque.

Aterrado del tono con que Basquine pronunció estas palabras, esclamé:

—¿Pero ese hombre te retenía á la fuerza?

—Cá! repuso ella, voluntariamente estuve.

Pero como yo no comprendia la contradicción de estas palabras, continuó:

—Antes de citar la aventura de Luis el muy querido, creo que ibamos hablando de mi presentacion á milord duque: magnificamente vestida de niña, llevaba en una mano mi muñeca, y di la otra alaya: asi atravesamos una hermosa galeria de cuadros y una porcion de salones á cual mas espléndidos, hasta que llegamos á la habitación particular de milord; esceptos sus dos ayu-

*la corrupcion de la policia en el reinado de Luis XV, es el lance de Middle. Tiercelin. Era esta una niña muy bonita, como de once años que le chocó á Luis XV paseando por las Tullerias, segun dijo por*

das de cámara, ninguno de la casa penetra en aquellos aposentos. Delante de una puerta con cortinaje de terciopelo encarnado, detúvose mi aya y llamó de un modo particular: uno de los favoritos nos abrió, habló breves palabras en inglés con Miss. Turner, la cual me encomendó á aquel nuevo personage, diciendo: Corso (asi se llamaba el ayuda de cámara italiano) os presentará á monseñor, sed juiciosa, conducios como una señorita bien educada y acordaos de todos mis consejos.

Sola me quedé con Corso que me inspiraba una aversion vaga por su semblante afeinado y moreno á la par, y sus ojos negros y penetrantes.

—«Si la señorita gusta de seguirme, me dijo respetuosamente asiéndome de la mano, la acompañaré á la presencia de monseñor.»

Atravesé con Corso, primeramente un salon, luego, una especie de gabinete con las paredes de espejos, y asi que Corso tocó un resorte que yo no eché de ver apartose un pedazo de espejo y sin soltarme de la mano mi guia, le seguí cada vez mas inquieta por un corredor oscuro y guarnecido de espesos

*la noche á Lebel, su ayuda de cámara. Este, para quien no eran un misterio los antojos de su amo, discurrió al punto los medios de satisfacer los buenos deseos del monarca.... Asi que, la niña fué robada y*

tapices, que ahogaban el ruido de nuestros pasos. A los pocos minutos, se abrió otra puerta, me hizo Corso entrar delante, y cuando quise volverme, ya habia desaparecido, sin que me fuera posible descubrir vestigios de la puerta de entrada.

En mi vida podré olvidar aquella escena: hallábame en una especie de rotonda colgada de paño negro, con estrellas de plata, y alumbrada por una lámpara funeral de plata tambien: el penetrante aroma de los perfumes mas suaves y mas fuertes, henchia aquella estancia sepulcral, amueblada con una banqueta circular de ébano sin cogines, ni almohadones. En mitad de la rotonda habia una mesa cubierta con una especie de tapiz de terciopelo negro bordado de plata, como un paño de tumba, y sobre la mesa habia un ajuar completo de niño, una casita de muñecas, pero de una magnificencia increíble, pues todas las piezas de aquel servicio en miniatura eran de oro con esmalte y piedras finas: especialmente me chocó una sopera del grandor, de una taza, que era una maravilla del arte: no

*entregada al rey...»*

*Y en otro paraje mas adelante se añade:*

*«La marquesa de Pompadour aprovechó con avidéz esta ocasion de deshacerse de una rival que podia llegar á ser muy pe-*

faltaba nada comenzando por platos de todas dimensiones, y rematando por las vinagreras con vasigillas de cristal de roca, y saleros en que apenas cabia un garbanzo.

—Entretanto, los colobos de ese hombre, desnudos entre el estiercol, disputarian su alimento á los cerdos, exclamé, sin poder apartar de mi memoria el cuadro de tan horrible miseria.

—Esa gente, dijo Bamboche, cria, mantiene, y conserva la casa á fuerza de gastos pero cuida muy poco de conservar al villano...

—Deslumbrada y asustada á un tiempo me hallaba con aquel espectáculo, dijo Basquine. Mas allá sobre un basar de mármol negro, descubri una bateria completa, y proporcionada á la vagilla. Un brasero calentado con espíritu de vino, debia servir de fogon y de horniila: estos preparativos infantiles nada tenían de alarmantes, pero el profundo silencio de aquella estancia adornada con colgaduras fúnebres, empezaba á asustarme, cuando vi moverse una cortina.

Confiesoos que se me figuró estar soñando, pues vi entrar montado en uno de esos mag-

*ligrosa: robusteció las sospechas de Mr. de Choiseul, y en un arranque de cólera firmó el rey la orden de prision contra la Tiercebin y su padre. Las notas secretas relativas a esta ignominiosa intriga, som-*

níficos caballos de madera que se mueven por medio de un resorte, á un hombre de mediana estatura, algo rechoncho y al parecer de mas de sesenta años: traia puesta una peluca rubia con rizos largos: un gran cuello de camisa vuelto, y una chaquetita en la cual abotonaba el pantalon... En una palabra, estaba vestido como un niño de mi edad, y sin duda para completar la ilusion, tocaba con todas sus fuerzas una trompeta de hoja de lata. Asi dió vuelta á la rotonda, cabalgando sobre el caballo de madera.

--Bah! dá gracias á que era un loco! exclamé respirando despues de un momento de angustia terrible.

=Un loco? exclamó Basquine mirándome, y añadió dirigiendo otra mirada á Bamboche: sí, querido Martin, un loco era...

Despues de una breve pausa, prosiguió Basquine:

=El señor duque, pues era él en persona, solia tener... manias que rayaban en locura. Confieso que mi primera impresion, al ver aquel vegete grotescamente vestido, y jugando como un niño de diez años, fué sol-

*prueban que duró desde 1754 año en que la jóven Tiercelin fué presentada al rey, hasta 1756, en que se firmó la orden de encerrar en la Bastilla al padre y a la hija. Catorce años.*

tar la carcajada... mas la risa no tuvo eco en aquella soledad profunda y siniestra, porque el duque se habia apeado, y mudo, impasible, me contemplaba con sus ojillos azules, que relucian en medio de su cara sanguinolenta; entonces el espanto volvió á apoderarse de mi, y llegó á su colmo, pues empezaba á amedrentarme de tal suerte, lo que me pareciera tan cómico en un principio, que rompí á llorar y dar alaridos.

—No habia motivo para menos, dije á Basquine; si me parece un sueño horrible...

—Menester fueron, prosiguió nuestra amiga, las palabras afectuosas, paternales del señor duque (que hablaba muy bien el francés) para tranquilizarme é inspirarme alguna confianza. Asi que me vió serena, mudó de tono, y sin hacer la menor alusion al modo como me habia recogido, ni á las atenciones que luego me habia dispensado, dijo afectando el ceceo de la pronunciacion infantil: «Me llamarás Chacho, me tutearás, y haremos comiditas. Qué muñeca tan guapa tienes! Verás yo qué juguetes tengo... luego te los enseñaré, pero antes haremos comiditas...»

Miraba yo á Basquine, sin atreverme á dar crédito á mis oidos, en tanto que eila continuaba con su sonrisa sarcástica.

—Pues Chacho, duque y par de Inglaterra, disfrutaba en el mundo de toda la consideracion; de toda la autoridad que prestan un

gran nombre y una fortuna inmensa... además, como se había dignado representar á su patria en no sé qué embajada de ceremonia, dos ó tres soberanos le habían hecho merced de sus mejores condecoraciones. Oh! y os aseguro, añadió Basquine con mas ironia, que cuando no vestia de Chacho, tenia milord una traza respetable y severa. Una tarde le ví por casualidad paseando por su galeria de braserero con el arzobispo de la ciudad inmediata, porque el señor duque era excelente católico, y todos los domingos se decia misa en el castillo, pues como digo, el señor duque andaba con la frente erguida, luciendo una banda azul sobre el chaleco blanco, y una placa de diamantes sobre el frac negro... Trabajo me hubiera costado conocer en aquel gran señor al Chacho con quien yo habia hecho mis primeras comiditas.

=Oh! si fuera posible verlos por dentro, volver la piel de muchos respetables ancianos y sobre todo, de algunos politicones, que son los peores, saltó Bamboche, ¡cuántos chachos se hallarian bajo esas máscaras austeras!

=Volviendo á las comiditas, prosiguió Basquine, las hicimos en la vagilla de oro, despues de preparada la comida en miniatura en las cacerolas de plata sobre el brasero de espíritu de vino. Poco á poco prevalecieron las aficiones y buen humor de mi edad, di-

virtuéndome mucho aquel pasatiempo, y la pericia que mi camarada Chacho demostraba en la cocina infantil: en seguida me enseñó Chacho sus juguetes, que los tenia admirables, singulares, verdaderos prodigios de mecánica. Oh! debian haber costado sumas considerables. Mas de repente me dijo Chacho con aparente sentimiento: «Ay! van á dar las tres, y mi mamá me vendrá á buscar para dar leccion: qué fastidio! Hasta mañana, si?»

Tal fué mi primera entrevista con milord duque, porque habiendo tirado sin duda de una campanilla invisible, se abrió la puerta secreta por donde yo entrara, y Corso me condujo por el mismo camino que habia traído hasta ponerme en manos de Miss. Turner, que me aguardaba fuera de las habitaciones particulares del señor duque. Cuando conté á Mis. Turner las rarezas que habia visto, impusome silencio, diciendo con severidad:

—«Señorita: os advierto esta vez para siempre, que no debeis hablar una palabra de todo eso, ni conmigo ni con nadie, pues os esponéis á perder las bondades de monseñor.»

Mi primera comidita no pasó de ser ridicula; lo mas horrible vino despues.

Candorosamente habia yo tachado de loco á aquel hombre, como la dije á Basquine, pero por el resto de nuestra conversacion, que se resiste á trazar la pluma, me convencí

de que aquel hombre era uno de esos monstruos encenagados en horribles monomanías, ya por la saciedad, ya por el precóz abuso de todos los placeres, que proporcionan riquezas inmensas adquiridas sin sudores desde la adolescencia, por el mero hecho de haberlas heredado.

—Por lo demas, continuó Basquine, mi aya, haciéndose la desentendida de lo que pasaba, y reservada é impasible siempre, prosiguió mi educacion con una perseverancia, con un celo, hijo sin duda de su obediencia á las órdenes del amo. Miss. Turner me enseñó á leer y escribir; cultivó y desarrolló mis disposiciones naturales para el canto, me enseñó, el piano, el dibujo, historia y geografia: cierto que aun cuando hubiera sido hija de milord, no habria sido mas esmerada mi educacion.

—Lo mas horrible exclamé sin poderme contener, es hacer servir un acto generoso en sí para la realizacion de los mas monstruosos caprichos... llevar de frente y á la par el cultivo del ingenio, y la mas execrable mancilla.

—Con efecto, repuso Basquine, pasaba la mitad de mi vida en el estudio, y en una especie de austeridad, pues Miss. Turner era para mí una rígida preceptora, pero la otra mitad de mi vida era un infierno, cuyo recuerdo horrible, me perseguirá hasta la muerte....

—Pero cómo no intentabas huir? pregunté á Basquine.

—No quise hacerlo, me contestó con cierta exaltacion, porque entonces columbré por la vez primera el término á que me propongo llegar, y á donde llegaré, añadió con resolucion sombría.

—No te comprendo, Basquine...

—Mira, Martia, me has conocido muy desgraciada, no es verdad?... has presenciado mi dolor, cuando me arrancaron de los brazos de mi padre moribundo... tambien sabes cuán miserable, cuán impura ha sido mi infancia, pues de volatineros pasamos á vagos y ladrones... pues bien, á pesar de esta precóz degradacion, todavia conservaba en el fondo del alma algun remordimiento vago, alguna aspiracion indecisa, hácia una vida menos vil. Os acordais de la tarde en la isla?...

—Oh! si... si!... exclamé.

—No hay muchos recuerdos de esos, dijo Bamboche, y asi hay que guardarlo en el lado bueno.

—Bien está: prosiguió Basquine con mayor exaltacion: por entonces, todavia me respetaba bastante á mis propios ojos, para buscar excusas de mi vilipendio, diciendo: la fatalidad, el abandono, me han traído á esta situacion. —Mas al cabo de algun tiempo de residencia en casa del duque, me sentitan horriblemente mancillada por aquel mónstruo

que hasta llegué á perder el remordimiento. Pero en cambio, conforme la educacion fué desarrollando mi inteligencia, despertóse en mi una necesidad, un deseo de venganza, que creció de dia en dia... hasta llegar á ser mi idea fija, incesante. Desde entonces acepté mi suerte con siniestra alegría: y realicé prodigios de trabajo: empleaba todo el tiempo disponible en adquirir las habilidades, los modales distinguidos y seductores que tanto poder dan á las mujeres. El duque fomentaba mi afición al estudio, por un refinamiento de diabólica corrupcion. A gran coste trajo un excelente profesor de canto y composicion, que habia creado por decirlo así, los artistas mas notables de la época, y cuyas obras son populares en la actualidad.

A propósito de este artista, añadió Basquine sonriéndose con dulzura; oye, Martin, un rasgo que te ensanchará el corazon, que te distraerá un momento de las maldades que voy contando. A los ojos de aquel artista, que era hombre de bien como pocos, pasaba por hija adoptiva del duque, porque me habria muerto de verguenza, si mi maestro hubiera sospechado lo que yo era entonces.... Y tanto mas le admiraba la aparente solitud con que se me trataba, cuanto que debía su carrera á un ser tan noble como misterioso.

«Me hallaba poseido del fuego sagrado, me

decía el artista, pero pobre, desconocido sin recursos, carecía de los medios de estudiar, porque escasamente tenía para pan. Cierta día vi entrar en mi boardilla á un hombre ya de edad, mal vestido, adusto y de penetrante mirada; por sus preguntas observé que estaba enterado de todas las particularidades de mi vida y de mi vocacion, resultando de aquella visita la seguridad de una pension, que me proporcionó los medios de estudiar, de trabajar, de darme á conocer y conquistarme un nombre: desgraciadamente desde entonces no he vuelto á ver á mi misterioso bienhechor.»

«Pero sabreis su nombre? pregunté al artista y él me contestó:— Dijo que se llamaba Mr. Justo y el agente en cuya casa cobraba yo la pension, jamás quiso decirme una palabra mas sobre aquel hombre singular.»

—Mr. Justo! exclamó Bamboche interrumpiendo á Basquine; qué cosa tan rara!

—Por qué? pregunté á mi vez.

—Un jóven pintor á quien yo conocí en mis dias de prosperidad, y que ya es ilustre me contó tambien que debia su carrera al generoso apoyo de un protector desconocido, llamado Mr. Justo.

—De fijo es el mismo! exclamé.

—Probablemente, repuso Bamboche, pues poco despues que se hubo asegurado el porvenir del pintor, que por cierto era honradi-

simo (no obstante ser amigo mio) otro jóven escultor, artista de grandes esperanzas, pero lleno de miseria, fué milagrosamente socorrido por ese duende de Mr. Justo, á quien ni uno ni otro vieron tampoco mas que una vez, pero que debe ser hombre de excelentes narices, cuando con tanto acierto reparte sus beneficios, pues el escultor disfruta á esta fecha de una brillante reputacion.

—Oh! gracias, Basquine, gracias, exclamé respirando con mas libertad.... oyendo esas nobles acciones se repone uno. Oh! no; no todos los hombres estragan con la opulencia: hay almas grandes para quienes es un sacerdocio la riqueza; porque, sea Dios loado, si hay duques de Castleby, tambien hay algunos Justos. Oh! cuanto daria, añadió con entusiasmo, por conocer á ese gran hombre de bien!





CAPITULO VIII.

*Historia de Basquine.*

=Pobre Martin! dijo Basquine, fuerza es que del cielo te haga otra vez caer en el infierno, continuando mi relacion.... Con un maestro tan bueno como el que tuve, no

extrañareis que hiciera rápidos progresos. En una palabra, va á parecerse absurdo lo que diré, querido Martin, pero es la pura verdad, y ello prueba la fuerza de mi voluntad: yo no tenia gracia, *esprit* francés y quise aprender á tenerlo; para saber lo que era, lei, estudié los escritores mas notables por este concepto, y á lo menos á fuerza de trabajo saqué una especie de jeringonza que podia engañar á los menos inteligentes, tanto que el señor duque, que en sus muchos viages habia tratado á las personas mas distinguidas de Europa, me dijo un dia sorprendido: «Chica, sabes que vas mostrando mucho ingenio?»—Oh! no temas, Martin; para tí no seré nunca chancera...

—Pero sepamos esa venganza que anhelabas.... dije.

—Mi venganza! exclamó. Oh! para que fuera segura, necesitaba adquirir esos talentos, esas gracias, esas seducciones que podian llegar á ser armas terribles... no contra mi lord duque, lo cual hubiera sido imposible, sino contra ese linage ocioso, estúpido, insolente é infame, cuya vejez horrib'e estaba personificada en el duque, asi como en el vizconde Scipion su repugnante adolescencia!

—Comienzo á comprenderte, Basquine, dije pasmado de la fisonomia rencorosa que ponía nuestra amiga.

—Raza implacable! prosiguió con amena-

zadora exaltacion, mientras á vosotros os sobra lo superfluo, se moria mi padre de dolor... de miseria y yo, era vendida por unas pocas monedas. Ah! vuestra indiferencia execrable por la suerte de los miserables, me dejó mancillar á la edad sagrada, en que hasta las mas criminales eran puras todavía! Cuando alargué mi mano inocente aunque impura, me rechazásteis! Grandes señores aburridos, de mí hicisteis un juguete y una victima de vuestro feroz libertinage, complaciéndoos con infernal ironia en ilustrar tanto mas mi inteligencia. cuanto mas me degradábais como mujer.... Me habeis abreado de ultrajes, de oprobios, de tormentos! Oh! el contagio de vuestra atroz perversidad me ha corrompido hasta la médula de los huesos, antes *los doce años!* Pero paciencia... yo llegaré á tener diez y seis años, la edad del candor y de la inocencia... edad en que brilla la belleza con todo su esplendor, en que lucirán las seducciones, las habilidades que adquiriré, y que vaya adquiriendo; robustecida entonces con los vicios que me infundisteis, robustecida con mi corazon muerto antes de la edad en que suele despertar, robustecida con mis sentidos apagados antes de tiempo y con el desprecio, con el horror que vuestra raza me inspira... ya vereis las pasiones locas, frenéticas, criminales con que sabré embriagaros... Me amareis....

y seré vengada!

La actitud, los ademanes, la fisonomía de Basquine, al pronunciar estas imprecaciones, respiraban tan formidable resolución, que exclamé involuntariamente:

—Me espantas, Basquine...

—Pasóse esta la mano por la frente, cubierta de encendido rubor, guardó silencio breves instantes, y me dijo:

—Perdóname estos arrebatos, querido Martin; pero contigo ni con Bamboche no sé disimular ni contenerme... Prosigamos mi relato, del cual ya me queda poco. Por un suceso imprevisto sali de casa del señor duque... Un ataque de apoplejía lo mató repentinamente, y su sobrino, su único heredero no se hizo esperar para entregarse de tan rica sucesión. El tal sobrino, que también era muy rico, aunque tan avaro y rigo-rista como pródigo y libertino fuera el tío, echó del palacio á todas las mugeres que mantenía el duque, pero de las cuales no se habia acordado para dejarlas el mas insignificante recuerdo... Miss. Turner era la única que habia hecho mucho dinero. No desmintió su impasibilidad acostumbrada al verme despedida como todas las demas moradoras del serrallo: no obstante me regaló veinte francos y una buena guitarra que yo tocaba bastante bien. «Niña, me dijo, con este instrumento, tu palmito, veinte francos en el bols-

sillo, un buen vestido y este lio de ropa, no debes apurarte por tu suerte.»

Así salí del castillo del duque de Castleby á principios de verano, sin otro objeto que ir á Paris, pues ya vagamente tenia mis miras puestas en el teatro.... donde mejor que en ninguna parte podia, á fuerza de trabajo, de celo y de voluntad conquistar el primer grado de la posicion que ambicionaba y que era mi idea fija, única, obstinada, ardiente como la venganza... Anduve mi camino sin suceso notable, con un tiempo magnifico, y gracias á la guitarra con que me acompañaba cantando en los cafés y parages públicos de las poblaciones que cruzaba, llegué aquí casi con doble dinero del que debia á la generosidad de Miss. Turner... Por casualidad me encontré con Bamboche, y aunque creia muerto mi corazón, muerto del todo, me estremecí de contento, de alegría y de esperanza.

—Cuando la topé, dijo Bamboche, vivia y con mi viuda; por supuesto que al momento la dejé plantada...

—Si, añadió Basquine, y mientras estuve en su compañía, se puso á trabajar resueltamente en su oficio de cerrajero, para atender á mis necesidades, porque de celos no me permitia tocar la guitarra en los cafés..

—Eso es muy suyo, dije.

—Sin embargo, repuso Bamboche apresurado; no te cuenta lo que la hice sufrir aque-

lla temporada: mis brutalidades y mis violencias, causadas por los celos y por...

=Para qué hablas á Martin de esos tristes recuerdos? dijo Basquine interrumpiendo á nuestro companero: tenias razon, Bamboche, en quejarte, no de mi cariño, sino de mi frialdad... es verdad que yo no amaba á otros, pero tampoco á ti, como tú querias ser amado. Cuando te vi, crei por un momento que resucitaria aquel malhadado amor de nuestra infancia, pero me equivocaba.. los sentimientos preternaturales duran poco. Ademas Martin, yo no tenia mas anhelo que el de estudiar mi arte, porque una voz secreta me decia que con él lograria la venganza, tras de la cual entonces como hoy camino con fé ciega en el porvenir: affligiame los celos, las incesantes reconvenciones de Bamboche por el poco amor que le mostraba: dichosisima me habria juzgado, si él aceptára, como se lo supliqué, un cariño fraternal; mas sus instancias, sus arrebatos llegaron á serme insoportables, porque él padecia continuamente y mis pesares cotidianos eran otros tantos obstáculos para la senda que me proponia seguir... asi que, una noche...

=Cuando volvi á casa del trabajo, prosiguió Bamboche interrumpiendo á Basquine, habia desaparecido.... Desde entonces, hoy es la vez primera que la veo.

=Y qué ha sido de ti en ese tiempo? le pre-

guntó Basquine con afectuoso interés: dinoslo, pues para mi siempre serás mi hermano como Martin.... cualquiera que fuere nuestra situación, segura estoy y lo atestigua nuestra connozion, de que seremos fieles á nuestros juramentos de nuestra infancia.

—Si, si, siempre! esclamamos á una voz Bamboche y yo, asiendo cada uno una mano de Basquine.

Y despurs de una pausa, dijele á Bamboche.

—Prosigue tu relacion: Qué hiciste despues que desapareció Basquine.

—Al principio creí volverme loco de lo que me irritó su fuga... Oh! la amaba, Martin, como no he amado, ni amaré jamás! Y la prueba es que por ella me he plegado de delicadezas que me asientan como zapatos de raze á un buey. En vez de trabajar como un negro para mantenernos, yo pude volver á casa de mi viuda y sonsacarla de una vez mas dinero del que gané reventándome, para trampear el tiempo que vivimos juntos. Pero qué! dar de comer á Basquine el pan de la viuda, me hacia malas tripas.... ya ves tú qué bobada! pero vamos, si contigo y con ella saco yo á relucir á otras mañas.

—Confiesa, pues, le dije, que es una cosa grande ver como nuestro mútuo cariño nos infunde sentimientos de esa naturaleza, por limitados que sean....

—En efecto, son limitados, porque así que marchó Basquine, volví á las andadas.... Por entonces me topé con la Lebrasse.—Ah viejo malo, le dije, todavía vives?—Gran tuñante, contestó! quisiste asarme en el coche? —Sí, pero se conoce que estabas duro: y la tía Mayor?

—Como era mas tierna, pues! ya me entiendes, mala pécora, respondió la Lebrasse. —Ya, se asó perfectamente.

—Válgame Dios! exclamé: y el hombre pez? muchas veces me he acordado de él después.

—Es verdad, dijo Basquine; pobre Leonidas! también estaba encerrado en el carruaje cuando le prendiste fuego. Te dijo algo de él la Lebrasse, Bamboché?

—El hombre-pez se libertó de las llamas, según dijo la Lebrasse, pero el payaso allí quedó.

Pues como digo, la Lebrasse tenía tienda de juguetes de niños en la galería de Bourg-l'-Abbé y al mismo tiempo *comercia* por no estar ocioso. Marrullero! es hombre que entiende en negocios.—Te perdono le dije; no mas te chamuscaste un carrillo? Psit, poco es, pero no hablemos mas del asunto.—Hola! con que me perdonas? Sea enhorabuena, repuso la Lebrasse, y para probarte que agradezco tu clemencia, te convidó á comer mañana y hablaremos.

Por supuesto que no falté á [la cita: estudióme el pillastron, me sonsacó y á los postres me dijo: has de saber que me dedico al comercio, y asi alguna vez por un pedazo de pan compro créditos legalmente exigible, pero difíciles de reembolsar, ora porque los deudores se largan á pais estrangero, ora porque hallan medios de poner á recaudo sus bienes. Hasta la presente, por falta de un sócio hábil, no he sacado de los negocios todo el partido posible, y eso que habria muchísimo que ganar. Entre otros varios te citaré un ejemplo: por quince mil francos compré un crédito de sesenta y dos mil y pico contra un tal M. Rondeau, que tiene de donde pagar; pero despues de realizar seiscientos ó setecientos mil francos, se me escapó con ellos á Inglaterra, donde está gastando y triunfando: legalmente, no puedo hacer nada, por no ser caso de estradiccion, pero si se apela á la *coaccion moral*....—Cómo es eso?

—Suponte tú, amigo Bamhoche, que yo te regalo mi crédito con todas las formalidades necesarias, un crédito como ese para tí que estas sin blanca... Qué es lo que harías sabiendo que al otro lado del estrecho hay un galan que puede pagar... ah! se me olvidaba, y que ademas es mas cobarde que el miedo?—Toma! dije á la Lebrasse, eso no tiene mucho que discurrir, iria á buscar á mi hombre, le agarraria de las orejas y

á palos le obligaria á pagarme.—No es malo del todo ese recurso, replicó la Lebrasse, pero en Inglaterra, lo mismo que en Francia, se echa mano á los acreedores que reclaman á garrotazos, pero nadie ha de prender á un acreedor que, supongamos, siguiera á todas partes al deudor, al paseo, á los teatros, diciendo en alta voz: Caballero me debéis legalmente sesenta y dos mil francos, tenéis para pagar y os negais, con que sois un bribon.

Por librarse de esta pesadilla, el deudor se sacrifica y paga, y si no se apela á otros medios, que hartos hay.—Cuánto me dais, le dije á la Lebrasse, y dentro de ocho dias habeis saldado la cuenta con el Mr. Rondeau? —Te pago los gastos del viage, y te doy cinco mil francos.... eh! no guñes esos ojos, sean diez mil... dejarás quieto el baston? ea, cuenta con quince mil que cobrarás en casa del corresponsal donde Mr. Rondeau vaya á pagar.—Me contento con quince mil francos.

Marché á Lóndres, y á los ocho dias la Lebrasse tenía su dinero, y yo por mi parte: así que me vi dueño de aquel potosi, dije para mí: pues, señor, es preciso dar con Martin, y que participe.

=Querido Bamboche!

—Claudio, Gerard lo dispuso de otro modo. ... Y aquel viage fué fatal para mí, por mas de

un motivo añadió Bamboche con una tristeza que me sorprendió!

— Por qué así? dije viendo que continuaba silencioso.

— Por qué no te encontre, Martin, y...

— Y qué?...

— Maldita casa de locos! murmuró á media voz.

Por el pronto me parecieron inexplicables aquellas palabras: y así le oí á Bamboche continuar con ahogado acento:

— Fuera, fuera estas ideas malditas! No queriendo soltarte Claudio Gerard, añadió haciendo un esfuerzo, me volví á Paris, y ancho pecho y rueda la bola! Pero todos los tunos de mi estofa son afortunados: cuando me vi con los últimos mil francos, jugué al treinta y cuarenta en el núm. 113, y en dos dias, les pesqué cincuenta mil francos; cuanto mas dinero tenia, mas te echaba de menos, Martin, y á ti lo mismo, Basquine, si hubiera sabido donde te anidabas...

— Te creo, Bamboche, dijo Basquine, partir conmigo ese dinero tan fácilmente ganado, ¿qué era en comparacion de la tarea que te impulsaste, mientras vivimos juntos?

— Es verdad, no me molí para ganar cincuenta mil francos. En vez de manejar la lima y el martillo, no tenia mas que sembrar el tapete verde, para recojer larga cosecha de doblones.

Desde entonces, viva la Pepa! Gran casa, caballos, mesa franca, y un calendario de galopinas desde Amelia hasta Zoa, no se me pasó una letra del alfabeto; por vida mia! Encasquetéme el nombre del capitán Hector Bambochio, porque me regalé este grado oyendo á la Lebrasse hablar de Tejas, donde habia manipulado en no sé qué negocio. Mientras estuve en boga, me enjalbegué con un padre marqués y un suegro en ciernes, grande de España. Un año hice vida de jugador, que en punto á emociones, como dos gotas de agua se parecia á nuestra vida vagamunda. Pero todo tiene término, incluso la buena suerte: el *encamado*, que me mimára tanto, llegó á tratarme como la difunta tia Mayor, por ejemplo despues que reñimos: quise entonces habérmelas con el *negro*, pero se condujo mil veces peor. Está claro, que tuve que trocar mi palacio de la calle Riche-lieu por una mala fonda de la calle del Sena. Allí fui trampeando con promover desafíos entre mis vecinos los estudiantes y sus amigos. Yo era el padrino obligado, y así almorzaba con la pistola, comia con el sable, y cenaba con el florete.

Ah! no os he hablado de mi pasión por la esgrima, tanto que en diez y ocho meses, el incomparable Bertrand si no me hizo un tirador elegante, hábil y correcto, por lo poco que se prestaba mi natural indómito, á lome-

nos me enseñó un juego peliagudo y peligroso. Esta reputación, acreditada prácticamente, con haber sacado las tripas á un acreedor rebelde, que pasaba por gran maton, me venia de molde para las cobranzas a mi nombre de la Lebrasse: pero al cabo se le concluyeron los créditos, ya no habia estudiantes que enemistar, me echaron de la fonda, y voto á brios, que me hallaba dispuesto para cualquier cosa, cuando hallé al tullido, al mentor de mis años juveniles. El pobrecito se habia enmendado: traia entonces entre manos un negocio de contrabando, de cigarros, telas, liquidos y demonios; yo que conocia bastante gente; y más mala que buena, me encargué de despachar su contrabando mediante un corretage. Trampeaba y vivia en el almacén de nuestra sociedad, callejon del Zorro, pero la justicia olfateó el puesto, y gracias que pude escapar. Lo confieso, andaba mascullando una diablura, cuando me asaltó esta idea. Soy vigoroso, la naturaleza me ha dotado de cinco pies y siete pulgadas, con que vendámonos para el servicio de las armas. Dicho y hecho, y así que percibi el precio de mi venta, fui á jugarlo, haciéndome esta cuenta: Si gano, me liberto con poner otro hombre: si pierdo... armas al hombro, y es seguro que no pasan dos meses sin que me fusilen por insubordinado.—Pero lo que son las cartas? ni mas ni menos que las

mujeres: otra vez tuve por mi capricho el *encamado*. Gané diez mil francos, compré un sustituto, y héteme otra vez en zancos... Pero para mí, ni las desgracias vienen solas, ni tampoco las dichas, añadió conmovido dándonos la mano. Ese tuno de la Lebrasse tenía nuevos créditos que cobrar, pues había dado en la gracia de prestar á los hijos de familia que sabia habian de ser rícos á la muerte de papá y mamá. La buena suerte en el juego, me permitia alternar con toda clase de gentes, y no dejaba de engatusar á algunos pichoncitos estraviados del palomar paterno, para que la Lebrasse los desplumára, y me diera parte. A esta sazón tornó á aparecer el tullido y le hice mi sócio: por respeto á sus cabellos blancos, le conferí el grado de mayor, y cuando hay acreedores remisos, él tantea el terreno, y me suele servir de padrino. Este es el estado actual de mis negocios, queridos míos, y en esa cómoda tengo cinco mil y pico de francos á vuestra disposicion. Pocos dias há que enganché á la damisela con quien me habeis visto en los Funámbulos, y á donde fui sin leer el cartel, solo por Mad. Bambochio, á quien el diablo se lleve, vino á decirme: Vamos á los Funámbulos, que es de buen tono.—Vamos allá, y como he dicho, me he encontrado con dos dichas á la par; qué digo, dos? tres, cuatro, cinco, porque

me he proporcionado la satisfaccion de abofetear al vizconde Scipion, á su padre, y no sé quién mas, al tiempo de acudir á socorrer á Basquine.

Esta es mi confesion; dinos tú, Basquine, ahora, el motivo de haberte hallado en ese teatro para que luego se confiese Martin.





CAPITULO IX.

*La despedida.*

Después de dejar á Bamboche, prosiguió Basquine, me alejé de Paris por miedo de encontrarle y ceder á sus instancias, y continué cantando en los cafés de las poblaciones

por donde pasaba. Aunque mi público era tan grosero como el que teníamos cuando andábamos con la Lebrasse, procuraba yo dar á mi voz, á mi acento, á mi fisonomía la mayor espresion posible, siendo así todo para mi motivo de estudio y de observacion sobre los medios de cautivar y conmover á los espectadores. Intenté tambien componer la letra y música de algunas cancioncillas, que gustaron bastante á mi auditorio: dominada por el objeto único, á donde se encaminaban todos mis pensamientos, á penas era sensible á la dura pobreza, á los disgustos, á las innobles relaciones que me imponia mi nueva vengancia, miseria que me debia haber sido tanto mas penosa, cuanto que en casa del duque habia disfrutado de todas las comodidades de una vida opulenta: estando por casualidad en Orleans, llegué una noche á cantar á un café de no muy buena nota, y como estaba en voz, obtuve grandes aplausos. Entre mis oyentes, me llamó la atencion uno de hasta cincuenta años, dotado de rostro espresivo, pero que por el color olia á borracho desde una legua: aquel sugeto me chocó doblemente por el traje que vestia. Debajo de una mala levita, asomaba una raída ropilla de terciopelo azul con restos de bordado, y el remendado pantalon caia sobre unas botas de talilete, que habian sido encarnadas.

— Apuesto á que era algun actor sinajus-

te, dijo Bamboche.

—Cabal, dijo Basquine. El personaje en cuestion, que usaba para la calle sus restos de vestuario, era un antiguo comediante de ópera cómica, recién espulsado del teatro por sus continuas borracheras: le llamaban la Baquenaudiere. Como tenia bastante talento natural y excelente humor, se le disputaban los ociosos, de suerte, que siempre estaba á medios pelos, ó borracho del todo... La Baquenaudiere me oyó cantar con mucha atencion, y no me aplaudió: pero se vino para mí y me dijo: Soy perro viejo, y algo entiendo de voz y de facultades... Si trabajas, niña, dentro de tres ó cuatro años, serás primera dama en la ópera de Paris... Si te acomoda, te daré lecciones, porque nada que hacer tengo, y así pasará el rato.

Yo acepté, por supuesto, con el mas vivo reconocimiento.

—De veras tenia talento ese hombre? pregunté á Basquine.

—Si el infeliz hubiera podido practicar las excelentes teorías que profesaba acerca de su arte, se habria grangeado un nombre ilustre entre los primeros actores de su época. El profesor que milord duque me proporcionára era un cantante excelente, y un compositor de primer orden, pero no era actor. La Baquenaudiere, por el contrario, siendo músico mediano, (desempeñaba los papeles de bufo) era

un cómico consumado. Nadie como él conocia teóricamente los infinitos recursos de su arte, desde los efectos mas cómicos, hasta los mas dramáticos: en qué consistia que aquel hombre dotado de tan maravillosa inteligencia, y que analizaba lo mismo un papel de Molière, de Racine ó de Corneille, no hubiera pasado de ser un mediano cantante? Esta es una de esas contradicciones tan frecuentes como inexplicables que se observan; acepté, pues, la oferta de la Baquenaudiere, que desplegó en sus lecciones una severidad, una dureza casi brutal; pero en los momentos lucidos que le dejaba la embriaguéz, dióme conocimientos que fueron para mí una verdadera revelacion... Por desgracia, aquellas inapreciables lecciones duraron poco. Mas y mas dominado por su vicio, adquirió la Baquenaudiere un embrutecimiento que se convirtió en idiotismo, y por caridad lo metieron en un depósito de mendigos: aquel desgraciado me aconsejó muchas veces que viniera á Paris y me ajustara por cualquier dinero y en cualquier teatro, pues en su juicio era seguro que me daria á conocer...

Salí por tanto de Orleans con direccion á Paris y llegué á Sceaux... Allí fué, añadió Basquine arrugando la frente, allí fué donde vi al vizconde Scipion por vez primera despues de la escena del bosque de Chantilly. Era dia de fiesta, y confiada en que algo ga-

naria yendo á cantar á la mejor posada del pueblo, pregunté cuál era. Acababa de cantar una canción delante de una porción de personas que estaban comiendo en el jardín de la fonda, cuando se acercó un mozo á decirme que en uno de los salones de las habitaciones altas deseaban oirme.—Buena propina te espera, me dijo el mozo, porque son unos señores muy ricos.—Seguí al guía, que abrió una puerta y me presentó á Scipion y dos de sus camaradas. Tan presente se me habia quedado la escena del bosque de Chantilly, que al punto conocí al vizconde; mas él no debió acordarse de mí y mucho menos estando asaz animado por el vino.—Canta, tñantuela, me dijo groseramente casi sin mirarme, te pagaré mejor que esos canallas del jardín. Toma, y con la mayor insolencia, tiró delante de mí un Napoleon. Tan conmovida me sentia por los recuerdos que la presencia de aquel maligno jóven despertaba, que no paré la atención en sus groserias: muda, inmóvil, ni siquiera recojí el dinero y como mi silencio le llamára la atención, se levantó de la mesa, dijo unas cuántas palabras al oído de sus camaradas y mientras el uno echaba el cerrojo á la puerta, comenzó contra mí una escena de innoble brutalidad. Me defendi llorando, suplicando en voz baja, sin atreverme á pedir socorro, porque sabia que en caso de escándalo el dueño de la casa me echa-

ria todas las culpas y me despediria ignominiosamente. Mis súplicas, mi miedo envalentonaron á aquellos miserables, y tanto exasperó á Scipion mi obstinada resistencia, que calentado por el vino, se poseyó de un acceso de rábia, me llenó de injurias y me dió tal golpe en el rostro, que comenzó á correr mi sangre en abundancia.—Haciendo entonces un esfuerzo desesperado, pude zafarme y correr á la ventana para dar gritos.—Al verme asomar con el semblante ensangrentado, se levantaron tumultuosamente las personas que en el jardin estaban: asustado el un camarada de Scipion, descorrió el cerrojo y entró el amo de la fonda que me despidió echándome la culpa, mas algunos espectadores tomaron mi defensa y á no ser por la oportuna llegada del ayo de Scipion que sacó á los jóvenes por una puerta trasera, lo habrian estos pasado muy mal.

—Mala pécora! exclamó Bamboche, siempre dirá quién es el tunantuelo del vizconde del bosque de Chantilly. Oh! algun día las pagaré todas juntas, que ya vá siendo tiempo...

—Eso es cuenta mia, esperaré... dijo Basquine irónicamente. Si cito esta otra indignidad de Scipion es porque, unida á la escena de esta noche, adquiera un carácter singular de fatalidad, añadió Basquine, animándose por grados; será que el génio del mal

del vizconde le eche siempre en mi camino, le arrastre á hacerme ultrages capaces de desesperar á una mujer; no bastaba haberme rechazado de pequeña sin piedad, haberme injuriado y golpeado despues, era necesario que la mala suerte del vizconde le llevára esta noche al teatro; porque no sabeis todo lo que tiene el suceso de desesperante para mi: sin contar la humillacion ridicula y atroz que he sufrido, sin los chicheos é insultos que me han prodigado; sabed que á costa de inauditos esfuerzos de voluntad, á costa de privaciones increíbles habia logrado entrar en ese mismo teatro; como ya no cantaba por las calles, tenia que vivir con los diez sueldos diarios que me daban por figuranta, es decir, morir de hambre y dormir en horribles tabucos con la gente mas perdida de París.

—Qué cosa tan horrible para una muger, exclamé. Cuánto sufririas!

—La esperanza, la conviccion del resultado y de poder vengarme algun dia me prestaba fuerzas, dijo Basquine: yo no me arredraba y esta noche asistia á la representacion un empresario de provincia, quien en caso de quedar satisfecho de mis facultades, me ofrecia un ajuste de ochocientos francos... poco era pero mucho para mí, porque dado este primer paso, tenia la seguridad de llegar á fuerza de trabajos y terca resolucion... Ahora, ya conoceis, añadió Basquine desconsolada, que

despues de mi ridicula é ignominiosa caida, es perdida toda esperanza... Ni siquiera sé si me atreveré á presentarme otra vez en ese maldito teatro, donde me costó tanto trabajo entrar... Pero no importa! Aun no tengo mas que diez y seis años prosiguió Basquine con indomable firmeza... comenzaré otra vez... buscaré otros medios... no desisto de mi venganza y quiero encumbrarme... Me encumbraré. Sí, envilecida, débil, aislada, miserable como soy, haré carrera... Oh! bendito seas, Scipion, el odio que me inspiras, acrecentará mi energia... Bendito seas, porque si no sucumbo en la lucha, os prometo á tí y á los tuyos...

Mudando de conversacion y mirándonos á Bamboche y á mí, dijo Basquine casi confusa:

—Perdonad, amigos míos, que os olvide por mis resentimientos... Luego hablaremos del porvenir, mas ahora que estamos reunidos, tras tantos años de penas y de separacion, no pensemos mas que en nosotros y en decirnos lo que acaso á nadie hayamos revelado... Es un consuelo, un estímulo al menos. Ha terminado mi confesion, Martin, y tambien la de Bamboche. Ahora te toca á tí y aguardamos tu relacion con impaciencia.

En breves palabras referí cuanto me había sucedido despues de nuestra separacion, y por escrúpulo de ocultar algo á los que

acababan de iniciarme en los mas secretos pensamientos de su corazon, en los tristes misterios de su vida... no callé ni mi respetuoso amor á Regina, ni los recelos que me causaban las persecuciones de que era objeto.

Por otra parte, además de la ciega y legitima confianza que me inspiraba el cariño de Basquine y de Bamboche, confiaba en las noticias que tenia este acerca de Roberto de Mareuil, para contar con la útil cooperacion de mi amigo de infancia.

Tambien llegué á hacer otra revelacion indiscreta quizá, y ví la emocion, sincera, profunda, que manifestaron Basquine y Bamboche al oirme contar mi lucha obstinada contra la mala suerte, y mis pasos al borde del precipicio.

=Ah! respiro... exclamó Basquine. — Ha habido un momento en que me dabas miedo añadió Bamboche, cuando conté el encuentro providencial de Regina; que me salvó de la infamia... era un contraste singular é inesplicable para mi por entonces, ver á aquellos dos seres que nada esperaban de los sentimientos honrados y generosos, comprender y apreciar con la mas afectuosa simpatia todo lo que tenia de animosa mi conducta, en aquella época de penosas tentaciones. Otro tanto sucedió con mi amor á Regina.

—Crees en Regina, como mi pobre madre creía en la Santísima Virgen, dijo Basquine conmovida... eso no es amor, es religion.

—Martin, añadió Bamboche con gravedad así que hube terminado mi confesion, eres la criatura mejor del mundo... Te vas á reir, si te digo que me alegro de ser lo que soy, porque te aprecio mejor que si estuviera á tu igual.

—Bamboche, la amistad te ciega, le dije sonriéndome.

—Truenos de Dios! á mi no me gustan los cumplidos, exclamó, pero cuanto mas abajo está uno, mejor juzga de la elevacion de la montaña...

—Es verdad, repuso Basquine, no nos ciega la amistad... lo único que hace es impedirnos ser envidiosos, ó injustos... Anda, pobre Martin, añadió Basquine, con desgarradora sonrisa... la belleza no es la que mejor aprecia la belleza... sino la fealdad, cuando es inofensiva y sin envidia.

—El diablo ya no se mete en nada, prosiguió Bamboche... Tú seguiras siendo Martin, y nosotros Basquine y Bamboche: ya estamos vaciados en bronce, tú en el molde bueno, nosotros en el malo: arañar este bronce, es tener el gusto de arrancarse las unas, lo cual no pasa de ser una tontería, pues al fin y al cabo, Basquine y tú me queréis

menos porque yo sea un perdido, interin me empeore? No me amais tal como soy...

—Porque todavía conservas escelentes cualidades, le dije:

Pero él meneó la cabeza y contestó:

—Dos cualidades únicas me adornan; ser de Basquine en vida y en muerte: ser tuyo, Martin, de la misma manera... No tengo mas en mi abono.... Mas qué importa? Te amamos menos, Basquine y yo, porque tu razon sea tan puro como malo es el nuestro? No por cierto, te amamos tal como eres, y todos estamos á una altura en el cariño que nos profesamos.... Oh! no seas vano, Martin, en esto valgo tanto como tú, y Basquine tanto como nosotros. Esto es lo que tienen de bueno nuestras confesiones, que nos demuestran que necesitamos unos de otros... medios de ayudarnos, los hallaremos, y como yo no me atonto, pensemos en mí primeramente. Por el pronto, nada necesito. Quedais vosotros: es preciso que Basquine, no obstante su caída, conserve el ajuste que esperaba, y mejor que consiga un buen ajuste en Paris....

—Cómo? dijo Basquine.

—Lléveme el diablo si sé como, dijo Bamboche, pero respondo de que has de tener un ajuste de parte principal.

—Sí, respondemos, exclamé. Baltasar Roger, poeta y amo mio, es fanático por el talento de Basquine. Un periodista influyente:

amigo suyo, participa de esta admiración, y no conozco corazón mejor que el de Baltasar... es seguro que le habrá contristado la desgracia de la pobre Basquine... Con que me comprometo á hacerle que la recomiende á su amigo el escritor.

—Ensalzada por los periódicos, exclamó Bamboche, tú dictarás las condiciones, Basquine... Cuando digo que has de ajustarte de parte principal... Tú, Martin ó mejor dicho la señorita Regina que no tendrá en lo sucesivo servidor mas celoso que yo, puesto que tú la amas y la respetas, no caerá en manos de Roberto Mareuil... yo te lo fio porque no sabes quien es ese hombre... á su lado soy un santo: pero se le hundirá y una vez hundido, atenderemos á los demás, á ese principe de Montbar y al padre del tunuelo del vizconde. Habrá para dos bocados... Veremos en qué salsa los despachamos..... Por el pronto, ya tenemos asustada á Basquine.

Como yo no me mostraba muy convencido de estos infalibles procedimientos, añadió Bamboche!

—Si dices una palabra, me comprometo formalmente á casarte con tu Regina... Mas no, repuso alargándome la mano, no gaste mos bromas con ese nombre..... Perdona Martin, harto es que aceptes mi auxilio... Oh! mas para luchar con Roberto de Mareuil, mas

hacen los Bamboche que los Martin.

—Dices que Roberto estaba en los Funám-bulos? exclamó Basquine despues de una pausa:

—Si, contesté, en el proscenio de la izquierda.

—Si, si, aunque estaba en un rincon del palco, luego asomó la cabeza.

—Eso es, dije á Basquine, parecia fascinado por tus ademanes y tu voz.

—Casualidad singular! añadió Basquine: al principio reparé en él, pero luego me absorbió la representacion de mi papel...

—El tal Roberto estaba fascinado, exclamó Bamboche dirigiendo á Basquine una mirada de inteligencia.

—Si, replicó ella con sarcasmo. No comprendes? es amigo del vizconde, es uno de los corifeos de esa casta que detesto.

—Vaya si comprendo! saltó Bamboche.

—Y yo tambien creo comprender algo, les dije. Pero cuidado, porque Roberto es...

—No te entrometas en esto, Martin, interrumpió Bamboche... Es una obra que te mancharia las manos. Pero desculda, que no fiaremos nada sin tomar tu parecer... Por esta noche vayan al infierno los negocios, regalémonos un poco con recuerdos y cene-mos, que el placer me alarga los dientes. Afortunadamente tenia preparada la cena para mí y para la ex-capitana Bambochio... A la

mesa, pues... que siempre valdrá mas que la dispuesta por el pobre Leonidas Tiburon... Os acordais de los guisotes de carnero que nos hacia?

—En virtud de su calidad de hombre-pez, sobresalia en los caldos á la marinera, dijo Basquine cediendo como yo al alegre impulso de Bamboche.

—Os acordais, dije yo, del modo que tenia de alejar á los curiosos cuando iban á observar sus manipulaciones?

—Vaya si me acuerdo, dijo Bamboche acercando á la lumbre una mesa bien provista... El dia de nuestra última representacion con la Lebrasse, fué cuando Leonidas apeló á su gran recurso para espantar á ios curiosos... Qué olor tan endemoniado!

—Te acuerdas, pobre Basquine, añadí del peligro que corriste aquella noche, con el monstruo de la tia Mayor?

Arrastrados por el encanto irresistible de los recuerdos, embebidos en la memoria de nuestra vida pasada, nos olvidamos del presente y del porvenir, durante la cena, que duró hasta el amanecer.

Por la mañana me encaminé á casa de mis amos, inquieto por saber como habrian mirado mi ausencia, pues á cualquier precio deseaba permanecer sirviendo á Baltasar, y me-

Jor á Roberto, cuyos pasos tanto me interesaba conocer, y así llevé urdida una fábula para disculparme. Llegué á casa de mis amos, la llave estaba puesta y entré.

Grande fué mi sorpresa viendo á Baltasar ocupado en hacer su atillo. Pobre y digno poeta! no le entretuvo esta operacion mucho tiempo; llenó pronto la maleta, y eso que se llevaba la mayor parte, el plano de su magnifico palacio.

Estaba Baltasar grave y triste, como jamás le habia visto: al descubrirme, me dijo afectuosamente:

—Ahi estás, Martin?

—Señor, contesté confuso, perdonad si ayer falté...

—No hables de eso, Martin, no tengo derecho para reñirte... Me marchó...

—Os vais, señor? é involuntariamente añadió: Y el señor conde, vuestro amigo?

—Mi amigo! repitió el poeta recalcando estas palabras con amargura; se queda aqui, conserva esta habitacion, porque la casa y el barrio le acomodan.

—Mas vos, señor...

—Yo me voy una temporada al campo.

Era indudable un rompimiento grave y repentino, entre el poeta y Roberto.

Despues de una larga pausa, dijome Baltasar sacando un papel de la cartera: te de-  
lo hasta unos sesenta francos, por los reca-

dos que has hecho para mí... pues bien conoces que los salarios capitalizados no pasaban de ser una broma... Dispensa que haya tardado tanto en darte tu dinero.

=Señor!

=Desearia poder recompensar mejor tu celo y tu delicadeza, porque nunca te has atrevido á pedirme un dinero que sin duda te haria mucha falta... No te le he dado, por la sencilla razon de que no tenia, pero mañana vence el trimestre de mi corta pension: llevas este recibo adonde indica, cobras, y separando tus sesenta francos, me envias el resto en una libranza sobre correos á Fontainebleau.

—Está muy bien, y tantas gracias, dije tomando el papel.

=Ahora que caigo, repuso el poeta sonriéndose, tengo tan pésima letra, que dudo que puedas leer las señas... Prueba á ver.

Con algun trabajo á la verdad, leí lo siguiente:

*He recibida de Mr. Renaud, calle Montmartre, número 10, la suma de trescientos cincuenta francos por el trimestre vencido, en la pension que Mr. Justo tiene la bondad de pagarme.*

*Paris etc.*

--Dios mio! exclamé: tambien anda aquí Mr. Justo!

—Qué es eso?... qué quieres decir? preguntóme el poeta.

Conté entonces á Baltasar lo que habia oido acerca de otras liberalidades de aquel hombre singular.

—Es cosa singular, dijo el poeta pensativo, es menester que ese Mr. Justo sea el diablo en persona: tambien yo me estaba muriendo de hambre, cuando me oliscó. Ignoro cómo averiguó que yo era huérfano, que mi honradísimo padre, arruinado por una quiebra, me habia dejado sin recursos, y que yo con la mania de escribir tenia fé en llegar á ser algo. Lo cierto es que un dia se me apareció Mr. Justo, que por cierto tiene cara de pocos amigos, y despues de una larga conferencia en que se mostró muy enterado de todo lo que me atañia, me dejó una carta para Mr. Renaud que ha seguido pagándome una pension tan útil, como poco esperada. Jamás he vuelto á ver á Mr. Justo, pero el agente solia decirme... «Bien, adelante, sois un jóven laborioso... ya subireis...»

Pero mi deseo, añadió el poeta suspirando, es ver á ese señor, á quien lo debo todo, si es que llego á ser algo...

—Eso es de esperar.

—Así creo. Ahora oye un consejo. Podrá suceder que Roberto, que se queda con esta habitacion, te propenga que sigas en su servicio.

=Y qué?...

—No aceptes, no te dejes seducir por el cebo de la ganancia; sigue siendo lo que eras, un demandadero fiel... no puedo decirte mas... No importa que el conde Roberto sepa que yo te he aconsejado que no le sirvas. Anda, pobre Martin, te daré la última incumbencia, llévame la maleta á la casa de diligencias.

Me conmovia el acento afectuoso del poeta, pero no obstante el cúmulo de pensamientos que me suscitaba su riña con Roberto, recordando los intereses de Basquine, le dije:

=Os vais, señor, precisamente cuando tenia que pedir os un gran favor.

—Cuál?

=Anoche presenciásteis la gran desgracia de la pobre Basquine...

=Miserables! borricos! estúpidos! exclamó el poeta; en ese teatro es una perla dentro de la concha.

=Ya sabeis que conocí á Basquine pequeña.... Anoche pude verla despues de su desgracia y otro compañero y yo la hemos estado consolando: el escándalo ha destrozado su porvenir, pues para colmo de desventuras, anoche debia decidirse un ajuste ventajoso para la pobrecita... pero si vos quiérais....

=Qué puedo yo hacer?

--Tendreis relaciones en los periódicos y

si estos hablan bien de Basquine...

—No debía interesarme por Basquine, dijo el poeta, aunque admiro su talento, sino porque sin querer... ha...

No concluyó el poeta la frase, y continuó:

—Pero no importa, la justicia por delante: escribiré á Duparc el periodista, al omnipotente Duparc, que precisamente es partidario de Basquine y la tomará por su cuenta... hará una revelacion, descubrirá al mundo una estrella nueva! exclamó Baltasar animándose á pesar suyo; descuida, Martin, en persona iré ahora mismo á visitar á Duparc y yo me encargo de ilustrar á Basquine, dedicándola una epístola que publicará en los periódicos. Asi que Duparc bata el parche en su folletin, el comun de los mártires de la prensa hará coro y *fiat lux* lucirá un astro nuevo.

--Gracias, amo mio, exclamé, gracias por...

—Yo soy quien te dá las gracias, querido Martin, respondió Baltasar conmovido: marchaba de Paris, lleno el corazon de hiel, con la amargura en la boca; pero gracias á ti, llevaré un pensamiento dulce y bueno, el de hacer justicia á una criatura sublime ignorada y perseguida... Gracias, Martin y adios! No olvidaré á tu protegida y tu sigue siendo un muchacho honrado. Cuidado, no entres á servir á Mr. Mareuil.

Después de coger el sombrero raído y el

paraguas, tendió el poeta una mirada casi melancólica en torno suyo y dijo:

=Cara y modesta estancia, cuántos sueños de oro he tenido entre tus paredes! Cuántas horas felices de trabajo y esperanza he pasado aquí!

Encogióse de hombros como burlándose de sí mismo.

=Eh! pues no estoy dando poéticos adioses á estas tapias desnudas? Hasta la vista, Martin, me encargo de Basquine, pero quiero ser el Herschell de esa nueva constelacion... Si algo se te ofrece, escribeme á Fontainebleau, cuando envíes el dinero, que yo tampoco tardaré en volver á Paris. Adios, y cuenta con mi encargo de no entrar á servir á Roberto.

Marchó el poeta, y al dia siguiente, no obstante sus reiteradas indicaciones, entré á servir á Roberto de Mareuil.



## CAPITULO X.

### *El casamiento.*

**O**n mes habia trascurrido despues de mi encuentro con Basquine y Bamboche y de mi entrada en casa de Roberto, cuando asistia yo sin ser visto, á la escena siguiente que pasaba en una casita situada en la parte mas desierta del barrio de los Inválidos.

Era de noche, y en el fondo de una desmantelada habitacion de piso bajo, habia un altar improvisado, pero surtido de todo lo necesario: cuatro grandes hacheros de plata con blandones de cera suministraban á la estancia una triste claridad.

A pocos pasos del altar habia dos sillas juntas, y reinaba el mas profundo silencio

en aquella habitacion desierta.

Habian dado las doce de la noche un cuarto de hora hacia, cuando el sordo rumor de un coche conmovió los vidrios y á poco oí gran ruido de abrir y cerrar puertas, en tanto que se percibian pasos precipitados en el piso superior.

Quedó otra vez todo en silencio y una mujer rebozada en una capa de capucha despues de cruzar velozmente la pieza del altar desapareció por una puerta fronterá, mas á los pocos instantes se entreabrió de nuevo esta puerta y se volvió á cerrar, cual si la mujer que estaba dentro se propusiera acechar lo que iba á suceder.

Un hombre alto, que entró en seguida, examinó todos los preparativos: pareciéndole sin duda demasiada claridad, apagó dos de los cuatro blandones, y salió dejando casi á oscuras el aposento.

Acababa de desaparecer este personage, cuando se abrió de par en par una puerta y avanzaron lentamente hácia el altar un hombre y una muger.

El hombre era Roberto de Mareuil; la muger Regina.

A poca distancia les seguian otras dos personas.

Estaba la jóven serena y resuelta; las trenzas de sus abundantes cabellos negros realzaban la hermosura de su rostro, pálido y tras-

parente como un camafeo: el largo vestido negro, el talle esbelto y altivo porte, la re-vestian de cierta magestad... Roberto estaba igualmente muy pálido, y no obstante su aparente resolución, un buen observador habria traslucido una profunda angustia bajo aquella máscara mentirosa.

Arrodilláronse Roberto y Regina sobre los almohadones dispuestos de antemano: arrodilláronse así mismo las dos personas que los acompañaban.

Hubo un instante en que las miradas de Regina se clavaron en el conde con dulce expresión de confianza y de ternura, pero apartando los ojos al punto é inclinando la cabeza, cruzó las manos y se puso á orar con fervor... La doncella acababa de ver entrar á un sacerdote revestido de sus sagradas insignias que traia el cáliz en la mano.

Acercóse al altar el sacerdote, dió su bendición á los concurrentes y empezó á celebrar la misa nupcial, en tanto que los padrinos de Roberto y Regina sostenian, segun costumbre, un pedazo de tela tendida sobre la cabeza de los novios.

Cuando el celebrante preguntó á Roberto y á Regina si se admitian por esposos, levantó la jóven la cabeza y pronunció con voz firme el sí solemne. Roberto que de vez en cuando dirigia en su derredor miradas inquietas, contestó con voz no muy segura.

Después del trueque de las arras y estando el sacerdote haciendo una exhortación á los esposos acerca de sus deberes, oí ruido de muchos caballos de posta que entraban en el patio.

Este ruido hizo estremecer de gozo á Roberto, y tampoco comprimó ya su impaciente ansiedad, que levantándose sin acabar la ceremonia, asió á Regina de la mano y la dijo precipitado:

—Marchemos, Regina, marchemos: el tiempo urge.

Sorprendida miró la jóven al conde y con un espresivo ademan quiso recordarle el respeto al sitio donde estaba. Mordióse el conde los lábios, se contrajeron sus facciones y estuvo golpeando convulsivamente en el suelo con el pie hasta la conclusion de la sagrada ceremonia.

—Vamos, vamos, dijo el conde.

Y cogiéndola apresuradamente de la mano, dió un paso para alejarse del altar; mas Regina, soltando la mano del conde, dijo al sacerdote con dulzura y dignidad.

—Padre mio, ya que tengo la honra de llevar el nombre de Mad. de Mareuil, ya que por vos bendita, nuestra union es indisoluble y sagrada, puedo manifestaros un proveyendo reconocimiento por el santo apoyo que nos habeis prestado. Este apoyo me prueba que enterado de todo por Mr. de Mareuil, apro-

aprobais mi conducta y teneis en cuenta el apuro de las circunstancias que me obligan á contraer misteriosamente un enlace que mañana no será un secreto para nadie.

—Regina, exclamó Roberto impacientado, ignorais el valor del tiempo que estamos perdiendo?

—Qué pasa, amigo mio? repuso la jóven qué teneis? no soy esposa vuestra ante Dios y los hombres? Hay ya poder humano que pueda romper nuestros lazos?

—No, no, exclamó Roberto con tono de triunfo.... Regina, mia sois, mi esposa para siempre.

—Bah! lo decís de veras? saltó de pronto uno de los que habian hecho de padrino.

Era Bamboche.

—De veras, creéis, señor conde, prosiguió, que esta señorita es tu muger?

Al oír estas palabras de Bamboche, Roberto livido, espantoso de rabia y desesperación, dió un brinco para arrojarle sobre mi amigo; mas este, con atlética fuerza le cojió entrambas manos y sujetándole no obstante sus esfuerzos, dijo á Regina con respeto sumo:

—Perdonad, señorita; era necesario dejar correr las cosas, y ahora lo sabreis todo.

En vista de esta salida, el sacerdote se detuvo no menos estupefacto que el otro

compañero de Bamboche, que era el tullido.

Entre tanto Regina, inmóvil como una estatua, clavaba sucesivamente miradas temerosas en los actores de aquella escena, incomprendible para ella.

—Cerrad las puertas, gritó Bamboche en voz alta.

Aplicó el oído y escuchó el crujir de dos llaves en las cerraduras: yo era quien cerraba la una puerta, la mujer de la capa de capucha la otra.

—Ahora, señor conde, dijo Bamboche á Roberto soltándole, load vuestras gracias, pero manos quietas u os abro la cabeza.

Y con presteza sacó Bamboche del bolsillo un látigo, que era arma terrible en manos de un hombre tan listo y vigoroso.

Pero Roberto, que recobrára su sangre fría y su audacia, se acercó á Regina exclamando.

—Hemos caído en una emboscada, mas no temas, te defenderé hasta morir.

Y al mismo tiempo, echó un brazo á la cintura de Regina como para protegerla.

—Roberto! Dios mio! murmuró la jóven acongojada y arrimándose á Mr. de Mareuil: dónde estamos? que es esto?

—No se lo que pretende ese miserable, que es capaz de todo.... querrá robarnos sin duda ó esplotar el misterio de nuestro enlace, respondió á la jóven Roberto. No

importa, no temas á ese bandido, mientras yo esté aquí,

—Pero Roberto, repuso Regina estupefacta, no me disgusteis que ese hombre, lo mismo, que estotro; (el tullido) eran amigos vuestros?

Aterrado por esta observacion, replicó Roberto:

—Cierto.... y no comprendo.... creí que eran personas respetables.... los tenia por amigos....

—Nosotros... respetables? dijo Bamboche, soltando la carcajada; oyes lo que dice el señor conde, tú, zorro viejo? Nos llamas respetables!... Bah! en dia de bodas todo es generosidad....

—Regina, exclamó Roberto fuera de si tienen razon, son unos infames .. Os confieso que aquejado por la urgencia temeroso de comprometer la boda, si me dirigia á personas de nuestra sociedad, tuve que rebajarme á solicitar que estos miserables fueran padrinos pero....

Con un movimiento lleno de dignidad, se soltó Regina de los brazos de Roberto.

No era ya espanto sino doloroso asombro lo que se leía en las facciones de la doncella, cuando exclamó:

—Me... habeis engañado, Roberto! me habeis envilecido! Convidar para padrinos de nuestra union á dos miserables, á dos in-

fames, como vos decís, es un insulto cruel es un sacrilegio.

Y dirigiéndose al sacerdote que, atónito, apenas podía dar crédito á lo que estaba viendo y oyendo, dijole Regina, avergonzada y condolida:

=Padre podreis perdonar?

—Basta señorita interrumpió Bamboche, la comedia se prolonga demasiado.

Y amenazando al sacerdote añadió:

=Eh! pronto señor cura fuera esos arreos, ó te los arranco á pedazos, canalla!

En un instante se despojó el falso cura de la sobrepelliz y la estola, resultando ser el bribon de la Lebrasse.

Dónde estoy, Dios mio? exclamó Regina poseída de espanto: dónde estoy? Gran Dios, tened compasion de mí.

Y acongojada, con las manos cruzadas, suplicantes se prosternó delante del altar.

—Cómo! gritó Roberto aparentando sorpresa ó indignacion: es posible que este hombre sea un falso sacerdote?

—Vaya! dijo Bamboche, no está malo el asombro! la Lebrasse, oyes á Roberto? El inocente ignoraba que te has hecho cura de mogollon...

Rechinaba la Lebrasse los dientes de rabia, pero contenido por el miedo que le inspiraba Bamboche, limitóse á enseñarle los puños exclamando:

—Ah! hribon! ah! traidor, me haces perder mas de cien mil francos! Y dando furiosas patadas, añadió dirigiéndose á Roberto:

—Comprendeis qué significa esto, Mareuil? Qué interés tiene en desquiciarlo todo ese pillastre? El, que lo ha manejado todo?

—No sabeis el interés que tengo en quitaros la máscara? repuso Bamboche; un interés muy sencillo, voy á deciroslo:

Y dirigiéndose á Regina, que seguia arrodillada y se creia presa de alguna horrible division.

—Perdonad, señorita, que me vea en la necesidad de prolongar un poco mas esta escena tan penosa para vos, mas debeis saberlo todo. Os acordais, hace ocho ó nueve años de haber encontrado en el bosque de Chantilly á tres mendigos, que os pidieron limosna?

-- Si, me acuerdo, dijo Regina.

—Vos sola, prosiguió Bamboche, dirigisteis á aquellos tres niños—era yo uno de ellos —parabras dulces y compasivas. Exasperados por la aspereza de las personas que os acompañaban, quisieron aquellos muchachos llevaros consigo... Ah? señora, no he olvidado ni nuestra conducta cruel, ni el interés que nos manifestasteis... Hoy pago lo que os debo... Afortunadamente la suerte ha dispuesto que yo sea un pillastre, y digo afortunada-

mente, porque habiendo sido hombre de bien jamás habria tenido relaciones de negocios ni de amistad con el señor conde de Marenil, aqui presente.

Roberto no contestó: sin duda estaba cabiendo el medio de salir de tan desesperada situacion.

=Si solamente estuviera plagado de deudas el señor conde, de deudas contraidas por satisfacer las pasiones mas bestiales. mas degradantes, aun importaria poco, porque acaso le habria convertido el amor ó el agradecimiento. Pero lo peor es, que no tan solo miente, sino que os engaña, os vende de la manera mas infame y...

Exasperado el conde, iba á arrojarse otra vez sobre Bamboche, mas este dijo con voz imperiosa á la Lebrasse y al tullido:

—Contened á ese caballero en una postura decente, porque sinó, ya que estoy en vena, mañana iré á otra parte á hablar de cosas concernientes á vosotros.

Despues de estas palabras, cruzóse entre la Lebrasse, el tullido y Roberto una mirada rápida y feroz, que me hizo estremecer y preparar las armas que llevaba, para salir en socorro de Bamboche, pero mi amigo prosiguió con desdeñosa audacia:

=Pocas niñadas... Además de que yo solo no os temo—esto lo dijo sacando un par de pistolas que colocó sobre el altar, al alcance

de la mano—tengo ahí carquita un muchacho listo y vigoroso que no me dejará mal.

—Apostára á que es ese maldito Martin, exclamó la Lebrasse.

Al oír mi nombre, estremeciósese Roberto, estuvo por un momento como haciendo memoria, y apretó los puños con rabia en tanto que Regina, silenciosa y mirando fijamente á Roberto, ni hacía alto siquiera en el incidente promovido por mi nombre.

—Sea Juan ó Pedro el que espera para echar una mano, dijo Bamboche; lo que os aconsejo es que modereis los arrebatos del conde —Quiero decir con tranquilidad lo que me falta.

Roberto de Mareuil se encogió de hombros, y con descarada audacia dijo:

—Hablad, no os interrumpiré: y vos, Regina, escuchadle, en nombre de nuestro amor.

No contestó Regina: sus ojos seguían clavados en Roberto, quien no pudo resistir aquella mirada fija y amenazadora: ya el semblante de la jóven no revelaba dolor ni espanto, sino indignacion y desprecio, cuya terrible espresion contenía la curiosidad que la devoraba.

—Concluyó en dos palabras, continuó Bamboche. El señor conde estaba preso por deudas y dijo á la Lebrasse, que es ese digno

usurero que teneis delante: «Puedo hacer una boda opulenta que me permitirá pagaros... Concededme la libertad brovisionalmente y si no pesco el dote me volveis á la cárcel.»— Corriente, replicó el otro pero con objeto de que lo trabajareis con mas fe, hacedme letras de cambio falsas imitando mi firina: asi que os caseis trocaremos los papeles por dinero... pero si no atrapais la heredera contad con ir á presidio... Aguijado por esta banderilla ya discurrireis el modo de realizar la boda... Y en efecto, no se ha des-euidado.

—Adelante, dijo Regina con impasible calma.

— Si supiérais, Regina, exclamó Roberto...

Interrumpió la joven al conde con una mirada de soberano desprecio y dijo á Bamboche:

—Proseguid... la leccion es terrible, pero la soportaré hasta el fin.

—No os vendrá mal ese valor, señorita. La broma del cura falso fue arreglada entre el conde y los dos cómplices, vista la imposibilidad de hallar un cura legitimo: pero como para que el señor conde pudiera disponer de vuestros bienes, era necesario, no seio que vos os creyéseis casada, sino que la boda estuviera en regla; Mr. de Mareuil pensaba, cuando fuérais mayor, celebrar el matrimonio civil que es el valedero. Oh! el señor conde conoce perfectamente el código conyugal.

—Que yo haya caído en el lazo murmuró la Lebrasse.

—Ya coneces, gran canalla... perdonad señorita, esta frase admitida entre nosotros—ya conoces que tuve que tomar parte en la trama para poder frustrarla. Si he dejado llegar las cosas á este extremo, ha sido, señorita, por demostraros claramente la indignidad del conde, y para probaros á mi manera mi agradecimiento, impidiendo que os caseis con un hombre deshonorado, que hubiera sido la vergüenza y la desgracia de vuestra vida.

—Gracias: vuestra conducta en esta ocasión es la de un hombre de honor, dijo Regina con tranquilidad sombría, y continuó fascinando con su mirada fija, implacable como la de un juez á Roberto de Mareuil, sin decirle una palabra.

Este silencio, terrible por la expresión del rostro de Regina, era el más cruel que las más amargas y vehementes reconvenciones.

Roberto, abrumado por aquella mirada inflexible, exclamó haciendo un desesperado esfuerzo:

—Pues bien, sí, Regina, he sido culpable, he sido criminal: mas si supieras adonde arrastra un amor insensato.... si supierais como mi pasión....

—Basquine, exclamó Bamboche, interrumpiendo á Roberto; ven acá, hija, trae esa carta tan apasionada que anteayer te escribía

este enamorado conde...

El nombre de Basquine puso lívido á Roberto, y fué tal su sensacion que hubo de apoyarse en la pared para no caer al suelo.

—Señorita, no podeis tener idea de la estrepitosa pasion del conde á esta muchacha: precisamente comenzó el dia mismo que os vió en el Museo.... por la noche vió trabajar á Basquine en los Funámbulos y perdió la chaveta... lo cual no le privó de arregiar su boda con vos.... nada de eso.... al contrario; luego de enriquecido, habrie realizado las magnificas promesas que hacia á Basquine.... Ven acá, hija.....

Abrióse una de las puertas laterales y apareció Basquine con una alegria diabólica pintada en sus facciones: despedian sus ojo, siniestro resplandor y una sonrisa [glacial; contraia sus lábios sardónicos al enseñar varias cartas abiertas.

## CAPITULO XI.

### LA EVASION.

**R**oberto, desesperado, exclamó con rabia loca al ver á Basquine:  
—Esto es el infierno!

Basquine se acercó paso á paso á Madlle. de Noirlieu y la presentó las cartas del con-

de. Regina, sin alterarse, cogió una de las cartas la examinó atentamente y se la devolvió á Basquine, diciéndola con firmeza:

—Gracias, señorita; me basta.

—Tambien mi agradecimiento, á vos, dijo Basquine, me ha impulsado á quitar á ese hombre la máscara.

—Vuestro agradecimiento?

—Si, y el deseo de espiar una falta grave cometida con vos.

—Conmigo?

—Hace años en el bosque de Chantilly.

—Erais vos? saltó Regina: vos?

—Si, señorita, y ese—señalando á Bamboche—otro muchacho pero olvidando la generosidad de vuestra acogida, nos atrevimos...

—Con tanta dureza fuisteis tratados, que era concebible vuestro enojo mas siempre recordaré, prosiguió Regina apartando de Roberto los ojos con disgusto y aversion, que me habeis prestado un gran servicio, salvándome de la infamia....

Desesperado Roberto, abrumado con los testimonios de su ignominia, tiró la máscara y prorrumpió con horrible espresion de rabia y malignidad:

—Si, os he engañado, Regina, os he vendido y os hubiera sacrificado á esa criatura infernal; pero deshonrado yo, lo quedareis vos tambien... Se sabrá que os he robado... vuestro padre se negará á recibirlos y será pú-

blica vuestra vergüenza y mi venganza, sabiéndose que habeis sido mi querida... Vaya se dirá: digna hija de tal madre...

Al oír esta injuria, que heria en lo vivo lo mas sagrado que habia en el mundo para Regina, la memoria de su madre, se lanzó la jóven, sublime, terrible de indignidad y veloz como el rayo, dió una bofetada á Roberto, diciendo:

—Miserable!

—Bien, noble doncella! exclamó Basquine entusiasmada.

A no ser por Bamboche, que sugetó al furioso Roberto, gran peligro habria corrido Regina: pero el puño de hierro de Bamboche hizo que Roberto no pudiera desahogarse mas que con imprecaciones y amenazas.

—Quedarás deshonrada para siempre! murmuraba sujetado por Bamboche, el cual le dijo con burlona calma:

—Vaya, buen conde, no concebais esas infames ilusiones: tengo perfectamente tomadas mis medidas... Esta señorita, conducida por persona segura, va á volverse á casa de su padre, donde nadie habrá reparado su corta ausencia. Claro está que Basquine y yo hemos de guardar secreto. Este par de galopines, amigos nuestros, castrarán tambien que para ello tienen sus razones... Vos, señor hidalgo, si teneis tiempo de charlar antes de huir ó ser preso: en vano pretendereis disfa-

mar á esta señorita, porque nadie os creerá.

—Huir! exclamó la Lebrasse exasperado, yo en alguno he de vengarme... que sea él y vaya á presidio.

Muchos golpes exteriores interrumpieron á la Lebrasse y al mismo tiempo se oyeron estas voces:

—Abrid en nombre de la ley!...

Estas palabras dejaron á todos suspensos y amedrentados.

—Diantre! exclamó Bamboche, no esperaba tanta urbanidad de parte de la policía.

Y avalanzándose á Regina:

—No temáis nada, señorita, fíaos en mí.

Aprovechando este movimiento sin que Bamboche lo notára, se apoderó Roberto de las pistolas que este dejára en el altar.

—Abrid en nombre de la ley! repitieron las voces.

De un puñetazo derribó Bamboche los dos candeleros y ya nada vi...

Enterado de la disposicion de la casa, salió de mi escondrijo, abrí la puerta que habia cerrado á invitacion de Bamboche y me precipité en el aposento donde se celebrára la boda falsa y donde andaban á tientas y acobardados la Lebrasse, el tullido y Roberto.

Para saber donde estaba Bamboche y reunirme con él, dí un grito que en la infancia nos sirviera de señal. Observando por el aire que me daba en el rostro que pasaba

por delante de una puerta abierta, me quedé inmóvil un momento y oí en la dirección del corredor frontero á la puerta la voz de Bamboche: guiado por la voz, tomé por el corredor y llegué al jardín de la casa.

Tan oscura estaba la noche que á dos pasos no se percibían los objetos.

—Eres tú? dijo Bamboche.

— Si.

—Dónde está el coche?

—En la callejuela... Está aguardando junto á la puertecilla.

—Señorita, dijo Bamboche, nada se ha perdido, seguid al guía que os doy, y os acompañará á casa. Pronto, pronto, no hay que perder un momento. Todo estaba provisto, excepto una visita de la policía. Vamos, Basquine, tomemos por estotro lado, que allá abajo atisbo luz.

Oí á Bamboche y Basquine alejarse corriendo, mientras que Regina, asida de mi brazo me decía con voz ahogada, palpitante de terror.

—Salvadme de la vergüenza.

—Seguidme, señorita dije.

Sosteniendo su desfallecido cuerpo, hicela correr conmigo hasta una puertecilla, fuera de la cual había un coche dispuesto á echar á andar: había yo elegido al excelente hombre que me recogiera moribundo de hambre.

Coloqué á Regina en el carruaje, y dije:

al cochero:

—A escape... á la calle del Faubourg du Roule... ya os diré donde habeis de parar... que yo voy en la trasera para que podais apretar mas.

El cochero blandió el látigo y al ir yo á encaramarme en la trasera, sentíme detenido y á la luz de las linternas del coche que escapaba, descubrí por un instante las facciones lividas de Roberto, que comenzó á gritar al cochero con todas sus fuerzas:

—Deteneos! deteneos!

Ahugué los gritos del conde poniéndole una mano en la boca, temeroso de que le oyera la policia.

En gracia de mi fuerza, superior á la de mi amo, conservé, á pesar de sus esfuerzos desesperados, la ventaja en esta corta lucha, y aunque en su rábida me mordió la mano cruelmente, pude sofocar su voz hasta que el coche hubo desaparecido.

Contaba con mi agilidad para alcanzarle, pensando que en último caso tendria Regina presencia de ánimo suficiente para detener al cochero á pocos pasos de su casa y entrar por la puerta misma que habia servido para su evasión.

Cuando quise poner término á mi lucha con Roberto, él fué quien me sujetó con todas sus fuerzas, diciendo:

—Con que eres tú fiel servidor? Pues es-

ta vez no te me escaparás....

=Si, yo soy, dije intentando zafarme; queríais cometer una infamia, ya la he estorbado.

—Luego me vendias, luego eras cómplice de Bamboche y de Basquine, y me has perdido, fiel Martin, murmuró rechinando los dientes.

Desplegando en aquel momento supremo un vigor increíble, logró pasar la mano por entre mi cuello y la corbata, sujetar esta y retorcerla con tanto brio que no me pude sostener.

=Ya conoces, fiel servidor, decia el conde estrujándome con feroz sarcasmo, ya conoces que un conde de Mareuil, no vá á un presidio... me mataré, pero morirás antes.

En la mas profunda oscuridad ocurría esta lucha encarnizada; mas por el movimiento que le sentí hacer, me acordé de las pistolas de Bamboche que habia cogido el conde del altar al tiempo de llegar la policia: en seguida sentí sobre mi sien el frio del cañon.

Un esfuerzo desesperado de mi parte, desvió el tiro, mas no le impidió salir: abrasóme los ojos una llama deslumbradora, me pareció que un hierro candente me atravesaba la garganta, y una conmocion inmensa me arribó en el suelo.

Al rebotar en el suelo mi cabeza, oí una detonacion y perdi el sentido.

. . . . .

Fácilmente pueden adivinarse los sucesos que precedieron á la boda falsa del conde y de Madlle. de Noirliou: Roberto habia logrado tener correspondencia con Regina, y á fuerza de mentirosas instancias, de pasion fingida, habia logrado inducirla al imprudente paso tan oportunamente frustrado por Bamboche.

Aunque incógnito siempre é invisible para Regina, yo fui el único que medió en su correspondencia con mi amo. Un tanto traidora, y de ello me acuso, era mi conducta respecto de Roberto de Mareuil. Por mas que fuera loable el objeto, pues se trataba de impedir la odiosa trama de aquel hombre y arrancarle la máscara, el camino tenia mucho de tortuoso y de pérfido. Aterrado, no obstante, por el peligro que corria Madlle. de Noirliou, no titubeé en salvarla del único modo que á mi alcance estaba: si Roberto hubiera tomado otro agente que no fuera yo, acaso habria comprometido la reputacion de Regina, con indiscreciones de que yo era incapáz: y por otra parte, Bamboche, que por conducto de la Lebrasse se habia hecho confidente del conde, me ahorró la repugnante combinacion de la boda simulada: la idea pertenecia al conde, la egecucion á Bamboche.

Despues llegó á mi noticia el motivo del rompimiento de Baltasar y Roberto de Mareuil.

En la representacion de los Funámbulos, causára Basquine tal y tan profunda impresion al conde, que sin pretender ocultársela al poeta, le dijo:

—Otra razon mas, tengo para desear casarme con Regina y sus millones: quiero ser amante de Basquine, y la he de hacer una de las mugeres mas de moda de Paris, aunque me cueste montes de oro.

Baltasar, en quien hasta entonces la amistad ahogára los escrúpulos que le inspiraba la codiciosa especulacion del conde, irritóse con este rasgo de cinismo y rompió para siempre con Roberto, despues de las mas eficaces tentativas para reducirle á pensamientos mas dignos, para demostrarle la odiosa maldad de su conducta.

No olvidó Baltasar, sin embargo, su promesa respecto de Basquine. Cuarenta horas despues de la noche en que tan ultrajada se viera la pobre niña por una chanza cruel del vizconde Scipion, leiase en uno de los periódicos mas influyentes de Paris, un largo artículo consagrado á Basquine, y firmado por un critico célebre, amigo de Baltasar. En este artículo se contaba con sincera indignacion la villania de que Basquine habia sido victima y entrando luego en el exámen del talento de la artista desconocida hasta entonces, lo encomiaba el critico con tan fervorosa, tan persuasiva admiracion: apoyaba su entusiasmo en un análisis tan delicado y bien entendido de la accion, del canto y del singular génio dramático de Basquine, á quien proclamó como la primera trágica-lirica de la época, que aquel artículo escitó una atención y una curiosidad universales, acudiendo todo el mun-

do á los Funámbulos.

Deslumbrado con tan inesperada popularidad, fué el empresario á suplicar de rodillas á la pobre figuranta que volviera á encargarse de su papel de génio del mal. Basquine obtuvo en su salida una verdadera ovacion, despertò un entusiasmo general. Porque contra lo que suele acontecer, el indisputable talento de Basquine estaba á la altura de los hiperbólicos elogios del amigo de Baltasar, y fija la atencion pública en aquel nuevo prodigio dramático, hizose eco la prensa de los elogios tributados á la jóven actriz. Además, Baltasar, fiel á su promesa, publicó en el periódico de su amigo el crítico un epístola á Basquine.

Esta epístola, verdadera obra maestra, chispeante de ingenio sublime por entusiasmo y escrita con tierna melancolía, con noble emocion, euando referia el poeta la lucha dolorosa, incesante de una niña de diez y seis años, pobre, desconocida, aislada, esta epístola, interesante como una novela, tierna como una elegia, amarga é incisiva otras veces como una sátira, y atrevida y original como un sueño fantástico.... la epístola; repetimos, generosa como una accion buena tambien fué para Baltasar la señal de una boga fabulosa. La epístola reveló públicamente el talento conocido hasta entonces por algunos amigos solamente, arduo su nombre en boca de todo el mundo, y sus obras desdeñadas é desconocidas, co-

menzaron á ser leídas y apreciadas como merecían.

Poco tiempo despues de la publicacion de la epistola, recibí de Baltasar una carta concebida en estos términos:

«Gloria á ti! mi buen Martin, la amiga de tu infancia hace carrera, mi nombre alborota, y los libreros se pelean á mi puerta, pero yo no los recibo en mi presencia, si no es andando á gatas y trayendo en los dientes una bolsa de cequies de oro: estoy por los cequies, moneda veneciana!

«Esta es mi venganza, sencilla y digna: hablando con formalidad, querido Martin, nada de esto habria sucedido, si no me hubieras suplicado que hiciese justicia á la incomparable Basquine, rindiéndola homenaje: gracias á tí, se ha completado la obra de mi protector desconocido Justo, á quien ya puedo relevar del pago de su generosa pensión: aprovéchela otro tan desgraciado como era yo.»

«Terminaré con este *rebus* que está al alcance de tu candorosa y respetable inteligencia:

«Una accion buena, siempre tiene su recompensa».

«Tu ex-amo afectísimo siempre.

«Baltasar».

El ruidoso triunfo de Basquine acrecentó la pasión loca de Roberto y como que tan provechosa era para nuestros proyectos, y para el odio inexorable que jurara Basquine

á la raza de los Scipiones, nuestra compañera fingió alentar el amor insensato que inspiraba. Alucinó al conde con las mas ardientes esperanzas, y hubo entre ellos una correspondencia apasionada que, descubierta luego á Mr. de Noirlieu, seria un arma terrible contra Roberto.

Pero con harta crueldad se vengó de mi este hombre pues no solo estuve á pique de sucumbir de resultas de la herida que recibiera, por haberme atravesado la bala los músculos del cuello, sino que tambien corrí el peligro de quedarme ciego, por la explosion del tiro disparado á quemarropa por algun tiempo estuve privado de la vista.

A consecuencia de mi lucha con Roberto, los agentes de policia que no habian podido prender á Bamboche, me recogieron anegado en sangre á pocos pasos del conde de Mareuil, que se habia levantado la tapa de los sesos, y fui trasladado al Hotel-Dieu.

Cuando recobré el conocimiento, me hallé acostado en una cama del hospital, y con los ojos vendados. Al movimiento que hice para quitarme el vendaje, dijo el enfermero que me asistia.

=Cuidado, no os quiteis la venda porque no por eso veréis mas.

—Acaso es de noche? donde estoy?

—En el Hotel-Dieu, y es de dia claro.

=Pues por qué no he de ver?

—Porqué estais ciego.

Oir estas palabras horribles y arrancarme

el vendaje, fué todo uno: á pesar de los atroces dolores que sufría, abrí los ojos y nada vi.... mas que espesas tinieblas.

Ante tan impensado golpe, mi primer impulso fué acordarme de Regina.... Hallábame ya imposibilitado de socorrerla, de velar por ella, porque los hechos ocurridos me demostraban que infima y oscura como era mi proteccion, siempre podia ser útil á Madlle. de Noirlieu.

Tambien con inquietud me acordé de Basquine y de Bamboche: secretos presentimientos me anunciaban que él y el tullido eran objeto de las pesquisas de la policia, y por último, reflexionaba con ansiedad que quedaban aun dos pretendientes á la mano de Madlle. de Noirlieu, la cual, libre de Mr. de Mareuil, podia fijar su eleccion en el principe de Montbar—en aquel jóven tan seductor al parecer, y cuya brillante esterioridad ocultaba una profunda degradacion....

Por desgracia mi ceguera, mis acerbos dolores, y la ausencia ó la fuga de Bamboche, debian dejarme en lo tocante á Regina, sumido en larga y cruel incertidumbre, Un singular acaecimiento fijó mis dudas sobre el particular.

Hacia un año que estaba en el Hotel-Dieu: se habia cicatrizado mi herida del cuello, mas no ignoraba el estado de la vista: correspondia yo á la sala en que visitaba el doctor Clemente, uno de los primeros cirujanos del hospital: este hombre de reputacion eu-

ropea y dotado de singular originalidad, habiase tomado mucho interés por mi, segun me dijo, movido por la animosa resignacion con que yo aguantaba dolores horribles, y por el modo sencillo y digno con que habia respondido á varios interrogatorios del juez acerca del trágico suceso, del cual habia sido una de las victimas mi lenguaje y el agradecimiento con que me espresé por los cuidados del doctor Clemente, aumentaron su benevolencia respecto de mi persona.

Habia algun tiempo que el doctor me sometiera á un tratamiento nuevo, del cual esperaba buenos resultados. Llegado el dia de levantar cierto aparato que me cubria los ojos convidó el doctor para esta operacion curiosa á uno de sus cólegas. Hizole la relacion de mi padecimiento en el interin segun creo, que los ayudantes hacian los preparativos necesarios.

—Cuanto tiempo hace que está en esa disposicion? preguntó el compañero del doctor Clemente.

—Un año, contesto este, y añadió mas quedo este pobre jóven entró en la sala precisamente la vispera del dia en que os llamé á consulta para examinar á Madlle. de Noirliou... porque confieso que ni entonces, ni ahora, sé á qué atribuir los singulares sintomas nerviosos, que se manifestaron en ella.

—Me parece que no nos equivocábamos; prosiguió el amigo del doctor, en atribuir aquellos

sintomas á alguna sensacion violenta, y repentina... no obstante la enferma negaba obstinadamente. Y á propósito, como sigue?

—No tambien como antes de casarse, repuso el doctor Clemente... por eso la cuido con todo esmero... Es una muger tan rara! Qué corazon, amigo mio! Qué alma tan pura!

—Hacen excelente pareja los dos esposos, dijo el amigo, pues el principe de Montbar es uno de los hombres mas amables y distinguidos.

—No diré que no, saltó bruscamente el doctor.

Y viendo entonces á algun ayudante que traeria lo necesario para levantar el aparato, añadió:

—Ya tenemos lo que faltaba... Vamos á levantar el vendaje...

Tan inútil como imposible es dar cuenta de las emociones que se agitaron durante aquella operacion, en que jugaba la vista, y acabando de saber el matrimonio de Regina y el principe, temido por tantas razones. Afortunadamente, la operacion salió bien, y recobré el sentido mas precioso.

Despues de largas y minuciosas precauciones encaminadas á impedir que la luz me hiriera de repente, pude por fin contemplar las facciones de mi salvador...

FIN DEL TOMO SESTO.



